

LECTULANDIA

**ROBERT A. HEINLEIN
RAY BRADBURY
ROBERT SILVERBERG**

La sombra del espacio



32

Lectulandia

Robert Silverberg y Martin Harry Greenberg han preparado la presente Antología de la Ciencia-Ficción, una obra de envergadura, llena de vigorosos relatos sobre los siglos venideros, un libro de sueños, visiones y fantasías cuidadosamente imaginadas, seleccionadas por su capacidad de deleitar, asombrar y entretener. Cronológicamente esta Antología comprende relatos escritos a partir de 1946 y hasta la década de 1970, y ofrece, por tanto, un amplio panorama de la evolución de la ciencia-ficción. Debido a su extensión, la obra se presenta en cuatro volúmenes y en el formato de esta Colección. Este segundo volumen incluye obras de Philip J. Farmer, Robert Heinlein, Jack Finney, William Tenn, James H. Schmitz, Henry Kuttner, Robert Silverberg, John Varley, Ray Bradbury y Kurt Vonnegut, Jr.

Lectulandia

AA. VV.

La sombra del espacio

Antologías Ciencia Ficción Caralt - 32

ePub r1.0

Titivillus 22.01.16

Título original: *The Arbor House Treasury of Modern Science Fiction*

AA. VV., 1981

Traducción: Ascensión Tudela y Mariano Tudela

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ÍNDICE

La sombra del espacio (*The Shadow of Space* © 1967).

Por Philip José Farmer.

Todos ustedes, los zombies (*All You Zombies...* © 1959).

Por Robert A. Heinlein.

Estoy asustado (*I'm Scared* © 1951).

Por Jack Finney.

Juego de niños (*Child's Play* © 1947).

Por William Tenn.

El abuelito (*Grandpa* © 1955).

Por James H. Schmitz.

Ojo privado (*Private Eye* © 1949).

Por Henry Kuttner.

Danza solar (*Sundance* © 1969).

Por Robert Silverberg.

En la concavidad (*In the Bowl* © 1975).

Por John Varley.

Caleidoscopio (*Kaleidoscope* © 1949).

Por Ray Bradbury.

Los anfibios (*Unready to Wear* © 1953).

Por Kurt Vonnegut Jr.

LA SOMBRA DEL ESPACIO

Philip José Farmer

I

El claxon aclaró su garganta de plástico y comenzó a gritar. Los rojos y amarillos alternados, pulsados en los tableros de control, rodearon como brazaletes las muñecas del capitán y del piloto. Las amplias pantallas auxiliares espaciadas en los mamparos del puente también emitían destellos rojos y amarillos.

El capitán Grettir, catapultado de su ensoñación y de su asiento, se puso en pie. Las letras y números 20-G-DZ-R fluctuaban encendidas en un sector de cada pantalla y brotaban del tablero de control de muñeca para desarrollarse ante sus ojos, desapareciendo a continuación y volviéndose a alzar, agrandándose y adelgazándose después hasta la nada. Una y otra vez. 20-G-DZ-R. El código de letras indicaba que la alarma originada en el pasillo conducía a la sala de máquinas.

El capitán hizo girar su muñeca y alzó su brazo para colocar la mitad inferior del tablero de control a la distancia correcta para ver y hablar.

—Veinte-G-DZ-R, ¡informe!

Las llameantes, expansivas y levitantes letras se apagaron y la larga cara de altos pómulos de MacCool, primer maquinista, apareció como una menuda imagen en el sector del tablero. La imagen se duplicó en las pantallas de los mamparos del puente. Se irguió y se hizo más ancha, disparando hacia Grettir; luego parpadeó para ser seguida por una segunda cara de globo.

En la pantalla del tablero de muñeca aparecieron también, detrás de MacCool, Comas, un suboficial, y Grinker, un compañero del maquinista. Sus caras no fluctuaban porque no se encontraban en la parte central de la pantalla. Más al fondo, aparecía un grupo de marinos y un cañón 88-K sobre una rastra movediza.

—Es esa mujer, la Wellington —dijo MacCool—. Utilizó el generador de folios, poniendo en movimiento una pequeña potencia, para dejar fuera de combate a los dos guardias estacionados en el portalón de la sala de máquinas. Luego se reunió fuera con Comas, Grinker y conmigo. Dijo que dispararía sobre nosotros si nos resistíamos. Y soldó la verja al mamparo, de forma que no se puede abrir a menos que se funda.

MacCool no podía ocultar su asombro y añadió: —No sé por qué está haciendo esto. Pero conectó los cables de propulsión a un puente zander y así puede controlar la aceleración. No podemos hacer nada para detenerla, a menos que entremos tras ella.

MacCool hizo una pausa, carraspeó y dijo de nuevo: —Puedo enviar hombres al exterior para que intenten introducirse a través del cierre de aire de la sala de

máquinas o que corten el casco para alcanzarla. Mientras está distraída con esto podemos realizar un ataque frontal por el corredor. Pero dice que disparará a todo el que se le acerque demasiado. Podríamos perder algún hombre. Sabe lo que dice.

—Si hacen un agujero en el casco, se quedará sin aire y morirá en un minuto — dijo Grettir.

—Lleva un traje espacial —contestó MacCool—. Por eso no sellé esa zona e inyecté gas...

Grettir esperaba que su cara no traicionase su conmoción. Al oír una exclamación de Wang, que se sentaba cerca de él, Grettir volvió la cabeza. Pregunto:

—¿Cómo demonios consiguió salir de la enfermería?

Al tiempo de hablar se dio cuenta que Wang no podía contestar a tal pregunta.

Fue MacCool el que respondió:

—No lo sé, señor. Pregúnteselo al doctor Wills.

—¡Bueno, ahora no importa eso...!

Grettir clavó los ojos en la secuencia de valores que aparecía en la pantalla auxiliar del piloto. La velocidad de la nave en relación con la de la luz había saltado ya de 0,5 a 0,96. Cambiaba cada cuatro segundos.

De 0,96 pasó a 0,98, a 0,99 y después a 1,0. A continuación se colocó en 1,1 y en 1,2.

Grettir se forzó a sí mismo a sentarse. Si algo iba a suceder, de momento tenía que ser así. El crucero *Sleipnir* TSN-X, de 280 millones de toneladas, se convertiría en energía pura.

Una *nova*, resplandeciente pero muy breve, formaría motas en los cielos y los telescopios orbitales de la Tierra verían el fulgor a 20,8 años luz.

—¿Cuál es el estado del *eme* y de los dispersadores de aceleración? —preguntó Grettir.

—Todavía no están forzados... —contestó Wang—. Pero la resistencia se agotará si la cosa continúa... Cinco megakilovatios para cada dos segundos y acabamos de comenzar.

—Creo que estamos a punto de descubrir lo que pretendíamos... —comentó lentamente Grettir—. Pero no sucederá bajo las condiciones controladas cuidadosamente que habíamos planeado...

El *Sleipnir*, crucero experimental de la Armada Terrestre Espacial había dejado su base en Asgard, octavo planeta de Altair (Alfa Aquilae), y llevaba veintiocho días de navegación. Las órdenes eran realizar el primer intento de una nave tripulada para superar la velocidad de la luz. Si su misión tenía éxito, los hombres podrían viajar entre la Tierra y los planetas coloniales en semanas en lugar de años. Toda la galaxia podría estar abierta a la Tierra.

En el transcurso de dos semanas, el *Sleipnir* realizó varias pruebas a una velocidad 0,8 veces superior a la de la luz, durando cada prueba dos horas.

El *Sleipnir* estaba equipado con enormes motores y contradurmientes sólidos y

macizos, además de contar con los dispersadores y expansores de la estructura espacio-tiempo («abridores de agujeros») requeridos para las velocidades próximas a la velocidad de la luz y para velocidades superiores. Ninguna nave de la historia terrestre había tenido tal potencia ni los medios de manejarla.

En cuanto a la propulsión —la amplificación cubicada de energía producida por la mezcla controlada de materia, antimateria y semi-materia— originaba una energía que podría abrirse camino a través del núcleo de acero de un planeta. Pero parte de esa energía tenía que ser desviada en fuerza de conversión masa-energía, que evitaba que la nave se transformase en energía pura. El «abridor de agujeros» necesitaba también una vasta potencia. Este invento, oficialmente el expansor o neutralizador de la estructura espacio-tiempo, «enderezaba» la curvatura local del universo y proporcionaba un «agujero» por donde viajaba el *Sleipnir*. Tal agujero anulaba el 99,3 por ciento de la resistencia que normalmente habría encontrado la nave.

De este modo, los efectos de las velocidades que se aproximaban e incluso excedían a la velocidad de la luz se modificaban, aunque no se evitaban por completo. El *Sleipnir* no contraería su longitud hasta cero ni conseguiría una masa infinita cuando alcanzase la velocidad de la luz. Se contraía y aumentaba, sí, pero sólo en una proporción del 1/7777777 de lo que sería normal. La nave asumiría la forma de un disco, pero de una manera más lenta que sin sus «abridores», contradurmientes especiales y dispersadores.

¿Pero quién sabía lo que sucedería cuando la velocidad de la nave fuese superior a la de la luz? Este era el problema que tenía que resolver el *Sleipnir*, aunque su capitán Grettir pensaba que no bajo las condiciones actuales. No a la fuerza.

—¡Señor! —exclamó MacCool—. La Wellington amenaza con disparar sobre cualquiera que se acerque al cuarto de máquinas...

El primer maquinista vaciló y después añadió: —Excepto sobre usted. Quiere hablarle. Pero no por medio de la intercomunicación. Insiste en que baje usted y hablen cara a cara.

Grettir se mordió el labio inferior y emitió un ruido de ventosa.

—¿Por qué a mí? —preguntó, pero sabía por qué y la expresión de MacCool mostraba que él también lo sabía.

—Estaré abajo dentro de un minuto. ¿No hay forma de conectar una derivación, instalar un circuito a su alrededor o detrás de ella para volver a controlar de nuevo el transmisor?

—¡No señor!

—¿Es que también se abrió paso por el puente de la sala de máquinas y se hizo con los circuitos colindantes?

MacCool contestó:

—Está loca, pero tiene la mente lo suficientemente clara para adoptar toda clase

de precauciones. No ha descuidado nada.

Grettir gritó:

—¡Wang! ¿Cuál es ahora la velocidad?

—¡Dos coma tres vl/pm, señor!

Grettir contempló la pantalla de estrellas en el mamparo del puente.

—Todo negro excepto unos cuantos brillos blancos, azules, rojos y verdes, aparte de la galaxia llamada XD-Dos, que yacía muerta delante. La galaxia había tenido y seguía teniendo la forma de una naranja. Estuvo observando la pantalla aproximadamente un minuto y después dijo: —Wang, ¿estoy viendo bien? La luz roja procedente de XD-Dos está virando al azul, ¿correcto?

—¡Correcto, señor!

—Entonces... ¿por qué XD-Dos no se vuelve más grande? La estamos alcanzando como una zorra a un conejo.

Wang contestó:

—Creo que la tenemos más cerca, sir. Pero es que estamos aumentando de tamaño...

II

Grettir se levantó de la silla.

—¡Hágase cargo de esto mientras me voy! Retire la alarma y diga a la tripulación que continúe sus tareas normales. Si algo sucede mientras estoy en la zona de máquinas, notifíquemelo inmediatamente.

El piloto saludó y contestó secamente: —¡Sí, señor!

Grettir cruzó el puente. Estaba seguro de que los oficiales y los hombres de la tripulación, que se sentaban en el círculo de asientos del puente, le miraban a hurtadillas. Se detuvo por un momento y encendió un cigarro. Se sentía contento de que sus manos no temblasen y esperaba que su expresión resultase segura. Lentamente, reprimiendo el impulso de correr, continuó atravesando el puente y se detuvo de espaldas a los hombres, expulsando una bocanada de humo, para seguir caminando hasta desaparecer de su vista. Braceó contra la rápida pendiente y después a causa de la acometida de la disminución de la velocidad, al dejarse caer por el tubo de bajada. Estableció los controles del Muelle 14; las puertas corredizas se abrieron. Echó a andar por un pasillo donde un carro-g y un operador esperaban por él.

Grettir saltó al vehículo, se sentó y le dijo al hombre a dónde lo tenía que conducir.

Dos minutos después se encontraba con MacCool. El primer maquinista señaló el fondo del pasillo. Cerca del final, en el suelo, todavía se encontraban dos marinos inconscientes. La puerta de la sala de máquinas estaba abierta. La puerta secundaria,

la verja, estaba cerrada. Dentro de la sala de máquinas habían apagado las luces. Algo blanco se movía al otro lado de la reja. Era la cara de Donna Wellington, visible a través del casco.

—No podemos mantener esta aceleración —dijo Grettir—. Ya vamos más rápidamente de lo que se han permitido las naves sin tripulación.

Existen toda clase de teorías acerca de lo que le podría suceder a una nave sometida a estas velocidades y todas son malas...

—Por ahora estamos refutando varias —comentó MacCool.

Hablaba con suavidad, pero su frente aparecía sudorosa y sus ojos estaban rodeados de ojeras. Al cabo de un segundo, MacCool siguió hablando:

—Me alegro de que esté aquí, señor. Acaba de amenazar con que cortaría los cables del empalme *eme* si no asoma por aquí dentro de dos minutos —gesticuló con ambas manos para indicar una amplia bola de luz regulable.

—Hablaré con ella —dijo Grettir—. Aunque no puedo imaginar lo que quiere...

MacCool lo miró con aire de duda. Grettir estuvo a punto de preguntarle qué demonios pensaba, pero lo pensó mejor. Ordenó: —Mantenga a sus hombres en sus puestos. Que no parezca que vienen detrás de mí...

—¿Y qué hacemos, sir, si dispara sobre usted?

Grettir tuvo un respingo:

—Utilice el cañón. Y no dude si me encuentro por medio...

¡Desalójela! Pero asegúrese de que utiliza una onda corta, suficiente para alcanzarla pero no tan larga que llegue a rozar las máquinas.

—¿Pero por qué no hacemos eso antes de que usted ponga en peligro su vida? —preguntó MacCool. Grettir vaciló y por fin contestó—: Mi responsabilidad primordial es el barco y su tripulación. Pero esa mujer está muy enferma. No se hace cargo de las implicaciones de sus acciones. Desde luego, no por completo. Quiero disuadirla de esto, si es que puedo.

Desenganchó el comunicador de su cinturón y recorrió el pasillo hacia la verja, en dirección a la oscuridad y a la blancura que se movía detrás. Su espalda estaba rígida. Los hombres le vigilaban intensamente. Sólo Dios sabía lo que decían de él, por lo menos lo que pensaban. Toda la tripulación se había estado divirtiendo a causa de la pasión que Donna Wellington le demostraba y de la incapacidad de su capitán para enfrentarse con ella. Decían que estaba loca por él, sin darse cuenta que, en realidad, estaba loca. Se habían estado riendo.

Pero ahora no reían.

Es más, al percatarse de que realmente era una demente, algunos le reprochaban haberlos puesto en peligro. Indudablemente, pensaban que si la hubiese manejado de forma diferente no estarían actualmente tan cerca de la muerte.

Se detuvo tan sólo a un paso de la reja. Ahora podía ver la cara de la Wellington, un damero blanco y negro. Esperó a que hablase primero.

Pasó todo un minuto, entonces la mujer exclamó: —¡Robert!

La voz, normalmente de tono bajo y agradable, era ahora aguda y tensa.

—Robert no, Eric... —dijo por el comunicador—. Capitán Eric Grettir, señora Wellington.

Hubo un silencio. La mujer se acercó más a la verja. La luz hirió «no de sus ojos que brilló con destellos azulados.

—¿Por qué me odias así, Robert? —preguntó quejumbrosamente—. Acostumbrabas a quererme... ¿Por qué te has vuelto contra mí?

—Yo no soy su esposo —dijo Grettir—. ¡Míreme! ¿No puede ver que no soy Robert Wellington? Yo soy el capitán Grettir, del *Sleipnir*. Debería ver quién soy realmente... Es muy importante, señora Wellington.

—¡No me quieres! —gritó la mujer—. Estás intentando deshacerte de mí pretendiendo que eres otro hombre. Pero no funciona... ¡Te he conocido a pesar de todo, bestia! ¡Bestia! Te odio, Robert...

Involuntariamente, Grettir retrocedió bajo la intensidad de su angustia. Vio su mano saliendo de las sombras y el haz de luz sobre una pistola. Disparó. Un rayo de blancura lo dejó deslumbrado.

A la luz siguió la oscuridad.

Arriba, o hacia adelante, había un disco grisáceo rodeado de negrura. Grettir viajó lenta y espasmódicamente en su dirección, como si hubiese sido tragado por una ballena, pero estaba siendo expulsado hacia la boca abierta, los músculos de la garganta del leviatán le atraían al exterior.

A lo lejos, detrás de él, sumergida en los intestinos de la ballena, Donna Wellington habló:

—¿Robert?

—¡Eric! —gritó—. ¡Soy Eric!

El *Sleipnir*, alejándose de Asgard y siguiendo su camino a 6.200 kilómetros por segundo, había recogido la llamada del Mayday. Procedía de una nave espacial a medio camino entre los planetas de Altair doce y trece. Aunque Grettir podría haber ignorado la llamada sin ser reprendido por sus superiores, alteró su curso y encontró una nave destrozada por un meteorito. En el interior del casco estaba el cuerpo de un hombre partido por el medio y había una mujer sumida en un profundo *shock*.

Robert y Donna Wellington eran la segunda generación de asgardianos, físicos doctorados en biotatología y poseyendo documentos de expertos en astrografía. Estaban investigando ejemplares de «plancton espacial» y de «hidras espaciales», formas de vida nacidas en las regiones situadas entre los planetas exteriores a Altair.

El estallido, la muerte de su esposo y la lacerante sensación de aislamiento, disociación y desesperanza, durante las ochenta y cuatro horas anteriores a su rescate, habían doblegado a la señora Wellington.

Quizás «doblegado» no fuese el término exacto. «Fragmentado» era una palabra más apropiada.

Desde el comienzo de lo que en un principio pareció un restablecimiento, la

mujer había tomado una semejanza superficial de Grettir con su esposo por una identidad. Al principio, Grettir había estado amable y cariñoso con ella y la visitó frecuentemente en la enfermería. Después, por consejo del doctor Wills, se había mostrado severo.

Y a consecuencia de esto se produjo el imprevisto resultado.

Donna Wellington gritaba detrás de él y, de repente, el círculo crepuscular de enfrente se hizo brillante y se sintió libre. Abrió los ojos para ver unas caras sobre él. El doctor Wills y MacCool. Se encontraba en la enfermería.

MacCool sonrió y dijo:

—Por un momento pensamos...

—¿Qué sucedió? —preguntó Grettir, y añadió—: Sé lo que hizo.

Quiero decir...

—Disparó toda la potencia sobre usted —aclaró MacCool—. Pero los barrotes de la reja absorbieron la mayor parte de la energía. Usted recibió sólo lo suficiente para levantar la piel de su cara y dejarlo sin conocimiento. Gracias que se le ocurrió cerrar los ojos.

Grettir se sentó. Se palpó la cara. Estaba cubierta con un ungüento graso, mitigador del dolor, y por una sustancia renovadora de la piel.

—¡Tengo un terrible dolor de cabeza!

El doctor Wills le aseguró:

—Desaparecerá dentro de un minuto.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Grettir—. ¿Cómo conseguí separarme de ella? MacCool contestó:

—Tuve que hacerlo, capitán. Si no, hubiera vuelto a disparar sobre usted. El cañón voló lo que quedaba de la reja. La señora Wellington...

—¿Ha muerto?

—Sí. Pero el cañón no la tocó. Extraño. Se quitó su traje arrancándose la piel y a continuación salió por la cerradura de aire de la sala de máquinas. Desnuda, como si quisiese parecer la novia de la Muerte. Estuvimos a punto de ser atrapados en el torbellino de aire, ya que fijó los controles de forma que el portalón interior permaneciese abierto. Casi lo consiguió, pero llegamos a tiempo para cerrarlo. Grettir dijo:

—No lo recuerdo... ¿Algún daño en la sala de máquinas?

—No. Y los cables se han vuelto a conectar para operar normalmente. Sólo que...

—¿Sólo qué?

La cara de MacCool estaba tan larga que parecía un sabueso amedrentado.

—Pues que antes de que yo volviese a conectar los cables sucedió algo extraño... peculiar. Toda la nave y todos los que nos encontrábamos en su interior sufrimos una especie de distorsión.

Ondulante, como si nos hubiésemos convertido en cera y goteásemos. O como si fuésemos banderas ondeando al viento. El puente informó que el proel de la nave se

hinchaba como un globo, después se volvió rizado y ese mismo efecto cruzó la nave. Mientras duró la ondulación todos sentimos náuseas.

Hubo un silencio, pero las expresiones de ambos hombres indicaban que la cosa no quedaba ahí.

—¿Bien? —preguntó el capitán.

MacCool y Wills se miraron. MacCool tragó saliva y dijo: —Capitán, ¿no sabemos dónde demonios estamos!

III

En el puente, Grettir examinó la pantalla exterior de proa. No había estrellas. El espacio estaba colmado por una luz tan gris y tan apagada como la de un incierto amanecer en la Tierra. Y en el gris resplandor, a una distancia aún indeterminada, aparecía un número de esferas.

La esfera que quedaba detrás de ellos, a una distancia que se podía estimar en cincuenta kilómetros, tenía casi la forma de la Luna de la Tierra, con relación a la nave. Su superficie era tan lisa y tan gris como una pelota de plomo.

Darl pronunció un código binario en su tablero de control de muñeca y la esfera de la pantalla de estrellas pareció dispararse hacia ellos. Recorrió la pantalla hasta que Darl cambió la línea de perspectiva.

Estaban observando aproximadamente a 20 grados de arco del borde de la esfera.

—¡Aquí está! —exclamó Darl—. Órbita alrededor de la grande...

Un pequeño objeto flotaba alrededor del borde de la esfera y parecía lanzarse sobre ellos. Creció y se convirtió en otra esfera más pequeña y también de color gris.

Darl hizo una pausa y a continuación comentó: —Nosotros, es decir la nave, salimos de esa esfera pequeña. *Fuera* de ella. *A través* de su corteza...

—¿Quiere usted decir que hemos estado dentro? —preguntó Grettir—. ¿Y que ahora estamos fuera?

—Sí, señor... ¡Exactamente! —Darl carraspeó y añadió—: ¡Oh, oh, señor!

Alrededor de la esfera más grande, ligeramente encima del plano de la órbita de la esfera pequeña, pero dentro de su curso en una órbita interior, se movía otro objeto. Por lo menos cincuenta veces más grande que el globo pequeño. El objeto alcanzó al globo y los dos desaparecieron juntos alrededor de la curva de la esfera principal.

—¡El cuerpo de la Wellington! —exclamó Grettir. Se desvió de la pantalla, dio un paso y volvió a gritar de nuevo—. ¡No es correcto!

Debería estar arrastrándose detrás de nosotros o por lo menos paralela a nosotros, quizá saliéndose en una esquina pero moviéndose en nuestra misma dirección...

La cara de Grettir expresaba todo su asombro. Hizo una pausa y volvió a hablar:

—¡Pero ha sido apresada por la esfera grande! ¡Y está en órbita! ¡Y su tamaño es

gigantesco! ¡No tiene sentido! ¡No debería ser!

—¡Nada debería ser...! comentó Wang.

—¡Retrocedamos! —dijo Grettir—. Establezcamos una órbita alrededor de la principal, en el mismo plano que la secundaria pero más lejos, aproximadamente a kilómetro y medio de distancia.

Darl no dijo nada pero su cara expresaba claramente: «¿Y entonces qué?».

Grettir se preguntó si la joven tenía el mismo pensamiento que él.

Las caras de los otros que estaban en el puente reflejaba la duda. El miedo estaba escondido pero rezumaba fuera. Podía oler las burbujas podridas. ¿También tenían sospechas?

—¿Qué atracción ejerce la esfera principal sobre la nave? —preguntó a Wang.

—No existe ninguna influencia detectable, señor. El *Sleipnir* parece tener una carga neutra, ni positiva ni negativa en relación con ninguna de las esferas. Ni tampoco con el cuerpo de la Wellington.

Grettir se sintió ligeramente aliviado. Sus pensamientos habían sido tan salvajes que no había sido capaz de considerarlos más que fantasías histéricas. Pero la contestación de Wang demostraba que la idea de Grettir también había sido suya. En lugar de contestar términos de fuerza de gravitación, había hablado como si la nave fuese una partícula subatómica.

¿Pero si la nave no había sido afectada por la esfera principal, por qué el cadáver de la señora Wellington padeció la atracción?

—¿Nuestra velocidad en relación con la principal? —quiso saber Grettir.

—Cortamos la aceleración tan pronto como volvimos a conectar los cables, señor —contestó Wang—. Eso fue inmediatamente después de que saliéramos a este espacio. No aplicamos retropropulsión. Nuestra velocidad, según se indica por potencia de consumo, es diez megaparsecs por minuto. La que, por lo menos, señalan los instrumentos... Pero nuestro radar, que debería ser totalmente inefectivo a esa velocidad, indica cincuenta kilómetros por minuto en relación con la esfera grande.

Wang se recostó en su asiento, como si esperase que Grettir explotase de incredulidad. Grettir encendió otro cigarro. Esta vez sus manos temblaban. Expulsó una bocanada de humo y dijo: —Obviamente, estamos operando bajo diferentes leyes que no tienen vigor *aquí fuera*...

Wang suspiró ligeramente.

—¿De forma que también usted piensa así, capitán? Sí, diferentes leyes... Lo que quiere decir que cada vez que realizamos un movimiento a través de este espacio, no podemos saber cuál será el resultado.

¿Puedo preguntar lo que planea hacer, sir?

Con esta pregunta, que Wang jamás se hubiera atrevido a formular antes, aunque sin duda lo hubiera pensado, Grettir supo que el piloto compartía su ansiedad. El cordón umbilical se había roto y Wang estaba herido y sangrante por dentro. ¿Iría también a flotar en un vacío gris? ¡Desposeído como ningún ser humano lo había

estado?

Se requería un tipo especial de hombre o de mujer para aceptar perderse, ya procedente de la Tierra o de su planeta de origen, para discurrir entre las estrellas tan lejos que el sol naciente ni siquiera era un débil resplandor. También se requerían especiales condiciones para el tipo especial de hombre o de mujer. Tenía que creer, en lo más profundo de su inconsciente, que aquella nave era una pieza de la Madre Tierra. Tenía que creerlo. Si no se haría pedazos.

Se podía conseguir. Muchos lo lograban. Por miles. Pero ni esos temerarios viajeros estaban preparados para un absoluto divorcio del universo.

Grettir padeció el miedo al vacío. El vacío se enroscaba en su interior, como una serpiente gris, como un resquicio en la nada. Vacío.

Envolvente. ¿Y qué sucedería cuando dejara de enroscarse?

¿Y qué pasaría con la tripulación cuando fuera informada, como debía serlo, de la total disociación?

Solamente había un medio de mantener sus mentes alejadas de que se les soltasen las amarras. Deberían creer que podrían regresar al mundo. Lo mismo que él, también debía creerlo.

—¡Tocar de oído! —dijo de pronto Grettir.

—¿Qué? ¿Señor?

—¡Tocar de oído! —repitió Grettir más fuertemente de lo que pretendía—. Simplemente estaba respondiendo a su pregunta. ¿Ha olvidado que me preguntó qué pensaba hacer?

—¡Oh, no, señor! —contestó Wang—. Sólo estaba pensando...

—Mantenga su mente en el trabajo —ordenó Grettir.

A continuación le dijo a Darl que se haría cargo de la situación.

Pronunció el código para activar el todos-apostaderos. Un sonido ascendente-descendente se produjo en cada camarote del *Sleipnir* y todas las pantallas emitieron una señal a cuadros grises y negros. A continuación, los avisos visuales y sonoros se apagaron y el capitán habló.

Habló durante dos minutos. Los hombres del puente daban la impresión de que las luces se habían apagado en sus cerebros. Era casi imposible aferrar el concepto del propio ser de uno fuera de su universo. Como resultaba difícil pensar que su amplio cosmos originario era sólo un «electrón» alrededor del núcleo de un «átomo». Si lo que el capitán decía era verdad (¿cómo podría serlo?), la nave estaba en el espacio entre los superátomos de una supermolécula de un superuniverso. Aunque sabían que el *Sleipnir* había viajado bajo los efectos de casi 300.000 veces la rapidez de la luz, no podían abarcar el concepto con los dedos de sus mentes. Se volvía humo y se escapaba.

Se emplearon diez minutos, hora de la nave, en girar y completar las maniobras que colocaban al *Sleipnir* en una órbita paralela pero exterior a la esfera secundaria, o, como pensaba de ella Grettir, «nuestro universo». Cedió su asiento a Darl y

comenzó a recorrer el puente de arriba abajo, mientras vigilaba la pantalla de las estrellas.

Si los hombres estaban experimentando el efecto de la desviación, lo mantenían bajo control. Su capitán les había dicho que estaban retrocediendo, no que estaban haciendo un *intento* de reingreso. Habían soportado mucho con él y jamás les había fallado. Con esa confianza, podían soportar la agonía de la disolución.

Cuando el *Sleipnir* se estableció paralelamente a la esfera secundaria, el cuerpo de la Wellington volvía a doblar alrededor de la esfera principal y pasaba la pequeña esfera y la nave. Los brazos de su montañoso cuerpo estaban rígidamente extendidos a ambos lados y sus piernas completamente desplegadas. A la luz gris, su piel tenía un color negro azulado a causa de la ruptura de las venas y de las arterias. Su pelo rojo, enrollado en un moño, parecía negro. Sus ojos, cada uno de los cuales era más grande que el puente del *Sleipnir*, estaban abiertos, hinchados por coágulos de sangre negra. Sus labios aparecían retirados hacia atrás en una mueca y sus dientes eran como ranuras de puertas manchadas de hollín.

Siempre en rotación, dejó atrás la esfera y la nave.

Wang informó que había tres «sombras» en la superficie de la esfera principal. Marchaban al mismo paso que el cadáver y la esfera secundaria y la nave. Al amplificarse en la pantalla del mamparo del puente, cada «sombra» se convirtió en la silueta de cada uno de los tres cuerpos en órbita. Las sombras solamente tenían un matiz más oscuro que la superficie y estaban originadas por un pliegue cambiante de la corteza de la principal. La superficie sobresalía a lo largo de los bordes de las sombras y formaba una depresión poco profunda dentro de los mismos.

Si la sombra del *Sleipnir* era una verdadera indicación de la forma del navío, el *Sleipnir* había perdido su apariencia de aguja y era un huso grueso en ambos extremos y estrecho en el centro.

Cuando el cadáver de la señora Wellington pasó por la esfera pequeña y por la nave, su sombra o «impresión» se invirtió. Donde había estado la cabeza de la sombra, ahora estaban los pies, y viceversa.

Desapareció al doblar la curva de la esfera principal y, al regresar por el otro lado, su sombra volvía a tener su «verdadero» reflejo.

Permaneció así hasta que volvió a dejar atrás el globo secundario, después de lo cual la sombra se invirtió una vez más.

Grettir había sido informado de que en el espacio no parecía existir absolutamente materia aparte de las esferas. No había ningún átomo o partícula detectable. Por otra parte, a despecho de la carencia de radiación, la temperatura del casco y de diez metros al otro lado del casco, fluctuaba más o menos entre los setenta y los veinte grados Fahrenheit.

IV

Después de tres órbitas, Grettir supo que la nave había disminuido de tamaño considerablemente. O que la esfera pequeña había aumentado. O bien que ambos cambios se habían producido. Además, en la pantalla visual, la esfera secundaria aparecía de forma distinta y se había convertido en un grueso disco en la primera circunvalación de la nave para establecer su órbita.

Grettir estaba tratando de encajar todo aquello y pensando en llamar a Van Voorden, el jefe del equipo físico, cuando el cadáver de la Wellington terminó de dar otra vuelta alrededor de la esfera principal. El cuerpo alcanzó a los otros satélites y por un momento la esfera principal, la secundaria y el *Sleipnir* estuvieron alineados, como ensartados en una invisible cuerda.

De repente, la secundaria y el cadáver saltaron una hacia el otro.

Cesaron de moverse cuando se encontraban montados un cuarto de kilómetro. La esfera secundaria volvió a cobrar su forma globular tan pronto como consiguió su nueva órbita. Los brazos y las piernas de la señora Wellington, durante este cambio de posición, se movieron como si hubiese vuelto a vivir. Sus brazos se cruzaron sobre su pecho y sus piernas se encogieron de forma que sus muslos estaban contra su estómago.

Grettir llamó a Van Voorden. El físico dijo: —En esta parte de la nave hasta el paje de escoba, si es que lo tenemos, sabe lo mucho que estoy haciendo sobre lo que sucede o lo que se puede esperar... Los datos, tal cual se presentan, son demasiado inadecuados y confusos. Sólo puedo sugerir que se produjo un intercambio de energía entre la Wellington y la secundaria.

—¿Un salto de cuantos? Si eso es así, ¿por qué la nave no ha experimentado una pérdida o una ganancia?

Darl intervino:

—Perdón, sir. Lo hizo. Hubo una pérdida de cincuenta megakilovatios en cero coma ocho segundos.

Van Voorden añadió:

—Quizás el *Sleipnir* disminuyó en tamaño relativo al decrecer su velocidad. O puede ser que la velocidad no tenga nada que ver con la cuestión o sólo parcialmente... Quizás el cambio en las relaciones mutuas espaciales entre cuerpos origine otras mutaciones. Por lo que se refiere a forma, tamaño y transferencia de energía... No lo sé, ¿cuál es ahora el tamaño del cadáver de la mujer con relación a la nave?

—Las medidas del radar señalan que es ochenta y tres veces más grande. Está aumentando o nosotros disminuimos...

Los ojos de Van Voorden se abrieron de par en par. Grettir le dio las gracias y cortó la comunicación. Ordenó que el *Sleipnir* se colocase exactamente en la misma órbita de la esfera secundaria, pero diez dekámetros delante.

Van Voorden volvió a llamar:

—El salto tuvo lugar cuando estábamos en línea con los otros tres cuerpos. Puede ser que el *Sleipner* actúe en cierto modo como *catalizador geométrico* bajo determinadas condiciones. Naturalmente, es sólo una analogía...

Wang alimentó verbalmente la orden en el computador de su tablero de control de muñeca. El *Sleipnir* estuvo pronto trepidando delante de la esfera. El radar informó que la nave y la secundaria tenían ahora el mismo tamaño. El cadáver volvía a regresar de su vuelta alrededor de la esfera principal y seguía teniendo el mismo tamaño relativo que antes.

Grettir ordenó que el buque girase en redondo, de forma que la proa quedase mirando a la esfera. Realizado esto, redujo la velocidad. El retropropulsor los frenó mientras las tracciones laterales reajustaron las fuerzas para mantener la nave en la misma órbita. Como la esfera primaria no ejercía ningún tipo de atracción sobre el *Sleipnir*, la nave tenía que permanecer en órbita por medio de un constante reequilibrio de tracciones. La esfera, ahora hinchada como un globo, avanzaba lentamente hacia la nave.

—El radar indica que estamos haciendo veintiséis coma seis decámetros por segundo en relación con la esfera primaria —dijo Wang—. El colador de energía indica que marchamos a veinticinco mil veces la velocidad de la luz. Dicho sea de paso, esto no guarda proporción con nuestra velocidad al abandonar nuestro mundo.

—Más frenaje —ordenó Grettir—. Reducir a quince decámetros.

La esfera engrosada llenó la pantalla y Grettir, involuntariamente, braceó por el impacto, aunque estaba tan lejos de esperarlo que no se había atado a su asiento. No había habido el menor choque cuando la nave se había abierto camino a través de la «piel» del universo.

Le habían hablado de la distorsión del buque cuando abandonaron el universo, por eso no se sorprendió demasiado. Sin embargo, no pudo evitar sentirse temeroso y aturdido cuando la parte frontal del puente aumentó bruscamente y a continuación se rizó. Pantalla, mamparos, cubierta y tripulación se agitaron como si estuviesen mecidos por un fuerte viento. Grettir sintió como si estuviesen siendo plegados en mil diferentes ángulos al mismo tiempo.

Entonces Wang gritó y los demás repitieron su grito. Wang se alzó de su asiento y colocó sus manos ante él. Grettir, que estaba detrás y hacia un lado, se quedó helado al ver docenas de pequeños objetos, del tamaño de luciérnagas, brillando y deslizándose a través de la pantalla de estrellas y del mamparo, y dirigiéndose hacia él. Salió de su parálisis a tiempo de librarse de una menuda bola de resplandeciente blancura.

Pero otra golpeó su frente y le obligó a emitir un quejido.

Una astilla de los Cuerpos pasó a su lado. Algunas eran blancas, otras azules, grises y también de color topacio. Estaban por todos los niveles, encima de su cabeza, a la altura de su cintura y alguna rozaba el puente. Se agachó para dejar pasar a dos y cuando lo hizo, vio a Nagy, el oficial de comunicaciones, inclinarse y vomitar. La

sustancia se disparaba de su boca y alcanzó uno de los pequeños brillos, apagándolo con un chisporroteo de humo.

Entonces, la parte de proa del puente recobró su solidez y la consistencia de su forma. Ya no circulaban más objetos ardientes.

Grettir se volvió para ver los mamparos de popa del puente que temblaban en el despenar de la onda. También ellos recuperaron la normalidad. Grettir voceó el código de «emergencia» y pudo hacerse cargo del control de Wang, que estaba gritando de dolor. Dirigió la nave para que cambiase su curso hacia una dirección «vertical ascendente».

No se produjo la sensación de subida a causa del campo-g artificial reajustado dentro de la nave. De repente, la panel de proa del puente volvió a sufrir una distorsión y la ondulación alcanzó la textura del barco y también a su tripulación.

La pantalla de estrellas, que no había estado mostrando nada más que la oscuridad del espacio, brilló con unas cuantas estrellas, desplazando hacia una esquina a la esfera gris grande y a la luz crepuscular. Grettir, luchando contra el dolor de su frente y contra la náusea, dio otra orden. Transcurrieron posiblemente unos treinta segundos y después el *Sleipnir* comenzó el giro que le haría retroceder a una órbita paralela a la esfera secundaria.

Grettir, al darse cuenta de lo que estaba sucediendo inmediatamente después de ser quemado, había hecho retroceder al *Sleipnir* fuera del universo. Hizo un llamamiento a los guardamarines y al doctor Wills y después ayudó a Wang en su asiento. Había un olor a carne y pelo quemado en el puente, que el sistema de aire acondicionado aún no había conseguido extraer. La cara y las manos de Wang estaban quemadas en cinco o seis lugares y parte de su tosco y largo pelo, en el lado derecho de su cabeza, aparecía quemado.

Tres guardamarines y el doctor Wills llegaron corriendo por el puente. El doctor comenzó a aplicar una gelatina de pseudoproteína en la frente de Grettir, pero el capitán le ordenó que primero cuidase de Wang. Wills trabajó rápidamente y a continuación, después de extender la gelatina sobre las quemaduras de Wang y de colocar un vendaje de piel falsa sobre las llagas, trató al capitán. Tan pronto como colocaron la gelatina en su frente, Grettir sintió que su dolor se disipaba.

—Tercer grado —dijo Wills—. Fue una suerte que esas cosas, o lo que sean, no fuesen más grandes.

Grettir recogió su cigarro, que había caído en la cubierta cuando había visto a los objetos dispararse hacia él. El cigarro seguía encendido. A su lado yacía una brasa, inmediatamente ennegrecida. La recogió cautelosamente. Sintió calor pero pudo sostenerla sin demasiada incomodidad.

Grettir extendió su mano, con la palma hacia arriba, de forma que el doctor pudo ver la partícula de materia negra en ella. Era casi más pequeña que cuando flotaba en el puente a través de los momentáneamente «abiertos» intersticios de las moléculas que componían el casco del buque y los mamparos.

—Esto es *una galaxia*... —susurró.

El doctor Wills no comprendió nada.

—Una galaxia de nuestro universo —añadió Grettir.

Wills palideció y tragó saliva.

—¿Quiere usted decir?

Grettir asintió.

Wills dijo:

—Espero... que no del *nuestro*... ¡Una galaxia de la Tierra!

—Lo dudo... —contestó Grettir—. Estamos sobre el borde de los campos de estrellas más remotos, es decir, los que quedan más cerca de la «piel» de nuestro universo. Pero si continuamos marchando...

Wills movió su cabeza. Billones de estrellas, posiblemente millones de habitables y por lo tanto habitados planetas, estaban en aquella pequeña bola de fuego, ahora fría y colapsada. Trillones de seres sensibles y un número inimaginable de animales habían muerto cuando su mundo colisionó con la frente de Grettir.

Wang, informado de la verdadera causa de sus quemaduras, cayó enfermo de nuevo. Grettir ordenó que lo llevaran a la enfermería y que le sustituyese Gómez. Van Voorden entró en el puente. Dijo: —Supongo que nuestro principal objetivo tiene que ser el regreso.

¿Pero no podemos hacer una tentativa para penetrar en el núcleo de la esfera principal? ¿Habrá usted comprobado que un asombroso...?

Grettir le interrumpió:

—Lo he comprobado. Pero nuestro combustible supletorio es pequeño, muy pequeño. Quiero decir, si tenemos que recorrer un largo camino para poder volver a la base, después de retroceder a través de la «piel». Puede resultar demasiado largo... No me atrevo a aumentar la velocidad durante el regreso a causa de nuestro tamaño. Podría ser peligroso. No me quiero cepillar más galaxias. Dios sabe los problemas psicológicos que nos van a atormentar cuando la culpabilidad nos asalte. Ahora mismo estamos como entumecidos... ¡No! ¡No vamos a hacer ninguna exploración!

—¡Pero puede que no nos sean permitidas futuras investigaciones! —exclamó Van Voorden—. Resulta demasiado peligroso para el universo autorizar las exploraciones de naves como la nuestra...

—Exactamente —contestó Grettir—. Simpatizo con su deseo de científico, pero la seguridad de la nave y de la tripulación es lo primero.

Además, creo que si ordeno una exploración tendré un motín en las manos. Y no puedo reprochárselo a mis hombres. Dígame, Van Voorden, ¿no tiene una sensación de disociación...?

Van Voorden asintió y dijo:

—Pero estoy dispuesto a luchar contra ella. Hay tanto...

—Tanto que descubrir... —terminó Grettir—. Estoy de acuerdo. Pero las autoridades tienen que determinar si eso puede ser realizable...

Grettir lo despidió. Van Voorden se alejó. Pero no daba la impresión de un gran descontento. Grettir pensó que, secretamente, se sentía aliviado por la decisión del capitán. Van Voorden había hecho su protesta por amor a la ciencia. Pero como ser humano, deseaba ardientemente volver «al hogar».

V

Al concluirse la maniobra ordenada, el *Sleipnir* estaba en la misma órbita que el universo, pero veinte kilómetros hacia adelante y otra vez dirigido hacia él. Como no existía ninguna atracción entre la nave y la esfera principal, el *Sleipnir* tenía que utilizar energía para mantener la órbita. Se requería un delicado reajuste de la tracción lateral.

Grettir ordenó que se aplicase el freno. La esfera creció en la pantalla de estrellas y después fue solamente una superficie gris desplegada. Para los visores, la superficie no parecía girar, pero el radar había determinado que el globo completaba una revolución sobre su eje polar una vez cada treinta y tres segundos.

A Grettir no le gustaba pensar en las implicaciones de tal hecho.

Indudablemente Van Voorden también había recibido el informe, pero no había dado un paso para comunicárselo al capitán. Quizás, al igual que Grettir, creía que cuanto menos se pensase en ello mejor.

La pantalla mostró, en forma de silueta, los relativos tamaños de las esferas que se aproximaban y de la nave. La pelota de baloncesto era el universo y el mondadientes era el *Sleipnir*. Grettir esperaba que su reducción bastaría para evitar estragos en más galaxias.

Inmediatamente después de que la nave penetrase en la «piel», el *Sleipnir* volvería a ser frenado, así disminuiría más aún. Posiblemente habría bastante distancia entre «la piel» y el borde de los campos de estrellas más próximos.

—¡Ya vamos! —exclamó Grettir, observando la pantalla, que indicaba en metros el boquete entre la nave y la esfera.

Se produjo un estruendo y un gemido. La cubierta se inclinó, luego giró a babor. Grettir fue lanzado hacia cubierta, rodó una y otra vez, y fue a dar con un ruidoso impacto contra un mamparo. Quedó aturdido durante un momento y, cuando se recobraba, la nave había recuperado su posición normal. Gómez había vuelto a nivelar el buque. Tenía la costumbre de atarse en el asiento del piloto, aunque las reglas no lo exigían a menos que el capitán lo ordenase.

Grettir pidió un informe sobre los daños y, mientras lo esperaba, llamó a Van Voorden. El físico sangraba a causa de un corte en la frente.

—Obviamente —dijo—, se requiere determinada fuerza para penetrar el tegumento exterior o la energía protectora, o lo que sea, que rodea el universo. No la

poseemos. De forma...

—La cuestión presenta todo un problema —dijo Grettir—. Si aumentamos la rapidez para abrirnos paso, nos volveremos demasiado grandes y podemos destruir galaxias enteras. Si vamos demasiado lento, no podemos atravesar... —hizo una pausa y después continuó—. Pienso que solamente existe un método. Pero ignoro sus consecuencias, que podrían ser desastrosas. No para nosotros, sino para el universo.

No estoy seguro de poder cargar con tal responsabilidad...

Hubo un silencio tan grande que Van Voorden no pudo contenerse: —¿Y bien?

—¿Cree que si hacemos un agujero en la «piel», la ruptura supondrá una especie de trauma o de disturbio cósmico?

—¿Quiere practicar un agujero en la «piel»? —preguntó Van Voorden, lentamente. Su tez estaba pálida, pero ya tenía ese color antes de que Grettir le hiciese la pregunta. Grettir se preguntó si Van Voorden no estaría comenzando a caer bajo los efectos de la disociación.

—¡Déjelo! —dijo Grettir—. No debí haberle hecho esa pregunta. No puede conocer los efectos más que los demás... Pido disculpas. Quizás traté de repartir con usted la responsabilidad si algo saliese equivocado... ¡Olvídelo!

Van Voorden se le quedó mirando y todavía se le veía descolorido cuando Grettir apagó la imagen. El capitán comenzó a pasearse de arriba a abajo, una vez pisó un menudo objeto negro en la cubierta y a continuación hizo una mueca al darse cuenta de que era demasiado tarde para tener cuidado. Millones de estrellas, billones de planetas y trillones de criaturas. Todo frío y muerto. Y si experimentaba aún más al intentar retroceder al cosmos natal, ¿qué pasaría? ¿El colapso universal?

Grettir dejó de pasear y dijo en voz alta: —Hemos atravesado la «piel» dos veces sin daño... ¡Intentaremos abrir el agujero!

Nadie le contestó, pero el aspecto de sus caras evidenciaba su alivio.

Quince minutos después, el *Sleipnir* estaba delante de la esfera, y mirándola. A continuación se mantuvo una invariable velocidad y distancia de la esfera durante varios minutos, mientras los rayos láser median la exacta longitud entre la punta del cañón y la superficie del globo.

El oficial jefe de tiro, Abdul White Eagle, preparó uno de los cañones de proa. Grettir espació la siguiente orden solamente unos segundos.

Apretó tanto sus dientes que casi partió el cigarro en dos, gruñendo en voz baja y después gritó:

—¡Fuego!

Darl transmitió la orden. El rayo se disparó, tocó la «piel» y se desvaneció.

La pantalla de estrellas mostró un agujero negro en la superficie gris, situado en el ecuador de la esfera. El agujero se alejó y se fue alrededor de la curva de la esfera. Exactamente treinta y tres segundos más tarde volvía a estar en su posición original. Se estaba encogiéndose.

Cuando se completaron cuatro rotaciones, el agujero se había cerrado sobre sí

mismo.

Grettir suspiró y secó el sudor de su frente. Darl informó que el agujero tendría el tamaño apropiado para la nave la segunda vez que hiciese su rotación. Después se volvería demasiado pequeño.

—Bien, atravesaremos durante la segunda rotación —dijo Grettir—. Active el compilador para una entrada automática. Una el cañón al compilador. No habrá ningún problema. Si el agujero se estrecha demasiado rápidamente lo ensancharemos con el cañón.

Oyó que Darl decía:

—¡Operación comenzada, señor!

Entretanto, Gómez hablaba en su cuadro de control. El rayo blanco brotó en forma de cono, voló contra la «protección» o «piel» y desapareció. Un círculo de oscuridad, tres veces mayor que el diámetro del barco, se produjo a continuación y luego se movió hacia un lado de la pantalla. Inmediatamente, bajo el control del compilador, la retropropulsión del *Sleipnir* se puso en acción. La esfera asomó; una pared gris llenó la pantalla. Luego, el borde del agujero salió a la vista y una oscuridad se desarrolló sobre la pantalla.

—Lo estamos consiguiendo —pensó Grettir—. El compilador no puede cometer una equivocación.

Miró a su alrededor. Ahora, los hombres del puente estaban atados a sus asientos. La mayoría de las caras estaban tensas, eran valientes y estaban bien disciplinados. Pero si sentían lo que él, y tenían que sentirlo, estaban ahogando un grito en su interior. No podrían soportar aquella «nostalgia» por más tiempo. Y después de que lo consiguieran y se volvieran a encontrar dentro del «útero», tendría que permitirles un comportamiento menos militarizado. Tenían que reír, charlar, gritar y también él...

La proa del *Sleipnir* pasó a través del agujero. Ahora, si nada estaba equivocado, no se necesitaría utilizar el cañón de proa. Pero era imposible que...

El claxon sonó. Darl gritó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Algo anda mal! El agujero se cierra con demasiada rapidez...

—¡Doble la rapidez! No... ¡Redúzcala a la mitad!

Incrementar la velocidad significaba un engrosamiento del tamaño del *Sleipnir*, pero también una contracción del eje longitudinal y un alargamiento del lateral. El *Sleipnir* atravesaría el agujero con mayor rapidez, pero al mismo tiempo se estrecharía el boquete entre su casco y los bordes del agujero.

Por el contrario, reducir la velocidad a la mitad, aunque volvía a la nave más pequeña en relación con el agujero, también aumentaba la distancia que tenía que cruzarse. Eso podría significar que los bordes continuarían rozando la nave.

En el momento presente, Grettir no sabía qué orden dar o si alguna orden tendría un efecto sobre su probabilidad de escapatoria. Sólo podía hacer lo que le parecía mejor.

La superficie agrisada salió del perímetro de la pantalla de estrellas.

Se produjo un chirrido de plástico partido que recorrió la nave, haciendo temblar los mamparos y la cubierta, así como un repentino impulso hacia delante de la tripulación, mientras sentían la inercia, luego una remisión al originarse el reajuste casi instantáneo del campo-g interno, que canceló los efectos externos.

Todo el mundo gritaba en el puente. Grettir se esforzó para permanecer callado. Observaba la pantalla de estrellas. Volvía a estar de color gris. La esfera grande se lanzaba a través de la pantalla.

En la esquina estaba la secundaria y después la huella de un pie gigante de un negro azulado. A continuación, más espacio gris y la rotación de otras esferas grandes en la distancia. De nuevo aparecía la esfera principal. Y la secundaria. También la mano de la Wellington como un malformado calamar del vacío.

Cuando Grettir volvió a ver el cadáver, supo que la nave había sido desviada de la esfera y se dirigía hacia el cuerpo sin vida. Sin embargo no esperaba una colisión. La velocidad orbital de la mujer muerta era más grande que la de la secundaria y que la del *Sleipnir*.

Grettir, al pedir un informe de daños, oyó lo que esperaba. La proa del *Sleipnir* había sido seccionada de la nave. Llevándose cuarenta y cinco hombres de la tripulación, estaba ahora dentro del «universo», dirigiéndose hacia un hogar que jamás alcanzaría. Los pasadizos que conducían a la parte cortada habían sido automáticamente sellados, por supuesto, así que no existía peligro de pérdida de aire.

Pero los retropropulsores también habían sido rebanados. El *Sleipnir* podía propulsarse hacia delante, pero no podía frenar, a menos que primero girase en redondo para presentar su popa en la dirección del movimiento.

VI

Grettir dio la orden de primero estabilizar la nave y después invertirla. MacCool contestó desde la sala de máquinas que, de momento, ninguna maniobra era posible. La colisión y la escisión de la nave habían originado averías en los circuitos de control. No sabía exactamente cuáles eran los trastornos, pero el detector de averías electrónico estaba escudriñando los circuitos. Un momento después, volvió á llamar para decir que el invento tampoco operaba adecuadamente y que las averías tenían que ser localizadas por sus hombres hasta que él aparato fuese reparado.

MacCool estaba inquieto. No podía cargar el hecho a la ruptura porque, teóricamente, no tenía por qué influir. El impacto y la pérdida de la parte de proa no tenía por qué ocasionar daños en el circuito operacional.

Grettir le dijo que hiciese lo que pudiese. Mientras tanto, la nave se, estaba cayendo y, obviamente, había sido apresada por el inmenso cadáver. Se había producido otro inexplicable intercambio de energía, posición y momento, y el

Sleipnir y la señora Wellington iban a colisionar.

Grettir se quitó las ataduras y comenzó a pasear de arriba a abajo por el puente. Aunque la nave estaba dando volteretas, el campo-g interno neutralizaba el efecto para la tripulación. La nave parecía nivelada y estable a menos que se mirase a la pantalla de estrellas.

Grettir pidió una computación de cuándo tendría lugar la colisión y con qué parte del cuerpo iba a tropezar el *Sleipnir*. Podría suponer una diferencia el que chocase con una parte dura o blanda. La diferencia no redundaría en daños para la nave, sino que afectaría al ángulo y velocidad de la vía de rebote. Grettir tenía que saber qué decisión tomar según los circuitos fuesen reparados antes o después de la convergencia.

Wang replicó que ya había pedido en la computadora una estimación del área de colisión si las condiciones seguían siendo las actuales.

Mientras hablaba, una tarjeta codificada salió de una ranura del mamparo. Wang la leyó y se la tendió a Grettir.

Grettir dijo:

—En otro momento me echaría a reír. Así que, literalmente, estamos volviendo al útero...

La tarjeta también indicaba que cuanto más próxima estuviese la nave al cuerpo de la Wellington, más lenta sería su velocidad. Sin embargo, el tamaño relativo de la nave, según informaba el radar, estaba decreciendo en proporción directa a su proximidad al cuerpo.

Gómez dijo:

—Creo que nosotros estamos bajo la influencia de esa... mujer, como si se hubiera convertido en un planeta y hubiese capturado un satélite. Nosotros. No posee ninguna atracción gravitacional ni ninguna carga en relación con la nave. Pero...

—Pero existen otros factores —terminó de decir Grettir—. Quizás se trate de relaciones espaciales que, en este «espacio», pueden ser el equivalente a la gravedad.

El *Sleipnir* estaba tan cerca que el cuerpo llenó por completo la pantalla de estrellas cuando la nave apuntaba hacia él. Primero, la enorme cabeza apareció a la vista. Los hinchados ojos llenos de sangre los miraban. La nariz se deslizó como la cuchilla de una guillotina. La boca les sonrió como si estuviese contenta de engullirlos. A continuación del cuello, como una columna de diorita despojada por la erosión de la roca más blanda. La hendidura de los agigantados y ennegrecidos pechos y el ombligo como el ojo de un ciclón.

Después se perdió de vista y la secundaria, la primaria, así como los lejanos gigantes cubiertos de gris, rodaron por la pantalla.

Grettir utilizó el todos-apostaderos para decir al personal que no estaba en el puente lo que sucedía.

—Tan pronto como MacCool localice la avería, seguiremos nuestro camino. Tenemos abundante potencia de repuesto, la suficiente para desalojar de nuestro rumbo a mil cadáveres. Siéntense bien sujetos. No se preocupen. Es sólo cuestión de tiempo.

Habló con una seguridad que no sentía, aunque no les mentía. Ni esperaba la menor reacción, positiva o negativa. Estaban tan entumecidos como él mismo. Sus mentes y todo su sistema nervioso carecían de reflejos, como si estuviesen paralizados.

Otra tarjeta salió disparada de la ranura del mamparo, una predicción revisada de impacto. Ya que a causa de la continua disminución de la nave, golpearía al cadáver casi en el centro muerto del ombligo. Un minuto después otra tarjeta predijo el impacto cerca del coxis. Una tercera tarjeta anunció que la colisión sería con la cima de la cabeza. Por fin, la cuarta, trasladó el choque a la parte inferior y frontal de la pierna derecha.

Grettir volvió a llamar a Van Voorden. La cara del físico asomó fluctuando a la superficie del tablero de control de muñeca de Grettir, pero se quedó estacionada en la pantalla auxiliar del mamparo. Eso proporcionó una perspectiva más amplia y mostró a Van Voorden, mirando a su tablero de control, en una pantalla de su camarote. Así se pudo ver el último informe de impacto en unas amplias y resplandecientes letras.

—Como las escrituras sobre el muro en la época del rey Baltasar —dijo Van Voorden—. Y yo soy un Daniel que se presenta a juicio. ¡De forma que vamos a tropezar con su pierna, je, je! Le vamos a hacer muchas cosquillas en la espinilla. ¡Je, je!

Grettir le miró sin comprender. Pocos segundos después, comprendió. Se trataba de un retruécano de Van Voorden. No se sorprendió de la veleidad del hombre en un momento tan grave. Era un modo de aliviar su profunda ansiedad y su aturdimiento. También podría significar que ya estaba fracturándose, dado que aquella salida no entraba en su carácter. Pero Grettir no podía hacer nada por él en aquel momento. Mientras el *Sleipnir* se acercaba al cadáver, continuaba disminuyendo. Sin embargo, la contracción no estaba sujeta a un porcentaje fijo, ni se podían predecir los momentos de la merma.

Operaba por instantes de dos a treinta segundos de duración y a intervalos irregulares. Por fin, cuando la tarjeta número trescientos salía de la ranura, se hizo evidente que, a menos que entrasen a formar parte nuevos factores, el *Sleipnir* caería en barrena dentro de la boca abierta. Mientras la cabeza de la mujer rotaba «hacia abajo», la nave pasaría a través del gran espacio entre los labios.

Y así fue. En la pantalla de estrellas apareció el labio inferior, una abultada cima arrugada por montañas y hoyada por valles. Manchas de lápiz de labios flotaban alrededor, en los tonos rojos y negros hawaianos. Un diente como un perico mellado desaparecía de vista.

El *Sleipnir* se asentaba lentamente en la oscuridad. Las paredes se disparaban hacia delante y hacia arriba. La oscuridad exterior atosigaba. Solamente era visible una parte del «cielo» gris, durante ese momento del trayecto en que la parte delantera de la pantalla de estrellas se dirigía hacia arriba. A continuación la abertura se convirtió en una línea gris, un ramal, y desapareció.

Extrañamente —¿o era tan extraordinario?— los oficiales y la tripulación perdieron su sensación de disociación. El estómago de Grettir se dilató con alivio. La terrible fragmentación se había ido. Ahora sentía como si algo hubiese sido atado, o vuelto a atar, a su ombligo.

Rubb, el psicólogo de la nave, informó que había hecho un reconocimiento a cada uno de los cincuenta hombres de la tripulación y que todos describían similares sensaciones.

A despecho de eso, el personal estaba libre tan sólo de una ansiedad, pero se encontraba muy lejos de estar fuera de peligro. La temperatura había aumentado lentamente desde que la nave había sido despedida de la esfera secundaria para dirigirse hacia el cadáver. El sistema de energía y de aire acondicionado había estabilizado el ascenso, en ochenta grados Fahrenheit, durante un rato. Pero la temperatura del casco seguía ascendiendo en progresión geométrica y el exterior del mismo estaba ahora en 2.500 kilocalorías. No existía peligro de fusión, sin embargo, ya que podía resistir hasta 56.000 kcal. El aire acondicionado exigía cada vez más potencia y después de treinta minutos, hora nave, Grettir dejó que la temperatura interior subiese a noventa y ocho coma dos grados Fahrenheit, para facilitar la resistencia.

Grettir ordenó a todos que se pusiesen sus trajes espaciales, con los que podían mantener una temperatura confortable. Justo cuando acababa de dar la orden, MacCool informó que había localizado la fuente del mal funcionamiento.

—¡Lo hizo esa mujer, la Wellington! —gritó—. ¡Se aseguró de custodiarlos! Insertó un colector, confeccionado con una subpartícula de monolito, en los circuitos. El colector tenía un cronómetro que operaba la desviación después de transcurrido cierto tiempo. Fue tan sólo una coincidencia que los circuitos se descompusiesen inmediatamente después de que falló el regreso a nuestro mundo...

VII

—¡Quería estar segura de que naufragaríamos si sus intenciones en la sala de máquinas se frustraban! —exclamó Grettir—. Será mejor que siga buscando otros microcolectores o artilugios de sabotaje...

La cara de MacCool aparecía alargada.

—Ahora mismo estamos preparados para funcionar... ¡Demonios! No podemos

malgastar ninguna energía, porque necesitamos toda la que poseemos para mantener baja la temperatura. Puedo utilizar alguna para eliminar el peligro de caída. Pero eso es todo.

—¡Olvídelo entonces! —dijo Grettir.

El capitán tomó contacto con Van Voorden, que parecía haberse recuperado. Confirmó la teoría de Grettir acerca del aumento de la temperatura. Era la rápida contracción de la nave lo que estaba originando la emisión de calor.

—¿Cómo resulta posible tal contracción? —preguntó Grettir—. ¿Es que los átomos de la nave y los de nuestros cuerpos corren peligro de acercarse? Si es así, ¿qué sucederá cuando entren en contacto?

—Hemos pasado ya ese punto de reducción —dijo Van Voorden—. Yo diría que nuestros propios átomos están contrayéndose también...

—¡Pero eso no es posible! —exclamó Grettir—. Olvide esa observación. ¿Qué es posible? Cuanto sucede es posible... —añadió el capitán.

Apagó la conexión y comenzó a pasear de arriba a abajo, deseando poder fumar un cigarrillo. Había intentado charlar sobre lo que el *Sleipnir* encontraría si conseguía retornar a su universo natal. A Grettir le parecía que el universo habría cambiado tanto que al abordar la nave nadie lo reconocería. Cada vez que la esfera secundaria, el universo actual, completaba una revolución sobre su eje, podrían haber transcurrido trillones e incluso cuatrillones de años Tierra. El Sol de la Tierra podía haberse convertido en un coágulo espacial sin luz, incluso quizás hubiesen desaparecido Tierra y Sol. El hombre que llegase a sobrevivir en otros planetas, ya no sería un *homo sapiens*.

Por otra parte, cuando el *Sleipnir* llegase a alcanzar una masa supercósmica en su camino fuera del universo, tal hecho podría tener un desastroso efecto sobre las demás masas del universo.

Aunque quizás ninguno de esos acontecimientos llegase a suceder.

Era muy posible que el tiempo en el interior de aquella esfera fuese absolutamente independiente del tiempo fuera de ella. La noción no resultaba tan fantástica. ¡Dios Todopoderoso! Hacía menos de setenta minutos que Donna Wellington había estado dentro de la nave. Ahora, la nave estaba dentro de ella.

¿Y qué sucedería cuando los electrones y los núcleos de los átomos que componían la nave y la tripulación llegasen a tomar contacto? ¿Una explosión?

¿O los elementos estaban contruidos por subelementos divisibles y se debilitarían al ir hacia el infinito interior? Pensó en las historias del siglo veinte, en la de un hombre contrayéndose hasta que las moléculas se convirtieron en racimos de soles. Los núcleos eran los soles y los electrones eran los planetas. Finalmente, el héroe se encontró sobre un planeta-electrón con atmósfera, ríos, llanuras, montañas, árboles, animales y aborígenes sensibles.

Esas historias eran tan sólo fantasías. La materia atómica se componía de *ondículas*, elementos que se podían describir en términos de ondas y de partículas. El

héroe parahomúnculo estaría en un cosmos tan aturdidor como el encontrado por la tripulación del *Sleipnir* al irrumpir en el extrauniverso espacial.

La fantasía que galopaba por el cielo de su mente, rápida como el *Sleipnir* primitivo, caballo de ocho piernas de Odín, Padre de Todos en la religión de sus antepasados, tenía que ser desechada. Donna Wellington no era una hembra Ymir, la gigante original de cuyo cadáver se había formado el mundo, siendo el cielo el cráneo, la sangre el mar, la carne la Tierra y los huesos las montañas.

No, el calor de la contracción se incrementaría hasta que los hombres se cociesen en sus trajes. Lo que después sucediese, ya no sería conocido por la tripulación y por lo tanto no tendría consecuencias.

—¡Capitán!

La cara de MacCool estaba en la pantalla auxiliar, que se mantenía funcionando para la sala de máquinas. MacCool anunció: —Estaremos preparados para marchar dentro de un minuto...

El sudor se mezclaba con las lágrimas, empañando la imagen de la cara del primer maquinista.

—Bien. Entonces iremos... —dijo Grettir.

Al cabo de cuatro minutos, el balanceo se había detenido. La nave se dirigía hacia arriba en dirección a la salida. La temperatura en el interior del *Sleipnir* comenzó a bajar, al ritmo de un grado Fahrenheit cada treinta segundos. La oscuridad se aliviaba por un hilo gris. El hilo se convirtió en una cinta y, después, la cinta pasó a ser los bordes de dos cadenas montañosas, una abajo y otra encima, que colgaba.

—Esta vez haremos un agujero más que suficiente... —anunció Grettir.

Van Voorden entró en el puente cuando el *Sleipnir* atravesaba la brecha.

Grettir le dijo:

—El agujero se cierra por sí solo más rápidamente que en la ocasión anterior. Por eso fue seccionada la proa. No sabíamos que cuanto mayor es el agujero, más se acelera la capacidad de cierre.

Van Voorden comentó:

—Tres mil seiscientos billones de años o incluso más... ¿Por qué molestarnos en volver al hogar cuando el hogar ya no existe?

—Quizás allí no ha pasado mucho tiempo... —dijo Grettir—. ¿No recuerda la clásica frase de Minkowski? *De aquí en adelante, el espacio en sí y el tiempo en sí se diluyen en meras sombras, y solamente una especie de unión entre los dos mantiene una existencia independiente.*

—Esta frase se puede aplicar al mundo interior a la esfera y a nuestro mundo de origen. Quizás *aquí fuera* la unión se disuelve de alguna forma, el matrimonio de espacio y tiempo se rompe. Posiblemente, en nuestro mundo natal ha pasado muy poco tiempo...

—Puede ser... —concedió Van Voorden—. Pero usted olvida una cosa, capitán. Si nuestro mundo no ha sido marcado por el tiempo mientras estuvimos viajando, nosotros sí hemos sido marcados.

Señalados por la falta de espacio y por la falta de tiempo. Jamás creeré en causa y efecto, ni volveré a creer en el orden cósmico. Siempre estaré lleno de sospechas y ansioso. Soy un hombre arruinado.

Grettir comenzó a responder pero no podía oír su propia voz. Los hombres y mujeres del puente estaban llorando, sollozando o riéndose de forma estridente. Más tarde, pensarían en el *allí fuera* como si hubiese sido una pesadilla e intentarían no volver a pensar en ello. Y si tenían que volver a enfrentarse con otras pesadillas, serían pesadillas ya conocidas...

TODOS USTEDES, LOS ZOMBIES...

Robert A. Heinlein

22.17 - *Tiempo Zona V (TO)* - 7 Nov. 1970 - Nueva York - «*Pops Place*»: Estaba limpiando una copa de coñac cuando entró la Madre Soltera.

Miré la hora: las diez y diecisiete minutos de la noche, tiempo de la zona cinco o tiempo oriental, 7 de noviembre de 1970. Los agentes temporales siempre se fijan en la hora y la fecha. Es nuestra obligación.

La Madre Soltera era un hombre de veinticinco años, no más alto que yo, rasgos infantiles y un carácter susceptible. No me gustaba su aspecto —ni me había gustado nunca—, pero yo estaba aquí para reclutarlo, era mi muchacho. Le obsequié con mi mejor sonrisa de tabernero.

Tal vez soy demasiado crítico. No era un homosexual. Su mote procedía de lo que él siempre contestaba cuando algún entrometido se interesaba por su vida: «Soy una madre soltera». Y si no se sentía demasiado violento, añadía: «A cuatro centavos la palabra. Escribo historias sentimentales».

Cuando se encontraba molesto, esperaba a que alguien interviniera.

Tenía un estilo de lucha mortal, como una mujer policía. Esa era una de las razones por la que yo lo buscaba, aunque no la única.

Se le veía bastante bebido y su rostro demostraba que despreciaba a la gente más de lo acostumbrado. Serví en silencio un doble de Old Underwear y dejé la botella al lado. Él vació el vaso y pidió más.

—¿Qué tal le van las cosas a la «Madre Soltera»? —pregunté mientras limpiaba la barra.

Sus dedos se aferraron al vaso y pensé que estaba a punto de echármelo a la cara. Automáticamente puse una mano sobre la cachiporra que tenía bajo el mostrador. En manipulación temporal se intenta tenerlo todo en cuenta; pero hay tantos factores que nunca se corren riesgos innecesarios.

Vi que se tranquilizaba un poco, ese poco que en la escuela de entrenamiento del departamento te enseñan a vigilar.

—Perdone —dije—. Sólo le pregunto cómo va el trabajo. O qué tiempo hace, para el caso da lo mismo.

—El trabajo va bien —respondió agriamente—. Yo escribo, ellos imprimen, yo como.

Me serví un poco de licor y me incliné hacia él.

—Reconozco que escribe cosas interesantes —dije—. He hojeado algunas. Tiene un toque sorprendente para el ángulo femenino.

Tenía que arriesgarme a ese paso en falso (él nunca había revelado los

seudónimos que usaba). Pero estaba muy excitado y sólo se fijó en las últimas palabras.

—¡El ángulo femenino! —repitió, y soltó una risotada—. Sí, conozco el ángulo femenino. A la fuerza.

—¿Ah, sí? ¿Tiene hermanas?

—No. Si se lo contara, no me creería.

—Bueno, bueno —respondí con suavidad— o Los camareros y los psiquiatras saben que nada es más extraño que la verdad. Mire, hijo, si supiera usted las historias que yo oigo... Bueno, se haría millonario.

Increíble.

—¡Usted no sabe qué quiere decir «increíble»!

—¿Ah, no? Nada me sorprende. Siempre he oído cosas peores.

—¿Se apuesta el resto de la botella? —Volvió a reírse.

—Me juego una botella nueva —ofrecí, y la puse sobre la barra.

Hice señas a mi otro camarero para que se ocupara de la clientela.

Estábamos en el extremo más alejado de la barra. Era un lugar con un solo taburete y el trozo de barra que había al lado siempre estaba lleno de huevos escabechados y otras tapas para que nadie pudiera sentarse allí. En el otro extremo del mostrador había algunas personas viendo el boxeo por TV y otro cliente ponía discos en la máquina. Estábamos, pues, en un sitio tan íntimo como una cama.

—De acuerdo —empezó—. En primer lugar, soy un bastardo.

—Aquí no hacemos descuento por eso.

—Hablo en serio. Mis padres no estaban casados.

—Nada del otro mundo. Tampoco los míos.

—Cuando... —Se interrumpió y me dedicó la primera mirada afectuosa desde que le conocía.

—¿No bromea?

—No. Soy un bastardo al cien por cien. Y para serle franco, nadie se casa en mi familia. Todos son bastardos. —Le enseñé mi anillo—. Parece de boda, pero lo llevo para que las mujeres no se acerquen. Es una antigüedad que compré en 1985 a un colega. Él lo había ido a buscar a la Creta precristiana. El gusano Ouroboros... La serpiente del mundo que se devora la cola eternamente. Es un símbolo de la Gran Paradoja.

Apenas miró el anillo.

—Si de verdad es usted un bastardo —dijo—, ya sabrá lo que se siente. Cuando yo era niña...

—¡Ep! ¿He oído bien?

—¿Quién está contando esta historia? Mire, ¿ha oído hablar de Christine Jorgensen? ¿O de Roberta Cowell?

—¡Oh, oh! ¿Cambios de sexo? ¿Pretende decirme que...?

—No interrumpa ni se me adelante, o no hablaré más. Me abandonaron en un

orfanato de Cleveland en 1945, cuando tenía un mes de vida. Cuando era pequeña, envidiaba a los niños que tenían padres. Luego, cuando empecé a conocer el sexo... y créame, Pop, en un orfanato se aprende muy deprisa...

—Lo sé.

—... juré solemnemente que ningún hijo mío tendría papá y mamá. Eso me mantuvo «pura», toda una proeza estando allí... Tuve que aprender a pelear para seguir así. Luego crecí y comprendí que tenía muy pocas posibilidades de casarme. Por la misma razón que nadie quiso adoptarme. —Fruunció la frente—. Tenía cara de caballo y dientes salientes, era lisa de pecho y de cabellos...

—No creo que tenga más cara de caballo que yo.

—¿A quién le importa el aspecto de un camarero? ¿O de un escritor? A la gente que desea adoptar los mejores pequeños bobos de ojos azules y pelo rubio. Y después, los chicos quieren pechos prominentes, una cara encantadora y un porte que despierte admiración. —Se encogió de hombros—. Yo no podía competir. Por eso decidí unirme a la R.A.M.E.R.A.

—¿Qué?

—Significa Red Auxiliar de Mujeres Enfermeras de la Reserva Asistencial, lo que ahora denominan Ángeles del Espacio: Auxiliares de Navegación, Grupo Extraterrestre de Legiones.

Conocía ambos términos. Antes me los sabía de memoria. Todavía usamos un tercer nombre, el de un cuerpo militar de élite también formado por mujeres: Grupo de Urgencia Auxiliar para Reconfortar y Reanimar a los Astronautas. El cambio de vocabulario es la mayor dificultad de los saltos en el tiempo. ¿Sabían que el término «estación de servicio» se refería en tiempos a un lugar donde vendían gasolina en pequeñas cantidades? Una vez, cuando cumplía una misión en la Era de Churchill, una mujer me dijo: «Nos veremos en la próxima estación de servicio»... que no es lo que parece, porque (entonces) una «estación de servicio» no habría tenido camas.

La Madre Soltera siguió hablando:

—Fue cuando admitieron por primera vez que no se podía enviar hombres al espacio por períodos de meses y años enteros y no aliviar la tensión que se producía. ¿Recuerda cuánto chillaron los puritanos?

Aquello mejoró mis posibilidades, puesto que las voluntarias escaseaban. Las candidatas debían ser respetables, preferiblemente vírgenes (les gustaba entrenarlas desde el principio), estar mentalmente por encima del término medio y ser emocionalmente estables. Pero la mayoría de voluntarias fueron viejas rameritas o mujeres neuróticas que no iban a durar ni diez días en cuanto salieran de la Tierra. Así que no tuve que preocuparme por mi aspecto. Si me aceptaban, me arreglarían la dentadura y el pelo, me enseñarían a caminar, a bailar, a escuchar a un hombre poniendo cara de agrado... y me entrenarían, claro, en los deberes fundamentales. Incluso me harían una operación de cirugía plástica si era preciso... Nada es demasiado bueno para nuestros chicos.

»Mejor todavía: se aseguraban de que no quedaras embarazada durante el tiempo de servicio, y al finalizar el mismo tenías una seguridad casi total de casarte. Es lo mismo que pasa ahora, los A.N.G.E.L.E.S. se casan con astronautas, conocen bien su oficio.

»Cuando tenía dieciocho años me mandaron a una casa como “asistente familiar”. Aquella familia quería simplemente una criada barata. Pero a mí no me importó, ya que no podía alistarme hasta cumplir los veintiún años. Hice trabajos domésticos y asistí a la escuela nocturna... fingiendo que deseaba mejorar mi taquigrafía y mecanografía, aunque en realidad mi única preocupación era mejorar mi atractivo y tener más posibilidades de que me aceptaran en la R.A.M.E.R.A.

»Luego conocí a aquel tipo de la capital y sus billetes de cien dólares. —Su mirada volvió a ser ceñuda—. Sí, aquel inútil tenía un montón de billetes de cien. Me los enseñó una noche, me dijo que eran para ayudarme.

»Pero no los acepté. Me gustaba aquel hombre. El primero que se mostraba agradable sin intentar hacer travesuras conmigo. Dejé de ir a la escuela nocturna para verle más a menudo. Fue la época más feliz de mi vida.

»Pero una noche fuimos al parque, y empezaron las travesuras.

—¿Y qué ocurrió? —pregunté al ver que callaba.

—¡No ocurrió *nada*! Nunca volví a verle. Me acompañó a casa, me dijo que me amaba... me dio un beso de buenas noches y jamás volvió.

¡Si volviera a encontrarle, le mataría!

—Comprendo tus sentimientos. Pero matarle... sólo por hacer algo que se basa en un instinto natural... Humm... ¿Se resistió usted?

—¿Eh? ¿Qué tiene que ver eso con lo sucedido?

—Bastante. Quizá él se merezca tener los dos brazos rotos por abandonarle, pero...

—¡Se merece mucho más todavía! Espere a que le cuente el resto de la historia. Me las arreglé para que nadie supiera lo que había sucedido y llegué a la conclusión de que todo había sido para bien. En realidad, no le amaba y posiblemente nunca amaría a nadie. Además, estaba ansiosa por entrar en la R.A.M.E.R.A., más ansiosa que nunca. Yo no estaba descalificada, puesto que ya no insistían en que las candidatas fueran vírgenes. Me sentía muy animada.

»No me di cuenta hasta que mis faldas empezaron a quedarse pequeñas.

—¿Estaba embarazada?

—¡Vaya jugarreta me había hecho! Los tacaños con los que yo vivía pasaron por alto mi estado hasta que dejé de serles útil. Después me echaron a patadas y ya no podía volver al orfanato. Acabé en un hospital de caridad, rodeada de grandes barrigas como la mía, y me ocupé de los orinales hasta que me llegó la hora.

»Una noche me encontré en la mesa de operaciones, con una enfermera que me decía: “Relájese. Respire profundamente”.

»Cuando desperté estaba en una cama y me sentí entumecida del pecho para

abajo. Entonces entró mi médico. “¿Qué tal se encuentra?”, me preguntó con aire jovial.

»“Como una momia”, respondí.

»“Naturalmente. Le hemos vendado como si fuera una momia y le hemos administrado muchos calmantes para mantenerla entumecida. Se pondrá bien... pero una cesárea no es igual que una cutícula inflamada”.

»“¿Una cesárea?”, dije yo. “Doctor... ¿He perdido el niño?”.

»“¡Oh, no! La criatura está muy bien”.

»“¿Es chico o chica?”.

»“Es una niña muy saludable. Pesa tres kilos”.

»Me tranquilicé. Haber tenido una hija es... es importante. En aquel momento pensé irme a alguna parte, convertirme en una “señora” y dejar que la niña pensara que su papá había muerto. ¡No quería ningún orfanato para *mi* hija!

»Pero el médico seguía hablando. “Dígame, señora... eh...”. Había olvidado mi apellido... o lo sabía y no quiso meter la pata. “¿Sabía que su estructura glandular es... muy extraña?”.

»“¿Cómo dice? Claro que no lo sabía. ¿Qué pretende decirme?”.

»El cirujano no sabía cómo explicarse. “Voy a darle esto y luego le pondré una inyección para que duerma y calme sus nervios. Porque es evidente que va a ponerse nerviosa”.

»“¿Por qué?”, pregunté.

»“¿Ha oído hablar de ese médico escocés que fue mujer hasta cumplir los treinta y cinco años? Luego fue sometido a una operación quirúrgica y se convirtió, legal y médicamente, en un hombre. Y se casó. No hubo problemas”.

»“¿Y qué tiene que ver eso conmigo?”.

»“Es lo que pretendo explicarle. Usted es un hombre”.

»Traté de incorporarme en la cama. “¿Qué ha dicho?”.

»“Tómeselo con calma. Cuando efectué la cesárea me encontré con una confusión de órganos. Mandé llamar al cirujano en jefe mientras sacaba a la niña, y sostuvimos un cambio de impresiones. Usted seguía en la mesa de operaciones, claro está. Hemos estado trabajando varias horas, esforzándonos al máximo con usted. Encontramos dos estructuras orgánicas, ambas inmaduras, pero con la femenina lo bastante desarrollada para que usted pudiera tener un hijo. Era algo que no volvería a serle de utilidad, así que la extirpamos y lo dejamos todo de forma que usted, pueda desarrollarse adecuadamente como hombre.” Me puso la mano en el hombro. “No se preocupe. Usted es joven, sus huesos se adaptarán, vigilaremos su equilibrio glandular... y haremos de usted un hombre joven”.

»Me puse a llorar. “¿Y qué me dice de mi hija?”.

»“Bueno, no podrá criarla. Usted no tiene leche suficiente para una recién nacida. Si estuviera en su caso, yo... miraría de que la adoptaran”.

»“¡No!”.

»El médico se encogió de hombros. “La decisión le corresponde a usted, como madre que es de la niña... o como padre. Pero ahora no se preocupe. Lo principal es que usted se restablezca”.

»El día siguiente me enseñaron a la niña y la vi a diario... intentando acostumbrarme a ella. Nunca había visto a un recién nacido y no podía imaginarme lo horribles que son. Mi hija me parecía un mono de color anaranjado. Pero estaba resuelta a hacer todo lo necesario por ella. Pasaron cuatro semanas y mis buenas intenciones perdieron todo su significado.

—¿Cómo dice?

—La raptaron.

—¿La raptaron?

La Madre Soltera estuvo a punto de aplastar la botella que nos habíamos apostado.

—La secuestraron... ¡Se la llevaron del hospital! —Hablaban casi sin poder respirar—. ¿Qué le parece? Arrebatarse a un hombre la última razón que le impulsa a vivir...

—Desesperante. Permita que le sirva otro vaso. ¿No hubo pistas de los secuestradores?

—La policía no sacó nada en claro. Alguien se presentó para verla, haciéndose pasar por un tío de la niña. Y se la llevó mientras la enfermera estaba de espaldas.

—¿Una descripción?

—Un hombre de rostro similar al suyo o al mío. Nada más. Pienso que se trataba del padre de la niña. La enfermera juró que era un hombre de edad, aunque probablemente iba maquillado. ¿Qué otra persona podría robarme a mi hija? Hay mujeres sin hijos que hacen cosas así... pero nadie conoce un solo caso en que el secuestrador haya sido un hombre.

—¿Y qué fue de usted después del rapto?

—Estuve otros once meses en aquel lugar siniestro y sufrí tres operaciones. Al cabo de cuatro meses me empezó a crecer la barba, y me afeitaba con regularidad antes de salir del hospital. Ya no tenía duda alguna de que era un hombre. —Sonrió irónicamente—. Incluso me atraían los escotes de las enfermeras.

—Bien, creo que usted superó el trance —opiné—. Aquí está, un hombre normal que se gana bien la vida y sin problemas graves.

Además, la vida de una mujer no tiene nada de fácil.

—¡Usted sabe mucho!

—¿Ah, sí?

—¿Ha oído alguna vez la expresión «una mujer destrozada»?

—Bueno... Sí, hace varios años. No significa demasiado en la actualidad.

—Yo estaba tan destrozado como pudiera estarlo una mujer.

Aquello fue una bomba que me destrozó *por completo*... Había dejado de ser una mujer... y no sabía *cómo* ser un hombre.

—Supongo que es difícil acostumbrarse.

—No tiene ni la más mínima idea. No estoy hablando de aprender a vestirse o de no confundir el lavabo de señoras con el de caballeros.

Todos esos detalles los aprendí en el hospital. El problema era cómo *vivir*. ¿Qué trabajo podía conseguir? Diablos, ni siquiera sabía conducir.

No tenía oficio alguno y no podía dedicarme a labores manuales. Tenía demasiadas cicatrices, una piel demasiado blanda.

»Odié a aquel hombre por haber destrozado mi vida, por haber impedido que me presentara a R.A.M.E.R.A. Pero ese odio no surgió hasta que traté de entrar en el Cuerpo Espacial. Una sola mirada a mi barriga bastaba para que me declararan inútil para el servicio militar.

El oficial médico perdió algún tiempo conmigo, simplemente por curiosidad. Ya tenía noticias de mi caso.

»En estas circunstancias, cambié mi apellido y me trasladé a Nueva York. Conseguí trabajo como cocinero de segunda, y luego alquilé una máquina de escribir para mecanografiar manuscritos a domicilio... ¡Y qué éxito tuve! En cuatro meses mecanografié cuatro cartas y un manuscrito. Este último era para *Historias de la Vida Real* y fue un auténtico derroche de papel, pero el imbécil que lo escribió logró venderlo. Y eso me dio una idea.

»Compré un montón de revistas sentimentales y las estudié. —Adoptó una expresión cínica—. Ahora ya sabe que ese auténtico ángulo de mujer de mis relatos procede de la historia de una madre soltera...

Es la única versión que no he vendido a los editores: la versión real.

¿Me he ganado la botella?

Le acerqué el licor. Me sentía trastornado, pero tenía un trabajo que hacer.

—Hijo —expuse—, ¿sigue deseando echarle el guante a ese tipo?

Sus ojos parecieron arder. Tenía una mirada salvaje.

—¡Un momento! —dije—. ¿Sería *capaz* de matarle?

—Haga la prueba —contestó. Y luego sonrió maliciosamente.

—Tómeselo con calma. Conozco este asunto más de lo que usted se piensa. Puedo ayudarle. Sé dónde está él.

—¿Dónde está? —exclamó abalanzándose hacia mí.

—Suélteme la camisa, hijo —dije sin levantar la voz—. O le dejaremos en el callejón y explicaremos a los polizontes que usted se desmayó. —Le enseñé la cachiporra.

—Perdone. —Me soltó—. Pero ¿dónde está ese hombre? ¿Y cómo es que sabe usted tantas cosas?

—Todo a su tiempo. Hay muchos archivos... Los del hospital, los del orfanato, los expedientes médicos... La directora de su orfanato era la señora Fetherage, ¿correcto? Después fue sustituida por la señora Gruenstein, ¿correcto? Cuando era una mujer, usted se llamaba “Jane”, ¿correcto? Y de todo esto no me ha dicho una

sola palabra, ¿correcto?

Se quedó sorprendido y un poco asustado.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó—. ¿Trata de crearme problemas?

—No, de verdad que no. Sólo trato de ayudarle. Puedo poner en sus manos a ese tipo. Usted podrá hacer lo que mejor le parezca... y le garantizo que no habrá complicaciones de ningún tipo. Pero no creo que vaya usted a matarle. Sería una actitud propia de un loco... y usted no lo está. En absoluto.

—Basta de charla. ¿*Dónde está?*

Le serví un poco más de bebida. Estaba borracho, pero la cólera superaba la borrachera.

—No tan deprisa —dije—. Haré algo por usted... si usted hace algo por mí.

—¿Eh? ¿Qué quiere que haga?

—A usted no le gusta su trabajo. ¿Qué le parecería un buen sueldo, un empleo fijo, todos los gastos pagados, siendo usted su único jefe y pudiendo gozar de variedad y aventuras?

—Me parecería algo así como la gallina de los huevos de oro. No diga tonterías, Pop. Ese empleo no existe.

—Muy bien, se lo diré de otra forma. Le entrego al tipo, ajusta cuentas con él y prueba el trabajo que le ofrezco. En el caso de que no reúna las características que he enumerado... bueno, no podré retenerle.

Se tambaleaba. El último trago era el culpable.

—¿Cuándo me traerá a ese hombre? —preguntó con la típica voz del que ha bebido demasiado.

—Si acepta el trato... *¡ahora mismo!*

—Acepto el trato. —Y alargó su mano derecha.

Ordené a mi ayudante que vigilara la barra, miré la hora —23.00— y me dirigí hacia la puerta del almacén. En ese mismo instante empezó a sonar «*¡Soy mi propio abuelo!*» en el tocadiscos automático. El encargado de la máquina tenía órdenes para colocar exclusivamente en ella discos clásicos y del folklore americano, puesto que yo no trago la «música» de 1970. Pero no sabía que aquel disco estaba allí.

—¡Apaga eso! —grité—. Devuelve el dinero al cliente. Voy al almacén. Volveré enseguida.

Y entré en el almacén seguido de la Madre Soltera. Al final del pasillo, frente a los retretes, había una puerta metálica que sólo mi socio y yo podíamos abrir. Y en el interior había otra puerta que daba a una habitación. La única llave disponible estaba en mi poder. Entramos los dos. Mi acompañante miró con ojos nublados por el alcohol aquellas paredes sin ventanas.

—¿Dónde está ese hombre? —inquirió.

—No se impaciente.

Abrí una maleta, el único objeto que había en la habitación. Era una unidad portátil de transformación de coordenadas, serie 1992, modelo II. Una maravilla:

carente de partes móviles, veintitrés kilos de peso a plena carga y construido de modo que pudiera hacerse pasar por una maleta. Yo la había ajustado precisamente aquel mismo día. Todo lo que debía hacer era desplegar la red metálica que limita el campo de transformación. Y así lo hice.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una máquina del tiempo —contesté y extendí la red a nuestro alrededor.

—¡Hey! —exclamó, y retrocedió.

Existe una técnica para efectuar esta operación. La red debe desplegarse de modo que el sujeto retroceda instintivamente *hacia* la trama metálica. Y entonces se cierra la red, que envolverá a las dos personas por entero. De otra forma, existiría el riesgo de abandonar en el lugar de origen las suelas de los zapatos o un trozo del pie, o de arrancar parte del suelo. Pero ése es todo el cuidado que hay que tener.

Algunos agentes se valen de engaños para que el sujeto entre en la red.

Yo me limito a decir la verdad y aprovecho el instante de asombro que sigue para accionar el interruptor. Y así lo hice en aquella ocasión.

10.30 - VI - 3 abril 1963 - Cleveland - Ohio - Edificio Apex:

—¡Hey! —repitió.

—¡Quite esta maldita cosa!

—Lo siento —dije, e hice lo que pedía. La red desapareció y cerré la maleta—. Dijo que deseaba encontrar a ese hombre.

—Pero... ¡Usted me dijo que eso era una máquina del tiempo!

—¿Le parece que estemos en noviembre? —pregunté al tiempo que señalaba una ventana—. ¿O que esto sea Nueva York?

Mientras él se quedaba boquiabierto contemplando la vegetación floreciente y la esplendorosa primavera, volví a abrir la maleta. Saqué un fajo de billetes de cien dólares y comprobé que los números y las firmas fueran compatibles con 1963. Al Departamento Temporal no le importa lo que gastes (ese dinero no cuesta nada) pero no gusta de anacronismos innecesarios. Si cometes demasiados errores, una corte marcial te exiliará por un año en un período poco agradable —1974, por ejemplo— con su racionamiento estricto y trabajos forzados. Nunca cometo ese tipo de errores. El dinero estaba perfectamente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mi acompañante.

—Él está aquí. Salga y búsquele. Aquí tiene dinero para gastos. —Le di los billetes y añadí—: Ajústele las cuentas. Luego le recogeré.

Los billetes de cien dólares ejercen un efecto hipnótico en una persona que no está acostumbrada a ellos. Los contó con una expresión de incredulidad en el rostro mientras le acompañé al pasillo. Volví a entrar a la habitación y cerré la puerta con llave. El siguiente salto fue muy fácil, un simple cambio en la misma era.

11.00 - VI - 10 marzo 1964 - Cleveland - Edificio Apex: Había una nota debajo de la puerta diciendo que mi alquiler expiraba la semana próxima. Por lo demás, la habitación tenía el mismo aspecto que un instante antes. En el exterior, los árboles habían perdido sus hojas y amenazaba con nevar. Debía apresurarme. Cogí dinero de la época, chaqueta, sombrero y abrigo (todo lo había dejado allí en el momento de alquilar la habitación). Después alquilé un coche y fui al hospital.

Estuve veinte minutos aburriendo a la enfermera, hasta que pude llevarme a la niña sin que me viera. Volvimos al edificio Apex. El siguiente salto en el tiempo resultó más complicado, ya que el edificio todavía no existía en 1945. Pero ya había tenido en cuenta este detalle.

00.10 - VI - 20 sept. 1945 - Cleveland - Motel Skyview: La unidad de transformación, la niña y yo llegamos a un motel situado en las afueras de la ciudad. Antes me había registrado como «Gregory Johnson, Warren, Ohio». Cortinas, ventanas y puertas estaban cerradas y todo el mobiliario apartado a un lado, de modo que el aparato dispusiera de un cierto margen de error. Siempre corres el riesgo de darte un buen coscorrón con una silla que no debía estar donde está. Y no por la silla, claro, sino por el retroceso del campo de fuerza.

No hubo ningún problema. Jane dormía profundamente. La saqué del motel, la metí en una caja de cartón y puse ésta en el asiento de un coche que había alquilado antes. Después conduje el vehículo hasta el orfanato, dejé a la niña en las escaleras de entrada y me fui hasta una «estación de servicio» situada a dos manzanas de distancia. (Recuerden que «estación de servicio» era entonces el lugar donde vendían gasolina). Desde allí telefoneé al orfanato y regresé a tiempo para ver cómo recogían a Jane. A continuación volví al motel y abandoné el coche en sus cercanías. Recorrí a pie el trecho que faltaba hasta el edificio y salté en el tiempo hacia 1963.

11.00 - VI - 24 abril 1963 - Cleveland - Edificio Apex: Este último cambio de año resultó perfecto. La exactitud de estos saltos depende del tramo —tiempo— que recorres, excepto cuando regresas a cero. Si me había equivocado, Jane estaría descubriendo en este momento preciso, en el parque y en una fragante noche primaveral, que ella no era tan «buena» chica como pensaba. Cogí un taxi para ir a casa de los tacaños y me quedé vigilando en una esquina, acechando en las sombras.

Al cabo de un rato les vi caminando por la calle, muy apretados el uno al otro. Llegaron al porche. Él la cogió por la cintura y se despidió con un largo beso, más largo de lo que yo había imaginado. Luego ella entró en la casa y él se alejó. Me deslicé tras él y le cogí por el hombro.

—Todo ha terminado, hijo —dije—. He vuelto para recogerle.

—¡Usted! —La sorpresa le dejó sin respiración.

—Yo. Ahora ya sabe quién es *él*... Si medita un poco, también sabrá quién es usted... Y si piensa lo bastante, podrá imaginarse quién es la niña... y quién soy yo.

Estaba temblando sin poder contenerse y no pronunció una sola palabra. Resulta terrible comprobar que no puedes resistirte a que tú mismo te seduzcas. Le llevé hasta el edificio Apex y efectuamos un nuevo salto en el tiempo.

23.00 - VII - 12 ag. 1985 - *Base subterránea de las Montañas Rocosas*: Desperté al sargento de guardia, le mostré mi identificación y le ordené que acostara a mi compañero (dándole antes una píldora adecuada) y que tomara sus datos por la mañana. El sargento puso mala cara, pero los galones siempre son los galones, no importa la época. Hizo lo que le había ordenado... pensando, sin duda, que la próxima vez que nos encontráramos él sería coronel y yo sargento. Y es algo que puede suceder perfectamente en nuestro cuerpo.

—¿Cómo se llama? —me preguntó.

Apunté el nombre del nuevo recluta y el sargento enarcó las cejas al leerlo.

—¿Así se llama? Vaya, vaya...

—Cumpla con su deber, sargento. —Luego me volví hacia mi compañero—. Hijo, tus problemas han terminado. Estás a punto de empezar el mejor trabajo que un hombre pueda desear... Y lo harás bien. *Lo sé*.

—¡Claro que lo harás! —convino el sargento—. Mírame... Nacido en 1917... Aún eres joven y aún gozas de la vida.

Me fui a la sala de saltos y dispuse todo en el cero preseleccionado.

23.01 - V - 7 nov. 1970 - *Nueva York* - «*Pops Place*»: Salí del almacén con una botella de Drambuie para justificar el minuto que había estado ausente. Mi ayudante estaba discutiendo con el cliente que había puesto el disco «¡Soy *mi propio abuelo!*!».

—Bueno, ya está bien —dije—. Déjale que lo ponga y luego desenchufas la máquina.

Me encontraba muy fatigado. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo. Además, en los últimos años, desde el Error de 1972, el reclutamiento es muy difícil. ¿Puede pensarse en algo mejor que coger gente confusa y ofrecerles un trabajo bien remunerado e interesante (aunque sea peligroso) para una causa necesaria? Todo el mundo sabe ahora por qué fracasó la Guerra del Fracaso de 1963. La bomba destinada a Nueva York no hizo explosión y un centenar de detalles no salieron como se había planeado... Todo por culpa de mis semejantes.

Pero ése no es el caso del Error de 1972. Nosotros no tuvimos la culpa... y ya no puede repararse. No hay paradoja que resolver. Una cosa es, o no es, ahora y por los siglos de los siglos, amén. Pero no habrá otro igual. Una orden fechada «1992» tiene prioridad sobre cualquier otro año.

Cerré el bar cinco minutos antes y dejé una carta en la caja registradora, explicando a mi socio que aceptaba su oferta para comprar mi parte del negocio y que se pusiera en contacto con mi abogado, puesto que yo iba a emprender unas largas vacaciones. Yo no sabía si el departamento recibiría o no el dinero, pero les gusta que todas las cosas queden bien arregladas. Me dirigí a la habitación interior del almacén y salté a 1993.

22.00 - 12 ene. 1993 - Edificio anexo de la base subterránea de las Montañas Rocosas - Cuartel general del Departamento Temporal: Me presenté al oficial de guardia y me dirigí a mi habitación pensando en dormir durante toda una semana. Había cogido la botella de la apuesta (al fin y al cabo, la había ganado) y tomé un trago antes de redactar mi informe. El licor tenía un sabor horrible, y no pude entender por qué aquella marca, Old Underwear, me había gustado en otras ocasiones.

Pero era mejor que nada. Pienso demasiado, no me gusta estar tan serio. Pero tampoco me gusta dedicarme a la bebida. Hay personas que ven serpientes. Yo veo personas.

Dicté mi informe: cuarenta reclutamientos, todos con el visto bueno del Departamento de Psicología, contando con el mío propio (ya sabía de antemano que lo aprobarían. Yo estaba aquí, ¿no?). Luego grabé una solicitud para que se me asignara una misión. Ya estaba harto de reclutar. Eché las dos cintas en la ranura y me fui a dormir.

Mis ojos se fijaron en el «Reglamento del Tiempo» que estaba sobre mi cama:

No dejes para ayer lo que debas hacer mañana. Si logras triunfar, no vuelvas a intentarlo. Una puntada en el tiempo ahorra nueve mil. Una paradoja puede ser modificada, millones. Es más pronto de lo que piensas. Los antepasados son simples personas. Incluso Júpiter cabecea.

Ya no me inspiraban tanto como cuando era recluta. Treinta años subjetivos de saltos en el tiempo llegan a cansarte. Me desnudé y cuando me quedé en cueros me miré la barriga. Una cesárea deja una cicatriz enorme, pero ahora tengo mucho pelo en el vientre y no la advierto a menos que la busque.

Luego me fijé en el anillo.

La serpiente que devora su propia cola, por los siglos de los siglos...

Yo sé de dónde procedo... Pero ¿de dónde provenís todos vosotros, zombies?

Empezó a dolerme la cabeza, pero nunca tomo medicamentos para la jaqueca. Es algo que no hago jamás. Lo hice una vez... y todos desaparecisteis.

De modo que me arrastré hasta la cama y apagué la luz de un soplo.

Vosotros no estáis ahí. Nadie existe, sólo yo —Jane—, aquí a solas en la oscuridad.

¡Os añoro espantosamente!

ESTOY ASUSTADO

Jack Finney

Estoy francamente asustado, no exactamente por mí mismo, después de todo soy un hombre de sesenta y seis años con los cabellos grises, sino por usted y por todos los que aún no han vivido su propia vida. Porque creo que recientemente han comenzado a suceder en el mundo ciertas cosas peligrosas. Fueron advertidas aquí y allá, discutidas ociosamente y después abandonadas y olvidadas. Aunque yo estoy convencido de que a menos que estos incidentes sean reconocidos como lo que son, el mundo se sumergirá en una pesadilla. Juzgue por usted mismo.

Una tarde del pasado invierno llegué a casa procedente de un club de ajedrez al que pertenezco. Soy viudo. Vivo solo en un pequeño pero confortable apartamento de tres habitaciones que mira a la Quinta Avenida. Era aún bastante pronto y encendí una lámpara que tengo al lado de un cómodo sillón de cuero, cogí una novela policíaca que estaba leyendo y conecté la radio. Lo siento, pero no sé qué estación sintonicé.

Cuando las válvulas se calentaron, llegó del altavoz la música de un acordeón, débil al principio y luego más fuerte. Como era una buena música para leer, ajusté el controlador de volumen y me hundí en mi libro.

Ahora quiero ser absolutamente objetivo y exacto con la cuestión y no voy a pretender que presté demasiada atención a la radio. Pero sé que de pronto la música se detuvo y una audiencia aplaudió. Luego, una voz de hombre halagada y contenta por los aplausos dijo: —¡Está bien! ¡Está bien!

Pero los aplausos continuaron durante varios segundos más.

Durante ese tiempo la voz, una vez más, cloqueó apreciativamente y a continuación repitió con firmeza: «Está bien». Y los aplausos se detuvieron.

—¡Este fue Alec *no sé qué*...! —dijo la voz de la radio y volví a mi lectura.

Pero pronto volvió a cautivarme de nuevo aquella voz de mediana edad. Quizás fue un cambio de tono, cuando pasó a un nuevo tema, lo que prendió mi atención:

—Y ahora, la señorita Ruth Greeley, de Trenton, Nueva Jersey. La señorita Greeley es pianista, ¿correcto?

Una voz de muchacha, tímida y apenas audible, dijo: —Correcto, mayor Bowes.

La voz del hombre, y en aquel momento reconocí su soniquete y su forma familiar de expresarse, dijo:

—¿Y qué va a tocar?

La muchacha contestó:

—«La Paloma».

El hombre repitió a continuación, como un anuncio: «La Paloma».

Hubo una pausa y después el piano hizo sonar la introducción. Yo volví a mi lectura.

Mientras la chica tocaba, me di cuenta a medias que su estilo era mecánico y su ritmo defectuoso, quizás estaba nerviosa. Después mi atención se avivó una vez más por un gong que sonó repentinamente.

Durante unos cuantos compases la muchacha siguió tocando con vacilación, sin estar segura de lo que hacía. El gong volvió a sonar ruidosamente, la interpretación se detuvo en seco y se produjo un inquieto murmullo por parte de la audiencia.

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo la voz familiar.

Me di cuenta de que estaba esperando justamente eso. Sabía que lo diría. La audiencia se tranquilizó y la voz comenzó de nuevo: —Ahora...

La radio dejó de transmitir. Durante la mínima fracción de un segundo ningún sonido salió del aparato más que su mecánico zumbido. A continuación, un programa completamente diferente fue difundido por el altavoz. Las voces grabadas de Bing Crosby y de su hijo cantando los compases finales de «La Canción de Sam», precisamente mi pieza favorita. Así que volví una vez más a mi lectura, preguntándome vagamente qué habría sucedido con el otro programa, pero sin pensar nada más hasta que acabé mi libro y me preparé para ir a la cama.

Entonces, mientras me desnudaba en mi habitación, recordé que el mayor Bowes había muerto. Habían pasado algunos años, la mitad de una década, desde que el familiar y a la vez seco y festivo «está bien», había dejado de oírse en los cuartos de estar de la nación.

Bien, ¿qué tiene que hacer uno cuando lo aparentemente imposible sucede? Pues, sencillamente de aquí salió una historia para contar a los amigos y, a partir de entonces, más de una vez me preguntaron si había oído recientemente a Moran y Mack, una pareja de comediantes populares en la radio hace unos veinticinco años o a Floyd Gibbons, o si me había enterado de algunas noticias emitidas en los viejos tiempos. A costa de mi aparato de galena se hicieron toda clase de jocosas referencias.

Pero un hombre —ocurrió en una reunión el jueves siguiente—, escuchó mi historia con la mayor seriedad y cuando terminé, me contó una rara historia que le había ocurrido a él. Se trata de un hombre reflexivo e inteligente, y mientras le escuchaba, no estaba asustado, sino que me esforzaba en encajar lo que parecía ser un lazo de conexión, un común denominador entre su historia y el extraño comportamiento de mi aparato de radio. Como estoy retirado y tengo mucho tiempo, me tomé el trabajo de hacer al día siguiente dos horas de viaje en tren hasta Connecticut, para verificar esta historia de primera mano. Recogí detalladas notas y la historia aparece ahora en mi archivo como sigue:

CASO 2. Louis Trachnor, expendedor de carbón y leña, R.F.D.I, Danbury, Connecticut, cincuenta y cuatro años.

En julio, el día 20, del año 1950, el señor Trachnor me dijo que había estado paseando frente al porche de su casa sobre las seis en punto de la mañana. Desde el alero de la casa hasta el pavimento del porche había una raya de pintura gris, todavía reciente.

—Era de la anchura de una brocha de ocho pulgadas —me dijo el señor Trachnor—. Y resultaba espantoso porque la casa era blanca. Me imaginé que algunos niños lo habían hecho durante la noche para gastar una broma, pero si había sido así, tenían que haber colocado una escalera hasta el alero, y ya se puede figurar que tal cosa les supondría demasiado esfuerzo. Por otra parte, la raya no estaba embadurnada. Se trataba de un trabajo cuidadoso, de una concienzuda línea recta que recorría todo el frente de la casa.

El señor Trachnor cogió una escalera y limpió la pintura gris con trementina.

En octubre del mismo año el señor Trachnor pintó su casa. El blanco no había aguantado mucho, así que la pinté de gris. Dejé el frente para el final y acabé sobre las cinco de un sábado por la tarde. A la mañana siguiente cuando salí, vi una raya blanca, completamente recta, que descendía por todo el frente de la casa. Me imaginé que volvía a tratarse otra vez de los condenados niños, porque estaba en el mismo lugar que antes. Alguien había llevado a cabo un esmerado trabajo de limpieza de la pintura reciente sobre una larga raya de unas ocho pulgadas de anchura que bajaba desde el alero. ¿Quién demonios podía haberse tomado semejante trabajo? Yo no pude descubrirlo.

¿Ve usted el nexo entre esta historia y la mía? Suponga por un momento que algo había sucedido, en cada ocasión, para trastornar brevemente el metódico progreso del tiempo. Por lo menos esto es lo que parecía haber sucedido en mi caso, durante los pocos segundos en que aparentemente oí una emisión de radio que había sido realizada años antes. Suponga entonces que nadie había tocado la casa del señor Trachnor, aparte de él mismo. Que pintó su casa en octubre, pero que a través de una fantástica confusión del tiempo, una parte de esa pintura apareció sobre la casa el verano anterior. Como por entonces el señor Trachnor limpió la pintura, una ancha raya de pintura gris reciente desapareció *después de que* pintó su casa en otoño.

Sin embargo, no quiero mentir al decir que realmente creo esto.

Simplemente se trata de una intrigante especulación y cuento estas historias a mis amigos como curiosas anécdotas. Soy una persona sociable, veo a mucha gente y suelo escuchar otras extrañas historias como respuesta a la mía.

Alguien asiente siempre y dice:

—Esto me recuerda algo que oí recientemente...

De esta forma tengo una historia más que añadir a mi colección.

Un hombre, en Long Island, recibió una llamada telefónica de una hermana de Nueva York, un viernes por la tarde. Ella insistió en que no había realizado tal

llamada hasta el lunes siguiente, o sea, tres días después.

En la sucursal de la calle Cuarenta y Cinco de la cadena del National Bank, mostré un cheque depositado el día antes de ser escrito.

En la calle Sesenta y Ocho Este de la City de Nueva York, fue entregada una carta sólo setenta minutos después de haber sido introducida en un buzón de la calle principal de Oreen River, Wyoming.

Y así sucesivamente. Mis historias ahora están siendo solicitadas por partes y llegué a decirme que coleccionarlas y comprobarlas era mi *hobby*. Pero el día que oí la historia de Julia Eisenberg, comencé a pensar que la cosa era más complicada.

CASO 17. Julia Eisenberg, oficinista, Ciudad de Nueva York, edad treinta y un años.

Miss Eisenberg vive en un apartamento de Greenwich Village. Hablé con ella después de que un amigo del club de ajedrecistas que vive en su vecindad me repitió su historia, un tanto falseada, que le había contado el portero del edificio donde vivía.

En octubre de 1947, sobre las once de la noche, la señorita Eisenberg salió de su apartamento para ir al *drugstore* a comprar un dentífrico. De regreso, no lejos de su apartamento, un gran perro blanco y negro corrió hacia ella y colocó sus patas sobre su pecho.

—Cometí la equivocación de acariciarle —me dijo la señorita Eisenberg—. Y entonces no quiso dejarme. Cuando entré en el vestíbulo de mi edificio, lo eché fuera y cerré la puerta. Lo sentí por él, pobre animal, y aún me encontré más culpable cuando una hora después miré por la ventana y seguía sentado a la puerta.

El tal perro permaneció en la vecindad durante tres días, descubriendo y saludando a la señorita Eisenberg con salvaje afecto cada vez que aparecía en la calle.

—Cuando subía al autobús por las mañanas para dirigirme al trabajo se sentaba en la acera observando mi marcha con la más triste mirada, ¡pobre bicho! Quise recogerlo, pero sabía que ya no querría volver a su casa y entonces temía que su propietario estuviese lamentando su pérdida. Nadie en la vecindad sabía a quién pertenecía y finalmente desapareció.

Dos años después, una amiga le regaló a la señorita Eisenberg un perrito de tres semanas.

—Mi apartamento es realmente muy pequeño para un perro, pero era tan lindo y cariñoso que no me pude resistir. Bien, creció y se convirtió en un hermoso perrazo que comía más que yo.

Como el vecindario era muy tranquilo y el perro se portaba muy bien, la señorita Eisenberg generalmente lo paseaba sin correa por las noches y jamás se alejaba.

—Una noche lo acababa de ver olisqueando en la oscuridad unas puertas más abajo, lo llamé y no regresó. No volvió jamás. No lo volví a ver.

La señorita Eisenberg siguió relatándome: —Nuestra calle es ahora una sólida

muralla de edificios de piedra oscura a ambos lados, con portales cerrados y sin zonas de paseo. ¡No pudo haber desaparecido así como así! ¡Pero lo hizo!

La señorita Eisenberg estuvo buscando su perro durante muchos días, preguntó a los vecinos, puso anuncios en los periódicos, pero no lo encontró.

—Una noche que estaba ya lista para acostarme, se me ocurrió mirar a la calle por la ventana. Y entonces recordé algo que se me había olvidado. Recordé al perro que había ahuyentado dos años antes —la señorita Eisenberg me miró un momento y luego añadió con un soplo de voz—, era el mismo perro. Si usted tuvo alguna vez un perro sabe que no puede equivocarse, y ¡le digo que era el mismo perro. Sea como sea, mi perro se había perdido. Yo lo había expulsado dos años antes de haber nacido.

Comenzó a llorar silenciosamente. Las lágrimas corrían por su cara.

—Quizás piense usted que estoy loca o que soy una solterona y que me vuelvo excesivamente sentimental a causa de un perro. Pero está equivocado —se secó las lágrimas con un pañuelo—. Soy una persona bien equilibrada, más que la mayoría de la gente en estos días y le digo que sé lo que sucedió...

Fue en aquel momento, sentado en la pulcra sala de estar de la señorita Eisenberg, cuando me di cuenta de que las consecuencias de estos extraños incidentes podrían ser algo más que simplemente intrigantes, posiblemente trágicas. Y en ese momento comencé a asustarme.

Pasé los últimos once meses descubriendo y siguiendo la pista de esos extraños sucesos y estoy asombrado y asustado de su cantidad.

Me aterroriza el que cada vez se repitan con mayor frecuencia y, apenas sé cómo decirlo, me asusta el creciente poder que tienen para desgarrar las vidas humanas. Este es un ejemplo, seleccionado casi al azar, de la increíble fuerza de lo que, sea lo que sea, está sucediendo en el mundo.

CASO 34. Paul V. Kerch, contable, El Bronx, treinta y un años.

Una brillante y limpia tarde de domingo me reuní con una poco sonriente familia de tres miembros, en su apartamento del Bronx. El señor Kerch, un joven bien parecido, moreno y más bien rechoncho; su esposa, una mujer de cara agradable y cabello oscuro, de veintitantos años, cuyo atractivo se veía empañado por unas grandes ojeras bajo sus ojos, y su hijo, un guapo muchachito de seis o siete años. Después de las presentaciones, el muchacho, por orden de sus padres, se marchó a jugar a la parte trasera de la casa.

—Bueno... —dijo entonces el señor Kerch caminando hacia una librería—. Vayamos a la cuestión. Usted dijo por teléfono que conocía la historia a grandes rasgos.

Aquello era mitad pregunta, mitad estado de cuentas.

—Sí —contesté.

Alcanzó un libro de un estante y sacó algunas fotografías de su interior.

—Aquí están las fotografías —se sentó a mi lado sobre la cama turca con los retratos en la mano—. Poseo una buena cámara. Soy un pasable fotógrafo *amateur* y tengo un cuarto oscuro en la cocina para el revelado. Hace dos semanas fuimos al Central Park —su voz era monótona y cansada, como si hubiese repetido la historia muchas veces, en voz alta y en el interior de su propia mente—. Hacia un buen día, como hoy, y las abuelas del niño habían estado insistiendo en poseer unas fotografías, así que saqué un carrete completo a base de fotografías de los tres. Mi cámara puede colocarse en un trípode, enfocarse y dispararse automáticamente unos segundos después, dándome tiempo a colocarme enfrente y salir también yo en el retrato...

Sus ojos me miraron cansados y sin esperanza mientras me tendía las fotografías, reservándose una.

—Estas son las primeras que saqué —dijo.

Las fotografías eran bastante grandes, quizás de unas siete pulgadas por tres y media. Las examiné de cerca.

Eran bastante corrientes, perspicaces y detalladas, y mostraban a los tres componentes de la familia en varias poses sonrientes. El señor Kerch llevaba un traje ligero, su mujer un vestido oscuro y una chaqueta de paño y el muchacho un traje, oscuro también, con pantalones a la altura de las rodillas. Al fondo se veía un árbol con las ramas desnudas. Miré al señor Kerch, dando a entender que había concluido mi estudio de las fotografías.

—La última fotografía... —dijo, agarrándola para entregármela—, la saqué exactamente igual que las otras. Nos pusimos de acuerdo sobre la posición, preparé la cámara y me coloqué al lado de mi familia. El lunes por la noche revelé todo el rollo. Esto es lo que salió del último negativo.

Me tendió la fotografía.

Al primer momento parecía una fotografía más del grupo. Luego vi la diferencia. El señor Kerch parecía el mismo, con la cabeza sin cubrir y sonriendo ampliamente, pero llevaba puesto un traje completamente diferente. El muchacho que estaba a su lado, usaba pantalones largos, era como tres pulgadas más alto, obviamente mayor, pero también inequívocamente el mismo muchacho. La mujer era una persona completamente diferente. Vestía con elegancia, su luminoso cabello brillaba al sol y era muy linda y atractiva. Sonreía a la cámara y agarraba al señor Kerch de la mano.

Levanté la vista hacia él.

—¿Quién es? —pregunté.

Abrumado, el señor Kerch movió su cabeza en sentido negativo.

—No lo sé —dijo de repente y después explotó—: ¡No lo sé! ¡No la he visto en mi vida! —dirigió la mirada hacia su mujer, pero ésta no se la devolvió. Entonces giró hacia mí y se encogió de hombros.

—Bien, aquí la tiene. La historia completa.

Se levantó, metiendo ambas manos en los bolsillos de su pantalón y comenzó a pasear por la habitación, mirando repetidas veces a su mujer y hablando con ella en realidad, aunque sus palabras se dirigían a mí.

—¿Qué quién es? ¿Cómo la cámara pudo haber captado esa fotografía? ¡Jamás vi en mi vida a esa mujer!

Miré de nuevo la fotografía, con más detenimiento.

—Los árboles están llenos de hojas —dije.

Detrás del niño con aspecto serio, de la sonriente mujer y del hombre aparentemente feliz, los árboles del Central Park aparecían completamente florecidos.

El señor Kerch asintió:

—Ya lo sé —dijo amargamente—. ¿Y sabe lo que dice ella? —reventó mirando a su mujer—. Dice que *es* mi esposa en la fotografía, mi *nueva* esposa un par de años más tarde. ¡Dios mío! —se llevó ambas manos a la cabeza—. ¡Las cosas que se le pueden ocurrir a una mujer!

—¿Qué es lo que quiere decir? —miré a la señora Kerch, pero ella me ignoró, permaneciendo silenciosa y con los labios apretados.

Kerch se encogió de hombros con un gesto desesperado.

—Dice que esa fotografía muestra cómo serán las cosas dentro de un par de años... Que ella habrá muerto o... —vaciló, luego pronunció con amargura— que estaremos divorciados. Que yo tendré a nuestro hijo y estaré casado con la mujer de la fotografía.

Ambos miramos a la señora Kerch, hasta que la mujer se vio obligada a hablar:

—Bien, si no es así, ¿díganme lo que significa esa fotografía? —preguntó por fin, alzando un hombro.

Ninguno de los dos pudimos contestarle y unos minutos después los dejé. No había mucho que decir a los Kerch. Ciertamente, yo no podía mencionar mi convicción de que, cualquiera que fuese la explicación de la última fotografía, su vida matrimonial concluiría...

CASO 72. Teniente Alfred Eichler, Departamento de la Policía de Nueva York, edad treinta y tres años.

A últimas horas de la tarde del 9 de enero de 1951, dos policías encontraron un revólver tirado sobre un sendero de grava en la entrada del lado este del Central Park. El arma fue examinada para descubrir huellas digitales y el laboratorio de la policía encontró varias. Se había disparado un tiro y la policía disparó otro que fue estudiado y clasificado por los expertos en balística. Las huellas se confrontaron y fueron descubiertas en los archivos policiales. Pertenecían a un menor, un golfo con un expediente de asaltos.

Se despachó una orden rutinaria de apresamiento. Un detective llamó a la casa de huéspedes donde se sabía que vivía, pero había salido, y como ningún caso de

disparos con arma de fuego, que estuviese sin resolver, había ocurrido recientemente, no se intensificó su búsqueda durante aquella noche.

La tarde siguiente un hombre recibió un tiro y fue muerto en el Central Park con el mismo revólver. Se comprobó balísticamente que estaba fuera de toda duda. Muy pronto se supo que el hombre asesinado había estado discutiendo con un amigo en las proximidades de una taberna. Los dos hombres estaban borrachos y habían abandonado la taberna juntos. El segundo hombre era el golfo cuyo revólver había sido encontrado la noche anterior y todavía se mantenía encerrado en una caja fuerte de la policía.

El teniente Eichler acabó diciéndome: —Es imposible que el hombre muerto fuese asesinado con el mismo revólver, pero lo fue. No me pregunte cómo, y si alguien cree que vamos a ir al juzgado con un caso como éste, está loco...

CASO 111. Capitán Hubert V. Rihm, Departamento de la Policía de Nueva York, retirado, edad sesenta y seis años.

Me cité con el capitán Rihm una mañana en Stuyvesant Park, un parche de verdor, bancos de madera y asfalto asediado por la ciudad en la parte más baja de la Segunda Avenida.

—¿Usted quiere que le cuente el caso Fentz, no es verdad? —preguntó después de habernos presentado a nosotros mismos y que nos acomodamos en un banco vacío—. Está bien, le hablaré de ello. No me gusta charlar sobre el asunto, me molesta, pero quiero oír lo que usted piensa.

Era un hombre alto y saludable con una cara áspera y rojiza. Vestía una vieja chaqueta de policía y uniforme de cabo sin las insignias.

—Ocurrió en City Mortuary —comenzó a decir mientras yo sacaba mi cuaderno de notas y un lápiz—, en Bellevue, sobre las doce de una noche cuando estaba tomando café con uno de los internos. Trajeron a ese tipo y era un fulano de aspecto extraño. Tenía barba. Era joven, unos treinta años, pero llevaba unas patillas de boca de hacha y su ropa era muy rara. Por entonces yo tenía ya treinta años de servicio, estaba a punto de retirarme, era el mes de junio de 1950 y estaba destinado al Departamento de Personas Desaparecidas. Como comprenderá había visto un montón de tipos excéntricos muertos por las calles. Una vez encontramos un árabe de punta en blanco y nos costó una semana descubrir quién era. Así que no era el aspecto del tipo lo que me molestó, sino los objetos que encontramos en sus bolsillos.

El capitán Rihm se volvió en el banco para ver si había prendido mi interés. Después, continuó:

—En el bolsillo del tipo muerto había alrededor de un dólar en moneda fraccionaria y uno de los muchachos cogió un níquel y me lo mostró. Bien, todavía se pueden ver gran cantidad de níqueles diferentes. Los recientes con el grabado de Jefferson, los níqueles con el búfalo, anteriores a esos y de vez en cuando aún se

pueden encontrar los viejos níqueles con la cabeza de la Libertad. Pero éste era aún más antiguo. Tenía un escudo en la parte frontal, un escudo de los Estados Unidos y un cinco grande en la parte de atrás. Cuando era niño solía ver ese tipo de níquel. Y lo más curioso es que aquel níquel antiguo parecía nuevo. Lo que los coleccionistas de moneda llaman «flor de cuño», como si hubiese sido acuñado el día anterior. El níquel tenía grabada la fecha de 1876 y era la moneda más antigua que llevaba en el bolsillo.

El capitán Rihm me miró de forma interrogativa.

—Bien... —dije levantando la vista de mi cuaderno de notas—. Eso puede suceder.

—Seguro que puede... —contestó en tono satisfecho—. Pero todos los peniques que tenía eran peniques con cabezas de indios. ¿Cuándo ha visto alguno así últimamente? Incluso había una pieza de plata de tres centavos. Parecida a una moneda de plata de diez centavos pero más pequeña. Y los billetes de su cartera eran todos antiguos, del tipo grande.

El capitán Rihm se inclinó hacia delante y escupió en el sendero un chorro delgado de jugo de tabaco, con la expresión del policía fastidiado por algo que se desvía de una norma ordenada.

—Casi setenta dólares en dinero contante y ningún billete federal en el lote. Había dos billetes con el dorso amarillo. ¿Los recuerda? Eran pagaderos en oro. El resto eran antiguos billetes del banco nacional.

Tiene que recordarlos también. Emitidos directamente por los bancos locales y firmados personalmente por el director del banco. El tipo apropiado para ser falsificado a manta... Bien —continuó el capitán Rihm, respaldándose en el banco y cruzando las piernas—, en su bolsillo también había una factura de una cochera de alquiler de la Lexington Avenue. Tres dólares por dar de comer y guardar al caballo y lavar el carruaje. En su bolsillo también guardaba una carta matasellada en Filadelfia, en junio de 1876, con un sello de estilo antiguo de dos centavos y un montón de tarjetas en su cartera. Las tarjetas llevaban su nombre y dirección, así como la carta:

—¡Oh! —exclamé un poco sorprendido—. ¿Entonces lo identificó enseguida?

—Claro. Rudolph Fentz, domiciliado en la Quinta Avenida, olvidé el número exacto, de Nueva York. No hubo problema —el capitán Rihm se inclinó de nuevo hacia adelante—. Sólo que la dirección no era una residencia. Era un almacén y lo fue durante años. Allí nadie había oído hablar de ningún Rudolph Fentz y en la guía telefónica tampoco venía su nombre. Nadie había llamado ni hecho ningún tipo de averiguación acerca de ese individuo y en Washington no tenían sus huellas. En su chaqueta apareció una etiqueta con el nombre del sastre, una dirección de Broadway. Pero allí nadie había oído nombrar a ese sastre.

—¿Y qué tenía de raro su ropa?

El capitán contestó:

—Bueno, ¿usted sabe de alguien que use un par de pantalones a grandes cuadros

blancos y negros, de corte muy estrecho, sin vueltas y planchados sin raya?

Pensé durante un momento:

—Sí —dije a continuación—. Mi padre, cuando era muy joven, antes de que se casara. Lo vi vestido así en algunas fotografías.

—Seguro —dijo el capitán Rihm—. Y probablemente utilizaba también una especie de chaqueta estilo levita, corta por delante y con dos botones forrados de la misma tela en la espalda, un chaleco con solapas, chistera, corbata de lazo de color negro, cuello duro con las puntas vueltas hacia arriba y zapatos con botones...

—¿Así vestía ese hombre?

—¡Como hace setenta y cinco años! Y no tenía más de treinta... Su sombrero llevaba una etiqueta de una sombrerería de la calle Veintitrés, que cerró a mediados de siglo. ¿Qué sacaría usted de una cosa así?

—Bien —dije pensativamente—, no se puede sacar demasiado...

Aparentemente se trata de alguien que se tomó mucho trabajo para vestirse al estilo antiguo, las monedas y los billetes los pudo comprar en una casa de numismática, y después consiguió hacerse matar en un accidente de tráfico...

—Lo de que consiguió hacerse matar en un accidente de tráfico es correcto. Las once y cuarto de la noche en Times Square, la gente saliendo de los teatros y la calle llena de circulación. Y ese tipo que aparece en medio de la calzada, pasmado y mirando a su alrededor a los coches y a las señales de tráfico como si jamás las hubiera visto. El agente de servicio se dio cuenta, así que ya puede comprender cómo estaría actuando, y en lugar de esperar, cuando las luces se cambiaron y el tráfico comenzó de nuevo con él en medio de la calle, el condenado loco se dio la vuelta e intentó retroceder hacia la acera. Un coche lo alcanzó y murió con el golpe.

Por un momento, el capitán Rihm dejó de mascar su tabaco y se quedó mirando con cara de pocos amigos a una mujer joven que empujaba un carrito de bebé, aunque estoy seguro que no la veía. La joven madre lo observó sorprendida y el capitán siguió hablando: —No hay nada que usted pueda hacer ante una cosa así. No descubrimos nada... Comencé a rebuscar en nuestros archivos de antiguas guías telefónicas, sólo por rutina, pero sin demasiada esperanza de encontrar algo que se remontase a una época tan lejana.

Pero en la edición del verano de 1939 encontré a un Rudolph Fentz, Jr., alguien que vivía en la calle Cincuenta y dos. Se había trasladado de allí en el año cuarenta y dos, aunque el portero del edificio me dijo que se trataba de un hombre de unos sesenta años, retirado ya de los negocios. Solía trabajar en un banco situado unas manzanas más allá, según me dijo el mismo portero. Encontré el banco donde había trabajado y allí me dijeron que se había retirado en el año cuarenta y que había muerto cinco años después. Su viuda vivía en Florida con una hermana.

El capitán se detuvo, mascando su tabaco, y luego continuó: —Escribí a la viuda, pero sólo pudo decirnos una cosa y no era nada bueno. Jamás informé de la cuestión, quiero decir oficialmente. El padre de su esposo había desaparecido cuando su esposo

tenía tan sólo dos años. Salió a pasear un día sobre las diez de la noche, por lo visto su mujer pensaba que el humo de su cigarro manchaba las cortinas y acostumbraba a dar un paseo antes de irse a la cama para fumar un puro. Aquel día no regresó y jamás le volvieron a ver ni oyeron hablar de él. La familia gastó una buena cantidad de dinero para intentar localizarle, pero no lo consiguieron. Esto fue alrededor del año 1875. La anciana no me pudo dar la fecha exacta. Su esposo no solía hablar mucho de la cuestión.

El capitán Rihm concluyó:

—Y eso es todo. Una vez, en una de mis tardes de búsquedas, me senté ante una pila de fichas antiguas. Y por fin encontré el registro de personas desaparecidas en el año 1876. Allí aparecía Rudolph Fentz.

Todo correcto. No se extendía demasiado en su descripción y por supuesto no incluía las huellas digitales. Daría un año de mi vida, incluso ahora, y quizás dormiría mejor por las noches, si en el registro hubieran aparecido sus huellas. En la relación figuraba que tenía veintinueve años, que utilizaba barba y patillas en forma de boca de hacha, chistera, chaqueta oscura y pantalones a cuadros. Esto es todo lo que decía. No hablaban ni del cuello duro ni de los botones en los zapatos. Su nombre era Rudolph Fentz y vivía en la Quinta Avenida. En aquel tiempo debía haber sido una vivienda. El caso concluía: no localizado.

Dejó de hablar durante un rato y de repente me preguntó casi de forma agresiva:

—Ahora bien, odio este caso. Lo odio y no quiero que me vuelvan a hablar de él. Pero ¿qué opina usted? ¿Cree que un tipo se puede desvanecer en el aire en 1876 y volver a aparecer en 1950?

Me encogí de hombros, sin querer comprometerme. El capitán lo tomó como una negación.

—No, por supuesto que no —dijo—. Por supuesto que *no*. Pero ¿qué otra explicación puede darme?

Y podría seguir así. Podría contar varios cientos de casos por el estilo.

Una muchacha de dieciséis años que una mañana se levantó de su cama, llevando su ropa en la mano, porque le quedaba grande, ya que volvía a tener unos once años. Y otros sucesos más, demasiado horribles para ser impresos. Todos han sucedido en la zona de Nueva York y en el espacio de unos pocos años. Pero sospecho que otros casos han ocurrido y están ocurriendo en todo el mundo. Podía dedicarme a encontrarlos, pero el punto capital es el siguiente: ¿Qué está sucediendo y por qué? Aunque creo que tengo la contestación.

Quizás habrán advertido, dentro del círculo de gentes que ustedes conocen, una creciente rebelión contra el *presente*. Y una creciente añoranza del pasado. Yo por supuesto que lo he notado. Jamás en mi vida había oído decir a tanta gente que desearían vivir a comienzos de siglo o «cuando la vida era más sencilla» o «cuando se vivía mejor» o «cuando se traían hijos al mundo y se podía contar con el futuro», o simplemente «en los felices tiempos pasados». ¡La gente no hablaba así cuando yo

era joven! El presente era una época gloriosa. Pero ahora sí, se añora el pasado.

Por primera vez en la historia del hombre, los humanos se desesperan por evadirse del presente. Revistas enteras están dedicadas a las historias de fantasía y a la literatura de evasión, a otras épocas, al pasado y al futuro, a otros mundos y planetas. Pero en resumidas cuentas, evasión de aquí y de ahora. Incluso nuestras editoriales más famosas y el mismo Hollywood están padeciendo la creciente demanda de ese tipo de evasión. Sí, el mundo padece una sed. Casi se puede sentir la presión de una terrible masa, el empuje de millones de mentes debatiéndose contra las barreras del tiempo. Últimamente me he llegado a convencer de que esa terrible presión de la masa de millones de mentes, de una manera silenciosa pero definitiva, está afectando ya al tiempo en sí. Mis incidentes ocurren en los momentos en que esto sucede, cuando es mayor el anhelo de evasión casi universal. El hombre está trastornado la exactitud del tiempo y temo que llegue a quebrantarla. Cuando esto llegue a suceder, dejo a la imaginación de ustedes las últimas horas de locura que nos afectarán. Todos los innumerables momentos que ahora construyen nuestras vidas, repentinamente deshilvanados y caóticamente enmarañados en el tiempo.

Bien, yo ya he vivido la parte principal de mi vida. Sólo me pueden robar unos cuantos años. Pero encuentro terrible ese universal deseo de escapar de lo que podría ser un mundo feliz, rico y productivo. Vivimos en un planeta muy capaz de proporcionar una vida decente a cada alma, lo cual es lo que el noventa y nueve por ciento de los seres humanos piden. ¿Por qué no podemos conseguirlo?

JUEGO DE NIÑOS

William Tenn

Después de que el repartidor de la agencia dio a la puerta un imprevisible golpe, Sam Weber decidió trasladar la amplia jaula bajo la bombilla de su cuarto. Era muy cómodo para el mensajero soltar: —Lo siento. Nosotros no enviamos los paquetes, sólo los entregamos, señor.

Tenía que haber alguna juiciosa explicación.

Con un gruñido que comenzó como un reflejo anticipador y finalizó con una nota de desagradable sorpresa, Sam empujó el cajón el trecho suficiente. Era bastante pesado. Se preguntó cómo el repartidor había podido subir los tres tramos de escaleras.

Se quedó perplejo ante la deslumbrante tarjeta que contenía su nombre y dirección, así como la frase: «Felices Pascuas 2353».

¿Una broma? No conocía a nadie que creyese divertido enviar una tarjeta fechada en el futuro, con una anticipación de cuatrocientos años. A menos que uno de sus comediantes compañeros de la facultad de Derecho, quisiera significar su opinión de cuando Weber llegase a defender su primer caso. Aun así...

Las letras tenían una extraña forma, una especie de rayas verdes en lugar de trazos. Y la tarjeta era una lámina de oro.

Sam decidió que resultaba realmente interesante. Dejó la tarjeta a un lado y arrancó el ligero material del envoltorio. Luego se detuvo.

La caja no tenía tapadera, no había hendiduras en los lados ni ningún asidero a la vista.

Parecía ser una masa cúbica y sólida de una materia color marrón.

Aunque resultaba positivo que algo sonase dentro cuando la había movido.

Asió las esquinas y se esforzó en tirar, gruñendo, hasta que se alzó.

Después la dejó caer en el suelo.

—Bueno —se dijo filosóficamente—. No es el regalo. Es el principio implicado.

Gran parte de sus regalos aún estaban sin agradecer con expresivas notas. Tenía que encontrar algo especial para tía Maggie. Sus corbatas eran el puro horror cubista, pero esta Navidad no le había enviado ni siquiera un pañuelo. Todos sus centavos se habían ido en el broche de Tina. Dadas las circunstancias no se había atrevido con un anillo...

Se dio la vuelta para encaminarse a su cama, a quien le había designado el adicional servicio de mesa de escritorio y de silla. Después atizó un puntapié al cajón y gritó desconsoladamente: —Bien, si no te quieres abrir, no te abras...

Como si le hubiese dolido el puntapié, la caja se abrió. En la parte superior

apareció un corte que se abrió rápidamente y se dobló hacia abajo y hacia los lados como una maleta. Sam se golpeó la frente y dirigió una rápida plegaria agradeciendo todo lo bueno que envía el Divino Padre. A continuación recordó lo que había dicho.

—¡Ciérrate! —sugirió.

La caja se cerró y se quedó tan lisa como el trasero de un niño.

—¡Ábrete!

La caja se abrió.

Sam decidió que quizás demasiado. Se inclinó y miró su contenido.

El interior era un enloquecedor montón de estanterías sobre el que descansaban unas redomas llenas de líquidos azules, tarros llenos de sólidos rojos y tubos que exhibían colores amarillos, verdes, naranjas, malvas y otros más que los ojos de Sam no podían abarcar. En el fondo había siete piezas de unos intrincados aparatos, como si hubiesen sido reunidas allí por unos *radio-amateurs*. También se encontraba un libro.

Sam cogió el libro y advirtió asombrado que, aunque todas sus páginas eran metálicas, resultaba más ligero que cualquier libro que había sopesado.

Puso el libro encima de la cama y se sentó. Después respiró profundamente y lo abrió en la primera página.

—¡Puff! —exclamó, exhalando el aire que había inspirado.

En unas letras demenciales, a rayas verdes, leyó:

«*Construya-un-Hombre-Serie 3*. Esta serie está proyectada solamente para uso de niños entre las edades de once y trece años. El equipo, mucho más avanzado que *Construya-un-Hombre Series 1 y 2*, capacitará a los niños comprendidos en esas edades para construir y montar adultos humanos completos, siguiendo un perfecto orden de trabajo. Los niños más atrasados también pueden construir bebés y maniqués de los primeros juegos. Se proporcionan dos desmontadores para que la serie pueda ser utilizada una y otra vez con todo provecho. Lo mismo que para las *Series 1 y 2* se aconseja la ayuda de un censor en todo desarme. Los repuestos y partes adicionales se pueden adquirir en *The Bild-a-Man Company, 928 Diagonal Level, Glunt City, Ohio*. Recuerde, solamente con un *Construya-un-Hombre* puede construir un hombre».

Weber cerró con fuerza sus ojos. ¿Cuál era el argumento de la película que había visto la noche pasada? Un argumento de terror. Y también unas fotografías terroríficas. El color muy bueno. ¿Cuánto podrá ganar un director a la semana? ¿Y el cámara? ¿Quinientos? ¿Mil?

Abrió sus ojos con cautela. La caja seguía siendo un cubo aplastado en el centro de su habitación. El libro todavía estaba en su temblorosa mano. Y la página decía lo mismo.

«Solamente con *Construya-un-Hombre* puede construir un hombre».

—¡Que el Cielo asista a un joven abogado neurótico en una época como ésta!

En la página siguiente aparecía una lista de precios para «repuestos y partes adicionales». Cosas como un litro de hemoglobina y tres gramos de enzimas surtidas se ofrecían a la venta en términos de un dólar cincuenta y tres dólares cuarenta y cinco. Una nota en el fondo del cajón advertía del Juego Serie 4: «El estremecimiento de construir su primera vida marciana».

En letra pequeña se leía *Patente 2348*.

La tercera página era una tabla de materias. Sam se agarró al borde del colchón con una mano sudada y leyó:

CAPÍTULO I. Un jardín de bioquímica para el niño.

CAPÍTULO II. Fabricar cosas sencillas con vida, en casa y fuera de ella.

CAPÍTULO III. Maniqués y lo que les obliga a hacer el trabajo del mundo.

CAPÍTULO IV. Bebés y otros pequeños humanos.

CAPÍTULO V. Gemelos para cada ocasión, proporciónese un gemelo a sí mismo y a sus amigos.

CAPÍTULO VI. Lo que usted necesita para construir un hombre.

CAPÍTULO VII Completando al hombre.

CAPÍTULO VIII. Desarmando al hombre.

CAPÍTULO IX. Nuevos tipos de vida para sus momentos de ocio.

Sam dejó caer el libro dentro de la caja y corrió al espejo. Su cara seguía siendo la misma, un poco como yeso descolorido, pero fundamentalmente la misma. No se había desdoblado en dos, ni se había convertido en un maniquí, ni tampoco había inventado un nuevo tipo de vida para sus momentos de ocio. Todo seguía en el mejor de los mundos.

Con todo cuidado se esforzó para que sus ojos volviesen a ocupar la adecuada posición en sus cuencas.

«Querida tía Maggie —comenzó a escribir con fervor—, tus corbatas fueron el más hermoso regalo de estas Navidades. Mi único pesar es que...».

Mi único pesar es que sólo puedo darte mi vida por regalo de Pascuas. ¿Quién podría haberse dejado ir de tales fantasías para gastar un bromazo? ¿Lew Knigh? Incluso Lew debía tener algún respeto por la institución navideña en su insensible cuerpo... Además Lew no tenía ni cerebro ni paciencia para un trabajo tan complicado.

¿Tina? Tina tenía el sutil talento de la complicación, de acuerdo.

Pero Tina, aunque poseía una deliciosa abundancia de todo tipo de atributos físicos, carecía lamentablemente del hueso de la alegría.

Sam sacó el envoltorio y lo acarició. El perfume de Tina parecía estar adherido a la superficie.

La tarjeta metálica aparentaba haber crecido y le deslumbraba desde el suelo. La

cogió y le dio la vuelta.

Nada más que la lisa superficie de oro. Estaba seguro de que era oro. Su padre había sido joyero. El verdadero valor de la lámina refutaba la posibilidad de una broma. Además... ¿Dónde estábamos?

«Felices Pascuas 2353». ¿Qué sería de la humanidad dentro de cuatrocientos años? ¿Viajaría hacia las estrellas o aún más lejos, hacia destinos inimaginables? ¿Utilizando pequeños maniquíes para realizar el trabajo de máquinas y robots? ¿Proporcionando niños con...?

Quizás había otra tarjeta o alguna nota dentro de la caja. Weber se inclinó para remover su contenido. Sus ojos advirtieron un gran tarro parduzco con una etiqueta pegada en su superficie: «Preparación de neurona deshidratada, solamente para construcciones humanas».

Retrocedió y gritó:

—¡Ciérrate!

La cosa se cerró. Weber suspiró su alivio y decidió irse a la cama.

Lamentó, mientras se desnudaba, no haber pensado en preguntar al repartidor el nombre de su firma. El conocer la red de reparto que desempeñaba el servicio podría serle útil para descubrir el origen de la espeluznante broma.

—Aunque en realidad —repitió mientras se caía de sueño—, no se trata del regalo. Se trata del motivo... ¡Felices Pascuas a mi!

Al día siguiente, cuando Lew Knight entró garbosamente con sus «Buenos días, asesor», Sam esperó la primera astuta alusión para echarse encima. Lew no era un hombre que ocultase su humor detrás de un tonel. Pero Lew enterró su nariz en el *The New York State Supplement* y la mantuvo allí toda la mañana. Los otros cinco jóvenes abogados de la oficina pública parecían demasiado fastidiados o demasiado ocupados para tener un «Construya-un-Hombre» sobre sus conciencias. Nada de risitas burlonas, miradas encubiertas ni preguntas capciosas.

Tina apareció a las diez en punto, semejando una chica de calendario sorprendida con la ropa puesta.

—Buenos días, asesores... —dijo.

Cada cual a su manera, de acuerdo con las peculiares secreciones glandulares que estaba elaborando en aquel momento, contestó con alegría, con una bobada o con una simple réplica. Lew Knight dijo la bobada. Sam Weber se mostró radiante.

Tina recogió todo y analizó la situación mientras sacudía su melena.

Sus conclusiones evidentemente implicaban marcada inclinación por el despacho de Lew Knight y preguntó qué tenía para ella aquella mañana.

Sam se hundió salvajemente en *On Torts*, de Hackleworth.

Teóricamente Tina era la secretaria de los siete hombres, además de operadora del cuadro de distribución y recepcionista. Actualmente, la real ejecución de sus obligaciones la comprometía diariamente nada más que a escribir a máquina el nombre y la dirección de dos sobres y acaso una carta para ser introducida dentro.

Una vez a la semana tenía que hacer un pensativo resumen que nunca llegaba a suponer un escrutinio judicial. Por lo tanto Tina guardaba una hermosa colección de revistas de modas en el primer cajón de su mesa de escritorio y un laboratorio completo de cosméticos en los otros dos. Invertiría un tercio de su trabajo diario en el tocador de señoras, intercambiando precios e informaciones de existencias con las otras secretarias. Dedicaba religiosamente los otros dos tercios al abogado que en el momento de su llegada a la oficina parecía encontrarse con mejor talante masculino. Su paga era pequeña pero su vida estaba llena.

Justo antes del almuerzo se aproximó casualmente con el correo de la mañana.

—No creo que vayamos a estar demasiado ocupados esta mañana, asesor... —comenzó a decir la joven.

—Pues está equivocada, señorita Hill —la informó Sam con un deje de irritación que esperaba le sentara bien—. He estado esperando que usted terminase sus compromisos sociales para poder descender a lo que normalmente se consideran negocios...

Se asustó como una gatita desamparada.

—¡Pero hoy no es lunes! Somerset & Ojack sólo envía su material los lunes...

Sam echó humo ante el recuerdo de que si no fuese por el ganapán legal que recibía una vez a la semana de Somerset & Ojack, sería un abogado tan sólo de nombre, por no decir de espíritu.

—Tengo una carta, señorita Hill —replicó con firmeza—. De forma que reúna los materiales necesarios y comenzaremos.

Tina regresó en un abrir y cerrar de ojos con el block de taquigrafía y lápices.

—Encabezamiento normal, fecha de hoy —comenzó a decir Sam—. Dirigida a la Cámara de Comercio, Glunt City, Ohio. Caballeros: «Quisiera que me informaran si tienen registrada una firma que lleva el nombre de Bild-a-Man Company, o una firma de nombre similar. También estoy interesado en cualquier firma que utilizando el citado nombre haya dado a conocer sus intenciones de unirse a esa comunidad. Esta investigación la hago de manera informal a petición de un cliente que está interesado en un producto de esa organización cuya dirección ha extraviado.

»La firma y después esta P.D.: Mi cliente tiene también curiosidad por conocer las posibilidades comerciales de una calle llamada Diagonal Avenue o Diagonal Level. Cualquier dato sobre esa dirección y las organizaciones actualmente situadas será grandemente apreciado».

Tina le miró con sus ojos azules abiertos de par en par.

—¡Oh!, Sam... —susurró, ignorando las formalidades que el joven había introducido—. ¡Oh!, Sam, tiene otro cliente... Lo que me alegro.

Parecía un poco siniestro, pero de una forma tan distinguida que estoy segura...

—¿Qué? ¿Quién parecía un poco siniestro?

—¡Oh! Su nuevo cliente... —Sam tuvo la inconfortable sensación de que la joven había estado a punto de añadir «estúpido»—. Cuando llegué esta mañana estaba

hablando con el ascensorista ese terrible hombre alto, ya mayor, vestido con un largo abrigo negro... Se volvió hacia mí, quiero decir el ascensorista, y dijo: «Esa es la secretaria del señor Weber. Podrá decirle todo lo que quiera saber». Entonces comenzó a parpadear, lo que pienso suponía una descortesía, ya sabe, examinándome. Después, ese hombre se me quedó mirando con dureza y me sentí incómoda. Por fin se marchó murmurando: «Personalidades o dislocadas o rapaces. Nadie normal. Nadie equilibrado». Lo que tampoco creo que fuese muy cortés y pienso debe saberlo, si se trata de su nuevo cliente...

Se sentó y respiró profundamente.

Un hombre viejo, alto y siniestro con un largo abrigo negro, sondeando al ascensorista acerca de él. Difícilmente un asunto de negocios. No guardaba esqueletos en su armario personal. ¿Estará conectado con su poco corriente regalo de Pascua? Sam se interrogaba mentalmente.

—... Pero es mi tía predilecta... ¿sabe? —estaba diciendo Tina—. Y llegó de una forma tan inesperada...

La chica estaba explicando algo sobre su cita de Navidad. Sam sintió una acometida de afecto hacia ella, mientras la joven se inclinaba hacia delante.

—¡No importa! —le dijo—. Sé que no puede remediar romper la cita.

Estaba un poco molesto cuando me llamó para disculparse, pero ya pasó. Sam nunca guarda rencor a una chica preciosa... Todo el mundo lo sabe. ¿Y qué hay sobre el almuerzo?

—¿El almuerzo? —gesticuló distraídamente—. Prometí a Lew, quiero decir al señor Knight, que comería con él. Pero no creo que le importe que también venga usted...

—¡Estupendo! Iremos... Esto le sentaría a Lew como una cucharada de su propia medicina.

Lew Knight acogió el asunto de una multitud, en lugar de una pareja para almorzar, tan mal como Sam esperaba que lo hiciera.

Desafortunadamente, Lew fue capaz de describir detalles de su futuro caso, así como los probables honorarios y posibles distinciones que le iba a reportar. Después de uno o dos intentos de atraer el interés, tratando de volver a meter a Somerset & Ojack en la conversación, Sam se sumergió en sus fantasías. Inmediatamente Lew dejó de jugar a *Rosenthal contra Rosenthal* y acaparó toda la atención de Tina.

Fuera del restaurante la nieve se decoloraba en aguanieve. La mayoría de las tiendas estaban retirando sus despliegues navideños.

Sam advirtió juegos de construcciones para niños, aureolados con oropeles y brillantados con nieve artificial. Construir una radio, un velero, un aeroplano. Pero «Sólo con Construya-un-Hombre puede...».

—Me voy a casa —anunció de repente—. Acabo de recordar algo importante. Si

sucede algo, llámenme allí...

Se dijo a sí mismo que le estaba dejando el campo libre a Lew mientras entraba en el metro. Pero la amarga verdad era que el campo estaba tan libre cuando él se encontraba presente como cuando no lo estaba. En la Universidad a Lew Knight se le conocía por «el Lobo».

Desde que había advertido que Tina poseía las correctas proporciones de sustancia para rellenar un vestido, las probabilidades de Sam eran equivalentes a colocar una pica en Flandes.

Por ejemplo, hoy Tina no llevaba puesto su broche. En cambio su dedo meñique de la mano derecha lucía un desconocido y brillante anillo.

Sam filosofó: «Alguien lo consiguió. Alguien no lo consiguió. Yo no lo conseguí».

Pero habría sido estupendo haberlo intentado con Tina.

Cuando abrió la puerta de su habitación se quedó sorprendido ante la cama deshecha, diciéndose con cansado estoicismo que la camarera no había ido. ¡Aquello no había sucedido antes! Naturalmente... Jamás había dejado cerrada su habitación.

La criada debió haber pensado que deseaba intimidad.

Y quizás la deseaba.

Las corbatas de tía Maggie yacían obscenamente a los pies de la cama. Las arrojó dentro del armario mientras se quitaba el sombrero y la chaqueta. Después fue hacia el lavabo y se lavó las manos lentamente. Se dio la vuelta en redondo.

Allí estaba. Por fin el voluminoso bulto cúbico que había estado acechando tranquilamente en un ángulo de su campo de visión, aparecía descaradamente frente a él. Allí estaba e indudablemente contenía toda la extraña colección que recordaba.

—¡Ábrete! —dijo, y la caja se abrió.

El libro estaba en el fondo del cajón y se mantenía abierto por las hojas metálicas que contenían las tablas de materias. Casi se encontraba encima de un extraño aparato. Sam agarró ambas cosas.

Dejó a un lado el libro y observó que el aparato consistía en una especie de prismáticos soportados por una rosca y un tubo de adaptación, colocados sobre una plancha verde y plana. Le dio la vuelta. La parte inferior llevaba unas letras escritas de la misma forma rayada que las del libro. *Combinación Microscopio electrónico y banco de trabajo*.

Cuidadosamente colocó el aparato en el suelo. Uno por uno removió los demás artículos, desde el *Biocalibrador Junior* hasta el *Vitalizador Instantáneo*. Respetuosamente colocó contra la caja, en cinco hileras multicolores, los frascos de linfa y los tarros de cartílago básico. Las paredes del receptáculo estaban cubiertas de láminas increíblemente delgadas y arrugadas. Una ligera presión a lo largo de sus bordes, las ensanchaba para construir el bosquejo de órganos humanos tridimensionales, cuya forma y tamaño variaban pellizcando alguna parte de su superficie. En realidad eran moldes.

¡Toda una colección! Si en aquello existía algo sólidamente científico, la caja podría significar una inimaginable riqueza. O una publicidad muy útil. O, ¡bueno!, significaría algo...

¡Si existía algo sólidamente científico en aquello!

Sam se dejó caer en la cama y abrió «Un jardín de bioquímica para el niño».

A las nueve de aquella noche se agachó al lado de la combinación microscopio electrónico y banco de trabajo y comenzó a abrir determinadas botellitas. A las nueve cuarenta y siete, Sam Weber construyó su primera cosa sencilla con vida.

No era mucho, si usted toma como modelo el primer capítulo del Génesis. Sólo una forma primitiva color marrón, vista en el campo del microscopio, que comió tímidamente encima de un trozo de galleta, sacó hacia adelante unas cuantas esporas y murió al cabo de veinte minutos. Pero había sido obra *suya*. Había construido una forma de vida específica para comer los constitutivos de una galleta específica. No podría sobrevivir en ninguna parte.

Se fue a cenar con la intención de beber. Sin embargo, después de un poco de alcohol, el sentimiento de *deísmo* lo apresó de nuevo y regresó a su habitación.

Aquella noche no volvió a experimentar el gozo de la forma marrón, aunque construyó una molécula gigante y todo un montón de virus filtrantes.

Al día siguiente llamó a su oficina desde el drugstore de la esquina donde solía desayunar.

—Estaré en casa todo el día —le dijo a Tina.

La muchacha se quedó un poco confundida. De forma que fue Lew Knight quien cogió de nuevo el teléfono: —¡Eh, asesor! ¿Está buscando clientela en la vecindad? Creo que un famoso ladrón trae en jaque a la policía, ya pasaron por aquí dos ambulancias. ¡Cuidado!

—Ya... Lo pondré sobreaviso cuando aparezca...

El fin de semana estaba casi encima, así que decidió tomarse libre también el otro día. Realmente no tenía ningún trabajo hasta el lunes, cuando el Somerset & Ojack producía su solitario huevo.

Antes de volver a su habitación compró un ejemplar de un moderno bacteriólogo. Era divertido construir, con aprovechamiento, criaturas unicelulares cuyo verdadero lugar en el esquema de la clasificación era terna de polémica entre los científicos actuales. Naturalmente, el manual *Bild-a-Man* daba simplemente unos cuantos ejemplos y reglas generales. Pero con las descripciones de bacteriología, el mundo era su ostra.

Lo que suponía una idea. Hizo unas cuantas ostras. Los caparazones no eran lo bastante duros y no podía apurar su valor hasta el punto de comérselas, pero indudablemente eran bivalvas. Si ponía cuidado para perfeccionar su técnica, resolvería el problema de la comida.

El manual resultaba bastante fácil de seguir y venía profusamente ilustrado con fotografías que aumentaban de tamaño según se iba abriendo la página. Se daba por

supuesto muy poco, las explicaciones complicadas iban seguidas de otras más sencillas. Sólo las alusiones resultaban a veces oscuras: «Este es el principio utilizado en los juguetes *fanerógamos*». «Cuando sus dientes estén próximos a cariarse o sangrantes, piense en la *Bacterium cyanogenum* y en la humilde parte que juega». «Si usted tiene un maniquí *rubicular* en su casa, no necesita molestarse con el capítulo sobre maniqués».

Después de una breve búsqueda, Sam se quedó convencido de que, a pesar de todo lo que ahora tenía en su apartamento, no poseía un maniquí *rubicular* y encontró completamente justificado examinar el capítulo sobre los maniqués. Había conquistado por completo la sensación de ser papá jugando con el tren de su hijito. Había hecho ya más de lo soñado por los mejores biólogos para las generaciones venideras. ¿Le quedaría aún algún problema por resolver?

«No olvide que los maniqués se construyen con un propósito y sólo con uno».

Sam lo prometió.

«Bien sean maniqués enfermeros, sastres, impresores, etc., se construyen con vistas a la manipulación de un oficio dado. Cuando usted fabrica un maniqué que es capaz de cumplir más de una función, comete un crimen tan serio como para ser castigado con una amonestación pública».

«Para construir un maniqué elemental...».

Era muy difícil. Gastó tres horas desarrollando monstruosidades y volviendo a empezar. Hasta el domingo por la tarde el maniqué no estuvo completo, o mejor dicho, incompleto.

Tenía unos brazos largos, aunque por un error uno era ligeramente más largo que el otro, una cabeza sin cara y un tronco. Sin piernas. Ni ojos, ni oídos, ni órganos de reproducción. Estaba tendido en su cama y murmuraba por el borde rojo de una boca que se suponía servía a la vez para el ingreso y la excreción de la comida. Hacía ondear sus largos brazos, diseñados para alguna simple operación aún no inventada, moviéndolos en lentos círculos.

Sam, observándolo, decidió que la vida podía ser tan repugnante como una letrina en campo abierto y en pleno verano.

Tenía que desarmarlo. Su longitud, casi tres pies desde los dedos sin huesos hasta el tronco como un saco, prohibía el uso de un desmontador pequeño, con el cual se había deshecho de las ostras y de la miscelánea de pequeñas creaciones. Sin embargo, el desmontador grande llevaba una nota de un color amarillo brillante: «Para ser usado tan sólo bajo la directa supervisión de un censor. Acuda fórmula A76 o desestabilice su *Ídem*».

La fórmula A76 venía a ser tanto como un maniqué electrónico y Sam decidió que su *Ídem* ya era suficientemente inestable, gracias.

Tenía que arreglárselas sin un censor. Probablemente el desmontador grande se utilizaría según los mismos principios que el pequeño. Lo empalmó a un poste de la cama y ajustó el foco. Apretó el conmutador situado en la parte lisa de abajo.

Cinco minutos más tarde el maniquí era un revoltijo brillante y viscoso encima de su cama.

Mientras limpiaba su habitación, Sam se convenció de que el desmontador grande requería la supervisión de un censor. Por lo menos de un determinado tipo de conservador. Rescató como pudo los constitutivos de la criatura sin piernas, aunque dudaba que siguiese utilizando el juego por lo menos en los próximos cincuenta años.

Ciertamente no se le volvería a ocurrir hacer uso del desmontador.

Mucho menos espectacular y desagradable sería empujar toda la cosa dentro de una picadora de carne y darle a la manivela mientras se trituraba.

Cuando cerró la puerta detrás de sí para ir a una agradable francachela, hizo una nota mental para recordar que tenía que comprar sábanas nuevas al día siguiente. Aquella noche le tocaba dormir en el suelo.

Con los puños hundidos en las particularidades del asunto Somerset & Ojack, Sam era consciente de las miradas fijas de Lew Knight y de los asombrados ojos de Tina clavados en él. ¡Si llegasen a saber! Estaba radiante. Claro que Tina probablemente se limitaría a decir que era «maravilloso», y Lew Knight haría alguna broma del tipo «¡Eh! ¡El jovencito Frankenstein en persona!».

Aunque después de reflexionar sobre ello Lew probablemente se sacaría de la manga algún método para copiar, en tamaño reducido, los contenidos de la serie Construya-un-Hombre y explotarla comercialmente. Por el contrario él... Bueno, había muchas otras cosas más que se podían hacer con el artilugio. Montones de cosas.

—¡Eh, asesor! —Lew Knight estaba inclinado en la esquina de su mesa de escritorio—. ¿Cómo nos tomamos unos fines de semana tan largos? Quizás no gane mucho dinero con las leyes, ¿pero le parecería correcto a un asociado mío vender suscripciones de revistas en las horas extra?

Sam cerró mentalmente los oídos contra la voz de rueda de esmeril.

—Estuve escribiendo un libro.

—¿Un libro de leyes? ¿*Weber en bancarrota*?

—No, uno juvenil. *Lew Knight, El Tonto de Neanderthal*.

—No se va a vender. El título carece de impacto. Algo como *Caballeros, bribones y cabezotas* es lo que compra el público estos días.

Tina me dijo que ustedes dos tuvieron una especie de malentendido sobre la Noche Vieja y creo que no le importará si yo la llevo por usted...

Ella dice que no le importa, pero es que no quiero que lo tome a mal...

Especialmente porque he reservado una mesa en *Cigale's*, donde normalmente hay menos tumulto por Noche Vieja que en el *Automat*.

—No me importa.

—Bueno —contesta Knight aprobadoramente, mientras se aleja—. Hablando de todo un poco, gané ese caso. También unos buenos honorarios por el juicio. Gracias por preguntar...

Tina también quiso saber si tenía que hacer alguna objeción por el nuevo arreglo. Traía el correo. Volvió a decir que no. ¿Dónde había pasado todos aquellos días? Había estado ocupado, muy ocupado. Algo enteramente nuevo. Algo importante.

Tina se le quedó mirando mientras apartaba ofrecimientos de automóviles usados, sin garantía, por tener un cuarto de millón de millas de rodaje, pensando al mismo tiempo que todavía le faltaba por pagar la mitad de la matrícula del último año de la Facultad de Derecho. ¿Con qué iba a pagar?

Apareció una carta que no era ni factura ni anuncio. El corazón de Sam perdió momentáneamente su interés en el monótono latir al que estaba acostumbrado, mientras miró el extraño matasellos: Glunt City, Ohio.

«Apreciado señor:

En el momento presente no existe ninguna firma en Glunt City que lleve ningún nombre similar a *Bild-a-Man Company* ni tenemos noticia de que tal organización planea unirse a nuestra comunidad. Tampoco tenemos ninguna vía pública llamada *Diagonal*. Nuestras calles de norte a sur llevan nombres de tribus indias, mientras que nuestras avenidas este-oeste están señaladas numéricamente con múltiplos de cinco.

Glunt City es una jurisdicción residencial restringida.

Pretendemos conservarla así. Aquí sólo se permiten pequeños comercios y establecimientos públicos. Si usted está interesado en construir una casa en Glunt City y puede suministrar pruebas de ser blanco, cristiano y tener antepasados anglosajones por ambos lados de su familia, durante quince generaciones, estaremos encantados de proporcionarle más información.

THOMAS H. PLANTAGENET, Mayor

P.D.: En el exterior de los límites de la City se está construyendo un campo de aterrizaje para propietarios de jets y de aviones privados».

Y así estaban las cosas. No conseguiría repuestos ni ninguno de los frascos o botellas, aunque tuviese que perder un dólar o dos en la transacción. Sería mejor que economizase el material y lo conservase el mayor tiempo posible. ¡Pero nada de desmontadores!

Quizás la *Bild-a-Man Company* comenzase a manufacturar en Glunt City en alguna época del futuro, cuando se hubiese desarrollado una metrópolis industrial, a pesar de los constreñidos deseos de sus restringidos ciudadanos... O su paquete se habría deslizado de un sendero diferente de la corriente del tiempo humano. Quizás las dos cosas tuviesen un origen común, dada la utilización del idioma inglés. Y

también pudiera ser muy probable que existiera un determinado propósito en el hecho de que fuera él quien lo hubiese recibido, beneficioso o de otro tipo...

Tina había estado haciendo una pregunta. Sam liberó su mente de la especulación sin forma y la consideró, teniendo en cuenta sus rasgos más adversos.

—Si todavía te agrado para salir en Noche Vieja, todo lo que tengo que hacer es decirle a Lew que mi madre tiene todos los síntomas de ir a darle su cólico biliar y que tengo que quedarme en casa. Después, usted podía comprarle más baratas las reservas en *Cigale's*.

—Muchas gracias, Tina, pero honestamente, ahora no tengo dinero disponible. Lew y usted hacen una pareja mucho más lógica...

Lew Knight no habría hecho eso. Lew cortaba gargantas con desenfadado deleite. Pero a Tina parecía irle el tipo de Lew.

¿Por qué? Hasta que Lew había comenzado a levantar la ceja cada vez que entraba en juego Tina, Sam había tenido la vía libre. El resto de la oficina había aceptado el hecho y se apartaba de su camino. No se trataba tan sólo de que Lew tuviese más éxito y un bienestar financiero.

Era que Lew había decidido que deseaba a Tina y trataba de conseguirla.

La cosa dolía. Tina no era especial. No era una compañera culta, ni una pareja intelectual. Pero le gustaba. Deseaba estar con ella. Era la mujer que quería, acertada o equivocadamente, hubiese o no unas bases sólidas para sus relaciones. Recordaba que sus padres, antes del accidente ferroviario que lo había dejado huérfano, habían sido terriblemente felices juntos, aunque eran teóricamente incompatibles.

Todavía seguía admirándose del hecho la noche siguiente, mientras pasaba las páginas de «Haga un gemelo para sí mismo o para sus amigos». Sería interesante construir una gemela de Tina. «Una para mí y otra para Lew».

La única sombra era la horrible posibilidad de un error. Su maniquí no había salido perfecto. Sus brazos tenían una longitud desigual. Era espantoso pensar en una Tina físicamente desequilibrada, que jamás se atrevería a desarmar, cojeando extrañamente toda su vida.

A continuación el libro anunciaba: «El gemelo que usted construya, aunque se le asemeje en todos los detalles obvios, no tiene por qué gozar de su lenta y precavida madurez. O no será tan estable mentalmente, o mucho menos capaz de enfrentarse con las situaciones poco usuales, o más dado a la neurosis. Solamente un duplicador de la carne profesional, utilizando el equipo más delicado, puede construir una copia exacta de una personalidad humana. Las suyas serán capaces de vivir y de reproducirse, pero no podrán ser aceptadas como un miembro de la sociedad válido y responsable».

Bien, podía correr el albur. Una poca inestabilidad apenas se advertiría en Tina. Incluso sería deseable.

Había una dificultad. Abrió la puerta, ocultando la visión de la caja con su cuerpo. Su patrona.

—Su puerta ha estado cerrada toda la semana pasada, señor Weber. Por eso la camarera no ha podido limpiar el cuarto. Pensamos que no quería a nadie dentro.

—Sí —salió al vestíbulo cerrando su puerta—. Estoy haciendo en casa un trabajo jurídico altamente importante...

—¡Oh!

Presintió la curiosidad asesina y cambió de tema.

—¿Por qué ese plumaje brillante, señora Lipanti? ¿Una fiesta de Noche Vieja?

La casera alisó su vestido negro lleno de puntillas.

—Sí... Mi hermana y su esposo llegaron hoy de Springfield y salimos a cenar fuera. Sólo... sólo que la chica que se suponía iba a venir a cuidar su bebé telefoneó para decir que no se encontraba bien. Así que supongo que no saldremos. A menos que alguien, quiero decir, a menos que encontremos a alguien que se quiera hacer cargo de él.

Su voz se hacía lejana y se llenaba de embarazo al darse cuenta del favor que inconscientemente estaba pidiendo.

Bueno, después de todo no iba a hacer nada aquella noche. Y la mujer se había mostrado de lo más amable las veces que él había operado sobre las bases de «naturalmente tendré el resto del alquiler dentro de un día o dos...». Pero ¿por qué cada uno de los dos mil millones de seres humanos de la tierra, cuando están en posesión de un muerto, se lo largan automáticamente a Sam Weber?

A continuación recordó el Capítulo IV sobre «Bebés y otros pequeños humanos». Desde la noche que había separado las partes constituyentes del maniquí había estado recorriendo el manual como un ejercicio del intelecto. No se sentía con fuerzas para cometer un error sobre un ser humano pequeño. Pero fabricar un gemelo no parecía muy difícil.

Aunque si llegaba a hacerlo juraba por Gog y por Magog, por el físico Esculapio y por el doctor Kildare, que no lo iba a desarmar. Tenía que haber otros medios a disposición de uno en una noche oscura dentro de una gran ciudad. Pensaría en algo.

—Me encantará vigilar al bebé durante unas cuantas horas —dijo y echó a andar por el vestíbulo para anticiparse a la protesta cortés de la casera—. No tengo nada que hacer esta noche. Ni se le ocurra mencionarlo, señora Lipanti. Me encantará...

En la habitación de la casera, su hermana, muy nerviosa, le susurró:

—No suele armar jaleo más que un poco antes de dormirse, pero si lo mece rápidamente se le pasará enseguida. No dura mucho...

—Lo moveré con la suficiente rapidez —aseguró a la madre.

Cuando se dirigían hacia la puerta, la casera se detuvo.

—¿Le dije lo del hombre que estuvo preguntando por usted esta tarde?

¿Otra vez?

—¿Una especie de anciano alto con un abrigo largo negro?

—Con la forma más terrible de mirarle a una a la cara y hablando como sin respiración... ¿Lo conoce?

—No exactamente. ¿Qué quería?

—Bien. Preguntó si vivía aquí un Sam Weaber que era abogado y que se había pasado la mayor parte del tiempo en su habitación durante la semana pasada... Le dije que teníamos un Sam Weber, su nombre es Sam, ¿verdad?, que respondía a esa descripción, pero que el último Weaber que habíamos tenido se había mudado hacía un año.

Entonces me miró de una forma extraña y murmuró: «Weaber, Weber, pudieron haber cometido un error», y se marchó sin decir adiós y sin excusarse. No era lo que yo llamaría un hombre cortés...

Pensativamente Sam se acercó al niño. ¡Era extraño que se hubiera formado una fotografía mental tan aguda de aquel hombre!

Posiblemente a causa de que las dos mujeres que le habían encontrado se habían quedado muy impresionadas, aunque oyendo sus historias se explicaba tal impresión.

Dudaba que existiera alguna equivocación. El hombre le había estado buscando precisamente a él las dos ocasiones. Su conocimiento de las vacaciones que se había tomado Sam la semana pasada así lo probaba. Parecía como si no estuviese interesado en encontrarle hasta que su identidad quedase establecida sin la mínima sombra de duda. A eso se le podía llamar una mente legal.

Era seguro que todo el asunto se centraba alrededor del juego «Construya-un-Hombre». Todas las investigaciones habían comenzado a partir de que el regalo procedente del año 2353 había sido entregado y de que Sam había comenzado a utilizarlo.

Pero hasta que el tipo del abrigo largo negro pusiese personalmente las manos sobre Sam Weber y le plantease la cuestión, no podía hacer nada.

Corrió a su habitación para buscar su biocalibrador *junior*.

Colocó el manual abierto contra el borde de la cama y maniobró el instrumento para comprobar todo su poder escudriñador. El niño gorgoteaba ligeramente mientras el calibrador rodaba con lentitud sobre su gordezuelo cuerpo y una cinta de metal se desovillaba de una ranura, según el manual, para una descripción fisiológica detallada.

Y fue detallada. Sam se quedó boquiabierto cuando la cinta, corriendo a través del objetivo ampliador, daba una información sobre el niño por la que un pediatra hubiese hipotecado tres veces su alma inmortal. Capacidad del tiroides, calidad de los cromosomas y contenido cerebral. Todo revelado con claros datos para los propósitos de la construcción. Porcentaje de expansión del cráneo por minuto para las próximas diez horas, porcentaje de transformación del cartílago y cambios en las secreciones hormonales en movimiento y en reposo.

Era como una fotografía. Como estar planeando los reglamentos internos de un niño.

Sam dejó al niño después de una asombrada contemplación de su ombligo y se fue a su cuarto. Con la cinta metálica como guía pellizcó secciones de los moldes

para conseguir las formas requeridas. A continuación, aun antes de que fuese consciente de ello, estaba construyendo un pequeño ser humano.

Estaba loco por lo fácil que le resultaba su trabajo. Evidentemente había adquirido destreza en aquel oficio. El maniquí le había costado más trabajo. El asunto de la duplicación y el estar actuando con la guía de una cinta de informaciones simplificaba el problema.

El niño adquirió forma bajo sus ojos.

Acabó justo hora y media después de haber tomado sus primeras medidas. Estaba todo excepto el vitalizador.

Al llegar a este punto hizo una pausa. El panorama desagradable del desmontaje le detuvo por un momento, pero lo ahuyentó. Tenía que comprobar lo bien que había realizado su obra. Si aquel niño podía respirar, ¿de qué sería capaz? Además no podía mantenerlo en una condición inanimada durante largo tiempo sin correr el riesgo de arruinar su trabajo y los materiales.

Comenzó a aplicar el vitalizador.

El niño se estremeció y comenzó a chillar tenuemente. Sam regresó de nuevo al cuarto de la casera y cogió un pañal de lienzo blanco que le habían dejado sobre la cama para una emergencia. También buscó sábanas limpias.

Después de conseguir lo necesario hizo los oportunos arreglos a su bebé y se lo quedó mirando un buen rato. En cierto sentido era papá.

Se sintió orgulloso.

Era una perfecta criatura, luminosa, redonda y llena de salud.

—Logré hacer un gemelo... —se dijo feliz.

Todos los detalles eran correctos. Los dos lados de la cara con la misma inexactitud y la duplicación de la comida del niño original en el mismo punto de digestión. El mismo pelo, los mismos ojos, ¿o no era así? Sam se inclinó sobre el niño. Juraría que el otro era rubio. Aquel niño tenía el pelo oscuro y parecía todavía más oscuro según lo iba mirando.

Agarró al niño con una mano y al biocalibrador con la otra.

Se dirigió a la habitación de la casera y colocó a los dos niños juntos encima de la cama. No había duda. Uno era rubio y el otro, su plagio, era definitivamente moreno.

El biocalibrador mostró otras diferencias: un pulso ligeramente más rápido en su modelo. Un contenido de sangre más bajo. Una capacidad cerebral por minutos más alta aunque su contenido era el mismo. Y la adrenalina y las secreciones biliares completamente desiguales.

Había que añadir otro error. Su niño podría ser una especie superior o una inferior, pero no había hecho una copia auténtica. De momento no había forma de saber si el niño que había hecho crecería hasta llegar a una madurez humana. El otro podía hacerlo.

¿Por qué? Había seguido las instrucciones al pie de la letra y había consultado la cinta metálica del calibrador a cada paso. Y el resultado era ese. ¿Habría esperado

demasiado para comenzar a vitalizarlo?

¿Era cuestión de poca práctica?

Al llegar la medianoche su reloj le dio un aviso. Sería necesario borrar todas las evidencias antes de que las hermanas Lipanti regresaran a casa. Sam consideró rápidamente las posibilidades.

A los pocos momentos volvía de su habitación con un viejo mantel y una caja de cartón. Envolvió al niño en el mantel, vagamente feliz de que la temperatura hubiera aumentado aquella noche y después lo colocó en la caja.

El niño gorgoteó al azar. El original de la cama hizo «gu» como respuesta. Sam se deslizó a la calle.

Un hombre y una mujer borrachos se acercaban vacilantes haciendo sonar unas trompetas. La gente gritaba «Feliz Año Nuevo» a quien pasaba a su altura, mientras Sam caminaba las tres manzanas necesarias.

Cuando doblaba a la izquierda vio un cartel: «Inclusa». Había una luz en un lado de la puerta. Oportuna. ¡Aquella era una gran ciudad!

Sam se resguardó en la sombra de un callejón durante un momento, mientras se le ocurrió una nueva idea. Tenía que parecer auténtico. Sacó un lapicero de su bolsillo y garabateó en un lado de la caja:

«Por favor, cuiden de mi hijito. Soy soltera».

A continuación, depositó la caja en un peldaño de la escalera y apoyó un dedo sobre el timbre hasta que oyó pasos dentro. Ya había cruzado la calle y volvía a encontrarse en el callejón cuando salió una enfermera.

Hasta que estuvo en las proximidades de su casa no recordó lo del ombligo. ¡No! Había construido al niño sin ombligo... Su vientre estaba completamente liso. ¡Esos eran los resultados de la prisa! ¡Manufactura vulgar!

¡Menudo revuelo se iba a armar en la inclusa cuando desenvolvieran al pequeño! ¿Cómo se lo explicarían?

Sam se golpeó la frente.

—¡Miguel Ángel y yo! Él añade un ombligo... Yo lo olvido.

A excepción de un gruñido ocasional, la oficina estaba relativamente tranquila aquel segundo día del nuevo año.

Estaba llegando a las últimas páginas de su intrigante libro, cuando fue sacado de su ensimismamiento por el torpe movimiento de dos personas cerca de su mesa. Sus ojos se apartaron con pesar del manual. «Nuevos Tipos de Vida para Sus Momentos de Ocio» eran realmente fascinantes.

Tina y Lew Knight.

Sam asimiló el hecho de que ninguno de los dos se inclinaba sobre su despacho.

Tina usaba el anillo que había recibido por Pascua en el tercer dedo de su mano izquierda. Lew estaba haciendo experimentos para conseguir un aspecto avergonzado

y evidentemente lo encontraba difícil.

—¡Oh, Sam! La noche pasada, Lew... Sam, queremos que sea el primero... Quiero decir que no se lleve una sorpresa... Porque yo casi...

Naturalmente pensamos que resultaría un poco dificultoso... Sam, nos vamos, quiero decir que esperamos...

—Casarnos... —concluyó Lew Knight.

Por primera vez desde que Sam lo conocía le pareció inseguro y suspicaz, como un hombre que acaba de descubrir un pulpo en el jugo de naranja del desayuno.

—Adoraría la manera con que Lew me lo propuso —decía Tina—. Tan indirectamente y con tanta timidez. Después le dije que creí que estaba hablando de algo completamente diferente. Me costó trabajo comprenderlo, ¿verdad, cariño?

—¿Hum? ¡oh!, sí, te costó trabajo comprenderme —Lew estaba mirando a su antiguo rival—. Sam, ¿se ha sorprendido mucho?

—¡Oh, no! No fue ninguna sorpresa. Encajan tan bien los dos que lo supe desde un principio... —Sam les felicitó consciente de las miradas indagadoras de Tina—. Y ahora, excúseme, tengo que ocuparme de algo inmediatamente. Una especie de regalo de boda.

Lew estaba desconcertado.

—Un regalo de boda... ¿Tan pronto?

—Ciertamente que no... —dijo Tina—. No resulta fácil encontrar la cosa adecuada. Y especialmente un amigo como Sam, naturalmente, quiere un regalo distinto...

Sam decidió que ya había visto bastante. Cogió el manual y su abrigo y traspasó la puerta.

En el momento que pisaba los escalones de piedra roja de la casa de huéspedes, había llegado a la conclusión de que el golpe, aunque doloroso, no había alcanzado su corazón. De hecho estaba casi divertido ante el recuerdo de la cara de Lew Knight, cuando su patrona se sacó de la manga:

—Ese hombre volvió de nuevo hoy, señor Weber. Quería verle...

—¿Qué hombre? ¿El tipo viejo y alto?

La señora Lipanti asintió, cruzando plácenteramente sus brazos sobre su pecho.

—¡Qué persona tan desagradable! Cuando le dije que usted no estaba insistió para que le dejara entrar en su habitación. Le dije que no podía hacerlo sin su permiso y me miró como a punto de matarme.

Nunca creí en el ojo del diablo... Aunque siempre supe que donde hay humo tiene que haber fuego, pero si existe tal cosa como un ojo del diablo, ese hombre lo tiene...

—¿Va a volver?

—Sí. Me preguntó cuándo solía volver a casa y le dije que sobre las ocho, imaginándome que si no quería encontrarse con él le daría tiempo a cambiarse de ropa y salir antes de que llegase. Y, señor Weber, perdóneme que le diga esto, pero

creo que no debe encontrarse con él...

—Gracias. Pero cuando venga a las ocho, hágalo pasar. Si es la persona que yo pienso, estoy en posesión ilegal de algo suyo. Quiero saber dónde tal propiedad tiene su origen.

Ya en su habitación, dejó a un lado cuidadosamente el manual y le dijo a la caja que se abriera. El calibrador *junior* no era demasiado abultado y un periódico podría ocultarlo. A los pocos minutos regresaba a la parte alta de la ciudad con un paquete de forma extraña bajo el brazo.

Estudio si todavía seguía queriendo duplicar a Tina. Sí, a despecho de todo. Todavía era la mujer que deseaba más que a ninguna de las que había conocido. Si el original se casaba con Lew, la réplica no tendría otra elección que él. Sólo que la réplica podía tener las características de Tina en el momento en que habían sido tomadas las medidas y quizás insistiese también en casarse con Lew.

Tal cosa redundaría en una situación de locos. Pero aún se encontraba a muchas millas de distancia de tal azar. Incluso podría resultar divertido...

La posibilidad de un error era más fastidiosa. La Tina fabricada podría salir descentrada en un gran número de formas. Los rojos podrían ocupar el lugar de los rosas, como los colores de una fotografía reproducidos de manera imperfecta. También podría llegar a digerir su propio estómago con el transcurso del tiempo y sería muy probable que los rasgos de una extraña e incurable demencia estuviesen implícitos en su modelo, para despertarse cuando un profundo y mutuo afecto hubiese florecido y dado fruto. Después de todo no era gran cosa como fabricante de gemelos y mimeógrafo humano. Los errores cometidos con el sobrino de la señora Lipanti habían demostrado su estadio de aficionado.

Sam sabía que no sería capaz de dismantelar a Tina si se demostraba defectuosa. Aparte de los caballerescos conceptos y de la casi supersticiosa reverencia por el sexo femenino que había almacenado desde su niñez, existía el invencible horror que sentía ante la idea de que un objeto de su pertenencia sufriese el mismo proceso de desintegración que, bueno, el maniquí. Pero si olvidaba algo esencial en su construcción, ¿qué otro recurso cabría?

Solución: nada debía ser descuidado. Sam sonrió amargamente mientras el antiguo ascensor subía a su oficina. Si tuviese un poco más de tiempo para practicar con una persona cuyas reacciones conociese tan exactamente que cualquier desviación de lo normal resultase obvia al momento... Pero aquel hombre extraño regresaría por la noche y si lo que quería estaba relacionado con los juegos «Bild-a-Man», los experimentos de Sam serían cortados de raíz. ¿Cómo iba a encontrar a una persona así? Tenía pocos amigos y no demasiado íntimos. Y para que el experimento fuese valedero, tenía que tratarse de algo que conociese tan bien como a sí mismo.

Él mismo.

—Piso, señor...

El ascensorista lo miraba en son de reproche. El salto de alegría de Sam había originado una espasmódica detención tres pulgadas por debajo del nivel del piso, cosa que no le había sucedido al ascensorista desde aquel día en que por primera vez se había hecho cargo de los controles.

¿Y por qué no él mismo? Conocía sus propios atributos mejor que los de Tina. Cualquier inestabilidad mental por parte de su yo reproducido sería detectada antes de que alcanzase el punto de la psicosis o de algo peor. Y lo más hermoso es que no sentiría ningún remordimiento al desarmar un Sam superfluo. Muy al contrario. Lo horroroso de la situación sería continuar una existencia con una personalidad duplicada. Deshacerse de su doble sería un alivio.

El fabricar un gemelo de sí mismo le proporcionaría la práctica suficiente en un medio familiar. Ideal. Tenía que tomar notas con todo cuidado de forma que si algo resultase equivocado pudiera saber dónde, para evitar volver a caer en lo mismo al hacer a su personal Tina.

Quizás el vejestorio no estuviese interesado en el juego. Y si lo estaba, Sam podía seguir el consejo de su patrona y no estar en casa cuando preguntara por él. Todo lo veía color de rosa.

Lew Knight contempló el instrumento en las manos de Sam.

—¿Qué demonios es eso? Parece una cortadora de césped enana.

—Es... ¡Hum! Una especie de artilugio para medir. Proporciona la forma correcta de una cosa y otra, de esto y de aquello... No seré capaz de proporcionarles el regalo de boda que tengo en mente, a menos que conozca su forma exacta. Tina, ¿le importaría pasar al vestíbulo?

—No... —miró con aire de duda al artilugio—. ¿Hace daño?

Sam le aseguró que no hacía ningún daño.

—Sólo quiero guardar el secreto hasta después de la ceremonia...

Me refiero a que no lo sepa Lew.

Se animó ante tal declaración y precedió a Sam a través de la puerta.

—¡Eh, asesor! —uno de los abogados llamó a Lew mientras salían—. ¡Eh, asesor, no se lo permita! Sam dice siempre que la posesión marca nueve puntos... Jamás se la devolverá.

Lew se echó a reír, tolerante, y se inclinó sobre su trabajo.

—Ahora quiero que vaya al servicio de señoras —explicó Sam a una Tina completamente confundida—. Estaré vigilando fuera y diré a las otras habituales que no se puede utilizar. Si otra mujer está dentro, espere hasta que salga. Luego, desnúdese...

—¡Que me desnude! —exclamó Tina boquiabierta. Sam asintió. A continuación, detenidamente, haciendo hincapié en cada detalle significativo de la operación, le dijo cómo tenía que utilizar el biocalibrador *junior*. Cómo debía tener cuidado al dar al conmutador y poner la cinta en movimiento. Y también cómo debería cubrir cada

pulgada externa de su cuerpo...

—Con este brazo podrá llevar el aparato a lo largo de su espalda...

No haga ahora más preguntas. Apresúrese.

Tina volvió al cabo de quince minutos, ajustándose su vestido y estudiando la cinta con el ceño fruncido.

—Esto es la *cosa* más extraña... Según el carrete mi contenido de yodo es...

Sam le arrancó rápidamente el calibrador.

—No lo piense más. Se trata de una especie de código. Sólo me dice la forma y la cantidad de lo que quiero. La volverá loca el regalo cuando lo vea.

—Estoy segura... —se inclinó sobre él cuando examinaba la cinta para estar seguro de que la joven había aplicado el instrumento de forma correcta—. ¿Sabe, Sam? Siempre me di cuenta que su gusto era perfecto... Quiero que venga a visitarnos con frecuencia cuando estemos casados. ¡Se le ocurren unas ideas tan estupendas! Lew es demasiado... demasiado hombre de negocios, ¿no le parece? Quiero decir que eso es necesario para el éxito y demás, pero el éxito no es nada. Me refiero a que también se necesita cultura. Usted me ayudará a mantener mi cultura, ¿no es verdad, Sam?

—Claro... —contestó vagamente Sam.

La cinta era completa. Ahora, a comenzar.

—Todo lo que yo pueda hacer, encantado en ayudar... —siguió diciendo mecánicamente.

Corrió hacia el ascensor y se dio cuenta de la forma desamparada con que Tina le observaba. Se sintió obligado a decir: —Lo siento Tina, tengo que irme. No se preocupe. Lew y usted serán muy felices juntos. Y se va a quedar encantada con este regalo de boda.

Ya de vuelta en su habitación, vació la máquina y se desnudó. En pocos momentos tenía otra cinta sobre su cuerpo. Le habría gustado considerarlo durante un rato, pero el estar próximo a la meta le hacía volverse impaciente. Cerró la puerta, limpió apresuradamente su cuarto de la basura acumulada, recordando gruñir fastidiado al ver las corbatas de la tía Maggie y ordenó a la caja que se abriera. Estaba listo para comenzar.

Primero el agua. Con el elevado porcentaje de agua necesario para el cuerpo humano, especialmente en el caso de un adulto, tenía que empezar por reunirla. Había comprado varias cacerolas y con un solo grifo le llevaría algún tiempo llenarlas todas.

Mientras colocaba el primer cacharro bajo el chorro del agua, Sam se preguntó repentinamente si sus impurezas químicas afectarían al producto. ¡Por supuesto que sí! Los niños del año 2353, con toda seguridad, tomarían diariamente H₂O absolutamente pura. El manual no mencionaba el tema, ¿cómo saber qué tipo de agua sería válido?

Bueno, herviría el contenido de los cacharros en su hornillo. Cuando hiciese a Tina trataría de conseguir agua completamente *pura*.

Un tanto más que se había marcado al hacer primero un simulacro de Sam.

Mientras esperaba a que el agua hirviese ordenó sus provisiones, colocándolas en unas posiciones más manejables. Estaban bajando.

Aquel niño se había llevado cierta cantidad de ingredientes útiles. Había sido un fallo no haber encontrado una forma limpia de desarmarlo.

Aquello significaba que no existía ningún argumento en favor de permitir que la réplica de sí mismo continuase viviendo. Si había existido quedaba invalidado. Tenía que preocuparse de contar con suficientes elementos para conseguir una Tina II (¿O una Tina primera?).

Recorrió los capítulos VI, VII y VIII sobre los ingredientes, acabado y desmontaje de un hombre. Los había leído varias veces con anterioridad, pero quería hacer una revisión en el último minuto.

La constante referencia a la inestabilidad mental lo trastornaba un poco.

«Los humanos contruidos con este juego, en el mejor de los casos, mostrarán las tendencias supersticiosas y los impulsos neuróticos del tipo de hombre medieval. En líneas generales no son normales, hay que tener gran cuidado de no considerarlos como tales».

En el caso de Tina no supondría mucha diferencia. Y eso era lo que realmente importaba.

Cuando acabó de ajustar los moldes a las formas adecuadas, se dio prisa en llevar el vitalizador a la cama. Entonces, muy lentamente y con repetidas ojeadas al manual, comenzó a duplicar a Sam Weber.

Aprendió más sobre sus limitaciones y capacidades físicas en las dos horas siguientes que ningún hombre creado, desde el día en que un indiscernible primate había investigado las posibilidades de la locomoción sobre la tierra solamente con sus extremidades inferiores.

¡Cosa extraña! No experimentó ningún tipo de exaltación. Era como construir por primera vez un radio receptor. Juego de niños.

Cuando acabó, la mayor parte de los frascos y tarros estaban vacíos. Los moldes húmedos estaban ya acomodados dentro de la caja, todavía con sus diseños tridimensionales. El manual yacía abandonado en el suelo.

Sam Weber estaba de pie junto a la cama, mirando a Sam Weber que se encontraba tendido en ella.

Lo único que faltaba era el vitalizador. No debía esperar demasiado o podrían aparecer imperfecciones y repetirse los errores del bebé.

Ahuyentó una nauseabunda sensación de irrealidad, se aseguró de que el desmontador grande estaba a su alcance y puso en movimiento el vitalizador.

El hombre que estaba encima de la cama tosió. Se agitó. Se sentó.

—¡Puff! —dijo—. ¡Un éxito! ¡Algo muy bueno si soy yo quien lo digo!

Entonces saltó de la cama y se apoderó del desmontador. Dio unos tirones para descentrarlo, lo arrojó al suelo y lo pisoteó hasta dejarlo sin forma.

—¡No quiero una espada de Damocles colgando sobre mi cabeza! —informó a Sam que lo miraba con la boca de una cuarta—. Aunque pensándolo bien, debí haberlo usado con usted...

Sam se acercó al colchón y se sentó. Su mente se quedó paralizada y sufrió como un colapso. Había quedado tan concienciado por la desvalidez del maniquí que jamás había soñado con la posibilidad de que su duplicado entrase en la vida con tal entusiasmo. Tendría que haberlo pensado. Era un hombre totalmente adulto, creado en un momento de completa actividad física y mental.

—¡Mala cosa! —dijo por fin con voz ronca—. Usted es inestable. No puede ser admitido en una sociedad normal.

—¿Soy inestable? —preguntó su imagen—. ¡Mire quién fue a hablar!

El tipo que se está portando como un bobalicón a lo largo de su vida adulta, que quiere casarse con una adornada y vanidosa colección de impulsos biológicos, que le obligarían a ponerse de rodillas ante ella, y que no tiene la suficiente sensibilidad que tendría cualquiera para apretar los botones adecuados...

—¡Deje el nombre de Tina fuera de la cuestión! —le dijo Sam, sintiéndose claramente incómodo ante la teatralidad de la frase.

Su doble le miró y se echó a reír.

—De acuerdo, lo dejaré. ¡Pero no a su cuerpo! Ahora, míreme, Sam o Weber o como quiera que le llame, puede vivir su vida y yo viviré la mía. Incluso no seré abogado si eso le hace feliz. Pero por lo que se refiere a Tina, ahora que no hay ingredientes para hacer una copia, que hablando de todo un poco era una podrida idea escapista, tengo lo bastante de sus gustos y de sus aversiones para quererla de mala manera. Y la puedo conseguir, cosa que usted no puede. Carece de la necesaria perspicacia.

Sam se puso en pie y dobló los puños. Después vio que el otro era completamente del mismo tamaño y ligeramente más seguro de su situación. No era cosa de pelearse, lo que podría acabar en un empate en el mejor de los casos. Decidió razonar.

—De acuerdo con el manual... —comenzó a decir—. Usted está predispuesto a la neurosis...

—¡El manual! El manual está escrito para niños de aquí a cuatro siglos, con una selectiva crianza y una educación científica tras ellos.

Personalmente, creo que soy un...

Dieron dos golpecitos en la puerta.

—Señor Weber...

—Sí —contestaron los dos a la vez.

Fuera, la casera carraspeó y comenzó a hablar con voz insegura.

—Ese caballero está en la puerta de la calle. Quiere verle. ¿Le digo que está dentro?

—No, no estoy en casa —contestó el doble.

—Dígale que salí hace media hora —repuso Sam, exactamente en el mismo

momento.

Se produjo otro profundo carraspeo, casi un hipo y se oyó el sonido de unos apresurados pasos.

—Esa es una forma diestra de manejar la situación... —explotó el facsímil de Sam—. ¿No podía haber cerrado la boca? Probablemente la pobre mujer está a punto de sufrir un desmayo...

—Olvida que es mi habitación y que usted es sólo un experimento que salió equivocado... —le dijo Sam acaloradamente—. Tengo más derecho, en realidad todo el derecho de... ¡Eh! ¿Pero qué va a hacer?

El otro había abierto el armario y se estaba introduciendo en un par de pantalones.

—¡Vistiéndome! Usted puede andar por ahí desnudo si lo encuentra excitante, pero yo quiero parecer respetable.

—Me desnudé para tomar mis medidas... O sus medidas. Esos son mis trajes y ésta es mi habitación...

—Mire, tómelo con calma. No lo conseguirá probar ante un jurado.

No me haga entrar en ese cliché de lo que es suyo es mío, etc...

Unos pesados pasos resonaron a través del vestíbulo. Se detuvieron fuera de la habitación. A su alrededor, parecieron entrechocarse unos címbalos y se produjo una pavorosa sensación de insoportable calor. A continuación, ambos oyeron como unos distantes y agudos ecos. Las paredes, que habían comenzado a temblar, dejaron de estremecerse.

Hubo un silencio y un olor a madera quemada.

Sam y su doble giraron a tiempo de ver a un hombre anciano y alto, de aspecto terrible, vestido con un abrigo largo y negro, traspasar los humeantes restos de la puerta. Demasiado alto para el marco, no se agachó para entrar. Más bien escondió su cabeza dentro de su abrigo y la volvió a sacar de nuevo. Sam y su doble se colocaron juntos.

Sus ojos, con un iris de un negro brillante sin nada de blanco, estaban ahondados profundamente en la sombra de su cabeza. Le recordaron a Sam el disco explorador del biocalibrador: tomaban medidas, deducían. Calculaban en lugar de ver.

—Temí que llegaría demasiado tarde —soltó por fin en un tono sobrenatural y deslizante—. Señor Weber, ¡ya se ha duplicado a sí mismo! Naturalmente, haciendo reajustes necesarios y desagradables. Y su doble ha destruido el desmontador. ¡Mala cosa! Tendré que hacerlo manualmente. ¡Un trabajo feo! —se adentró más en la habitación hasta que casi podían respirar su miedo sobre él.

Continuó:

—Este asunto ya trastornó cuatro programas principales, pero tenemos que movernos dentro de rutinas culturales aceptadas de antemano, y estar absolutamente seguros de la identidad del receptor antes de retirar el juego. Naturalmente, el desmayo de la señora Lipanti estimuló las medidas de emergencia...

El duplicado aclaró su garganta:

—Usted es...

—No exactamente humano. Un humilde sirviente civil de la manufactura de precisión. Soy censor para todo el oblongo *veintinueve*... Verá, su juego estaba ideado para los niños *thregander*, que están en un campamento de este oblongo. Uno de los *threganders*, que tiene un gráfico Weber, pidió el juego a través del *cronódromo*, que, en un ensayo de lo supernormal, lo desestabilizó sin un duplicador de la carne. Por consiguiente, usted recibió el paquete en su lugar.

Desafortunadamente, la inestabilidad resultó tan completa que nos vimos forzados a localizarle por métodos indirectos.

El censor hizo una pausa y el doble de Sam amarró sus pantalones nerviosamente. Sam se dio cuenta que no tenía nada, ni una hoja de higuera para cubrir su desnudez. Se sintió como un tipo en el Jardín del Edén intentando construir una causa lógica para comerse la manzana. Consideró malhumorado cuánta ropa sería necesaria a los juegos Bild-a-Man para construir un hombre.

—Teníamos que recuperar el juego, por supuesto —continuó diciendo el incisivo trueno—. Y también reajustar las discrepancias que hubiera originado. Una vez aclarado el asunto se le permitiría a su vida seguir su progresión normal. Mientras tanto, el problema consiste en saber quién de ustedes es el Sam Weber original.

—Soy yo... —emitieron ambos en voz temblorosa, mirándose.

—¡Dificultades! —rugió el anciano y suspiró como un viento del ártico—. ¡Siempre tengo dificultades! ¿Por qué nunca me toca un caso sencillo...?

—Escuche... —comenzó a decir el doble—, el original será...

—Menos inestable y más equilibrado emocionalmente que la réplica —interrumpió Sam—. Según parece...

—Usted debería ser capaz de decir la diferencia... —concluyó el otro casi sin respiración—. Por lo que ve y ha visto en nosotros, ¿es que no puede decidir cuál es el miembro más válido para la sociedad?

«¡Este tipo está intentando desplegar una confianza patética!», pensó Sam Weber. ¿Es que no sabe que lucha contra alguien que realmente puede discernir las diferencias mentales? No se trata de un psiquiatra chapucero del momento actual. Es una criatura capaz de ver a través de lo externo, la coherencia de la personalidad que existe detrás.

—Naturalmente que puedo. Esperen un momento —los estudió cuidadosamente, mientras sus ojos vagaban con sosiego por sus cuerpos.

Sam y su doble esperaban, inquietos, en medio de un silencio que martilleaba.

—Sí —dijo por fin el anciano—. Sí. Perfectamente.

Caminó hacia delante.

De su cuerpo se disparó un brazo largo.

Y comenzó a desarmar a Sam Weber.

—Pero escuche... —empezó a decir Weber con un alarido que se volvió grito y murió en un líquido burbujeante. Sólo se oía un murmullo.

—Será mejor para su cordura que no mire... —sugirió el censor.

El duplicado expulsó el aire lentamente, se dio la vuelta y comenzó a abrocharse una camisa. Detrás el murmullo continuaba, ascendiendo y cayendo en picado.

—Verá —los acentos deslizantes y atronadores prosiguieron—. No es que temamos dejarle el regalo, se trata del principio que implica. Su civilización no está preparada para ello. ¿Comprende?

—Perfectamente —contestó el falso Weber, anudándose una de las corbatas de tía Maggie. Precisamente la azul y roja.

EL ABUELITO

James H. Schmitz

Un bicho aterciopelado de alas verdes y del tamaño de una gallina revoloteó sobre la ladera de la colina hasta quedar situado sobre la cabeza de Cord, alrededor de la cual empezó a dar vueltas a una altura de seis o siete metros. Cord, un joven ser humano de quince años, se recostó contra el deslizador posado en la zona ecuatorial de un mundo que sólo había conocido la presencia del hombre durante los últimos cuatro años terrestres y contempló al bicho con aire inquisitivo. Se trataba, en la terminología liberal y sencilla del Equipo Colonizador de Sutang, de un pájaro de los pantanos. Oculto por la piel aterciopelada de la cabeza del animal, había un segundo bicho de menor tamaño, un semiparásito catalogado como un cabalgapájaros.

El pájaro de los pantanos parecía pertenecer a una especie que Cord no conocía. El parásito podía resultar o no desconocido, eso ya se vería. Cord era un investigador por instinto; la primera mirada que había dirigido a la extraña pareja voladora había disparado en su interior una insaciable curiosidad llena de excitación. ¿Cómo se producía aquel curioso fenómeno, y por qué? ¿Qué hazañas fascinantes podría enseñarle a hacer, una vez domado adecuadamente?

Por regla general, las circunstancias le impedían desarrollar investigaciones de aquel tipo. Los estudiantes jóvenes de la colonia, como Cord, debían limitar su curiosidad al modelo de investigación decidido por la estación a la que estaban asignados. La marcada inclinación de Cord por los experimentos independientes le había ocasionado más de una reprimenda de sus superiores inmediatos.

Dirigió una despreocupada mirada en dirección a la Estación Colonial Yoger Bay, situada a sus espaldas. No había rastro de actividad humana junto al edificio bajo, semejante a una fortaleza y emplazado en la colina. La puerta central seguía cerrada. Quince minutos después, estaba previsto que se abriera para dejar salir a la Regente Planetaria, que aquel día inspeccionaría la Estación y sus principales actividades.

Cord decidió que quince minutos era tiempo suficiente para investigar algo sobre aquella nueva especie de pájaro.

Aunque primero debía capturarlo.

Sacó una de las dos armas que llevaba al cinto. La que sostenía era de su propiedad: un arma de proyectiles, del planeta Vanadia. Cord la preparó para lanzar unos pequeños proyectiles anestésicos y, tras el disparo, el animal cayó al suelo alcanzado limpia y microscópicamente en la cabeza.

Cuando el animal dio en el suelo, el jinete salió despedido de su lomo. Un pequeño demonio escarlata, redondo y flácido como una pelota de goma, avanzó hacia Cord con tres grandes saltos y abrió la boca para mostrar unos colmillos de

varios centímetros, que rezumaban veneno. Conteniendo el aliento, Cord disparó de nuevo el arma y le alcanzó en pleno salto. ¡Una especie nueva, evidentemente! La, mayor parte de los cabalgapájaros eran inofensivos herbívoros, meros chupadores de jugos vegetales.

—¡Cord! —dijo una voz femenina.

El aludido soltó una maldición en voz baja. No había oído que se abriera la puerta central. Seguramente, quien le llamaba había venido rodeando toda la estación.

—¡Hola, Gravan! —saludó con aire inocente, sin darse la vuelta—. ¡Ven a ver lo que tengo! ¡Especies nuevas!

Grayan Mahoney, una muchacha esbelta y de cabello negro, dos años mayor que Cord, se acercaba trotando por la ladera de la colina en dirección a él. Era la chica modelo de la escuela colonial, y el director de la estación, Nirmond, no cesaba de repetirle a Cord una y otra vez que la muchacha era un buen ejemplo de comportamiento para el chico.

Pese a ello, Grayan y Cord eran buenos amigos.

—Cord, idiota —le recriminó ella mientras llegaba hasta donde se encontraba el muchacho—. Deja de jugar al entomólogo. Si la Regente saliera ahora, estarías listo. ¡Nirmond le ha hablado de ti!

—¿Sobre qué? —preguntó Cord, sorprendido.

—Por ejemplo —le informó Grayan—, que no cumples la tarea que se te asigna.

—Glups —exclamó Cord, abatido.

—Sí, glups. ¡Yo te lo venía diciendo!

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Sobre todo, empezar a actuar como si tuvieras un poco de sentido común —de pronto, Gravan sonrió—: ¡Pero si hoy causas alguna molestia en la bahía de las granjas, puedes tener por seguro que quedarás fuera del Equipo! —la muchacha dio media vuelta para irse, pero antes añadió—: También puedes guardar el deslizador, pues no vamos a usarlo. Nirmond nos llevará en el vehículo oruga hasta la orilla, y allí tomaremos una balsa.

Cord dejó que sus especímenes recién capturados revivieran por sí mismos y volvieron a alzar el vuelo, y llevó rápidamente el deslizador al otro lado de la estación para dejarlo en su garaje.

Tres balsas permanecían inmóviles junto a la orilla de la rada pantanosa, al borde de la cual Nirmond había detenido el vehículo.

Parecían unos sombreros de pan de azúcar de alas excepcionalmente anchas y bastante raídas, flotando sin variar de posición, de color verde y aspecto coriáceo. O como hojas de nenúfar de siete metros de diámetro con una parte superior en forma de una enorme pifia verdegrisácea en el centro de cada una. Era algún tipo de animal-planta. Sutang era una colonia demasiado reciente para establecer una lista de su flora

y fauna que se pareciera, siquiera remotamente, a una clasificación ordenada. Las balsas eran una rareza local que había sido investigada y que podía considerarse inocua y relativamente útil. Tal utilidad residía en el hecho de ser empleadas como medio de transporte, bastante lento, por entre las aguas bajas y pantanosas de Yoger Bay.

Hasta ahí era donde llegaba de momento el interés del Equipo por las balsas.

La Regente se levantó del asiento trasero del vehículo, donde había permanecido sentada junto a Cord. La partida se componía sólo de cuatro miembros: Grayan iba delante con Nirmond.

—¿Son éstos nuestros vehículos?

La Regente parecía divertida, y Nirmond sonrió.

—No los subestimes, Dane. Con el tiempo se pueden convertir en un factor económico de importancia en la región. Sin embargo, en realidad esas balsas son más pequeñas que la que me gustaría utilizar —añadió mientras buscaba con la mirada por entre los bordes de la bahía, cubiertos de cañas—. Normalmente, hay aparcado por aquí una especie de monstruo...

Grayan se volvió hacia Cord.

—Quizá Cord sepa dónde se oculta el Abuelo —dijo.

Era una mención muy oportuna, pero Cord había esperado que nadie le preguntara por el Abuelo. Ahora, todos le miraban.

—¿Ah, quieren al Abuelo? —dijo, un tanto azorado—. Bueno, lo dejé en... Quiero decir que lo vi hace un par de semanas aproximadamente a un kilómetro al sur de aquí...

Nirmond emitió un gruñido e informó a la Regente: —Las balsas tienden a permanecer donde se dejan, siempre que sea un terreno pantanoso de aguas bajas. Utilizan un sistema de pelos-raíces para extraer productos químicos y elementos nutritivos microscópicos del fondo de la bahía. Bueno... Grayan, ¿quieres llevarnos allá?

Cord se acomodó en el asiento, a disgusto, mientras el vehículo se ponía en marcha. Nirmond sospechaba que el muchacho había utilizado al Abuelo para una de sus vueltas no autorizadas por la zona.

Y tenía sus motivos para suponerlo.

—Según tengo entendido, eres un experto en dirigir esas balsas, Cord —dijo la Regente Dane a su lado—. Grayan me ha dicho que no podríamos encontrar un mejor piloto, timonel, o como quiera que lo llaméis, para nuestro viaje de hoy.

—Sé manejarlas —asintió Cord, sudoroso—. ¡Nunca dan el menor problema!

A Cord no le parecía haber producido una impresión muy favorable a la Regente, por el momento. Dane era una mujer joven y hermosa, con una conversación fácil y una sonrisa contagiosa, «por alguna razón la habían nombrado directora del Equipo Colonizador de Sutang», se dijo el muchacho.

—Estas plantas, o animales, tienen además una gran ventaja sobre nuestros

deslizadores —señaló Nirmond desde el asiento delantero—. Uno no ha de preocuparse de que salte a bordo una cubera o un pez peligroso.

Nirmond continuó con la descripción de los venenosos tentáculos en forma de cintas que las balsas tendían bajo el agua para desanimar a todas aquellas criaturas que pensaran darse un banquete con sus tiernas partes inferiores. Las cuberas y otras dos o tres especies activas y agresivas de la bahía todavía no habían aprendido que era estúpido atacar a los seres humanos armados en los barcos, pero se apartaban a toda prisa del camino de una balsa de tranquilo deambular por las aguas.

A Cord le encantó que se olvidaran de él por un instante. La Regente, Nirmond y Grayan eran todos terrestres, lo mismo que cabía decir de la mayoría de los miembros del Equipo; y los terrestres le hacían sentirse incómodo, sobre todo en grupo. Vanadia, su mundo natal, apenas acababa de superar también el estatus de colonia terrestre, lo cual explicaba la diferencia.

El vehículo oruga dio media vuelta y se detuvo. Grayan se incorporó en el asiento del conductor, y señalando al frente dijo: —¡Por allí está el Abuelo!

La Regente Dane se levantó también y soltó un suave silbido, visiblemente impresionada por los más de quince metros de diámetro de la criatura. Cord miró a su alrededor con cierta sorpresa. Estaba seguro de que la enorme balsa estaba a varios centenares de metros del lugar donde la había dejado dos semanas antes y, como Nirmond había mencionado, aquellas criaturas no solían desplazarse por sí solas.

Algo confuso, siguió a los demás por un estrecho sendero hasta el borde del agua, que se confundía con los cañaverales, altos como árboles. Aquí y allá, captó fugazmente retazos de la superficie lisa del Abuelo, cuyo borde rozaba la orilla. Entonces, el camino se abrió y por fin pudo contemplar toda la extensión de la balsa sobre las aguas poco profundas e iluminadas por el sol; al instante, se detuvo, asombrado.

Nirmond estaba a punto de subir a la plataforma, seguido de Dane.

—¡Aguarde! —gritó Cord, con un tono de alarma en la voz—. ¡Deténgase!

Se acercó corriendo hasta los demás mientras Nirmond preguntaba en voz baja y tensa:

—¿Qué sucede, Cord?

—¡No suban a la balsa! ¡Está..., está cambiada! —la voz de Cord le sonó temblorosa incluso a él mismo—. Quizá ni siquiera se trata del Abuelo...

Comprobó que se había equivocado en esto último, antes incluso de terminar la frase. Esparcidos por el borde de la balsa se apreciaban los puntos descoloridos dejados por diversas armas de calor, una de las cuales debía de ser la suya. Aquél era el sistema seguido para poner en movimiento aquellas criaturas indolentes y carentes de inteligencia.

Cord señaló hacia la parte central de la balsa que, en forma de cono, se alzaba de la superficie del agua.

—¡Ahí, en la cabeza...! ¡Está floreciendo!

La cabeza del Abuelo, en correspondencia con su tamaño, medía casi cuatro metros de altura por otros tantos de diámetro. Estaba rodeada por una especie de armadura similar a la que forma el lomo de un saurio, con lo que se protegía de los chupadores de plantas. Sin embargo, dos semanas antes no era sino un bulto sin otros rasgos característicos, como las demás balsas. Ahora, de todas las superficies del cono surgían puñados de zarcillos largos, ensortijados y sin hojas, como alambres verdes. Algunos se alzaban como muelles tensos y enroscados, mientras que otros caían relajados hacia la plataforma e incluso encima de ésta. La parte alta del cono estaba salpicada de brotes de un rojo intenso, como un sarpullido, que Cord no había visto nunca hasta aquel momento. El Abuelo no parecía en buen estado de salud.

—¡Vaya, es cierto! —asintió Nirmond—. ¡Está floreciendo!

Grayan emitió un sonido de estupor, y Nirmond se volvió hacia Cord con aire sorprendido.

—¿Es eso lo que te preocupa? —inquirió.

—¡Sí, claro! —empezó Cord con aire excitado, entendía muy bien el tono despectivo de la palabra «eso», pero tenía erizados los cabellos de la nuca y estaba poseído por un irrefrenable temblor—. Ninguna de las balsas se ha puesto nunca así...

De nuevo Cord se detuvo a media frase. En los rostros de sus acompañantes veía que ninguno de ellos había captado el significado de sus palabras. O, más bien, que lo habían comprendido perfectamente y sin embargo no pensaban cambiar sus planes. Las balsas estaban clasificadas como inofensivas, según los Reglamentos, y hasta que se demostrara lo contrario seguirían consideradas así. Uno no perdía el tiempo poniendo en cuestión los Reglamentos, aunque fuera Regente.

Entre el Equipo Explorador, uno tenía la impresión de que no debía perder el tiempo sin una razón concreta. Cord volvió a intentarlo.

—Escuchen... —empezó a decir.

Lo que quería meterles en la cabeza era que el Abuelo más un factor desconocido, dejaba de ser tal Abuelo. La balsa era una forma de vida de gran tamaño y conducta impredecible, que debía ser investigada con cautelosa meticulosidad hasta conocer qué significaba aquel factor desconocido. Cord se quedó mirando al resto del grupo con aire desolado.

Dane se volvió hacia Nirmond.

—Quizá sea mejor que hagamos una comprobación —dijo; y tras una pausa, añadió—: ¡Para dar ánimos al muchacho!

Eso era exactamente lo que pretendía dar a entender.

Cord notó que se ruborizaba de ira. Sin embargo, no le quedaba nada que responder o hacer salvo observar a Nirmond encaramarse ágilmente a la plataforma. El Abuelo se estremeció ligeramente varias veces, pero las balsas siempre se comportaban así la primera vez que alguien subía a ellas. El encargado de la estación se detuvo ante uno de los zarcillos ensortijados, lo tocó y tiró de él con suavidad.

Después, alargó el brazo hacia arriba y palpó el brote situado a menor altura.

Finalmente, se volvió y dijo:

—¡Qué cosas más extrañas! —dedicó una nueva mirada a Cord y añadió—: Bien, Cord, todo parece bastante inofensivo. ¿Vais a subir a bordo de una vez?

Era como uno de esos sueños en que uno grita y grita a la gente y no consigue hacerse oír. Cord subió a la plataforma con pasos rígidos, detrás de Dane y de Grayan. El muchacho sabía perfectamente lo que habría sucedido de haber titubeado siquiera un segundo. Algún acompañante le habría dicho en tono amistoso y con gran cuidado de no parecer molesto: «No tienes que venir, si no quieres».

Grayan había desenfundado su arma de rayos calóricos y se disponía a poner en marcha al Abuelo por los canales de Yoger Bay.

Cord blandió también su arma y dijo ásperamente: —Eso lo haré yo.

—De acuerdo, Cord —asintió la muchacha, dedicándole una sonrisa breve e impersonal mientras se hacía a un lado.

«¡Todos tan terriblemente educados!», pensó Cord.

Por un instante, el muchacho casi deseó que se produjera algo asombroso y catastrófico para dar una lección a la gente del Equipo. Sin embargo, no sucedió nada. Como siempre, el Abuelo se estremeció ligeramente al notar el calor en un extremo de su plataforma y, precavido, decidió alejarse del lugar en la dirección contraria, todo lo cual entraba dentro de la más absoluta rutina. Bajo el agua, fuera de la vista de los viajeros, se hallaba la sección operativa de la balsa: unas estructuras como hojas, cortas y gruesas, en forma de palas y diseñadas para funcionar como tales, junto a los tentáculos viscosos que mantenían alejados a los animales vegetarianos de Yoger Bay y a la jungla de raíces delgadas como cabellos a través de los cuales el Abuelo absorbía su alimento del barro y de las aguas enfangadas de la bahía, y que también le servían para anclarse al fondo.

Las palas se pusieron en movimiento, la plataforma se estremeció y la cabellera se retiró del barro y quedó encogida debajo de la plataforma. El Abuelo había iniciado su parsimoniosa marcha.

Cord desconectó el calor, colocó de nuevo el arma en la cartuchera y se levantó. Una vez en movimiento, las balsas solían avanzar sin prisa alguna durante un buen rato. Para detenerlas, debía dárseles un toque de calor en el borde que hacía de proa; para hacerlas variar de dirección, sólo haría falta aplicar la descarga adecuada en el extremo opuesto de la plataforma. El pilotaje era bastante sencillo.

Cord no dirigió una sola mirada a los demás. Todavía se sentía furioso por dentro. Contempló los cañaverales que se abrían y quedaban atrás, ofreciéndoles breves visiones de las extensiones verdes, amarillas y azules de la bahía, salobre y cubierta por la niebla. Más allá de ésta, al oeste, quedaban los estrechos de Yoger, unas aguas traicioneras y difíciles cuando subían las mareas. Y después de los estrechos se abría el mar, el gran océano de Zlanti, que constituía otro mundo del que todavía no habían explorado casi nada.

—¿Cuál es la mejor ruta para ir a las granjas, Cord? —preguntó Grayan desde donde se encontraba, junto a Dane.

—El gran canal de la derecha —respondió el muchacho; y después añadió, con tono hosco—: ¡Hacia allí vamos!

Grayan se aproximó a él.

—La Regente no quiere verlo todo —musitó, bajando la voz—. Primero, iremos a las granjas de algas y de plancton. Después, le enseñaremos todas las variedades de cereales mutantes que podamos en el plazo de tres horas. Llévanos hacia las zonas de mejor rendimiento y harás feliz a Nirmond.

La muchacha le dedicó a Cord un guiño de complicidad. El muchacho la miró con incertidumbre. Por la conducta de Grayan no podía decirse que nada fuera mal. Quizá...

Le embargó un destello de esperanza. Era difícil dejar de admirar a la gente del Equipo, aunque se mostraran tan tozudos en el seguimiento de los Reglamentos. De todos modos, el día todavía no había terminado, y quizás aún estaba a tiempo de redimirse a los ojos de la Regente.

De pronto, Cord imaginó la visión, alentadora aunque improbable, de algún monstruo de la bahía saltando a la balsa con las fauces abiertas y bien armadas, y se imaginó a sí mismo volando de un disparo la cabeza al animal antes de que ninguno de los demás —y especialmente Nirmond— tuviera siquiera plena conciencia de la amenaza. Los monstruos de la bahía escapaban del Abuelo, desde luego, pero quizás hubiera maneras de tentar a alguno.

El muchacho advirtió que hasta aquel instante se había dejado dominar por las emociones. ¡Era el momento de empezar a pensar!

Primero, en el Abuelo. Estaba floreciendo con unos zarcillos verdes y unos brotes rojos de propósito desconocido, pero, salvo esto, no se observaba ningún otro cambio en su comportamiento. El Abuelo era la balsa de mayor tamaño de aquella parte de la bahía, aunque todas las demás habían crecido a ritmo constante durante los dos años transcurridos desde que Cord viera una por primera vez. Las estaciones del año se sucedían con lentitud en Sutang, ya que su año natural correspondía a más de cinco años terrestres. Los primeros miembros del Equipo en posarse en el planeta todavía no habían visto transcurrir un año entero.

Así pues, el Abuelo debía de estar sufriendo algún cambio estacional. Las otras balsas, de momento no tan desarrolladas, reaccionarían de igual forma poco después. Aquellos animales-plantas debían de estar floreciendo realmente, preparándose para la reproducción.

—Grayan, ¿cómo empiezan las balsas? —preguntó Cord—. Cuando son pequeñas, me refiero.

—Nadie lo sabe todavía —respondió ella—. Precisamente estábamos hablando de eso. Más de la mitad de la fauna costera de las zonas pantanosas del continente parece pasar un estado larvario preliminar en el océano —la muchacha le indicó con

un gesto los brotes rojos del cono de la balsa y añadió—: Realmente, parece que el Abuelo vaya a producir flores y dejar que el viento o la marea se lleven las semillas por los estrechos.

Aquello tenía sentido. Pero al mismo tiempo echaba por tierra la esperanza que Cord todavía medio mantenía en que el cambio en el Abuelo resultara lo bastante drástico, en algún aspecto, como para justificar su resistencia a subir a bordo. Una vez más, Cord estudió detenidamente la cabeza protegida del Abuelo, negándose a eliminar del todo tal esperanza. Entre las planchas que le servían de coraza había una serie de rendijas verticales, negras y gomosas, que dos semanas antes no había apreciado. Parecía como si el Abuelo empezara a abrirse por tales rendijas. Lo cual podía indicar que las balsas, por grandes que llegaran a ser, no sobrevivían al ciclo estacional completo, sino que florecían a aquellas alturas del año de Sutang y morían. No obstante, podía apostarse con bastantes garantías a que el Abuelo no iba a entrar en su decadencia senil antes del término de su viaje de aquel día.

Cord dejó de pensar en el Abuelo. Entonces volvió a su mente la otra idea: quizá pudiera forzar a algún complaciente monstruo de la bahía a entrar en acción para demostrarle a la Regente que él no era ningún niño asustadizo.

Porque los monstruos estaban allí, eso era seguro.

De rodillas junto al borde de la plataforma y mirando las aguas claras, de color vino, del profundo canal, pudo verlos merodeando. En unos instantes Cord distinguió una buena selección de ejemplares.

Por un lado, cinco o seis cuberas de gran tamaño. Una especie de grandes langostas aplastadas, de color marrón chocolate la mayoría, con unos puntos verdes y rojos en sus caparazones. En algunas zonas, eran tan abundantes que cabía preguntarse dónde encontraban alimento, aunque se comían cualquier cosa, hasta el extremo de mascar el barro en el que se posaban. De todos modos, preferían grandes bocados de alimento vivo, una de las razones por las que tenían prohibido bañarse en la bahía. En ocasiones, aquellos animales atacaban algún bote, pero la excitación con que los vio retroceder hacia las orillas del canal le demostró que no querían saber nada de una enorme balsa en movimiento.

En el fondo, aquí y allá, había unos pozos de medio metro de diámetro que, a primera vista, parecían vados. Normalmente, según sabía Cord, debería de haber encontrado una cabeza en cada uno de los agujeros. Tales cabezas consistían, a grandes rasgos, en unas mandíbulas triples, pacientemente abiertas como otras tantas trampas para capturar todo aquello que se pusiera al alcance de los largos cuerpos con forma de gusano y ocultos tras las cabezas. Sin embargo, la presencia del Abuelo, con sus tentáculos venenosos como transparentes banderas de señales en el agua, también había hecho huir a aquellos seres.

Salvo esto, no vio más que bandadas de peces de pequeño tamaño.

Entonces, un destello de un púrpura casi perverso, a la izquierda de la balsa y debajo de ésta, surgió de entre los carrizos volviendo su puntiagudo morro tras la

estela de aquella.

Cord lo observó sin moverse. Aunque aquella criatura era rara en la bahía y no había sido clasificada, Cord la conocía. Veloz, acechante..., lo bastante alerta para atrapar en el aire pájaros de los pantanos cuando daban pasadas a ras del agua. Una vez, Cord había tentado con un cebo de pescado a uno de aquellos seres para que subiera a una balsa inmóvil, y allí el animal se había debatido furiosamente hasta que el muchacho le había acertado con un disparo.

—¡Qué criaturas tan fantásticas! —dijo la voz de Dane justo detrás de él.

—Son cabezas amarillas —dijo Nirmond—. Tienen un alto índice de utilidad. Controlan la tasa de pájaros de los pantanos.

Cord se puso en pie con aire despreocupado. ¡No era el momento de tonterías! El lecho de carrizos a la derecha rebosaba de cabezas amarillas, toda una colonia. Eran criaturas vagamente parecidas a sapos, del tamaño de un hombre o incluso más. De todas las criaturas que había descubierto en la bahía, eran las que más desagradaban a Cord. Sus cuerpos flácidos, como bolsas, se asían con sus cuatro débiles extremidades a la parte superior de las cañas, de casi siete metros de altura, que cubrían los márgenes del canal. Apenas se movían, pero sus enormes ojos sobresalientes parecían captar todo cuanto pasaba a su alrededor. De vez en cuando, un aterciopelado pájaro de los pantanos se acercaba lo suficiente; entonces, el cabeza amarilla abría su boca vertical, enorme y llena de afilados dientes, extendía toda la parte frontal de su cabeza como un fuelle en un movimiento relampagueante, y el pájaro era engullido. Quizá fueran útiles, pero Cord los odiaba.

—Dentro de diez años conoceremos el ciclo de la vida costera —afirmó Nirmond—. Cuando instalamos la Estación Yoger Bay no había cabezas amarillas por la zona. Llegaron al año siguiente, todavía con rastros de la forma larvaria oceánica aunque la metamorfosis casi se había completado. Medían unos veinticinco centímetros de largo y...

Dane señaló que ese mismo modelo se repetía en todas las zonas conocidas del planeta. La Regente inspeccionaba la colonia de cabezas amarillas con los visores. Los bajó, miró a Cord y sonrió.

—¿Cuánto falta para las granjas?

—Unos veinte minutos.

—La clave parece estar en la cuenca de Zlanti —dijo Nirmond—. En primavera debe de ser casi un caldo de vida.

—Sin duda —asintió Dane, que había llegado al planeta durante la primavera de Sutang, hacía cuatro años terrestres—. Parece que esa cuenca justificaría por sí sola la colonización. La cuestión por resolver es cómo llegan allí criaturas como esas —añadió señalando hacia las cabezas amarillas.

Nirmond y la Regente se encaminaron al costado opuesto de la balsa, discutiendo

sobre las corrientes oceánicas. Cord se disponía a seguirles cuando escuchó un chapoteo a sus espaldas, a la izquierda, no muy lejos. Se quedó a observar qué sucedía.

Al cabo de un instante vio a un gran cabeza amarilla que se había deslizado de su pértiga de cañas, provocando el chapoteo. Casi sumergido bajo la superficie del agua, el animal contemplaba la balsa con unos enormes ojos de color verde pálido. A Cord le pareció que le miraba directamente a él. En aquel instante supo por primera vez por qué no le gustaban los cabezas amarillas: había en aquella mirada algo muy similar a la inteligencia, a una extraña razón. En aquellas criaturas, la inteligencia parecía fuera de lugar. ¿Qué utilidad podían darle?

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo al ver que el animal se hundía por completo bajo el agua. Cord advirtió que intentaba nadar bajo la balsa. El muchacho era presa de una gran excitación. Hasta entonces, no había visto nunca un cabeza amarilla que descendiera de las cañas. El monstruo oportuno que había estado esperando se presentase de un modo inesperado.

Medio minuto después, volvió a verlo nadando torpemente por el fondo. De momento no tenía la menor intención de abordar la balsa.

Cord lo vio entrar en la zona de los tentáculos venenosos. Con movimientos natatorios curiosamente humanos, se abrió paso entre ellos y desapareció de su vista bajo la plataforma.

Cord se incorporó, preguntándose el significado de aquello. El cabeza amarilla parecía conocer los tentáculos pues existía una especie de propósito y de voluntariedad en cada movimiento de avance del animal. Estuvo tentado de decírselo a los demás, pero le retuvo el pensamiento del momento triunfal que disfrutaría si, de pronto, el animal aparecía deslizándose por el borde de la plataforma y él le acertaba ante la mirada de todos.

De todos modos, ya era hora de llevar la balsa hacia las granjas. Si antes no sucedía nada...

Siguió observando. Habían transcurrido casi cinco minutos, pero seguía sin rastro del cabeza amarilla. Con algunas dudas y una cierta inquietud, sacudió al Abuelo con un calculado aguijonazo de calor.

Al cabo de un momento, lo repitió. Emitió un jadeo y se olvidó por completo del cabeza amarilla.

—¡Nirmond! —gritó en tono agudo.

Sus tres compañeros estaban cerca del centro de la plataforma, junto al gran cono acorazado, contemplando las granjas. Se volvieron hacia él.

—¿Qué sucede ahora, Cord?

Durante unos segundos, el muchacho fue incapaz de pronunciar palabra. De pronto, volvía a estar terriblemente asustado. ¡Algo había funcionado mal!

—¡La balsa no obedece! —les dijo.

—¡Dale una buena dosis de calor! —replicó Nirmond.

Cord le miró. Nirmond, un par de pasos delante de Dane y Orayan, como si quisiera protegerlas, daba la impresión de estar algo tenso, y no era de extrañar. Cord ya había disparado sobre tres puntos distintos de la plataforma, pero ahora el Abuelo parecía ser refractario al calor. La balsa seguía moviéndose a velocidad constante hacia el centro de la bahía.

Cord contuvo la respiración, puso el mando del calor al máximo y descargó el arma sobre el Abuelo. Un pedazo de plataforma de quince centímetros quedó chamuscado al instante, poniéndose marrón y, finalmente, negro.

El Abuelo se detuvo. Simplemente.

—¡Eso es! ¡Sigue chamus...!

Se produjo un gigantesco estremecimiento. Cord se tambaleó hacia atrás, casi cayendo al agua. Entonces, todo el borde de la balsa se enroscó hacia arriba y volvió a caer, golpeando el agua con el estrépito de un cañonazo. El muchacho quedó un instante en el aire y cayó cabeza abajo sobre la plataforma, aplastándose contra la superficie. La balsa se hinchó debajo de él, repitió dos veces más la enorme sacudida y recuperó la inmovilidad. Cord buscó a los demás con la mirada.

Se encontraba a unos cuatro metros del cono central. En aquel momento, veinte o treinta de aquellos misteriosos zarcillos nuevos que habían brotado del cono central estaban extendidos rígidamente en dirección a él como otros tantos dedos, verdes y delgados. No lograban alcanzarle, pero el zarcillo más próximo estaba a menos de un palmo de sus zapatos.

Todos los demás, en cambio, habían sido atrapados por el Abuelo.

Estaban en el suelo, al pie del cono, inmóviles y envueltos en una tensa red de verdes cables vegetales.

Cord retiró los pies cautelosamente, preparándose para otra sacudida, pero no sucedió nada. Observó que el Abuelo había reemprendido su avance en la misma dirección anterior. La pistola calorífica había desaparecido. Cord, con cuidado, desfundó su arma vanadiana.

Una voz débil y quebrada por el dolor le habló desde uno de los tres cuerpos aprisionados.

—¿Cord? ¿A ti no te ha atrapado?

Era la Regente.

—No —respondió él, también en voz baja; de pronto, se dio cuenta de que, sencillamente, los había dado por muertos; ahora se sentía enfermo y tembloroso—. ¿Qué haces?

Cord observó la enorme cabeza acorazada del Abuelo con cierta ansia. Los conos eran huecos por dentro, y el laboratorio de la estación había decidido que su principal función era mantener suficiente aire bajo las balsas para permitirles flotar. Sin embargo, en aquella sección central se encontraba también el órgano que controlaba las reacciones generales del Abuelo.

—Tengo un arma y doce balas explosivas de gran potencia —susurró en voz baja

—. Con un par podría volar el cono.

—¡No, Cord! —le dijo la voz lastimera—. Si la balsa se hunde, moriremos de todos modos. ¿Tienes cargas anestésicas para esa arma tuya?

—Sí —asintió él, con la mirada fija en la espalda de la mujer— antes dispárale una carga a Nirmond y a la chica. Directamente en la médula espinal, si eres capaz. Pero no te acerques.

Por alguna razón, Cord no podía discutir con aquella voz. Se puso en pie con cuidado. El arma emitió un doble chasquido.

—Muy bien —dijo con voz ronca—. ¿Qué hago ahora?

Dane permaneció un instante en silencio.

—Lo lamento, Cord, pero no sé qué decirte. Vamos a ver... —volvió a guardar silencio unos segundos—. Esta criatura no ha intentado matarnos, Cord. Le habría sido fácil, pues tiene una fuerza increíble. He visto cómo le rompía las piernas a Nirmond. Sin embargo, al dejar de movernos, se ha limitado a apresarnos. Nirmond y la chica se hallaban inconscientes... Tienes que seguir como estás. Sin duda la balsa intentaba llegar hasta ti con esos zarcillos o lo que sean.

—Eso creo —dijo Cord, temblando todavía.

En efecto, aquello era lo que había sucedido, y en cualquier momento el Abuelo podía intentarlo de nuevo.

—Ahora nos está administrando una especie de anestésico a través de los zarcillos, mediante unas pequeñas espinas. Produce una especie de insensibilidad... —la voz de Dane se perdió durante un momento; después añadió con toda claridad—: Escucha, Cord, me parece que nos guarda como una reserva de alimento. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—Es la temporada de reproducción de las balsas. Hemos registrado observaciones análogas, y somos alimento vivo para las semillas, probablemente. No para la balsa. No podíamos haber calculado que algo así sucediera. ¿Cord?

—Estoy aquí.

—Quiero seguir despierta todo lo que pueda —dijo Dane—. Pero en realidad quería decir otra cosa: la balsa va hacia algún sitio en concreto, a algún punto especialmente favorable. Podrían ser muy cerca de la orilla. Entonces puedes intentar los disparos. De no ser así, toma la decisión que creas más oportuna. Sin embargo, mantén la cabeza fría y espera una oportunidad. Nada de heroicidades, ¿entendido?

—Desde luego —asintió Cord.

El muchacho se dio cuenta de que había respondido para darle ánimos y confianza a la Regente, como si se tratara no de ésta sino de una muchacha cualquiera como Grayan.

—Nirmond es el que está peor —continuó Dane—. La chica quedó inconsciente de un golpe en el primer momento. Yo, aparte del brazo...

De todos modos, si conseguimos ayuda en las próximas cinco horas, todo tendrá

solución. Si sucede algo me lo dices.

—Lo haré —asintió de nuevo Cord.

A continuación dirigió el arma con cuidado hacia un punto situado entre los omóplatos de Dane, y la carga anestésica repitió su chasquido.

El cuerpo tenso de Dane se relajó un poco, y eso fue todo.

Cord no veía ninguna razón por la cual la mujer tuviera que seguir consciente, ya que en absoluto se dirigían hacia la orilla. Los cañizales y canales habían quedado detrás y el Abuelo no había cambiado en lo más mínimo su dirección. Avanzaba hacia el centro de la bahía... ¡y encontraba compañía!

De momento, Cord pudo contar hasta siete grandes balsas en un radio de tres kilómetros y, en las tres más próximas, alcanzó a distinguir un brote de nuevos zarcillos verdes. Todas ellas viajaban en la misma dirección, y el punto común que constituía su objetivo parecía situado en el rugiente centro de los estrechos de Yoger, que ahora quedaban a unos cinco kilómetros de ellos.

Después de los estrechos se abría el frío océano de Zlanti, las nieblas y el mar abierto. Quizá fuera el momento de soltar las semillas, pero no parecía que las balsas fueran a distribuirlas por la bahía...

Cord era un buen nadador. Tenía una pistola y un cuchillo; pese a lo que opinara Dane, podía haber tenido alguna oportunidad frente a los monstruos que poblaban la bahía. Sin embargo, como mucho, tales posibilidades hubieran sido remotas y, se dijo el muchacho, parecía que todavía podían haber algunas alternativas. La situación no era aún insostenible, y tenía que mantener la serenidad.

Desde luego, como no fuera por casualidad, nadie vendría en su busca a tiempo de rescatarles. Y si alguien les buscaba, lo haría cerca de las granjas de la bahía. Allí había un grupo de balsas inmóviles y todo el mundo pensaría que había tomado una de ellas. De vez en cuando, sucedía algo inesperado y alguno de los colonos desaparecía sin dejar rastro. Cuando descubrieran lo que acababa de suceder en esta ocasión, sería demasiado tarde para el rescate.

Tampoco era probable que durante las horas siguientes alguien advirtiera que las balsas habían empezado a emigrar de los pantanos al océano a través de los estrechos de Yoger. En el lado norte de los estrechos había una pequeña estación meteorológica ligeramente tierra adentro, que contaba en ocasiones con un helicóptero. Era francamente improbable, decidió Cord con cierto desánimo, que el aparato fuera utilizado en el lugar preciso, y tampoco era de esperar que pasara algún jet de transporte a una altura suficientemente baja como para divisarles.

El hecho de que todo dependiera de él, según había dicho la Regente, tomaba un nuevo significado después de aquello.

Cord llevó a cabo un experimento que, estaba seguro, no iba a funcionar, pero que tenía que realizar tarde o temprano. Abrió la cámara de proyectiles anestésicos del arma y contó cincuenta balas.

Efectuó el recuento con bastante rapidez porque no deseaba pensar demasiado en

cuál podía ser la utilización última que podía verse obligado a darles. Tenía unas trescientas cargas en la recámara.

Durante los minutos siguientes, Cord disparó meticulosamente un tercio del total contra el cono o cabeza de la balsa.

Finalmente, cesó en los disparos. Con una carga menos potente, hasta una ballena habría dado muestras de somnolencia. El Abuelo, en cambio, continuó su avance sin inmutarse. Quizás había quedado adormilado en algunos puntos, pero su sistema nervioso no estaba preparado para distribuir el efecto sedante de aquel tipo de anestésico.

No se le ocurrió qué otra cosa podía hacer antes de llegar a los estrechos. A la velocidad que iba, calculó que esto se produciría más o menos en una hora; y si tenían que cruzar los estrechos, Cord debía prepararse para un posible baño. Consideró que a Dane no le parecería mal, dadas las circunstancias. Si la balsa los llevaba consigo hacia la brumosa extensión del océano de Zlanti, no habría ninguna posibilidad práctica de supervivencia.

Mientras, el Abuelo estaba aumentando claramente la velocidad de la marcha. También observó otros cambios en la criatura, cambios poco importantes, pero que a Cord le causaron un temor reverencial. Los brotes rojos que, como un sarpullido, llenaban la parte superior del cono, se abrían gradualmente. Del centro de la mayoría de ellos sobresalía una especie de gusano delgado y viscoso, de color escarlata: un gusano que se agitaba débilmente, se extendía un par de centímetros, se detenía y volvía a repetir el proceso de agitarse y crecer, elevándose en el aire. Las rendijas negras verticales entre las placas de la coraza parecían más amplias y profundas que unos minutos antes, y de varias de ellas manaba lentamente un líquido denso y oscuro.

Cord sabía que, en otras circunstancias, aquellos cambios en el Abuelo le habrían fascinado. Sin embargo, tal como estaban las cosas, sólo atraían su atención y suspicacia porque desconocía qué significaban.

Entonces, repentinamente, sucedió algo tremendo, espantoso. Grayan empezó a emitir unos alaridos terribles al tiempo que se agitaba intentando volverse. Más tarde, Cord advertiría que apenas había transcurrido un segundo antes de que detuviera a un tiempo los gritos y las sacudidas con otra bala anestésica; sin embargo, en el brevísimo lapso transcurrido, los zarcillos habían estrechado su cerco en torno a ella no como tentáculos flexibles, sino como las garras y espolones huesudos y verdosos de una monstruosa ave de presa.

Pálido y sudoroso, Cord bajó lentamente su arma mientras los zarcillos se relajaban de nuevo. Grayan no parecía sufrir ningún daño adicional, y ciertamente había sido la primera en señalar que la furia asesina del Abuelo se habría abatido con la misma saña contra cualquier cosa que se moviera, aunque fuera una máquina. Sin embargo, por unos instantes Cord siguió recreándose furiosamente en la idea de que, en el momento en que él quisiera, aún podía hacer volcar la balsa rápidamente y

convertirla en una masa de vegetación sin vida.

Sin embargo, y más sensatamente, se limitó a disparar de nuevo los anestésicos a Dane y a Nirmond para evitar que les sucediera algo similar a lo acaecido con Grayan. Con dos balas, calculó, podría dejar a cualquier ser humano anestesiado durante un mínimo de cuatro horas.

Cord apartó rápidamente de su mente la idea que estaba formándose en ella, pero el pensamiento volvió a él de inmediato, insistentemente, hasta que el muchacho cedió y dejó que tomara forma.

Cinco balas harían que cada uno de sus compañeros de expedición quedara del todo inconsciente, sucediera lo que sucediese después, hasta que murieran por otras causas o les fuera administrado algún antídoto.

Conmovido por la idea, se dijo que no podía hacerlo. Era casi como matarlos.

Sin embargo, al final, Cord se descubrió a sí mismo alzando su arma una vez más, con pulso firme, para completar los cinco disparos sobre cada uno de los miembros del equipo.

Unos treinta minutos después observó una balsa de tamaño similar al Abuelo que se deslizaba entre las aguas blancas y espumosas de los estrechos, a unos cientos de metros delante suyo. La otra balsa se precipitó hacia las abruptas orillas, ladeándose, atrapada por las poderosas corrientes. La balsa dio vueltas y se balanceó, recuperó el ritmo y volvió a ladearse. Por fin, se enderezó una vez más, no como un vegetal animado que actuara ciegamente, sino como una criatura que luchara con inteligencia para mantener la dirección escogida.

Por lo menos, las balsas parecían prácticamente insumergibles.

Cuchillo en mano, el muchacho se aplastó contra la plataforma mientras escuchaba el rugido de los estrechos delante de él. Cuando la plataforma empezó a dar saltos y a girar, Cord clavó el cuchillo hasta la empuñadura en la materia vegetal del Abuelo y se asió de él. El agua fría le cubrió de repente y el Abuelo empezó a vibrar como un motor en funcionamiento. En medio de todo ello, Cord pensó horrorizado en la posibilidad de que la balsa pudiera soltar a sus inconscientes prisioneros humanos en su lucha con los rabiones de los estrechos de Yoger. Sin embargo, en esto subestimaba al Abuelo. La enorme balsa superó también las dificultades de la zona sin mayores problemas.

De pronto, todo terminó. Se encontraban entre unas plácidas olas y contó otras tres balsas no lejos de ellos. Las corrientes las habían juntado, pero no parecían tener ningún interés en mantenerse en compañía. Mientras Cord, con aire tembloroso, se ponía en pie y empezaba a despojarse de sus ropas, las balsas se apartaron visiblemente unas de otras. La plataforma de una de ellas estaba semisumergida; debía de haber perdido gran parte del aire que la ayudaba a mantenerse a flote y, como un pequeño barco, estaba zozobrando.

Desde aquel punto, sólo había un trecho de tres kilómetros hasta la orilla norte de los estrechos, y a poco más de un kilómetro tierra adentro se encontraba la estación

meteorológica. La distancia no parecía excesiva, aunque desconocía las corrientes que pudiera haber.

Tampoco podía aventurarse a dejar el cuchillo y el arma vanadiana. A las criaturas de la bahía les encantaba el fango y las aguas cálidas, y no solían aventurarse hasta las corrientes; sin embargo, el océano de Zlanti tenía sus propios depredadores, aunque no acostumbraban a dejarse ver tan cerca de la costa.

El panorama se vislumbraba esperanzador.

Mientras procedía a hacer un hato con sus ropas y ponía los zapatos en el interior, encima de donde estaba escuchó una especie de sonidos agudos como el maullido de un gato. Levantó la mirada y observó cuatro magníficos pájaros de los pantanos que daban vueltas sobre él, cada uno con su oculto jinete. Probablemente se trataba de carroñeros inofensivos, pero sus tres metros de envergadura resultaban impresionantes. Con cierta inquietud, Cord recordó el perverso jinete carnívoro que había dejado junto a la estación.

Uno de los pájaros descendió indolentemente sobre él. Le pasó por encima y dio media vuelta, cerniéndose sobre el cono de la balsa.

El jinete que había dirigido al pájaro no se interesó lo más mínimo por el muchacho. ¡Era el Abuelo quien le estaba atrayendo para cazarlo!

Cord contempló la escena, fascinado. Ahora, la parte superior del cono era una masa de excrecencias en forma de gusanos, fofas y de color escarlata, que se agitaban seductoramente y que habían empezado a brotar en el cono central antes de que la balsa dejara la bahía. Presumiblemente, debían de tener un aspecto tentador y delicioso para el jinete.

El pájaro de los pantanos descendió aún más con un movimiento de las alas y rozó el cono. Como si se cerrara la reja de una trampa, los verdes zarcillos se alzaron rápidamente y rodearon al animal, aplastando sus brillantes alas y ocultando casi por completo su cuerpo largo y blando.

Apenas un segundo después, el Abuelo hizo una nueva captura, ésta del propio mar. Por unos instantes Cord vio algo similar a una pequeña morsa de aspecto elástico que saltaba del agua al borde de la balsa con un aire de ciega desesperación, y al instante era atraída hacia el cono donde los zarcillos la atraparon junto al cuerpo del pájaro.

No fue la enorme facilidad de aquella inesperada captura lo que dejó helado a Cord, sino la pérdida de toda esperanza de alcanzar a nado la orilla. En efecto, a unos cincuenta metros, la criatura de la que intentaba escapar el animal capturado por la balsa asomó brevemente a ras de agua mientras se apartaba del Abuelo. El cuerpo de color blanco marfil y las enormes mandíbulas se parecían lo suficiente a los tiburones terrestres como para no reconocer inmediatamente su peligrosidad. Pero lo más importante, lo que más desanimaba a Cord, era que allí donde se desplazaban los cazadores blancos del océano de Zlanti, lo hacían por millares.

Abrumado por aquella increíble jugada de la suerte, y asido todavía al fardo de

sus ropas, Cord dirigió la mirada a la orilla. Ahora que sabía qué buscar, divisó las estelas delatoras en el agua, los destellos largos y ebúrneos que brillaban entre las olas y volvían a desaparecer. Bancos de peces de pequeño tamaño saltaban por los aires como fuentes de refulgente desesperación, y volvían a caer entre las olas.

Cord se dio cuenta de que le devorarían como a un pájaro posado en las aguas antes de que hubiera cubierto una vigésima parte de la distancia.

El Abuelo empezaba a comer.

Cada una de las rendijas a los costados del cono era una boca. De momento, sólo una de ellas estaba en acción, y además la balsa apenas podía abrir ésta más que ligeramente. No obstante, devoraba ya el primer bocado, el jinete del pájaro de los pantanos que los zarcillos habían separado del cuello aterciopelado del ave. El Abuelo tardó varios minutos en hacerlo desaparecer, pese a su minúsculo tamaño. No obstante, era un inicio.

Cord creyó haber perdido la razón. Permaneció quieto donde estaba mientras observaba con atención la actividad del Abuelo, apenas consciente del hecho de estar temblando intensamente debido a la fría espuma que le mojaba de vez en cuando. Calculó que pasarían al menos unas horas hasta que las rendijas se hicieran lo bastante flexibles y potentes para engullir a un ser humano. Dadas las circunstancias, poco podía importarles eso a los demás miembros de la expedición; sin embargo, en el momento en que el Abuelo intentara devorar al primero de ellos, tomaría la decisión final de hacer pedazos la balsa.

Los cazadores blancos eran, por todos los conceptos, una muerte preferible, más rápida y limpia; y esa decisión era prácticamente lo único que el muchacho todavía tenía en sus manos, perdida cualquier esperanza.

Todavía quedaba la levísima posibilidad de que el helicóptero de la estación meteorológica los encontrara.

Mientras, y llevado por una fascinación horrorizada y abatida, siguió preguntándose qué misterio podía haber provocado aquel cambio espantoso en las balsas. Ahora casi podía adivinar con seguridad su destino: detrás de los estrechos, las criaturas se encaminaban formando cadenas, bien cerca de las corrientes o bien paralelas a la costa, en dirección a la cuenca de Zlanti y su centro de elaboración de plancton animal y vegetal, que quedaba a unos mil quinientos kilómetros hacia el norte. Con tiempo suficiente, incluso las plantas móviles como las balsas podían completar su viaje hasta la zona donde los retoños encontrarían la seguridad del alimento. Sin embargo, nada en su estructura explicaba el repentino cambio producido en ellas, pasando a ser carnívoras muy despiertas y dotadas.

Cord observó cómo los zarcillos levantaban la especie de foca gomosa. Las extremidades verdes rompieron el cuello del animal e introdujeron su cabeza en la boca, hasta los hombros. Después, el Abuelo continuó pacientemente su labor en lo que todavía constituía un bocado algo exagerado. Mientras, sobre la cabeza del muchacho se repitieron más sonidos semejantes a maullidos; poco después, dos

pájaros marinos más resultaron capturados casi simultáneamente y se añadieron a la despensa. El Abuelo dejó caer el animal marino ya muerto y se comió otro jinete de pájaro. El segundo jinete abandonó su montura con un rápido salto, clavó sus dientes vorazmente en uno de los zarcillos que le capturó de nuevo, y fue aplastado inmediatamente contra la plataforma, hasta morir.

Cord notó que le asaltaba un nuevo acceso de furia contra el Abuelo. Matar un pájaro de los pantanos era casi como cortar una rama a un árbol; apenas tenían conciencia vital. En cambio, el jinete había despertado la simpatía del muchacho por su apariencia de actuación inteligente, rasgo que le acercaba más, de hecho, a los seres humanos que a la monstruosa forma de vida que, en un acto reflejo y coronado por el éxito, había atrapado tanto a la pequeña criatura como a los humanos. Los pensamientos del muchacho se desviaron de nuevo, admirándose vagamente de la curiosa simbiosis mediante la cual los sistemas nerviosos de dos seres tan diferentes como el pájaro de los pantanos y sus jinetes llegaban a acoplarse tan íntimamente y funcionaban como un único organismo.

De pronto, una expresión de enorme sorpresa apareció en su rostro.

¡Vaya, por fin lo comprendía!

Sin prisas, se puso en pie, temblando de excitación, con el plan perfectamente claro en su mente. Una docena de largos zarcillos reptaron al instante en dirección al súbito movimiento, intentando asirle, tensos y estirados. No llegaban hasta él, pero la furiosa reacción del Abuelo hizo que Cord se detuviera unos momentos donde estaba. La plataforma temblaba bajo sus pies, como si fuera presa de una gran irritación por no poderle alcanzar, pero en aquella posición no podía atraerle cerca del cono con una sacudida como hubiera hecho, sin duda, de encontrarse el muchacho más próximo al borde.

Pese a todo, era una advertencia. Cord fue rodeando con gran cuidado el cono hasta que llegó a la posición que deseaba, en la parte delantera de la balsa, según el avance de ésta. Allí, aguardó. Esperó durante unos minutos, absolutamente inmóvil, con el corazón casi detenido, hasta que las vibraciones furiosas e irregulares de la superficie de la balsa se amortiguaron y el último zarcillo cesó en su ciega búsqueda. Cord pensó que quizá le ayudara el hecho de que, durante los segundos posteriores a sus primeros movimientos, el Abuelo no supiera con exactitud dónde se encontraba.

Echó una nueva mirada para observar a qué distancia se hallaban ahora las instalaciones de la estación meteorológica. Calculó que no debían de estar a más de una hora de su posición. Era una distancia corta, incluso para el más pesimista... siempre que todo lo demás saliera bien. Cord no intentó profundizar en detalle en qué podía abarcar aquel «todo lo demás», pues había factores que, sencillamente, eran imprevisibles. Además, tenía la incómoda sensación de que el hecho de especular con excesivo realismo le restaría ánimos para llevar a cabo su plan.

Por fin, moviéndose con cuidado, Cord asió el cuchillo con la mano izquierda y dejó la pistola en la cartuchera. Alzó lentamente el hato de ropa sobre la cabeza,

sosteniéndolo con la mano derecha. Con un movimiento lento y largo, lanzó el fardo hacia el otro lado del cono, casi en el extremo opuesto de la plataforma.

El paquete cayó sobre la plataforma con un ruido mortecino. Casi de inmediato, el borde opuesto de la balsa dio una sacudida y volvió a caer al agua para impulsar el objeto extraño hacia los zarcillos extendidos hacia él.

Simultáneamente, Cord echó a correr hacia delante. Durante un instante, su intención de distraer la atención del Abuelo pareció tener un éxito total, pero al segundo siguiente cayó de rodillas mientras la plataforma se levantaba.

Cord estaba a tres metros del borde. Al caer, continuó avanzando desesperadamente sobre la plataforma.

Un instante después, se sumergía bajo las aguas frías y claras por la parte delantera de la balsa, daba media vuelta y ascendía de nuevo a la superficie.

La balsa pasaba por encima de él. Una nube de pequeñas criaturas marinas se repartía entre la oscura maraña de raíces. Cord se apartó de una franja ancha y ondulante de vegetal de aspecto vítreo que constituía un tentáculo venenoso y sintió una ardiente picazón en el costado, lo que significaba que había rozado ligeramente otro. A ciegas se abrió paso por entre los viscosos bucles de las raíces que cubrían el fondo de la balsa. Entonces pasó por encima del muchacho una media luz verdosa y Cord penetró, con un impulso, en la burbuja central que formaba el cono del Abuelo.

Era un hueco a media luz y lleno de un aire cálido y viciado. El agua batía la posición del muchacho, arrastrándole hacia abajo, y no tenía nada a lo que agarrarse. Entonces, encima de él y a su derecha, incrustado en la curva interna del cono como si hubiera estado allí desde su nacimiento, Cord descubrió la silueta parecida a un sapo y levemente humanoide del cabeza amarilla.

¡Aquel era el jinete de las balsas!

Cord alzó la mano, capturó al huésped y guía simbiótico del Abuelo por uno de sus flácidos remedos de patas y, elevando del agua casi medio cuerpo, propinó dos rápidas puñaladas al animal, que aún no había abierto del todo sus ojos verde pálido.

El muchacho esperaba que el animal no tardaría ni un segundo en soltarse de la balsa e intentaría defenderse, como sucedía con los jinetes de los pájaros. El cabeza amarilla, en cambio, se limitó a volverse hacia él; la boca saltó como un resorte e hizo presa en el brazo izquierdo de Cord, por encima del codo. Con la mano derecha, hundió el cuchillo en uno de los ojos y el cabeza amarilla retrocedió, llevándose el cuchillo aún clavado.

Resbalando, Cord asió con ambas manos la pata viscosa del animal y tiró de éste con todas sus fuerzas. El cabeza amarilla resistió unos instantes más. Después, las incontables conexiones nerviosas que le unían a la balsa se rompieron, desgarrándose o separándose como ventosas; el muchacho y el cabeza amarilla cayeron juntos al agua.

De nuevo, entró en la negra maraña de raíces. Dos descargas de dolor le sacudieron la espalda y las piernas. Medio asfixiado, Cord soltó al animal. Por un

instante, el cuerpo de éste se revolvió con gestos extrañamente humanos; después, un muro sólido de agua lanzó al muchacho a un lado mientras algo grande y blanco hacía presa en el cuerpo convulso y se alejaba.

Cord emergió cuatro metros detrás de la balsa. Y allí habría terminado todo si entonces el Abuelo no hubiese aminorado la velocidad.

Tras dos intentos fallidos, a duras penas consiguió subir a la plataforma y permaneció unos instantes tendido, entre toses y jadeos.

Ahora no había señales de que su presencia fuera advertida por la balsa. Cuando se acercó a gatas para comprobar que sus tres compañeros seguían respirando, algunos zarcillos laxos se revolviéron inquietos, como si intentaran recordar sus anteriores funciones; sin embargo, Cord no llegó a advertir tal movimiento.

Seguían todos con vida, y Cord comprendió que él solo no podía ayudarles. Tomó en sus manos el arma de calor de Grayan. El Abuelo se había detenido por completo.

Cord no había tenido tiempo de recuperar del todo la razón, pues de otro modo habría tenido en cuenta que el Abuelo, violentamente privado de su huésped controlador, aún podía ser capaz de movimiento propio.

En cambio, calculó la dirección aproximada de la estación meteorológica de los estrechos, seleccionó el punto correspondiente de la plataforma y propinó al Abuelo un ligero disparo de calor.

A continuación no sucedió nada. Cord suspiró con aire paciente y subió un poco el graduador del calor.

El Abuelo se estremeció levemente. Cord se puso en pie.

Con lentitud y ciertos titubeos al principio, y luego con más ánimo —aunque ahora privado otra vez de inteligencia— el Abuelo empezó a avanzar hacia el objetivo marcado.

OJO PRIVADO

Henry Kuttner

El sociólogo forense contempló atentamente la imagen en la pantalla de la pared. Aparecían dos figuras congeladas, una en el acto de apuñalar a la otra en el corazón con un abrecartas antiguo, como los utilizados en cirugía en el John Hopkins. Antes de la ultramicrotomía, por supuesto.

—Un caso trapacero como pocos... —comentó el sociólogo—. Me llevaré una sorpresa si conseguimos culpar a Sam Clay de homicidio.

El operador hizo girar un dial y volvieron a contemplar las figuras repitiendo sus acciones en la pantalla. Una, la de Sam Clay, agarra el abrecartas de una mesa de escritorio y lo hunde en el corazón del otro hombre. La víctima cae muerta. Clay retrocede con aparente horror.

Entonces se derrumba de rodillas al lado del cuerpo contraído y dice apasionadamente que no se lo había propuesto. El cuerpo bate sus talones sobre la alfombra y se queda tranquilo.

—¡Este toque final fue estupendo! —dijo el operador.

—Bien, tengo que hacer la inspección preliminar —suspiró el sociólogo, instalándose en su silla de dictado y colocando sus dedos sobre el teclado—. Dudo que descubra alguna evidencia. Sin embargo, el análisis puede hacerse más tarde. ¿Dónde está ahora Clay?

—Su portavoz lo colocó en *habeos mens*.

—No creo que seamos capaces de agarrarle. Pero fue un mérito intentarlo. Imagine, con sólo un disparo de escopolamina nos habría dicho toda la verdad. Pero bueno... Lo haremos por el camino difícil, como es habitual. Comience con la marcha atrás, ¿quiere? No le encontraremos sentido hasta que hagamos un recorrido cronológico, pero tendremos que comenzar por alguna parte. ¡Bendito Blackstone! —exclamó el sociólogo forense, mientras en la pantalla Clay se pone en pie, contemplando cómo el cadáver revive, y se levanta y, a continuación, extrae la plegadera milagrosamente limpia de su corazón, en una secuencia totalmente invertida—. ¡Bendito Blackstone! —repitió—. Por una parte, a veces me gustaría vivir en la época de Jeffreys. En aquel tiempo, el homicida era un homicida...

La telepatía nunca consiguió demasiado. Quizás el desarrollo de la facultad se soterró, como respuesta a una ley familiar y natural, después de que apareció la nueva ciencia, la omnisciencia. Por supuesto que no era exactamente eso. Se trataba de un invento para hurgar el pasado. Y estaba limitado a un lapso de cincuenta años. No había la probabilidad de ver las flechas de Agincourt o el homúnculo de Bacon. Fue lo suficientemente sensible para captar las «huellas digitales» de la luz y las ondas de

sonido impresas en la materia, seleccionarlás y recogerlas. Para a continuación reproducir la imagen de lo que había sucedido. Después de todo, la sombra de un hombre puede ser fotografiada sobre hormigón, si tiene la desgracia de ser cogido por una ráfaga atómica. Lo cual es algo. La sombra es todo lo que allí queda.

No obstante, abrir el pasado como un libro no resuelve todo el problema. Fueron necesarias generaciones para desentrañar el laberinto de complejidades, aunque finalmente una tentativa tuvo éxito y se alcanzó el equilibrio. El derecho a matar fue defendido tenazmente por la humanidad desde que Caín mató a Abel. Muchos idealistas alegaron: «La voz de la sangre de tu hermano está clamando desde la tierra». Pero eso no detuvo a los cabilderos y a los grupos de presión.

Como réplica se citó la Carta Magna. El derecho al secreto y a la intimidad se defendió desesperadamente.

Y el curioso resultado de este desequilibrio llegó cuando el acto de homicidio se declaró no punible, a menos que exista deseo y premeditación. Naturalmente, se consideró por lo menos perverso el dejarse llevar de la rabia y asesinar a alguien bajo un impulso y existía para eso un castigo nominal, por ejemplo, la prisión, pero en la práctica la cosa jamás funcionó porque se hacían posibles muchas defensas.

Locura temporal. Provocación indebida. Autodefensa. Homicidio casual, homicidio en segundo grado, en tercer grado, en cuarto grado y así sucesivamente. Correspondía al Estado demostrar que el asesino había planeado el crimen de antemano y, solamente entonces, un jurado lo declararía convicto. Y naturalmente, el jurado tenía que renunciar a la inmunidad y someterse a una prueba de escopolamina, para demostrar que las cosas no habían sido amañadas. Pero el acusado no renunciaba jamás a su inmunidad.

La casa de un hombre no era su castillo. No desde que el *Ojo* se había revelado capaz de entrar en ella y escudriñar su pasado. El invento no podía interpretar ni leer su mente. Sólo ver y escuchar. En consecuencia, lo único que seguía siendo una fortaleza de intimidación era la mente humana. Y estaba prohibida hasta el último extremo. Nada de suero de la verdad, nada de hipnoanálisis ni de tercer grado, nada de preguntas tendenciosas...

Si por medio de la contemplación de las acciones pasadas del acusado el fiscal probaba deseo y premeditación, perfecto.

De otra forma, Sam Clay quedaría impune. Superficialmente parecía como si Andrew Vanderman, durante una disputa, hubiese herido a Clay en la cara con el látigo de una raya. Cualquiera que haya sido atormentado en un buque de guerra portugués puede comprenderlo.

Situado en este punto, Clay puede argüir locura temporal y autodefensa, así como provocación indebida y posible justificación.

Solamente los practicantes del curioso culto de los Flagelantes de Alaska, que fabrican látigos de raya para su ceremonial, saben cómo soportar el dolor. Los Flagelantes incluso disfrutaban, ya que la droga que beben en el ritual previo transforma

el dolor en placer. Al no haber digerido la droga, Sam Clay tomó sus medidas para protegerse, quizás irracionales, pero bastante lógicas y defensivas.

Nadie más que Clay sabía lo que había pretendido al matar a Vanderman. Esa era la compilación. Clay no comprendía por qué se sentía tan desamparado.

La pantalla fluctuó. Se oscureció. El operador se rió entre dientes.

—¡Caramba! Encerrado en un armario oscuro a la edad de cuatro años. ¡Lo que hubiera hecho con eso uno de los psiquiatras de los viejos tiempos! ¿O debo decir encantadores? ¿O brujos? ¡Lo he olvidado! De todas formas interpretaban sueños.

—Está confundido... Eran...

—¡Astrólogos! No, tampoco. Me refiero a los que practicaban el simbolismo. Utilizaban una sarta de oraciones y decían «una rosa es una rosa». ¿No era así? ¡Para liberar la mente inconsciente!

—Está adoptando la típica actitud del profano hacia los antiguos tratamientos psiquiátricos.

—Bueno, quizás tenían algo, además... Como quinina y digitalina.

Los nativos del Amazonas las utilizaban antes de que la ciencia las descubriera. Pero ¿por qué utilizar el ojo de una lagartija o el dedo de una rana? ¿Para impresionar al paciente?

—No, para convencerse a sí mismos —contestó el sociólogo—. En aquella época el estudio de las aberraciones mentales atraía a los psicóticos potenciales, así que, naturalmente, se recurría al innecesario conjuro. Aquellos médicos intentaban fijar su propio desequilibrio mental mientras trataban a sus pacientes. Pero hoy día es una ciencia, no una religión. Hemos descubierto cómo admitir la desviación psicótica individual en el mismo psiquiatra, de forma que tenemos mayores probabilidades de encontrar el verdadero norte. Pero acabemos con eso.

Intente el ultravioleta. ¡Oh, no importa! Alguien lo está sacando de ese armario. ¡Al demonio con todo! Creo que estamos repitiendo desde muy atrás. Aunque le hubiera asustado una tormenta a la edad de tres meses, puede archivar dentro de La Gestalt e ignorarse. Sigamos un recorrido cronológico. Desvele... Vamos a ver. Incidentes que incluyan a estas personas, Vanderman, la señora Vanderman, Josephine Wells. Y a estos lugares, la oficina, el apartamento de Vanderman, el puesto de Clay...

—¡En marcha!

—Más tarde podemos volver a insistir en los factores más complicados. Pero ahora pasaremos una revista superficial. Primero el veredicto, después la evidencia.

—Añadió con una sonrisa—: Todo lo que necesitamos es un motivo...

—¿Y qué hay sobre eso?

Una muchacha hablaba con Sam Clay. El telón de fondo era un apartamento grado B-2.

—Lo siento, Sam. Es sólo que... Bien, esas cosas suceden.

—Ya... Vanderman consiguió algo que yo no conseguí.

—Estoy enamorada de él.

—¡Es cómico! Siempre he creído que estabas enamorada de mí.

—También yo... Durante algún tiempo.

—Bien, olvídalo. No, no estoy enfadado, Bea. Incluso te deseo suerte. Pero deberías estar medianamente segura de cómo reaccionaría ante una cosa así...

—Lo siento...

—Aunque pensándolo bien, siempre dejé que dirigieras los tiros.

Siempre...

Secretamente, y eso la pantalla no lo podía mostrar, Clay pensaba: «¿Permitírselo? Lo quise así. Era más fácil que tomase ella las decisiones. Ciertamente que es dominante, pero supongo que yo soy todo lo contrario. Y ahora esto vuelve a suceder...

«Siempre sucedía. Desde el comienzo cargué con la peor parte. Y siempre sentí que tenía que someterme a la disciplina o cosa por el estilo. Vanderman, ese fanfarrón con su aire arrogante... Me recuerda algo. Estaba cerrado en un armario oscuro; no podía respirar. Lo he olvidado. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Mi padre? No, no lo recuerdo. Pero mi vida siempre ha sido así. Siempre me estaba vigilando y yo pensaba que algún día haría lo que quería hacer. Pero nunca lo hice. Ahora es demasiado tarde. Ya está muerto desde hace mucho.

«Siempre estaba seguro de que yo me sometería. ¡Si lo hubiese desafiado tan sólo una vez...!

«Alguien está empujando siempre y me cierra la puerta. Así que no puedo utilizar mis habilidades. No puedo probar que soy competente. Demostrármelo a mí mismo, a mi padre, a Bea, a todo el mundo... Si pudiera... Me gustaría meter a Vanderman en un armario oscuro y cerrar la puerta. Un lugar oscuro como un ataúd. Me daría por satisfecho sorprendiéndole de esa manera. Sería estupendo si consiguiese matar a Andrew Vanderman».

—Bien, ese es el comienzo de un motivo —comentó el sociólogo—. Sin embargo, mucha gente recibe calabazas y no se vuelven homicidas.

Siga manejando...

—En mi opinión, Bea le atrajo porque quería que lo dominasen —hizo observar el operador—. Tenía que entregarse...

Las cintas metálicas giraban por el aparato. Una escena nueva apareció en el panel oblongo. Era el *Bar Paradise*.

En cualquier sitio que elija usted para sentarse en el *Bar Paradise* aparece un competente *robot* analista que inmediatamente estudia su complexión y sus ángulos faciales, maneja la luz, variando matices e intensidades, para mostrarle en la mejor de sus facetas. La coyuntura era apreciada en las reuniones de negocios. Allí, cualquier estafador podía parecer un hombre honrado. También el local era popular entre las mujeres y algún que otro talento televisivo ligeramente pasado. Sam Clay daba la impresión de un santo ascético y joven. Andrew Vanderman parecía noble, de una forma torva, como Ricardo Corazón de León ofreciéndole su libertad a Saladino, aunque sabía que no iba a hacer nada realmente brillante. *Nobleza obliga*, parecía decir su firme quijada, mientras levantaba la garrafa de plata y servía. Bajo una luz corriente, Vanderman semejaba ligeramente un apuesto bulldog.

También, fuera del *Bar Paradise*, con las mejillas enrojecidas, parecía un hombre colérico.

—Referente al negocio que estamos discutiendo —dijo Clay—, se puede ir a...

La *juke-box* lanzó al aire un sonido de trompetas que de pronto cubrió el bar.

La contestación de Vanderman se quedó sin oír, mientras la música se hizo más ruidosa y las luces giraron rápidamente para mantener el paso con su repentina agitación.

—Es perfectamente fácil despistar a esas máquinas —dijo Clay—. Están afinadas para términos familiares de abuso profano, no para circunloquios. Si le dijese que el arreglo de sus cromosomas habría sorprendido a su padre... ¿Me comprende? No acusarían nada.

Tenía razón. La música se suavizó.

Vanderman tragó saliva.

—Tómelo con tranquilidad —dijo—. Puedo ver por qué está contrariado. Antes de todo déjeme que le diga...

—Hijo...

Vanderman estaba versado en insultos y no quería oír otro.

—... que le ofrecí ese trabajo porque lo considero un hombre capaz.

Tiene potencialidades. No se trata de un soborno. Nuestros asuntos personales quedan fuera de esto...

—Es igual. Bea está comprometida conmigo.

—Clay, ¿está borracho?

—Sí —contestó Clay y lanzó su copa a la cara de Vanderman.

La música comenzó a lanzar música de Wagner a todo volumen.

Pocos minutos después cuando los camareros intervinieron, Clay estaba tendido boca arriba y ensangrentado, con la nariz magullada y un puñetazo en el pecho. Vanderman se había despellejado los nudillos.

—Ese es un motivo —dijo el operador.

—Sí, lo es. ¿Verdad? ¿Pero por qué Clay esperó un año y medio? Y recuerde lo que sucedió después. Me pregunto si el asesinato no fue sólo un símbolo. Si

Vanderman representaba, ¿cómo diría?, lo que Clay consideraba la fuerza tiránica y opresiva de la sociedad en general, sintetizada en la imagen representativa... ¡Oh, no tiene sentido!

Obviamente, Clay estaba intentando probarse algo a sí mismo. Me imagino que ahora cortará hacia delante. Quiero verlo dentro de una cronología normal, no hacia atrás. ¿Cuál es la próxima acción?

—Muy sospechosa. Clay se fue a componer la nariz y luego acudió a un juicio por asesinato.

Pensaba: «No puedo respirar». Demasiado gentío. Encerrado en una caja, en un armario, en un ataúd, ignorado por los espectadores y por la autoridad investida del tribunal. ¿Qué pasaría si me encontrara en el banquillo como ese tipo? ¿Supongo que lo declararían convicto? Eso lo estropearía todo. Otro lugar oscuro. Si hubiera heredado los genes apropiados sería lo bastante fuerte para darle una paliza a Vanderman.

Pero estuve dominado mucho tiempo...

«Todavía recuerdo esta canción:

Descarriado del rebaño y el patrón dijo mátalo.

Así que lo golpeé en la rabadilla con el mango de una cacerola.

»Un arma mortal que es de uso corriente no puede parecer peligrosa. Pero si se consigue utilizar de forma homicida... ¡No! ¡El Ojo podría indagar sobre ello! Todo lo que uno puede ocultar ahora es el motivo. ¿No se podría invertir el truco? Supongamos que consigo que Vanderman me ataque con lo que cree que es el mango de una cacerola, pero que yo sé que es un arma mortal...».

El juicio que Clay estaba observando era pura rutina. Un hombre había matado a otro. Aconsejado por la defensa sostenía que el homicidio había sido cuestión de instigación y eso, en realidad, sólo podía considerarse como culpable de violencia y negligencia, en el peor de los casos, y más tarde cancelarse la pena por un caso de fuerza mayor.

El fiscal de la acusación mostraba películas de lo que había sucedido antes del hecho. La verdad era que la víctima no había quedado muerta con el golpe, simplemente aturdida. Pero el hecho había sucedido en una playa aislada y cuando subió la marea...

La defensa repetía apresuradamente: «caso de fuerza mayor».

La pantalla mostraba al acusado, algunos días antes del crimen, consultando una tabla de mareas. También, según parece, había visitado el lugar y preguntado a uno de los transeúntes si la playa solía estar muy concurrida.

—No cabe ni un botón —había contestado el hombre—. Solamente está vacía

después de la puesta del sol. Para entonces hace demasiado frío. Aunque ya no le serviría de nada. No se puede nadar con tanto frío.

Un lado competía: *Actus non facit! reum, nisi mens sit rea*, el acto no hace al hombre culpable, a menos que la mente sea también culpable; contra: *Acta exteriora indicant! interiora secreta*, por los actos exteriores se juzgan los pensamientos interiores. Las máximas legales latinas seguían siendo válidas. El pasado de un hombre permanecía sacrosanto a condición de que —y aquí surgía la broma— poseyese el derecho de ciudadanía. Y cualquier acusado de un delito capital perdía automáticamente la ciudadanía hasta que se estableciese su inocencia.

Por consiguiente, ninguna evidencia de huella del pasado se podría introducir en un juicio, a menos que se probase que estaba en conexión directa con el crimen. El ciudadano medio tenía un derecho al secreto de toda su vida anterior. Solamente al perder legalmente ese derecho por ser acusado de un delito serio, se podrían utilizar las evidencias encubiertas, pero solamente en relación con el inmediato cargo.

Existían varios subterfugios, por supuesto, pero teóricamente un hombre estaba a salvo de ser espiado mientras permaneciese dentro de la ley.

Ahora el acusado tenía que hacer frente a su pasado abierto. El fiscal mostraba grabaciones de una rubia barata chantajeándolo, y eso confirmaba el motivo y el veredicto: culpable. El hombre condenado se echó a llorar. Clay se levantó y salió de la sala. Por su aspecto, parecía estar pensando.

Y lo estaba. Había decidido que sólo había una forma de matar a Vanderman y salir airoso. No podía ocultar la muerte en sí, ni las acciones tendentes a su consumación, ni ninguna palabra escrita o hablada. Lo único que podía ocultar eran sus propios pensamientos. Y, sin traicionarse a si mismo, tenía que matar a Vanderman de forma que su acto pareciese justificado, lo que quería decir ocultando sus huellas de ayer para el día de mañana.

«Esto puede resumirse así —pensaba Clay— si yo me sitúo de forma que pierdo con la muerte de Vanderman en lugar de ganar, me ayudaría considerablemente.

»Tengo que fingir eso de alguna manera. Pero no debo olvidar que en el momento presente, tengo un motivo obvio. Primero, me roba a Bea.

Segundo, me golpea.

»De forma que tendré que conseguir que parezca como si de algún modo me hiciese un favor...

»Tengo que encontrar una oportunidad para estudiar a Vanderman cuidadosamente y tiene que ser una oportunidad normal, lógica e impermeable. Secretario privado. Algo por el estilo. El *Ojo* está ahora en el futuro, después del hecho, pero me está vigilando...

»Debo recordarlo. ¡*Ahora me está vigilando!*

»Correcto. Normalmente he tenido que pensar en el asesinato en las condiciones que ahora me encuentro. Y, después, liberarme de esa disposición de ánimo gradualmente. Pero mientras tanto...».

Sonrió.

Yendo a comprar una pistola se sentía incómodo, como si ese presciente *Ojo*, años en el futuro, pudiese hacer un guiño para avisar a la policía. Pero estaba separado de él por una barrera de tiempo que sólo el proceso natural podía acortar. Y de hecho lo había estado vigilando desde su nacimiento. Había que considerarlo de esa forma.

Podía desafiarlo. El *Ojo* no era capaz de leer los pensamientos.

Compró la pistola y se quedó esperando a Vanderman en una oscura callejuela. Pero primero se emborrachó a conciencia. Lo suficientemente borracho como para satisfacer al *Ojo*.

Después de eso...

—¿Se encuentra ahora mejor? —preguntó Vanderman, sirviendo otro café.

Clay enterraba su cara bajo sus manos.

—Estuve loco —dijo con voz apagada—. Tuve que estarlo... Sería mejor que me entregase a la policía.

—Podemos olvidarlo y acabar de una vez... Clay. Estaba borracho, eso fue todo. Y yo... Bueno, yo...

—Apreté una pistola contra usted... Intenté matarlo... Y usted me trajo a su casa y...

—No utilizó esa pistola, recuérdelo, Clay. No es ningún asesino.

—Todo fue culpa mía. No necesitaba haber sido tan malditamente duro con usted —dijo Vanderman mirando como Ricardo Corazón de León, a despecho de la anacrónica luz de neón.

—No soy bueno. Soy un fracasado. Cada vez que intento algo, aparece un hombre y lo hace mejor. Soy un segunda categoría...

—Clay, deje de hablar así. Estaba trastornado, eso es todo.

Escúcheme. Se va a enderezar. Veré lo que puedo hacer por usted.

Comenzaremos mañana, encontraremos algo. Ahora beba su café.

—¿Sabe? —dijo Clay—. Usted es todo un tipo...

«El magnánimo idiota picó» —pensó Clay, mientras se preparaba felizmente para dormir—. «¡Estupendo!».

Era el comienzo para custodiar al *Ojo*. Sin embargo, también suponía el comienzo de rodar la pelota con Vanderman. Deja que un hombre te haga un favor y será tu compañero. Bueno, Vanderman va a hacerme un montón de favores. De hecho, antes de lo que había supuesto. Tendré todos los motivos para conservar su vida».

Motivos visibles para el *Ojo* desnudo.

Probablemente Clay no había empleado con anterioridad todos sus talentos en la

dirección apropiada, porque no conducía su plan de homicidio como un segunda categoría. Necesitaba un canal adecuado a su habilidad y probablemente también necesitaba un patrón.

Vanderman rellenaba esa función; seguramente eso aliviaba su conciencia por haberle robado a Bea. Siendo el hombre que era, Vanderman necesitaba evitar incluso la apariencia de bajeza.

Naturalmente fuerte y cruel, se dice a sí mismo que es un sentimental.

Su sentimentalismo jamás alcanza el punto de que le molesten y Clay lo sabe demasiado bien y tratará de permanecer dentro de los límites.

No obstante, supone una tortura de nervios saber que uno está viviendo bajo el escrutamiento de un *Ojo* extratemporal.

Cuando un mes más tarde caminaba por el vestíbulo del Edificio, Clay se dio cuenta de que vibraciones de luz reflejaban su propio cuerpo, de manera irrecuperable, en el pulido ónice de las paredes y del suelo, quedando fotografiadas allí, en espera de que una máquina las liberase algún día, alguna vez, por medio de un hombre que todavía no conocía ni siquiera el nombre de Sam Clay. Entonces, sentado en su asiento relajador del ascensor, que se movía suavemente en espiral en el interior de las paredes, supo que aquellos muros estaban capturando su imagen, hurtándola, como alguna superstición que recordaba...

¿Cuál?

La secretaria privada de Vanderman le agradó. Clay dejó que su mirada vagara libremente por la elegante figura y la cara suavemente atractiva de la joven. Ella le dijo que el señor Vanderman había salido y que la cita era para las tres, no para las dos. ¿No era así?

Clay consultó su agenda. Hizo chascar los dedos.

—¡Las tres! Tiene razón, señorita Wells. Estaba tan seguro de que era a las dos que no me molesté en mirarlo. ¿Cree que regresará más temprano? Quiero decir, ¿ha salido o se encuentra en una reunión?

—Ha salido, señor Clay —contestó la señorita Wells—. No creo que vuelva antes de las tres. Lo siento.

Le sonrió eficientemente.

—Bueno, ¿puedo esperar aquí?

—Por supuesto. El equipo estereofónico y las revistas están ahí.

La muchacha volvió a su trabajo y Clay examinó superficialmente un artículo referente al cuidado y manejo de la mariposa luna. Esto le dio la oportunidad de comenzar una conversación preguntando a la señorita Wells si le gustaban las mariposas luna. La joven le respondió que no sabía nada de tales mariposas, pero el hielo ya se había roto.

«Este es el aperitivo del conocimiento —pensó Clay—. Quizás tenga el corazón roto, pero, naturalmente, estoy solitario».

La baza no era comprometerse con la señorita Wells, sino enamorarse de ella de

forma convincente. El *Ojo* no dormía.

Clay estaba empezando a despertarse por las noches, con un comienzo de crisis nerviosa y se quedaba allí, mirando el techo. Pero la oscuridad no era un escudo.

—La cuestión es —dijo el sociólogo al llegar a este punto—, si Clay está actuando o no para una audiencia...

—¿Quiere decir para nosotros?

—Exactamente. Se me acaba de ocurrir. ¿Le parece que se está comportando de forma natural?

El operador reflexionó:

—Diría que sí. Un hombre no se casa con una chica solamente para sacar adelante otro plan, ¿lo haría él? Después de todo, se está envolviendo en toda una red de responsabilidades nuevas.

—Sin embargo, Clay aún no se ha casado con Josephine Wells —hizo observar el sociólogo—. Además, esa faceta de la responsabilidad se podría aplicar hace unos cientos de años, ahora no... —comentó al azar—. Imagine una sociedad donde, después del divorcio, un hombre se veía forzado a soportar a una mujer perfectamente saludable y competente. Era degenerado, lo sé, un retorno a los días en que solamente los machos podían ganarse la vida. Pero también imagine el tipo de mujeres que se complacían en aceptar tal soporte. Eso fue un atavismo de la infancia, por no decir...

El operador tosió.

El sociólogo se dio cuenta de su divagación y dijo: —Oh... Sí. La cuestión es si Clay sería capaz de comprometerse con una mujer a menos que realmente...

—Los compromisos se pueden romper.

—Éste aún no se rompió, hasta donde sabemos. Y *sabemos*...

—Un hombre normal no planearía casarse con una muchacha que no le importase nada, a menos que tuviese una razón muy poderosa.

Insisto.

—Bueno, ¿y hasta qué punto Clay es normal? —preguntó el sociólogo—. ¿Sabía de antemano que indagaríamos en su pasado? ¿No se da cuenta que está trampeando en solitario?

—¿Pruebas?

—Hay todo un tipo de cosas que usted no hace si piensa que le están mirando. Recoger una moneda en la calle, beber sopa fuera de la taza, posar ante un espejo. El tipo de locuras o de pequeñas cosas que todo el mundo hace cuando está solo. O Clay es inocente o es un hombre muy diestro...

Era un hombre muy diestro. Jamás proyectó el compromiso con la intención de llegar hasta el matrimonio, aunque sabía que, en cierto modo, el matrimonio podía ser una precaución. Si un hombre habla en sueños, ciertamente su mujer mencionará el

hecho. Clay se consideró a sí mismo amordazándose durante la noche si surgía la necesidad.

Entonces se dio cuenta de que si hablaba en sueños, no tendría ninguna garantía de no hablar demasiado la primera vez que tuviese auditor. No podía correr el riesgo de semejante apertura. Aunque después de todo, no existía tal peligro. Pensándolo con detenimiento, el problema de Clay era simple: ¿cómo estar seguro de no hablar durante el sueño?

Lo resolvió con bastante facilidad, alquilando un curso narcohipnótico suplementario de idiomas comerciales. Implicaba el estudio mientras se estaba despierto y la repetición de la información al oído durante el sueño. Como una necesaria preparación para el curso fue instruido para instalar un registro gráfico de la profundidad de su sueño, así la narcohipnosis se ajustaría a sus ritmos individuales. Lo hizo varias veces, repitiendo la prueba un mes después. Y quedó satisfecho.

Por la noche se alegraba de dormir con tal de no tener sueños.

Tenía que tomar sedantes desde hacía tiempo. Durmiendo se sentía aliviado de la sensación de que un *Ojo* lo estaba vigilando siempre, un *Ojo* que podría entregarle a la justicia, un *Ojo* que no podía desafiar en pleno día. Pero siempre soñaba con el *Ojo*.

Vanderman le había encargado de un trabajo dentro de la organización, lo que ya era mucho. Clay era simplemente un diente del engranaje, lo que de momento le satisfacía bastante. Todavía no quería más favores. No hasta que no conociese la extensión de las habilidades y obligaciones de la señorita Wells.

Vanderman probablemente se seguía sintiendo culpable a causa de Bea. Se sabía casado con ella y actualmente Bea se encontraba en la Antártida, en el casino. Vanderman tuvo que reunirse con ella, de forma que garabateó un memorándum, deseó a Clay buena suerte y se fue a la Antártida, molesto por no experimentar remordimientos de conciencia. Clay aprovechó la oportunidad para cortejar ardientemente a Josephine.

Por lo que había oído de la nueva señora Vanderman, se sentía secretamente aliviado. Aún no hacía mucho, cuando se encontraba contento de permanecer pasivo, el creciente dominio de Bea le había satisfecho, pero ahora no. Estaba aprendiendo la autoseguridad y le gustaba. En estos momentos, el comportamiento de Bea era más bien malo. Con todo el dinero y la libertad de que disponía, tenía demasiado tiempo entre las manos. De vez en cuando Clay oía rumores que le hacían sonreír en secreto. Vanderman no estaba en una postura muy cómoda. Bea tenía un carácter dominante, pero Vanderman no podía decirse que fuera un cobarde.

Al cabo de algún tiempo Clay le dijo a su jefe que quería casarse con Josephine Wells.

—Supongo que así quedamos en paz —dijo a Vanderman—. Usted me quitó a Bea y yo le voy a quitar a Josie.

—¡Espere un minuto! —exclamó Vanderman—, supongo que no...

—Mi novia, su secretaria... Eso es todo. La realidad es que Josie y yo estamos enamorados.

Lo soltó, pero con cuidado. Era más fácil engañar a Vanderman que al *Ojo*. Técnicos competentes y sociólogos forenses miraban a su través.

A veces pensaba en esas pinturas medievales con un inmenso ojo y eso le recordaba algo vago y angustiante. Después de todo, ¿qué podía hacer Vanderman? Convino en ascender a Clay. Josephine, siempre consciente, se ofreció a continuar en su trabajo durante algún tiempo, hasta que la rutina de la oficina siguiese su curso normalmente. Pero por una cosa u otra siempre surgían problemas. La joven no tenía que llevar trabajo a su apartamento, pero lo llevaba. Clay, diestramente, vio que era lo mejor para mantener ocupada a Josephine y gradualmente comenzó a ayudarla cuando caía por allí. Su trabajo, más los cursos narcotípicos, lo habían entrenado ya para esa especie de habilidad en el trabajo de organización. Los negocios de Vanderman eran altamente especializados, importaciones y exportaciones a todo lo ancho del planeta, manteniendo relaciones con grupos específicos, giras estacionales y observando las festividades sectarias, etc. Josephine, como una especie de libro de memorias para Vanderman, tenía trabajo de sobra.

Clay y la joven pospusieron el matrimonio por algún tiempo. Clay, justo lo suficiente, claro, comenzó a aparentar sentirse celoso del trabajo de Josephine y la joven dijo que lo dejaría pronto. Pero una noche se quedó en la oficina y Clay se agarró un berrinche y se emborrachó. Aquella noche estaba lloviendo. Clay consiguió estar lo suficientemente borracho para caminar desprotegido bajo la lluvia y caer dormido en su casa con la ropa mojada. Cayó con gripe. Cuando se estaba recuperando, Josephine enfermó también.

Bajo esas circunstancias, Clay regresó al trabajo y se hizo cargo de las tareas de su novia, de forma puramente temporal. Aquella semana el trabajo rutinario de la oficina era extremadamente complicado y solamente Clay conocía los pros y los contras. Esta solución evitó a Vanderman una gran cantidad de inconveniencias y, cuando la situación se resolvió por sí misma, Josephine tenía un trabajo subsidiario y Clay era el secretario privado de Vanderman.

—Me gustaría saber más sobre él —dijo Clay a Josephine—. Después de todo, debe tener un montón de costumbres y de puntos flacos que se necesitan tener en cuenta. Si, por ejemplo, pide la comida en su despacho, no quiero encargarle lengua ahumada y descubrir que es alérgico a ella. ¿Cuáles son sus *hobbies*?

Aunque tenía cuidado de no sonsacar a Josephine demasiado, a causa del *Ojo*. Y todavía necesitaba sedantes para dormir.

El sociólogo se frotó la frente.

—¡Hagamos una interrupción! —sugirió—. ¿Por qué un tipo quiere cometer un asesinato?

—De una forma o de otra por provecho.

—Yo diría que sólo parcialmente. La otra parte es un deseo inconsciente de que le

castiguen. Normalmente por algo también. Por eso usted busca accidentes propensos. ¿No se le ha ocurrido pensar en lo que les sucede a los asesinos que se sienten culpables y que, sin embargo, no son castigados por la ley? Viven una forma de vida podrida. Siempre caminando hacia precipicios, accidentalmente.

Cortándose a sí mismos con un hacha, accidentalmente. Y también, por accidente, tocando cables de alta tensión.

—La conciencia, ¿no?

—Hace tiempo la gente pensaba que Dios estaba sentado en el cielo con un telescopio y que vigilaba todo lo que hacían. En realidad, en la Edad Media, y me refiero al comienzo de esa época, la gente vivía con mucho cuidado. Después vino la era de la incredulidad, cuando la gente no creía en nada con demasiada fuerza, y finalmente esto... —señaló la pantalla—. La memoria universal. Por extensión es como una conciencia social universal, una conciencia externa. Es exactamente lo mismo que el concepto medieval de Dios, la omnisciencia.

—Pero no la omnipotencia.

—¡Hum...!

Todopoderoso, el *Ojo* se mantuvo en la mente de Clay durante año y medio. Antes de decir o de hacer algo, se recordaba a sí mismo la existencia del *Ojo* y se aseguraba de que no estaba revelando su motivo con vistas a un futuro juicio. Naturalmente, también había que contar con un *Oído*, pero eso era demasiado absurdo. Uno no podía visualizar a un amplio e incorpóreo *Oído* decorando la pared como un plato en un portaplatos. Con todo, lo que dijese tendría una evidencia importante, a veces tanto como lo que hacía. Así que Sam Clay era en realidad muy puntilloso y su comportamiento semejaba al de la mujer del César. No desafiaba a la autoridad, sino que trataba de enredarla...

Superficialmente Vanderman se parecía más al César, y su mujer, por aquel entonces, no estaba sin tacha. Tenía demasiado dinero para divertirse. Y encontraba a su marido demasiado inflexible para ser una persona completamente satisfactoria. Bastaba el matriarcado de Bea para iniciar una rebelión contra Andrew Vanderman y, además, existía una carencia de romance. Vanderman tenía poco tiempo para dedicarle.

Estaba muy ocupado aquellos días, envuelto en una completa sarta de negocios que le exigían mucho tiempo. Naturalmente Clay también participaba en la cuestión. Su interés por su nuevo trabajo era laudable. Pasaba noches enteras maquinando y planeando, como si esperase que Vanderman lo convirtiese en su socio. De hecho incluso sugirió esa posibilidad a Josephine. Quena conseguirlo por medio de un documento. Habían establecido la fecha del matrimonio y Clay quería obtener antes su ascenso. No tenía intención de ser arrastrado a un matrimonio que se pensaba de conveniencia, ahora que la necesidad se había alejado.

Una cosa que tenía que hacer, y moverse con toda discreción, era conseguir el látigo. Vanderman era un especialista de la digitación. Le gustaba tener siempre algo entre las manos mientras hablaba.

Normalmente solía ser un pisapapeles cristalino con una miniatura de una tormenta en su interior, que se iluminaba al ser agitada. Clay lo colocó donde pensó que Vanderman lo haría saltar y lo rompería. Entretanto, había concertado un negocio con Callisto Ranches con el único propósito de conseguir un látigo para la mesa de escritorio de Vanderman. Los nativos estaban orgullosos de sus trabajos sobre cuero y de sus trabajos de orfebrería y en cada trato que cerraba siempre se incluía un regalo nominal. En este caso, un bonito látigo en miniatura con las iniciales de Vanderman. Actualmente se encontraba sobre su mesa de escritorio, sirviendo de pisapapeles, excepto cuando Vanderman lo cogía para jugar con él mientras hablaba.

La otra arma que Clay necesitaba ya estaba allí, era un abrecartas antiguo, utilizado anteriormente en cirugía como escalpelo. Jamás dejaba que su mirada se detuviese demasiado sobre él, a causa del *Ojo*.

También llegó el otro látigo. Negligentemente lo colocó en su mesa de escritorio y pretendió olvidarlo. Era una muestra de los látigos fabricados por los *Flagelantes de Alaska*, para ser utilizados en sus ceremonias y lo necesitaba en su empresa a causa de una investigación que se estaba realizando acerca de las drogas que los *Flagelantes* empleaban para neutralizar el sufrimiento. Por supuesto, Clay también había manejado este nuevo contrato.

En todo esto no había nada sospechoso, la firma retiraba un saneado provecho de aquellas negociaciones y Vanderman le había prometido un porcentaje de beneficios a finales de año de cada contrato que consiguiese. Había pasado año y medio desde que Clay se dio cuenta por vez primera de que el *Ojo* lo buscaba.

Se encontraba estupendamente. Era parsimonioso con los sedantes, y sus nervios, aunque excitados, no se encontraban en absoluto en el punto de saltar. Había hecho un esfuerzo, pero se había entrenado para no tener deslices. Visualizaba al *Ojo* en las paredes, en el techo y en el cielo. Dondequiera que estuviera. Era la única forma de obrar con completa seguridad. Y muy pronto se iba a considerar pagado. Pero tenía que hacerlo enseguida, aquel esfuerzo nervioso no podía continuar indefinidamente.

Quedaban unos cuantos detalles. Arregló las cosas —bajo el *Ojo* está la nariz, para que nos entendamos— de forma que le ofrecieron una posición bien pagada en otra firma. La desdeñó.

Una noche, surgió una emergencia y Clay, muy lógicamente, tuvo que ir al apartamento de Vanderman.

Vanderman no estaba allí. Sólo encontró a Bea. Acababa de reñir violentamente con su esposo. Había bebido, cosa que también Clay esperaba. Si la situación no hubiera resultado exactamente como quería, lo habría intentado otra vez. Pero no hubo necesidad.

Clay fue un poco más cortés de lo necesario. Quizás demasiado cortés. El

incipiente matriarcado de Bea la estaba obligando a descarriarse y su marido trataba de sujetarla, cosa a la que no estaba dispuesta. Después de todo, se había casado con Vanderman por su dinero y ahora lo veía tan dominante como ella misma, mientras que miraba a Clay como un símbolo exagerado de romance y sumisión masculina.

El objetivo de una cámara, oculto en la pared en un decorativo bajorrelieve, rechinaba atareadamente, devanando su cinta grabadora de una forma que indicaba que Vanderman era un esposo celoso y suspicaz. Pero Clay también conocía la existencia del artilugio. En el momento oportuno se dejó caer contra la pared de tal forma que el aparato se rompió.

Entonces, siendo espiado tan sólo por el otro *Ojo*, se hizo tan virtuoso que era una lástima que Vanderman no pudiese ser testigo de su *volte-face*.

—Escucha, Bea —dijo—. Lo siento, pero no comprendo. No es conveniente. Ya no estoy enamorado de ti. Cierto que lo estuve una vez, pero eso fue hace mucho. También existe otra persona y es menester que lo sepas.

—Todavía me sigues amando —dijo Bea con intoxicante firmeza—. Nos pertenecemos.

—Por favor, Bea. Odio tener que decir esto, pero le estoy agradecido a Andrew Vanderman por haberse casado contigo... Yo... Bueno, ya has conseguido lo que querías y yo estoy logrando lo que deseaba.

Dejémoslo así...

—Estoy acostumbrada a conseguir lo que quiero, Sam. La oposición es algo que no me gusta. Especialmente cuando sé que tú, en realidad...

Dijo bastantes cosas más y Clay también. Quizás estuvo innecesariamente duro. Pero tenía que marcarse un tanto con el *Ojo* y demostrar que no tenía celos de Vanderman.

Y se marcó el tanto.

La mañana siguiente fue a la oficina antes que Vanderman, limpió su cajón y descubrió el látigo de raya todavía en su caja. «¡Jo!», se dijo chascando los dedos. El *Ojo* vigilaba y era un momento crucial. Quizás todo iba a ocurrir dentro de una hora. Cada movimiento tenía que ser calculado de antemano y no podía producirse la más ligera desviación.

El *Ojo* estaba en todas partes. Literalmente en todas partes.

Abrió la caja, sacó fuera el látigo y se fue al sánela sanctorum interior. Tiró el látigo encima de la mesa del escritorio de Vanderman, con tan poco cuidado que uno de los objetos que contenía se vino abajo.

Clay lo ordenó todo, dejando el látigo de raya más cerca del borde de la mesa y colocando el látigo de cuero Callistan al final, medio oculto detrás del intervisor del despacho. No se permitió más que una casual mirada para asegurarse de que el abrecartas seguía estando allí.

A continuación, se fue a tomar café.

Media hora después estaba de vuelta, recogió unas cuantas cartas para llevar a firmar y se encaminó al despacho de Vanderman.

Vanderman había cambiado bastante. Parecía más viejo, menos noble y más como un bulldog adulto. Clay pensó fríamente: «Este hombre me robó la novia y me golpeó».

Cautelosamente recordó al *Ojo*.

No tenía que hacer nada más que seguir el plan y dejar que los acontecimientos siguieran su curso. Vanderman había visto las películas espías, seguro, hasta el momento en que se habían vuelto blancas, cuando Clay cayó contra la pared. Obviamente, no esperaba que Clay se mostrara por allí aquella mañana. ¡Y al ver a aquel piojo diciéndole hola, mientras caminaba a través de la habitación y dejaba unas cartas encima de su mesa de escritorio...!

Clay contaba con el temperamento exaltado de Vanderman, que desde luego no había mejorado con los meses. Naturalmente, el hombre había estado allí sentado, pensando toda clase de cosas desagradables y justo, como Clay sabía que iría a suceder, cogió el látigo y comenzó a jugar con él. Pero esta vez era el látigo de raya...

—¡Buenos días! —dijo Clay alegremente a su asombrado patrón. Su sonrisa se torció un poco—. Estuve esperando para que diera su visto bueno a esta carta de los criaderos *kirguises*. Podemos encontrar un mercado para esos dos mil cuernos ornamentales...

Al llegar a ese punto, Vanderman, rugiendo, dio un salto, balanceó el látigo y cruzó la cara de Clay. Posiblemente no existe nada más doloroso que el mordisco de un látigo de raya.

Clay se tambaleó. No sabía que doliese tanto. Por un momento el choque y el golpe borraron cualquier otra idea de su cabeza y sólo quedó una ciega irritación.

«¡Recuerda el Ojo!».

Lo recordó. Había docenas de hombres entrenados vigilando todo lo que hacía en aquel momento. Literalmente se encontraba de pie sobre un escenario rodeado de observadores que tomaban notas de cada expresión de su cara, de cada flexión muscular y de cada soplo de su respiración.

Dentro de un momento Vanderman moriría, pero Sam Clay no estaría solo. Una invisible audiencia procedente del futuro se estaba fijando en él con ojos fríos y calculadores. Sólo le quedaba una cosa y el trabajo se habría concluido. Tenía que hacerlo cuidadosamente, mientras todos lo vigilaban.

El tiempo se detuvo. *El trabajo habría concluido.*

Era muy curioso. Había revisado esta serie de acciones tantas veces en lo más secreto de su mente que su cuerpo funcionaba ahora sin nuevas instrucciones. Su

cuerpo se tambaleó a causa del golpe, recuperó el equilibrio, miró a Vanderman sacudido por la furia y luego deslizó los ojos hacia el abrecartas a plena vista sobre el escritorio.

Eso era lo que el Sam Clay visible y superficial estaba haciendo. El Sam Clay íntimo y espiritual estaba pasando por una serie de acciones diferentes.

El trabajo habría concluido.

¿Y qué iba a hacer después de eso?

El asesino íntimo y espiritual permanecía quieto con desmayo y sorpresa, contemplando un futuro perfectamente vacío. Jamás había echado una mirada al otro lado de aquel momento. No había hecho planes para su vida después de la muerte de Vanderman. Pero ahora no tenía otro enemigo más que Vanderman. Cuando Vanderman muriese, ¿cómo iba a orientar su vida? ¿En qué trabajaría entonces? Su trabajo también habría concluido. Y su trabajo le gustaba...

De repente se dio cuenta de que le gustaba mucho. Era bueno en ese terreno. Por primera vez en su vida había encontrado un trabajo donde triunfaba.

Uno puede vivir año y medio en un nuevo entorno sin adquirir nuevas metas. El cambio se había producido imperceptiblemente. Era un buen agente comercial. Había descubierto que podía tener éxito. No había tenido que matar a Vanderman para demostrarse eso a sí mismo.

Lo había probado sin cometer un asesinato.

En ese momento de éxtasis que había roto con todo para una detención total, miró la cara roja de Vanderman y pensó en Bea. Y también pensó en Vanderman tal y como lo había llegado a conocer, y no quería ser un asesino.

No quería que Vanderman muriese. No quería ya a Bea. Sólo pensar en ella lo ponía enfermo. Quizás eso era porque el mismo había cambiado de pasivo a activo. Ya no quería o necesitaba una mujer dominante. Podía tomar sus propias decisiones. Si ahora tenía que elegir, elegiría a alguien más parecida a Josephine...

Josephine. Su imagen le resultaba de pronto muy agradable.

Josephine con su suave y tranquila belleza y con su admiración hacia Sam Clay, el hombre de negocios con éxito, el joven y progresista importador de la Compañía Vanderman. Josephine, con quien se iba a casar. Porque desde luego se iba a casar con ella. Quería a Josephine.

Le gustaba su trabajo. Todo lo que deseaba era el *statu quo* que había conseguido. Ahora todo era perfecto, por lo menos hasta hacía treinta segundos...

Pero treinta segundos era mucho tiempo. Pueden suceder un montón de cosas en medio minuto. Había sucedido. Vanderman se estaba acercando de nuevo con el látigo en alto. Los nervios de Clay se erizaron frente a la anticipación de su ardiente trallazo por segunda vez.

Si pudiese conseguir agarrar la muñeca de Vanderman antes de que volviese a golpear. Si pudiese hablar con la suficiente rapidez...

La curvada sonrisa seguía aún en su cara. Formaba parte del patrón, aunque en

cierta forma oscura no lo comprendía demasiado bien. Estaba actuando como respuesta a unos reflejos condicionados asentados en un período de muchos meses de rígido autoentrenamiento. Su cuerpo estaba ya en acción. Todo lo que había ocupado un lugar en su mente estaba sucediendo de forma tan rápida que no existía solución de continuidad. Su cuerpo conocía su trabajo y lo estaba haciendo. Estaba dirigiéndose hacia el escritorio y hacia la plegadera, y no podía detenerlo.

Todo esto había sucedido antes. Había sucedido en su mente, el único lugar donde Sam Clay había conocido real libertad en el transcurso de año y medio. Durante todo ese tiempo, se había estado forzando a sí mismo a tener conciencia de que el *Ojo* estaba vigilando cada movimiento externo que hacía. Había planeado cada acción de antemano y se había adiestrado para realizarla. Apenas si se permitió a sí mismo actuar una vez de forma impulsiva. La seguridad sólo consistía en seguir el plan con toda exactitud. Estaba adoctrinado.

Quizás demasiado...

Algo no marchaba bien. Aquello no era lo que quería. Seguía asustado, débil, caído...

Acechó la mesa de escritorio, aferró la plegadera y, conociendo su error, la llevó hacia el corazón de Vanderman.

—Es un caso embrollado... —dijo el sociólogo forense al operador—. Muy embrollado.

—¿Quiere que lo volvamos a pasar?

—No, ahora no. Me gustaría pensar el asunto con detenimiento.

Clay... esa firma que le ofreció otro trabajo. La oferta ahora se retiró, ¿verdad? Sí, ya lo recuerdo, son muy celosos de la moral de sus empleados. Era algo de seguros. El motivo... Quiero el motivo.

El sociólogo miró al operador.

El operador dijo:

—Hace año y medio tenía un motivo. Pero hace una semana tenía todo que perder y nada que ganar. Ha perdido su trabajo y esa bonificación. Ya no quiere a la señora Vanderman y en cuanto a la paliza que Vanderman le dio una vez... ¿Qué?

—Bueno, intentó disparar a Vanderman en una ocasión y no consiguió herirlo, ¿recuerda? Aunque estaba lleno de valor de alcohol...

Pero algo marcha mal. Clay estuvo evitando incluso la apariencia de depravado con demasiada cautela. Sólo que no puedo colocar el dedo encima de nada...

—¿Qué hay sobre las huellas de los primeros años de su vida...?

Nos hemos remontado sólo a aquellos cuatro años...

—No encontraríamos nada útil en una época tan lejana. Está claro que temía a su padre, lo odiaba... Las típicas niñerías, tema para la psicología. El padre simboliza para él un juez... Me temo que Sam Clay va a salir impune.

—Pero si usted cree que existe algo desarreglado...

—El peso de la prueba nos rebasa —dijo el sociólogo.

El visor sonó. Una voz habló suavemente.

—No. Aún no tengo la respuesta. ¿Ahora? Correcto. Lo haré —se puso en pie—. El Fiscal quiere hacerme una consulta. Aunque no tengo esperanzas. Me temo que el Estado perderá el caso. Eso es lo que tiene de malo la conciencia externa...

No especificó más. Salió, moviendo la cabeza y dejando al operador que contemplase especulativamente la pantalla. Pero dentro de cinco minutos le fue asignado otro caso, el negociado estaba atascado, y no tuvo la oportunidad de investigar sobre aquel asunto hasta una semana después. Entonces ya no importaba.

Porque una semana después, Sam Clay salió de la sala del tribunal como un hombre libre. Bea Vanderman le estaba esperando en la escalinata. Vestía de luto, pero su corazón no estaba enlutado.

—Sam —dijo.

La miró.

Se sintió algo ofuscado. Todo estaba solucionado. Su plan se había desarrollado a la perfección. Y ya nadie lo vigilaba ahora. El *Ojo* estaba cerrado. La invisible audiencia se había colocado sus sombreros y sus abrigos dejando de amenazar la vida privada de Sam Clay. A partir de ahora haría y diría precisamente lo que le gustase, sin la omnipresencia de un vigilante censor que lo estuviera investigando. Actuaría siguiendo sus impulsos.

Había engañado a la sociedad. Había engañado al *Ojo* y a todos los esbirros de su tecnológica gloria. Él, Sam Clay, un ciudadano corriente.

Era una cosa maravillosa y no comprendía por qué lo dejaba tan insensible.

Seguramente se debía al momento desatinado que se había producido antes del asesinato. El momento del *relenting*. Ellos habían dicho que cualquiera conocería el mismo instante de frenético rechazo al borde de una decisión importante. Por ejemplo, antes del matrimonio, ¿o no había sido así? Había oído un montón de ejemplos por el estilo.

Por el espacio de un segundo trató de eludir la decisión. Después se había recuperado. La hora antes del matrimonio y el instante después del suicidio... El momento de franca repulsión cuando se va a hacer algo irrevocable. Solamente que ya no se puede. Es demasiado tarde.

Todo está hecho.

Bueno, había sido un necio. Afortunadamente, ya *era* demasiado tarde. Su cuerpo había tomado la delantera y lo había forzado al éxito para el que estaba entrenado. El asunto del trabajo era lo de menos.

Encontraría otro. Se había demostrado capaz. Si había vencido al *Ojo*, ¿cómo no iba a poder intentar conseguir cualquier trabajo? Excepto que nadie sabía

exactamente lo bueno que era. ¿Cómo iba a demostrar sus capacidades? Se sentía furioso por haber llevado a cabo un éxito tan fenomenal después de una vida llena de fallos y no poder conseguir que le dieran crédito. ¿Cuántos hombres habrían fallado lo que él había intentado con éxito? Hombres ricos, hombres brillantes y hombres audaces que fracasaron al final de un *test* absoluto. El enfrentamiento con el *Ojo*, sus propias vidas al desnudo. Solamente él, Clay, había superado la prueba mundial más importante y no podía solicitar que se lo reconocieran...

—Sabía que no te declararían culpable —decía Bea con voz complacida.

Clay la miró torvamente.

—¿Qué?

—Dije que estoy contenta de que estuvieras libre, cariño. Sabía que no te declararían convicto... Lo supe desde el comienzo.

Le sonrió y por primera vez se le ocurrió que Bea parecía algo así como un bulldog. Era la parte baja de la mandíbula. Pensó que cuando sus dientes estuvieran encajados, las piezas inferiores quedarían por encima de las superiores. Por un momento estuvo a punto de preguntárselo. Después decidió que era mejor que no lo hiciera.

—¿De forma que lo sabías? —dijo.

La mujer apretó su brazo. Indudablemente tenía una mandíbula feísima.

¡Qué raro que no se hubiera dado cuenta antes! Y detrás de las espesas pestañas, sus ojos resultaban muy pequeños. Mediocres.

—Vayamos a donde podamos estar solos —dijo Bea, pegándose a él—. Tenemos tantas cosas que decirnos...

—Ya *estamos* solos... —dijo Clay, volviendo sin darse cuenta a sus anteriores pensamientos—. Nadie nos vigila.

Lanzó una mirada al cielo y luego hacia abajo, hacia el pavimento.

Respiró y repitió lentamente:

—Nadie...

—Mi coche deportivo está aparcado aquí. Podemos...

—Lo siento, Bea...

—¿Qué quieres decir?

—Tengo asuntos que resolver.

—Olvida los negocios —le aconsejó la mujer—. ¿No comprendes que ahora estamos libres? Los dos...

Tuvo la horrible sensación de que sabía lo que la joven quería decir con aquello.

—Espera un minuto —dijo, porque le pareció que aquella era la forma más sencilla de acabar con todo—, yo maté a tu marido, Bea. No lo olvides.

—Pero te han absuelto. Fue en defensa propia. El jurado lo dijo...

—Es que... —hizo una pausa, miró rápidamente los altos muros del Palacio de Justicia y después sonrió con su especial sonrisa de medio lado. Todo estaba correcto. No se veía el *Ojo*. Nunca lo volvería a ver. No lo vigilaban.

—No debes sentirte culpable. Ni dentro de ti mismo... —le dijo Bea con firmeza—. No tuviste la culpa. Tienes que recordar eso. No podías matar a Andrew a no ser por accidente, Sam, de forma que...

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues bien... Sé que el fiscal intentaba probar que tú habías planeado matar a Andrew desde hacía mucho tiempo, pero no debes dejar que esas cosas se te metan en la cabeza. Te conozco, Sam. Y conocía a Andrew. No podrías haber planeado una cosa así y aunque lo hubieras hecho, no te habría salido bien...

La media sonrisa murió.

—¿Qué no me saldría bien?

La mujer lo miró fijamente.

—No. No habrías conseguido desenvolverte —dijo—, Andrew era el mejor y ambos lo sabemos. Era demasiado astuto para caer en algo así.

—¿En algo que se le hubiera ocurrido a una segunda categoría como yo? —preguntó Clay con lentitud. Sus labios estaban apretados—. ¿Y entonces cuál es ahora tu idea? ¿Cuál es tu punto de vista? ¿Que tú y yo, dos segundas categorías, debemos seguir juntos?

—Ven... —dijo Bea y deslizó su brazo a través del suyo. Por un momento se dejó ir. Después arrugó el entrecejo, miró hacia atrás para volver a contemplar el Palacio de Justicia y siguió a Bea hasta su automóvil.

El operador tuvo un momento libre. Por fin pudo investigar la infancia de Sam Clay. Ahora era una cuestión puramente académica, pero le gustaba satisfacer su curiosidad. Siguió la pista de Clay hasta el armario oscuro cuando el muchacho tenía cuatro años, utilizando los rayos ultravioletas. Sam estaba encogido en un rincón, llorando silenciosamente y mirando con ojos asustados hacia un estante que tenía encima.

El operador no podía ver lo que había en el estante.

Mantuvo la onda enfocada en el armario y retrocedió en el tiempo.

El armario se abría y se cerraba con frecuencia y a veces Sam Clay era encerrado en su interior como castigo, pero el estante de encima guardaba su misterio hasta que...

Recorrió el camino a la inversa. Una mujer llevó la mano a aquel estante, sacó un objeto y caminó hacia atrás, desde el armario hasta el cuarto de Sam Clay, entrando por la puerta. Aquello era anormal, porque, generalmente era el padre de Sam quien custodiaba el armario.

La mujer colgó un cuadro que representaba un ojo solitario flotante en el espacio. Encima había una leyenda. Las letras decían: «Dios me ve».

El operador siguió la misma huella. Al cabo de un rato se hizo de noche. El niño estaba en la cama, sentado y mirando asustado con los ojos muy abiertos. En la

escalera resonaron los pasos de un hombre. El aparato explorador estaba revelando todos los secretos menos los de la mente. El hombre era el padre de Sam Clay, que acudía a la habitación para castigar al niño por algún delito cometido con anterioridad. La luz de la luna entraba por la habitación y mostraba cómo la pared contigua al pasillo temblaba con los pasos que se acercaban. El *Ojo* en su cuadro también oscilaba un poco. El muchacho parecía abrazado a sí mismo.

Una semisonrisa desafiante aparecía en su boca, torcida e insegura.

Aquella vez mantendría su sonrisa, sucediera lo que sucediera.

Aguantaría para que su padre la viese y para que el *Ojo* la viese y así sabrían que no se iba a entregar. Que no...

La puerta se abrió.

Ya no pudo aguantar más. La sonrisa se marchitó y desapareció.

—Bueno, ¿qué era lo que le consumía? —preguntó el operador.

El sociólogo se encogió de hombros.

—Diría que jamás llegó a crecer... Es axiomático que los muchachos atraviesen una fase de rivalidad con sus padres. Normalmente consiguen llegar a sublimarla. Los chicos crecen y salen airosos de una forma o de otra. Pero Sam Clay no lo consiguió. Sospecho que desarrolló una conciencia externa desde muy pronto. Tal conciencia simbolizaba a su padre, a Dios. El *Ojo* y la sociedad... Ya sabe, los padres que desempeñan el papel protector, pero también que castigan, que vigilan...

—No creo que se pueda considerar aún una evidencia...

—No vamos a llegar jamás a una evidencia con Sam Clay. Pero eso no quiere decir que vaya a salir adelante en ningún terreno, entiéndame. Siempre le asustará asumir las responsabilidades de la madurez. Jamás superará un reto. Le asustará triunfar en algo porque su simbólico *Ojo* podría echársele encima. Cuando era niño pudo haber resuelto todo el problema dándole una patada en la espinilla a su viejo... Sin duda habría recibido una buena tunda, pero supondría un movimiento para afirmar su individualidad. Pero esperó demasiado. Y entonces desafió lo que no debía, aunque básicamente no se trataba de un desafío. Ya era demasiado tarde. Sus años constructivos se habían ido. Lo único que podía resolver el problema de Clay era su convicción de poder asesinar, pero fue absuelto. Y si lo absolvieron lo dejaron sin poder demostrar al mundo que había acertado desde mucho más atrás... Había dado una patada en la espinilla a su padre, había conservado su sonrisa retadora y había matado a Andrew Vanderman.

Creo que, realmente, todo lo que quería era un reconocimiento... La prueba de su habilidad para afirmarse. Trabajó mucho para cubrir sus huellas, si es que había cometido algún desliz, pero eso formaba parte de la apuesta. Ganando, perdió. Las formas normales de escapar están cerradas para él. Siempre tendrá un *Ojo* mirándolo.

—¿Y los tribunales de absolución?

—Todavía no lo considero una evidencia... El Estado perdió su caso.

Pero no creo que Sam Clay haya ganado el suyo. Algo sucederá... —suspiró—. Es inevitable. Lo temo. Ya verá, primero la sentencia.

Después el veredicto. La sentencia de Clay hace tiempo que se emitió...

Sentada frente a él, en el Bar Paradise, detrás de una botella de plata llena de brandy, Bea parecía encantadora y odiosa a la vez. Las luces provocaban su encanto. Se las componían para lanzar sus sombras sobre su barbilla de bulldog y bajo sus espesas pestañas, los pequeños e inquisitivos ojos adquirían la ilusión de la belleza. Pero seguía pareciendo odiosa. Las luces no podían solucionarlo. No podían arrojar sombras en la mente privada de Sam Clay ni distorsionar sus imágenes interiores.

Pensaba en Josephine. Todavía no se había mentalizado en ese aspecto. Pero si bien no sabía lo que quería, no existía sombra de duda acerca de lo que *no quería*...

—Me necesitas, Sam —decía Bea inclinándose sobre las copas.

—Puedo sostenerme con mis propios pies. No necesito a nadie.

Era la forma indulgente de mirarle. Y también la sonrisa que mostraba sus dientes... No podía soportarlo. Veía con toda claridad, como si dispusiese de Rayos X, que sus dientes inferiores se montaban sobre los superiores cuando cerraba la boca. Semejante mandíbula debía tener un montón de fuerza. Contemplaba su cuello y veía su fortaleza. La forma de tenderse hacia él como dispuesta a engancharlo de nuevo con su mandíbula de bulldog.

—Ya sabes que me voy a casar con Josephine —dijo.

—No, no te vas a casar. No eres el hombre para Josephine. Conozco a esa muchacha, Sam. Durante algún tiempo quizás consigas convencerla de que eres un superclase. Pero descubrirá la verdad.

Seréis desgraciados juntos. Tú me necesitas a mí, Sam, querido. No sabes lo que quieres... Mira en los líos que te metes cuando intentas actuar por tu propia cuenta. ¡Oh, Sam! ¿Por qué no dejas de fingir?

Sabes que jamás fuiste un proyectista... Tú... ¿Qué te pasa, Sam?

Su repentino estallido de risa la asustó. Intentó contestarle pero la risa no lo dejaba. Se recostó en su asiento y comenzó a agitarse. Parecía que se iba a ahogar. Había estado muy cerca, terriblemente cerca de reventar con una baladronada que habría sido una confesión. Sólo para convencer a la mujer. Sólo para que cerrase la boca. Debía dejar de preocuparse por la buena opinión que la mujer tuviese de lo que había hecho hasta ahora. Pero aquella última absurdidad era demasiado. Era ridícula. ¡Que Sam Clay no era un proyectista!

¡Qué estupendo resultaba poder reírse abiertamente! Dejarse ir sin pensar en lo que sucedería más adelante. Volver a actuar según sus impulsos, después de meses de rígida represión... Ninguna audiencia futura se reunía alrededor de aquella mesa para analizar su risa, para observarle en aquel estallido histérico, para contrastar su

explosión con las posibles ocasiones del pasado que no habían podido explicarse...

Bueno. ¿Era histeria? ¿Y qué le importaba? Había arriesgado tanto y había conseguido tanto..., que a final de cuentas no había ganado nada, excepto gloria para su propia mente. Realmente no había ganado nada, tan sólo la libertad de mostrarse histérico si sentía así...

Se reía, se reía y no dejaba de reírse, oyendo la nota estridente del perdido control de su propia voz sin importarle.

La gente se volvía parar mirarlos. El propietario del bar lo estaba observando, incómodo, listo para intervenir si hacía falta. Bea se puso en pie y se inclinó por encima de la mesa, agarrándole de los hombros.

—Sam, ¿qué te pasa, Sam?, ¡domínate! Estás dando un espectáculo, Sam. ¿De qué te ríes?

Con un tremendo esfuerzo, la risa retrocedió en su garganta. Su respiración se había hecho entrecortada y no podía hablar. Pero iba a decir unas palabras. Eran las primeras palabras que diría sin una rígida censura desde que había iniciado su plan. Y las palabras llegaron.

—Me estoy riendo de cómo te engañé. Engañé a todo el mundo.

¿Crees que no sabía lo que estaba haciendo, minuto por minuto?

¿Crees que no planeé cada paso que di? Me llevó dieciocho meses, pero maté a Andrew Vanderman con premeditación y alevosía y nadie lo puede probar. Sólo quería que lo supieras...

Cuando recuperó el aliento y su respiración se hizo normal, experimentó la increíble y deliciosa sensación de saber con certeza lo que había hecho y poder decírselo a Bea.

La mujer le miraba sin mover un músculo de su rostro. Estaba totalmente blanca. Hubo un silencio durante un cuarto de minuto. Clay tenía la sensación de que sus palabras se habían marchado por el tejado y que la policía iba a llegar para llevárselo. Pero las palabras apenas se habían oído. Nadie las había oído a no ser Bea.

Por fin, Bea se movió. Le contestó, pero no con palabras. La cara de bulldog sufrió una convulsión y de repente asomó en ella una sonrisa.

Mientras la escuchaba, Clay sentía que todo su alivio y todo su placer se esfumaba. Porque vio que no le creía. Y no había forma de probar la verdad.

—¡Oh, pobre hombrecillo! —soltó por fin Bea, cuando las palabras le vinieron a la boca—. Casi me has convencido por un minuto... Casi te creí...

Volvió a reír y la risa la hizo callar. Su consciente carcajada argentina atrajo la atención de los que les rodeaban, que volvieron las cabezas. Esa nota de conciencia le previno de que la mujer tramaba algo. Bea había tenido una idea. Sus pensamientos se anticiparon a los de ella y supo, un instante antes de que hablara, la idea que se le había ocurrido y cómo iba a aplicarla. Dijo: —Voy a casarme con Josephine.

Casi al mismo momento, Bea aseguró machaconamente: —Te vas a casar conmigo. Tienes que hacerlo. No conoces tu propia mente, Sam. Yo sé lo que es

mejor para ti y conseguiré que lo hagas.

¿Me comprendes, Sam? La policía no creerá que se trata de una baladronada — dijo—. Ellos te creerán. ¿No querrás contarles lo que me dijiste a mi, verdad, Sam?

Sam la miró en silencio, no viendo la forma de salir de aquello.

Aquel dilema era la cornada más dura de todas las que había tenido que sortear. Bea no creía que lo había hecho por más que se esforzase en convencerla, mientras que la policía indudablemente lo creería, echando a perder su doble inversión, esfuerzo y asesinato. Lo había dicho. Estaba grabado en las paredes y lo repetía el eco del aire, esperando que la invisible audiencia del futuro lo observase. Ahora nadie lo escuchaba, pero una palabra de Bea les haría abrir de nuevo el caso.

Una palabra de Bea.

La miró, todavía en silencio, pero con cierto frío cálculo asentándose en el fondo de su mente.

Por un instante Sam Clay se sintió realmente cansado. En ese instante abarcó un buen tramo del tentador tiempo futuro. En su mente dijo que sí a Bea, que se casaba con ella y vivía un período indefinido como su esposo. Y vio cómo sería su vida. Vio a los inquisitivos ojillos vigilándole, a la implacable mandíbula aferrándolo y la tiranía que iría emergiendo lentamente, o no demasiado, según el grado de su servilismo, hasta que posteriormente quedaba a merced de la mujer que había sido la viuda de Andrew Vanderman.

Más pronto o más tarde. Sus pensamientos eran claros. *La mataré...*

Tenía que matarla. Esa especie de vida con ese tipo de mujer no era una vida que pudiese llevar indefinidamente. Y ya había probado su capacidad para matar y había salido airoso.

¿Y qué sucedería entonces con la muerte de Andrew Vanderman?

Porque en tal caso tendría otra acusación contra él. Esta vez había sido cualitativa. La próxima vez, la balanza se inclinaría hacia lo cuantitativo. Si la mujer de Sam Clay moría acosarían a Sam Clay sin importar la forma en que muriese. Cuando una vez se caía en sospechas, se seguía siendo siempre sospechoso a los ojos de la ley. El Ojo de la ley. Darían marcha atrás e investigarían el pasado.

Retornarían al momento en que estaba allí, revolviendo en su mente pensamientos de muerte. Y retornarían a los cinco minutos anteriores para oírle decir que había matado a Vanderman.

Un buen abogado podía sacarle del trance. Clamaría que no había dicho la verdad. Diría que se había visto obligado a mostrarse bravucón por las cosas que Bea había dicho. Quizás pudiera salir airoso. La escopolamina era la única prueba y no podían obligarle a tomar escopolamina.

Pero no. Esa no era la respuesta. Esa no era la salida. Alegaría enfermedad, sensación de frustración. Sólo había tenido un momento de gloriosa relajación después de hacer su confesión a Bea y, a partir de entonces, todo parecía ir de nuevo cuesta abajo.

Pero ese momento había sido la meta a la que había tendido durante todo este tiempo de preparación. No sabía en qué consistía ni porqué lo quería. Pero reconoció el sentimiento cuando se produjo. Le gustaría volverlo a experimentar.

¿Y ahora esta sensación de desvalidez y de impotencia era la suma total de lo que había conseguido? Entonces había fracasado, después de todo. De algún modo, y de una forma extraña, comprendía sólo parcialmente que había fracasado. El matar a Vanderman no había sido la respuesta a todo. No había tenido éxito. Era un segunda categoría, un pasivo y desvalido gusano que Bea manejaría y controlaría a su antojo... A menos que...

—¿Qué te pasa, Sam? —preguntó Bea solícitamente.

—Crees que soy un segunda categoría, ¿no es así? —quiso saber—. Jamás creerás que no lo soy. Crees que no podría haber matado a Vanderman a no ser por accidente. Nunca se te ocurrirá pensar que posiblemente se trataba de un reto...

—¿Cómo? —preguntó Bea, mientras él se callaba.

Había una nueva nota de sorpresa en su voz.

—Pero no se trató de un reto —dijo lentamente—. Sólo de una ocultación y de un regate... Trampeé. Le puse cristales oscuros al *Ojo* porque le temía. Lo que realmente estaba intentando probar...

Bea le dirigió una mirada incrédula y asustada mientras el hombre se ponía de pie.

—¡Sam! ¿Qué vas a hacer? —su voz se quebró.

—Probar algo... —dijo Clay, sonriendo de través y mirando primero a Bea y después al techo—. ¡Echa un buen vistazo! —le dijo al *Ojo*, mientras aplastaba el cráneo de la mujer con la garrafa.

DANZA SOLAR

Robert Silverberg

Hoy liquidaste a unos cincuenta mil Devoradores en el Sector A, y ahora estás pasando una mala noche.

Al amanecer, tú y Herndon volaron hacia el este, dando la espalda al alba verdeoro y rociaron con cápsulas neurales un área de mil hectáreas a lo largo del Río Bifurcado. Aterrizaron en la pradera que está más allá del río, donde los Devoradores han sido exterminados, y almorzaron tendidos sobre esa espesa alfombra de hierba sobre la que ha de levantarse la primera colonia. Herndon recogió algunas flores comestibles, y ambos disfrutaron media hora de suaves alucinaciones.

Luego, mientras ambos se encaminaban al helicóptero para seguir arrojando cápsulas durante la tarde, Herndon preguntó de repente: —Tom, ¿qué sentirías si se descubriera que los Devoradores son algo más que una plaga animal? Gente, digamos, con un lenguaje y ritos y una historia y todo lo demás.

Pensaste en el destino de tu pueblo.

—No lo son —respondiste.

—Supongamos que sí. Supongamos que los Devoradores...

—No lo son. Ya basta.

Hay en Herndon una veta de crueldad que lo hace formular preguntas de esa clase. Busca los puntos vulnerables, lo divierte. Ahora su comentario casual ha reverberado toda la noche en tu Cerebro.

Supongamos que los Devoradores... Supongamos que los Devoradores...

Supongamos... Supongamos...

Duermes un poco y sueñas, y en tu sueño nadas en ríos de sangre.

Tonterías. Fantasías febriles. Sabes que es importante exterminar rápidamente a los Devoradores, antes de que lleguen los colonos. Son nada más que animales, y ni siquiera animales inofensivos, son devastadores de la ecología, devoradores de plantas que liberan oxígeno en el aire, y tienen que desaparecer. Unos pocos han sido preservados para estudios zoológicos. El resto debe ser destruido. Extirpación ritual de seres indeseables, una historia vieja como el mundo. Pero no compliquemos la tarea con escrúpulos morales, te dices. No soñemos con ríos de sangre.

Los Devoradores ni siquiera tienen sangre; al menos, nada que pueda formar ríos. Lo que tienen es... bien, una especie de linfa que penetra en cada tejido y permite que se nutran a través de los intersticios. Los productos de desecho se eliminan del mismo modo, por ósmosis. En términos de proceso, ek de ekkis es estructuralmente análogo a tu propio sistema circulatorio, salvo que no tienen una red de vasos sanguíneos conectados a una bomba maestra. La sustancia vital exuda simplemente por sus

cuerpos, como si fueran amebas o esponjas u otra forma de vida inferior. Aunque por cierto que nada tienen de inferior su sistema nervioso, su aparato digestivo, la configuración de sus órganos y miembros, etcétera. Es extraño, piensas. Lo extraño de las criaturas de otros mundos es que son de otros mundos, te dices, no por primera vez.

Lo bello de sus características biológicas es que permite que tú y tus compañeros los exterminen con tanta prolijidad.

Sobrevuelan los campos de pastoreo y arrojan las cápsulas neurales. Los Devoradores las descubren y las ingieren. En una hora el veneno ha invadido cada rincón de sus cuerpos. La vida se interrumpe; se sucede una brusca alteración de la materia celular, el Devorador se desintegra molécula a molécula, en el momento en que se interrumpe la nutrición; la sustancia semejante a la linfa actúa como un ácido; se sucede una parálisis total: la carne y aún los huesos, que son cartilagosos, se disuelven. En dos horas, un charco en el suelo. En cuatro, nada. Teniendo en cuenta los millones de Devoradores que deberán ser exterminados, es una ventaja que los cadáveres se autoeliminen. De otro modo, este mundo parecería un matadero.

Supongamos que los Devoradores...

Maldito Herndon. Casi sientes el deseo de hacerte una corrección de memoria por la mañana. Borrar sus estúpidas especulaciones de tu mente. Si te atrevieras. Si te atrevieras.

Por la mañana no se atreve. Las correcciones de memoria lo atemorizan; intentará librarse de esta nueva culpabilidad sin recurrir a eso. Los Devoradores, se explica a sí mismo, son herbívoros sin cerebro, infortunadas víctimas del expansionismo humano, pero no merecen una apasionada defensa. Su exterminio no es trágico; es simplemente desgraciado. Si los Terráqueos quieren tener este mundo, los Devoradores deben abandonarlo. Hay una diferencia, se dice, entre el exterminio de los pieles rojas de la pradera norteamericana, en el siglo diecinueve, y la aniquilación del bison de esa misma pradera. El exterminio de los rugientes rebaños causa un poco de nostalgia; es lamentable la desaparición de tantos millones de nobles bestias, pardas y lanudas, sin duda. Pero lo que sufrieron los sioux es un ultraje, no algo que uno lamente con nostalgia. Hay una diferencia. Reserva tus pasiones para la causa adecuada.

Sale de su burbuja, en la linde del campamento, y se dirige al centro de la actividad. El sendero de laja está húmedo y reluciente. Aún no se ha disipado la niebla matinal; los árboles están inclinados: sus largas hojas surcadas de nervaduras están cargadas de rocío. Se detiene y se agacha para observar a un arácnido que hila su tejido asimétrico. Mientras observa, un pequeño anfibio, de delicados tonos turquesa, se desliza por el suelo musgoso tan subrepticamente como puede. Pero no es suficiente; él lo alza con cuidado y lo deposita en el dorso de su mano. Las

branquias palpitan desesperadamente, el trémulo anfibio se estremece. Lentamente, con astucia, cambia de color hasta igualar el tono cobrizo de la mano.

El camuflaje es excelente. Baja la mano y el anfibio se escurre hasta un charco. El sigue caminando. Tiene cuarenta años, es más bajo que casi todos los otros miembros de la expedición, de hombros anchos, torso poderoso, pelo negro y brillante, nariz chata. Es biólogo. Esa es su tercera profesión, pues ha fracasado como antropólogo y como administrador de bienes raíces. Se llama Tom Dos Bandas. Se ha casado dos veces, pero no ha tenido hijos. Su bisabuelo murió de alcoholismo; su abuelo era adicto a los alucinógenos; su padre iba compulsivamente a las salas de corrección de memoria de baja estofa.

Tom Dos Bandas es consciente de que está traicionando a la tradición familiar, pero aún no ha descubierto una forma de autodestrucción que le sea propia.

En el edificio principal encuentra a Herndon, Julia, Ellen, Schwartz, Chang, Michaelson y Nichols. Están desayunando, todos los demás ya están trabajando. Ellen se levanta y se acerca y le da un beso. Corto, suave y dorado, el pelo de ella le acaricia las mejillas.

—Te quiero —susurra Ellen. Ha pasado la noche en la burbuja de Michaelson.

—Te quiero —le dice él, y traza una rápida línea vertical de afecto entre los senos pequeños y pálidos de Ellen. Le hace un guiño a Michaelson, quien asiente, luego se lleva dos dedos a los labios y sopla un beso hacia los dos. Aquí todos somos buenos amigos, piensa Tom Dos Bandas.

—¿Quién arroja las cápsulas hoy? —pregunta.

—Mike y Chang —dice Julia—. Sector C.

—En once días más —señala Schwartz— tendremos limpia la península. Entonces podremos avanzar hacia el continente.

—Si alcanza la provisión de cápsulas —observa Chang.

—¿Dormiste bien, Tom? —pregunta Herndon.

—No —dice Tom. Se sienta y digita su pedido de desayuno. Hacia el oeste, la niebla comienza a calcinar las montañas. Algo pulsa en su nuca. Hace nueve semanas que está en este mundo, y en ese lapso se ha producido el único cambio de estación: el pasaje de clima seco a brumoso. Las nieblas durarán muchos meses. Antes que la sequía calcine las llanuras, no quedarán Devoradores, y habrán llegado los primeros colonos. La comida se desliza por el conducto y él la recibe.

Ellen se sienta a su lado. Tiene un poco más de la mitad de la edad de él; éste es su primer viaje; encarga de llevar los archivos, aunque también es experta en corrección de memoria.

—Pareces preocupado —le dice Ellen—. ¿Puedo ayudarte?

—No. Gracias.

—Me disgusta verte sombrío.

—Es una característica racial —dice Tom Dos Bandas.

—Lo dudo mucho.

—La verdad es que tal vez mi reconstrucción de personalidad esté perdiendo efecto, el nivel de trauma estaba tan próximo a la superficie.

Soy un tegumento que camina, ¿sabes?

Ellen ríe deliciosamente. Solo viste un semiabrigo sintético. Su piel parece húmeda, ella y Michaelson han ido a nadar al amanecer. Tom Dos Bandas está pensando en pedirle que se case con él cuando terminen el trabajo. No se ha casado desde el fracaso del negocio de bienes raíces. El terapeuta sugirió el divorcio como parte de la reconstrucción. A veces se pregunta adónde habrá ido Terry y con quién estará ahora.

—Sin embargo, te veo muy estable, Tom —dice Ellen.

—Gracias —dice él. Ella es joven. No sabe.

—Si es solo una depresión pasajera te la borro con una rápida corrección.

—Gracias —dice él—. Pero no.

—Olvidaba que no te gustan las correcciones.

—Mi padre...

—¿Sí?

—En cincuenta años se convirtió en una hilacha —dice Tom Dos Bandas—. Borró sus ancestros, toda su herencia, su religión, su mujer, sus hijos, finalmente hasta su nombre. Luego se quedó sentado y solo podía sonreír. Gracias, nada de correcciones...

—¿Dónde trabajas hoy? —pregunta Ellen.

—En el complejo, haciendo pruebas.

—¿Quieres compañía? Tengo libre la mañana.

—Gracias, no —responde con demasiada rapidez. Ella parece herida. Trata de remediar su involuntario crueldad rozándole levemente el brazo y diciéndole:

—¿Qué te parece esta tarde? Necesito conversar un rato. ¿Sí?

—Sí —dice ella y sonríe, y forma un beso con los labios.

Va al complejo después del desayuno. El complejo ocupa un millar de hectáreas al este de la base; está cercado con proyectores de campos neurales distribuidos a intervalos de ochenta metros, y esto es suficiente para evitar la fuga de los doscientos Devoradores cautivos.

Cuando el resto haya sido aniquilado, subsistirá este grupo de estudio.

En la esquina sudoeste del complejo se yergue una burbuja laboratorio donde se realizan los experimentos: metabólicos, psicológicos, fisiológicos, ecológicos. Un arroyo cruza diagonalmente el complejo.

Hacia el este se elevan unas colinas cubiertas de hierbas. Cinco espesos bosquecillos de hojas puntiagudas interrumpen una densa sabana.

Resguardadas bajo la hierba yacen las plantas de oxígeno, casi totalmente ocultas salvo por las espigas fotosintéticas que alcanzan tres o cuatro metros de altura y los cuerpos respiratorios de color limón que llegan hasta el pecho de un hombre y exhalan sobre la hierba unos gases dulzones y embriagadores. En dispersos rebaños,

los Devoradores se mueven por los prados, mordisqueando delicadamente los cuerpos respiratorios.

Tom Dos Bandas espía el rebaño que está al otro lado del arroyo y va hacia él. Tropieza con una planta de oxígeno oculta entre la hierba, pero recobra inmediatamente el equilibrio y, llevándose a la boca el arrugado orificio del cuerpo respiratorio, inhala profundamente. Su aflicción se disipa. Se acerca a los Devoradores. Son criaturas esféricas, masivas, lentas, cubiertas por una áspera piel anaranjada. Unos ojos como platos se destacan por encima de sus labios delgados y elásticos.

Tienen patas finas y escamosas, como las de los pollos, y los brazos son cortos y pegados al cuerpo. Lo miran con una dócil falta de curiosidad.

—¡Buenos días, hermanos! —los saluda, y se pregunta por qué.

Hoy advertí algo extraño. Tal vez inhalé demasiado oxígeno en los campos; quizá sucumbí a la sugerencia de Herndon; o posiblemente sea producto del masoquismo familiar. Lo cierto es que mientras observaba a los Devoradores, en el complejo, me pareció por primera vez que revelaban una conducta inteligente, que funcionaban ritualmente.

Los seguí durante tres horas. En ese lapso arrasaron con todas las plantas de oxígeno de tres prados. En cada uno de los casos adoptaron un estilizado esquema de conducta antes de empezar a mascar: Formaron un círculo alrededor de las plantas.

Miraron hacia el sol.

Miraron a sus vecinos a la derecha y a la izquierda en el círculo.

Solo después de haber cumplido lo anterior, y no antes, emitieron unos indistintos relinchos.

Miraron otra vez hacia el sol.

Avanzaron y comieron.

Si esto no era una plegaria de acción de gracias, ¿qué era entonces?

Y si su progreso espiritual les permite agradecer con una plegaria, ¿no estamos entonces cometiendo genocidio aquí? ¿Acaso dicen gracias los chimpancés? ¡Por Dios, si fuéramos capaces de borrar del mapa a los chimpancés del modo como lo hacemos con los Devoradores! Por supuesto, los chimpancés no dañan las cosechas, y sería posible la coexistencia con ellos, mientras que los Devoradores y los agricultores no pueden convivir en el mismo planeta. No obstante, persiste el problema moral. La prédica del exterminio se sustenta en la presunción de que el nivel intelectual de los Devoradores equivale al de las ostras, o en el mejor de los casos, al de las ovejas. Tenemos la conciencia tranquila porque nuestro veneno es rápido e indoloro, y porque los Devoradores tienen la precaución de disolverse al morir, evitándonos la molestia de incinerar millones de cadáveres. Pero si oran...

Aún no les diré nada a los otros. Quiero más pruebas, concretas, objetivas.

Películas, cintas, grabaciones. Luego veremos. ¿Y qué sí logro demostrar que estamos exterminando a seres inteligentes? Después de todo, en mi familia no desconocemos lo que es el genocidio, pues hace unos siglos nos tocó ser víctimas. Dudo que pueda detener lo que está sucediendo aquí. Pero al menos podría retirarme de la operación. Volver a la Tierra y agitar la indignación pública.

Espero que sean todas imaginaciones mías.

No son imaginaciones mías. Se reúnen en círculos; miran hacia el sol; relinchan y oran. No son más que bolas de jalea con patas de pollo, pero agradecen sus alimentos. Esos enormes ojos redondos parecen acusarme ahora. Nuestro dócil rebaño sabe lo que está sucediendo: que hemos descendido de las estrellas para aniquilar su especie, y que sólo ellos sobrevivirán. No tienen medios de defenderse ni de comunicar siquiera su desagrado, pero lo saben. Y nos odian. Dios mío, hemos matado dos millones desde que estamos aquí, y metafóricamente, estoy manchado de sangre, ¿y qué haré, qué puedo hacer?

Debo actuar con todo cuidado, o terminaré víctima de las drogas y la corrección.

No puedo aparecer como un chiflado, un charlatán, un agitador. ¡No puedo levantarme y deunciarlos! Debo buscar aliados. En primer lugar, Herndon. Seguro que él está cerca de la verdad; él fue quien me la sugirió, aquel día que arrojábamos las cápsulas. ¡Pensar que creí que bromeaba, como de costumbre!

Le hablaré esta noche.

—Estuve pensando en la sugerencia que me hiciste —dice—. Acerca de los Devoradores. Tal vez nuestros estudios psicológicos no sean suficientemente profundos. Quiero decir, si de veras son inteligentes...

Herndon parpadea. Es un hombre alto, de pelo negro y brillante, barba espesa, pómulos pronunciados.

—¿Y quién dice que lo son, Tom?

—Tú lo has dicho. Cuando estábamos del otro lado del Río Bifurcado, tú dijiste...

—Era solo una hipótesis especulativa. Por decir algo.

—No, yo creo que era algo más. Pienso que lo creías de veras.

Herndon parece preocupado.

—Tom, no sé qué tratas de empezar, pero mejor no lo intentes. Si creyera por un momento que estamos matando a criaturas inteligentes, buscaría un corrector de memoria con tanta rapidez que causaría una onda implosiva.

—¿Por qué me lo preguntaste, entonces —dice Tom Dos Bandas.

—Palabras sin sentido.

—¿Te divierte trasferirles tus culpas a los demás? Eres un hijo de perra, Herndon. Lo digo en serio.

—Mira, Tom, si hubiera sabido que una sugerencia hipotética te alteraría tanto. — Herndon sacude la cabeza—. Los Devoradores no son criaturas inteligentes. Obviamente. Si no fuera así, no nos habrían ordenado liquidarlos.

—Obviamente —dice Tom Dos Bandas.

—No —dijo Ellen— no sé que pretende Tom. Pero estoy segura de que necesita un descanso. Hace solo un año y medio que reconstruyeron su personalidad, y sufrió un colapso muy serio entonces.

Michaelson consultó una gráfica.

—Se ha negado a arrojar cápsulas tres veces consecutivas. Alega que no puede quitarle tiempo a su investigación. Diablos, podemos cubrirle el turno, pero lo que me molesta es la idea de que está evadiendo sus tareas.

—¿Qué clase de investigación está haciendo? —preguntó Nichols.

—No es biológica —dijo Julia—. Está todo el tiempo en el complejo, con los Devoradores, pero no veo que les haga pruebas. Simplemente los observa.

—Y les habla —observó Chang.

—Y les habla, sí —dijo Julia.

—¿De qué? —preguntó Nichols.

—¿Quién sabe?

Todos miraron a Ellen.

—Tú eres quien está más próxima a él —dijo Michaelson—. ¿No puedes hacer que lo abandone?

—Ante todo debo averiguar en qué anda —dijo Ellen—. Hasta ahora no ha dicho una palabra.

Sabes que debes ser muy precavido, pues te superan en número, y esa preocupación por tu salud mental puede ser mortal. Ya advirtieron que estás confundido, y Ellen ha comenzado a buscar la causa de tu confusión. Anoche estuviste en sus brazos y te interrogó indirectamente, con habilidad, y tú supiste muy bien lo que trataba de descubrir. Cuando salieron las lunas, ella sugirió que dieran un paseo por el complejo, entre los dormidos Devoradores. Rehusaste, pero ella sabe que estás comprometido con esas criaturas.

Investigaste por tu cuenta —con sutileza, esperas—. Y eres consciente de que no puedes hacer nada por salvar a los Devoradores.

La situación es irreversible. Es otra vez 1876; estos son bisontes, estos son los sioux, y deben ser destruidos para que llegue el ferrocarril. Si lo dices en voz alta, tus amigos te calmarán y te pacificarán y te harán una corrección de memoria, porque no ven lo que tú ves. Si vuelves a la Tierra y lo haces público, se burlarán de ti y sufrirás otra reconstrucción. No puedes hacer nada. No puedes hacer nada.

No puedes salvarlos, pero tal vez puedas registrar.

Vete a la pradera. Convive con los Devoradores, hazte amigo de ellos, aprende sus costumbres. Documentalo todo, cada característica de su cultura, para que al menos eso no se pierda. Conoces las técnicas de la antropología de campo. Lo que se hizo en otros tiempos por tu pueblo, hazlo ahora tú por los Devoradores.

Encuentra a Michaelson.

—¿Puedes arreglarte sin mí durante unas semanas? —le pregunta.

—¿Arreglarme sin ti? ¿Qué quieres decir?

—Tengo que hacer unos estudios de campo. Me gustaría dejar la base y estudiar a los Devoradores en estado salvaje.

—¿Qué problema hay con los del complejo?

—Es la última oportunidad para estudiar a los salvajes, Mike. Tengo que ir.

—¿Solo o con Ellen?

—Solo.

Michaelson asiente con lentitud.

—Muy bien, Tom. Lo que quieras. Ve. No voy a retenerte aquí.

Danzo en la pradera bajo el sol verde dorado. Los Devoradores se reúnen a mi alrededor. Estoy desnudo, el sudor brilla en mi piel, mi corazón late con violencia. Les hablo con los pies, y ellos comprenden.

Comprenden.

Tienen un lenguaje de tenues sonidos. Tienen un dios. Conocen el amor y el pavor y el éxtasis. Tienen ritos. Tienen nombres. Tienen una historia. No me cabe ninguna duda.

Danzo sobre la espesa hierba.

¿Cómo haré para comunicarme con ellos? Con los pies, con las manos, con gruñidos, con el sudor. Se congregan por centenares, por millares, y yo danzo. No debo detenerme. Se apiñan a mi alrededor y emiten sonidos. Estoy poseído por fuerzas extrañas. ¡Si mi bisabuelo pudiera verme ahora! Sentado en su porche de Wyoming, con el aguardiente en la mano y el cerebro deteriorado... ¡mírame ahora, viejo!

¡Mira la danza de Tom Dos Bandas! Hablo con los pies a seres extraños bajo un sol de color distinto. Danzo. Danzo.

—Escúchenme —digo—. Soy su amigo, yo solo, el único en quien pueden confiar. Dejen que preserve estas costumbres, pues pronto llegará la destrucción.

Danzo, y el sol asciende, y los Devoradores murmuran.

Aquí está el jefe. Danzo hacia él, retrocedo, avanzo, me inclino, señalo el sol, me imagino al ser que vive en esa bola de fuego, imito los sonidos de esta gente, me arrodillo, me incorporo, danzo. Tom Dos Bandas danza para ustedes.

Convoco destrezas olvidadas por mis antepasados. Siento que el poder fluye en mí. Como mis antepasados en los días del bisonte, así danzo yo ahora más allá del Río Bifurcado.

Danzo, y ahora los Devoradores danzan conmigo. Lentamente, inciertamente, se mueven hacia mí, se contonean, levantan las piernas, se mecen.

—¡Sí, así! —grito—. ¡Dancen!

Danzamos juntos hasta que el sol sube hasta el mediodía.

Sus ojos ya no son acusadores. Veo amistad y calidez. Soy su hermano, su hermano de piel roja, el que danza con ellos. Ya no me parecen torpes. Sus movimientos tienen una gracia especial. Danzan.

Danzan. Hacen cabriolas a mi alrededor. ¡Más cerca, más cerca, más cerca!

Nos embarga un sagrado frenesí.

Ahora entonan un confuso himno de gozo. Extienden los brazos, entreabren las pequeñas garras. Saltan al unísono, adelantando el pie izquierdo, el derecho, el izquierdo, el derecho. ¡Dancen, hermanos, dancen, dancen! Se apretujan contra mí. Su carne se estremece; su olor es dulzón. Con gentileza, me empujan hasta una parte del prado donde la hierba está alta e intacta. Siempre danzando, buscamos plantas de oxígeno, que abundan bajo la hierba, y dicen sus plegarias y separan con sus torpes brazos los cuerpos respiratorios de las espigas fotosintéticas. Las plantas, angustiadas, liberan vaharadas de oxígeno.

Mi mente se expande. Río y canto. Los Devoradores mordisquean los perforados globos de color limón, mordisquean también los tallos. Me ofrecen sus plantas. Es una ceremonia religiosa. Ya veo. Toma de nosotros, come con nosotros, únete a nosotros, éste es el cuerpo, ésta es la sangre, toma, come, únete. Me inclino y me llevo a los labios un globo de color limón. No muerdo; los imito: mis dientes descascaran la piel del globo. El jugo me inunda la boca, en tanto que el oxígeno empapa mi nariz. Los Devoradores cantan hosannas. Yo debería lucir todas mis pinturas, las pinturas de mis antepasados, plumas también, para que mi religión se integrara con la de estos seres con todas sus galas. Toma, come, únete. El jugo de la planta de oxígeno fluye por mis venas. Abrazo a mis hermanos. Canto, y mi voz, al dejar mis labios, se convierte en un arco que reluce como el acero; canto en un tono más grave, y el arco se vuelve de plata deslustrada. Los Devoradores se apiñan más cerca. El color de sus cuerpos me parece un rojo feroz. Sus suaves gritos son volutas de vapor. El sol brilla con intensidad; sus rayos son dentados zumbidos de agitados sonidos, que vibran en el límite de mi oído: ¡plinc! ¡plinc! ¡plinc! Me acuna el murmullo de la hierba, y el viento lanza fuegos sobre la pradera. Devoro otra planta de oxígeno, y luego una tercera. Mis hermanos ríen y gritan. Me cuentan de sus dioses, el dios del calor, el dios de los alimentos, el dios del placer, el dios de la

muerte, el dios del bien, el dios del mal, y muchos otros. Me declaman los nombres de sus reyes, y yo escucho sus voces como salpicaduras de verde mohoso en la clara lámina del cielo. Me inician en sus ritos sagrados. Debo recordar esto, me digo, porque cuando concluya no regresaré jamás. Sigo danzando. Siguen danzando.

Las colinas se vuelven de un color áspero y rugoso, como, el de un gas abrasivo. Toma, come, únete. Danza. ¡Son tan suaves!

De repente escucho el zumbido del helicóptero.

Vuela muy alto. No puedo ver quién lo pelotea.

—¡No! —grito—. ¡Aquí no! ¡A esta gente no! ¡Escúchenme, soy Tom Dos Bandas! ¿Me oyen? ¡Estoy haciendo un estudio de campo aquí! ¡No tienen derecho!

Mi voz hace espirales de mohoso azul bordeadas de chispas rojas. Se elevan y la brisa las dispersa.

Grito, bramo, aúllo. Danzo y agito los puños. En las alas del helicóptero se despliegan los brazos articulados de los distribuidores de cápsulas. Los relucientes grifos se extienden y giran. Las cápsulas neurales llueven sobre el prado, cada una traza una estela ardiente que persiste en el cielo. El sonido del helicóptero se convierte en un espeso tapiz que se extiende hasta el horizonte y apaga mis gritos.

Los Devoradores se alejan de mí en busca de las cápsulas, arrancan las hierbas de raíz para encontrarlas. Aún danzando, me lanzo entre ellos, quitándoles las cápsulas de las manos, arrojándolas al arroyo, pulverizándolas. Los Devoradores me gruñen agujas negras. Se vuelven y buscan más cápsulas. El helicóptero vira y se aleja, dejando una estela de denso sonido aceitoso. Mis hermanos devoran las cápsulas con ansiedad.

No hay modo de evitarlo.

El júbilo los consume, y caen presas del sopor. Ocasionalmente, algún miembro se estremece; luego, incluso esto se hace imperceptible.

Comienzan a disolverse. Millares de ellos se derriten sobre la pradera; pierden su forma esférica, se achatan, se confunden con el terreno. Los eslabones entre las moléculas se cortan. Es el ocaso del protoplasma.

Perecen. Desaparecen. Camino por la pradera durante horas. Inhalo oxígeno, como un globo de color limón. Unas graves campanadas anuncian el atardecer. Unos oscuros nubarrones lanzan trompetazos en el este, el viento creciente es un torbellino de cerdas negras. Llega el silencio. Cae la noche. Danzo. Estoy solo.

El helicóptero regresa y te encuentran, y no ofreces resistencia.

Estás más allá de la amargura. Tranquilo explicas lo que has hecho y lo que has descubierto, y por qué no se debe exterminar a esta gente.

Describes la planta que comiste y cómo afectó a tus sentidos, y mientras hablas de la dorada sinestesia, de la textura del viento y del sonido de las nubes y del címbalo del crepúsculo, ellos asienten y sonrían y te dicen que no te preocupes, que todo se arreglará pronto, y te aplican algo frío en el antebrazo, tan frío que es una vibración y un zumbido y el desintoxicante se hunde en tu vena y pronto el éxtasis se disipa,

dejando tan solo la fatiga y la pena.

—Jamás aprenderemos, ¿no es verdad? —dice. Exportamos nuestros horrores a las estrellas. Aniquilamos a los armenios, aniquilamos a los judíos, aniquilamos a los tasmanios, aniquilamos a los indios, aniquilamos a todo el que interfiera en nuestro camino, y luego venimos aquí y cometemos el mismo crimen. Ustedes no estuvieron allá conmigo. Ustedes no danzaron con ellos. Ustedes no vieron la riqueza y la complejidad de la cultura de los Devoradores.

Permítanme que les explique su estructura tribal: Es densa: siete niveles de relaciones matrimoniales, para empezar, y un factor de exogamia que requiere...

—Tom, querido, nadie hará daño a los Devoradores —dice Ellen con suavidad.

—Y su religión —prosigue Tom—. Nueve dioses, cada uno de ellos un aspecto de el dios. Adoran tanto el bien como el mal. Tienen himnos, oraciones, una teología. Y nosotros, los emisarios del dios del mal...

—No los estamos exterminando —dice Michaelson—. ¿No lo entiendes, Tom? Es todo una fantasía tuya. Estuviste bajo influencia de las drogas, pero te estamos curando. En poco tiempo más quedarás limpio. Volverás a tener perspectiva.

—¿Una fantasía? —dice amargamente—. ¿Un sueño provocado por la droga? Estaba en la pradera y los vi cuando arrojaban las cápsulas neurales. Y vi cómo ellos morían y se disolvían. Eso no fue un sueño.

—¿Cómo podremos convencerte? —pregunta Chang con vehemencia—. ¿Qué haremos para que nos creas? ¿Tendremos que sobrevolar contigo el país de los Devoradores para que veas cuántos millones hay?

—¿Pero cuántos millones han sido destruidos? —pregunta él.

Insisten en que está equivocado. Ellen le dice nuevamente que nadie ha querido dañar nunca a los Devoradores.

—Esta es una expedición científica, Tom. Estamos aquí para estudiarlos. Causar daño a formas de vida inteligentes sería violar todo lo que defendemos.

—¿Admiten que son inteligentes?

—Por supuesto. Jamás hemos dudado de ello.

—¿Entonces por qué arrojan las cápsulas? —pregunta—. ¿Por qué los asesinan?

—Eso jamás ocurrió, Tom —dice Ellen. Toma una mano de Tom entre la frescura de las suyas. Créenos. Créenos.

—Si quieren que les crea —dice Tom con amargura— ¿por qué no hacen las cosas como deben? Traigan la máquina de corrección de memoria y háganme un tratamiento. No pueden negar con simples palabras lo que yo vi con mis propios ojos.

—Estabas drogado todo ese tiempo —dice Michaelson.

—¡Jamás he tomado drogas! Salvo lo que comí en el prado, cuando dancé, y eso fue después de haber presenciado la masacre durante semanas y semanas. ¿O dirán que es una alucinación retroactiva?

—No, Tom —dice Schwartz—. Tu alucinación duró todo el tiempo.

Es parte de tu terapia, de tu reconstrucción. Viniste aquí programado con eso.

—Imposible —dice él.

Ellen le besa la frente afiebrada.

—Se hizo para reconciliarte con la humanidad, ¿sabes? Estabas resentido por el desplazamiento de tu pueblo en el siglo diecinueve.

Eras incapaz de perdonar a la sociedad industrial por haber aniquilado a los Sioux, y estabas terriblemente lleno de odio. Tu terapeuta pensó que si te hacían participar en un imaginario exterminio actual, sí podías llegar a considerarlo una operación necesaria, te verías libre de tu resentimiento y serías capaz de tomar tu lugar en la sociedad como...

Tom aparta violentamente a Ellen.

—¡No digas estupideces! Si supieras algo sobre la terapia de reconstrucción, te darías cuenta de que ningún terapeuta puede ser tan superficial. No hay correlaciones tan sencillas en la reconstrucción. No, no me toques. Apártate. Apártate.

No dejará que lo convenzan de que es un mero sueño inducido por la droga. No es ninguna fantasía, se dice, ni ninguna terapia. Se levanta. Sale. No lo siguen. Sube a un helicóptero y busca a sus hermanos.

Danzo una vez más. El sol arde con mucha más fuerza hoy. Los Devoradores son más numerosos. Hoy llevo pinturas, uso plumas. Mi cuerpo reluce con el sudor. Danzan conmigo, con un frenesí que no les conocía. Nuestros pies trepidan sobre el pisoteado prado. Nuestras manos tratan de asir el sol. Cantamos, gritamos, aullamos. Danzaremos hasta desplomarnos.

Esto no es una fantasía. Esta gente es real, e inteligente, y están condenados. Lo sé.

Danzamos. Danzamos a pesar de la condena.

Mi bisabuelo viene y danza con nosotros. Él también es real. Su nariz es como el pico de un halcón, no achatada como la mía, y usa el gran tocado de plumas, y sus músculos son como cuerdas bajo la piel oscura. Canta, grita, aúlla.

Otros de mi familia se unen a nosotros.

Juntos comemos las plantas de oxígeno, Abrazamos a los Devoradores. Todos sabemos lo que es ser perseguido.

Las nubes hacen música y el viento adquiere textura y la tibieza del sol tiene color.

Danzamos. Danzamos. Nuestros miembros no conocen el cansancio.

El sol crece y colma todo el cielo, y ya no veo Devoradores, veo solo a mi propia gente, a los padres de mis padres que pueblan los siglos, miles de pieles relucientes, miles de picos de halcón, y devorarnos las plantas, y buscamos palos afilados y los clavamos en nuestra carne, y la sangre dulce fluye y se seca bajo el calcinante sol, y

danzamos, y danzamos, y algunos caen exhaustos al suelo, y danzamos, y la pradera es un mar de ondulantes tocados, un océano de plumas, y danzamos, y mi corazón es un trueno y mis rodillas son agua y el sol me abarca con sus llamas, y danzo, y caigo, y danzo, y caigo, caigo, y caigo.

Una vez más te encuentran y te traen. Te aplican esa fría punta metálica en el brazo para extraerse la droga de la planta de oxígeno, y luego te dan algo más para que descanses. Descansas y estás muy tranquilo. Ellen te da un beso y acaricias su suave piel, y luego los otros entran y te hablan, dicen cosas para calmarte, pero tú no los oyes, porque lo que buscas son realidades. No es una búsqueda fácil. Es como caer a través de muchas puertas trampas, buscando un cuarto con piso sin bisagras. Todo lo que ha sucedido en este planeta es tu terapia, te dices, concebida para reconciliar a un resentido aborigen con las conquistas del hombre blanco; nada se ha exterminado verdaderamente aquí. Lo rechazas y lo aceptas y adviertes que ésta debe ser la terapia de tus amigos, llevan el peso acumulado de siglos de culpas, han venido aquí para dejar esa carga, y tú estás aquí para ayudarlos, para asumir sus pecados y perdonarlos. Vuelves a caer y comprendes que los Devoradores son meros animales que amenazan la ecología y deben ser exterminados; la cultura que imaginaste ver en ellos es una alucinación, acunada por tus viejos resentimientos. Tratas de retirar tus objeciones a este exterminio necesario, pero vuelves a caer y descubres que ese exterminio solo existe en tu mente, afligida y perturbada por tu obsesión con el crimen cometido contra tus ancestros, y te yergues porque deseas disculparte ante tus amigos, esos inocentes científicos a quienes llamaste asesinos. Y vuelves a caer.

EN LA CONCAVIDAD

John Varley

Nunca se les ocurra comprar nada en un banco de órganos de segunda mano. Y un buen consejo también: no se pertrechen para un viaje a Venus hasta que hayan llegado a Venus.

Ahora lamento no haber esperado. Pero mientras estaba de compras en Coprates, unas pocas semanas antes de mis vacaciones, entré en aquella pequeña tienda, y me hablaron de aquel infraojo que tenían a un precio muy interesante. En aquel momento hubiera debido preguntarme qué hacía un infraojo en Marte.

Piensen un poco en ello. Nadie lleva infraojos en Marte. Si uno desea ver por la noche, es mucho más barato comprarse un rastreoscopio. De esa forma puedes quitártelo cuando sale el sol. De modo que aquel ojo debía de haber vuelto de Venus con un turista. Y no había forma de decir cuánto tiempo llevaba en aquel bocal hasta que aquel viejo tipo de palabras convincentes me lo metió bajo la nariz, diciendo que había pertenecido a una encantadora vieja institutriz que nunca... Oh, bueno. Probablemente habrán oído ustedes algo así antes.

¡Si tan sólo la maldita cosa se hubiera estropeado antes de abandonar Venusburg! Ya conocen ustedes Venusburg: una ciudad de humeantes pantanos y malos hoteles donde uno corre el peligro de ser embaucado mientras pasea por cualquier calle, puede perder una fortuna en las mesas de juego, comprar cualquier placer del universo conocido, cazar los monstruos prehistóricos que se revuelcan por las fétidas ciénagas que encuentras apenas salir de la ciudad. Entonces, deberían saber que tras la jornada laboral —cuando se apagan todos los holos y el lugar se convierte en una colmena ordinaria de domos plateados agrupándose en la oscuridad a una temperatura de cuatrocientos veinticinco grados y una presión suficiente como para darte sinusitis con tal sólo pensar en ella; cuando cierran todas las deslumbrantes tiendas para turistas— uno no encuentra ningún problema en hallar una de las muchas agencias en torno al espaciouerto y someterse a una operación médica. Aceptan dinero marciano. La Solar Express Card es válida. Simplemente hay que entrar, ni siquiera te hacen esperar.

Sin embargo...

Había tomado el dirigible diario que parte de Venusburg unas pocas horas después de mi llegada, feliz como una almeja, mi infraojo trabajando maravillosamente. Cuando aterricé en Cui-Cui, empecé a tener los primeros atisbos de trastornos. Nada lo bastante importante como para preocuparse por ello; simplemente, un muy ligero velo en la visión periférica del lado derecho. No le di importancia. Tenía tres horas de estancia en Cui-Cui antes de que el dirigible partiera

para Última Oportunidad. Deseaba echar un vistazo a mi alrededor. No tenía intención de malgastar mis pocas horas en una tienda de órganos haciendo reparar mi ojo. Si seguía causándome problemas cuando llegara a Última Oportunidad, entonces me ocuparía del problema.

Cui-Cui era más de mi agrado que Venusburg. La sensación allí era de más naturalidad. En las calles de Venusburg uno tenía una posibilidad entre diez de encontrarse con un auténtico ser humano; todo lo demás es un holo puesto allí para dar un poco de sabor al ambiente y conseguir que las calles no parezcan tan vacías. Pronto me cansé de los petimetres de llamativos trajes que me salían por todas partes intentando venderme chicos y chicas de todas las edades. ¿Para qué? Intenten simplemente tocar a una de esas hermosas personas.

En Cui-Cui, la relación estaba muy próxima al cincuenta por ciento.

Y la atmósfera no era de decadente corrupción sino de esforzada frontera. Las calles estaban convincentemente embarradas, y las fachadas de madera de las casas habían sido construidas con buen gusto. No era que me gustaran demasiado los dragones de dieciocho patas y ojos pedunculados que constantemente aparecían por todas partes, pero comprendo que son un recuerdo al tipo que dio su nombre a la ciudad. Todo eso está bien, pero dudo de que al tipo en cuestión le hubiera gustado que una de esas malditas cosas caminara a su través como un tanque de doce toneladas hecho de impalpable polvo.

Apenas tuve tiempo de «humedecer» mis pies en los «charcos» antes de que el dirigible estuviera listo para partir de nuevo. Y los problemas de mi ojo parecían haber desaparecido. Así que me embarqué para Última Oportunidad.

Hubiera debido tener en cuenta el significado del nombre de la ciudad. Y tuve oportunidades para ello. Una vez allí, efectué mis últimas compras de pertrechos antes de adentrarme en la maleza. Tenía intención de dirigirme a un lugar donde no se encuentra una estación de aire en cada esquina, de modo que decidí que podía utilizar un porteador.

Quizá ustedes no hayan visto nunca ninguno. Son la respuesta de la ciencia moderna a la mochila. O quizá a la reata de mulas, aunque en plena acción recuerdan más bien a los porteadores de los safaris (de ahí su nombre) de las viejas películas, avanzando estólidamente detrás del Cazador Blanco con los fardos de pertrechos sobre sus cabezas. La cosa consiste en un par de piernas metálicas exactamente igual de largas que las tuyas, con todo el equipo apilado encima, y un cordón umbilical conectando todo el conjunto a la parte inferior de tu columna vertebral. Todo ello te proporciona la posibilidad de vivir en la superficie durante cuatro semanas en vez de los cinco días que te permite tu pulmón venusiano.

El médico que me vendió el mío me hizo tender allí sobre su mesa, la espalda abierta, para instalar los tubos que llevarían el aire de los depósitos del porteador a mi pulmón venusiano. Era una estupenda oportunidad de pedirle que le diera un vistazo a mi ojo. Probablemente lo hubiera hecho, puesto que mientras estaba efectuando las

conexiones inspeccionó y comprobó mi pulmón sin cobrarme nada por ello. Quiso saber dónde lo había comprado, y le dije que en Marte. Se echó a reír y dijo que le parecía en correcto estado de funcionamiento.

Me advirtió que nunca dejara que el nivel de oxígeno en el pulmón descendiera demasiado, que lo cargara siempre antes de abandonar un domo presurizado, incluso aunque saliera tan sólo por unos pocos minutos. Le aseguré que sabía todo eso y que iría con mucho cuidado.

De modo que empalmó los nervios a la terminal mecánica en la parte inferior de mi espalda, y conectó el porteador a ella. Lo comprobó desde todos los ángulos, y me dijo que el trabajo estaba listo.

Y no le pedí que le echara un vistazo a mi ojo. Simplemente no pensé en ello. Por aquel entonces aún no había salido a la superficie, y no había tenido ocasión de comprobarlo en pleno funcionamiento. Oh, las cosas tenían un aspecto un tanto diferente, incluso bajo luz visible.

Había colores distintos y muy pocas sombras, y la imagen que obtenía del infraojo era mucho más imprecisa que la del otro ojo. Podía cerrar un ojo, luego el otro, y ver una auténtica diferencia. Pero no pensaba demasiado en ello.

De modo que subí al dirigible al día siguiente para el vuelo semanal previsto a Lodestone, una ciudad minera situada en las proximidades del desierto Fahrenheit. Aunque la forma en que la gente era capaz de distinguir un desierto de cualquier otra cosa en Venus era algo que seguía siendo todavía un misterio para mí. Me irrité cuando descubrí que, aunque el dirigible iba tan sólo a la mitad de su capacidad, tenía que pagar dos billetes: uno por mí y el otro por mi porteador. Por unos instantes pensé en llevar aquella maldita cosa sobre mis rodillas, pero desistí tras un experimento de diez minutos en la sala de espera.

Estaba llena de aristas vivas y de ángulos agudos, y el viaje iba a ser largo. Así que pagué. Pero el gasto extra hizo un gran agujero en mi presupuesto.

A partir de Cui-Cui, las etapas eran más cortas y más difíciles. Cui-Cui se halla a dos mil kilómetros de Venusburg, y a otros mil de Lodestone. A partir de ahí el servicio de pasajeros es irregular. De todos modos, descubrí cómo definían los venusianos un desierto. Un desierto es un lugar no habitado todavía por seres humanos. Mientras siguiera siendo capaz de abordar un dirigible en servicio regular, todavía no era el desierto.

De dirigible en dirigible, llegué a un pequeño lugar llamado Prosperidad; población: setenta y cinco seres humanos y una nutria.

Creí que la nutria era un holo jugueteando en el estanque de la plaza central. El lugar no parecía lo suficientemente próspero como para permitirse el lujo de un auténtico estanque como aquél con auténtica agua. Pero lo era. Era una ciudad de paso donde acudían a aprovisionarse los prospectores. Comprendí que una ciudad como aquella podía desaparecer de la noche a la mañana si los prospectores se trasladaban a otro sitio. Los propietarios de las tiendas se limitarían a empacar sus

cosas y se irían a donde fuera. La relación entre las cosas que uno ve en una ciudad fronteriza y lo que realmente son suele estar en un ciento a uno.

Supe con considerable alivio que los únicos dirigibles que podía tomar desde Prosperidad se encaminaban precisamente en la dirección de donde yo había venido. No había ninguna comunicación con el otro lado. Me alegró saberlo, y que ya no me quedaba otra cosa que hacer más que contratar un guía y adentrarme en el desierto. Entonces mi ojo dejó de funcionar por completo.

Recuerdo que me sentí irritado; no, más que irritado. Estaba realmente furioso. Pero todavía seguía considerándolo como un contratiempo, no como un desastre. Se trataba tan sólo de perder un poco de tiempo y gastar un poco más de dinero.

Rápidamente me di cuenta de que las cosas eran muy distintas.

Pregunté al vendedor de los billetes (se hallaba en un saloon-drugstore-galerías; no había estación en Prosperidad) dónde podía encontrar a alguien que me vendiera e instalara un infraojo. Se echó a reír.

—No va a encontrar a nadie aquí, hermano —dijo—. Nunca hemos tenido a nadie que se dedique a esas cosas. Había un médico en Ellsworth, a tres paradas de aquí en el dirigible local, pero se trasladó a Venusburg hace un año. Lo más cerca que podrá encontrar algo es en Última Oportunidad.

Aquello me sorprendió. Sabía que me estaba dirigiendo hacia las tierras muertas, pero nunca se me había ocurrido que existiera algún lugar en donde pudiera faltar algo tan básico como un médico. No vender servicios medicánicos era casi como no vender comida o aire. La gente podía morir realmente allí. Me pregunté si el gobierno planetario sabía algo de aquella escandalosa situación.

Lo supiera o no, me di cuenta de que remitirle una carta airada al respecto no iba a servirme de nada. Estaba atrapado. Hice unos rápidos cálculos mentales, y pronto descubrí que el costo de volar de regreso a Última Oportunidad y comprar un nuevo ojo me dejaría sin el dinero suficiente para regresar a Prosperidad y volver luego de nuevo a Venusburg. Mis vacaciones iban a verse estropeadas simplemente por haber querido ahorrarme algo de dinero comprando un ojo usado.

—¿Qué es lo que le ocurre a su ojo? —me preguntó el hombre.

—¿Eh? Oh, no lo sé. Quiero decir, simplemente dejó de funcionar.

Estoy ciego de él, ése es el problema. —Viendo la forma en que miraba mi ojo, me agarré a aquel clavo ardiendo—. Oiga, ¿no sabrá usted algo de infraojos, por casualidad?

Agitó la cabeza y me sonrió desconsoladamente.

—No. Sólo un poco de aquí y de allá. Estaba pensando si serían los músculos los que le estaban causando problemas; un mal rastreo o algo así...

—No. La visión ha desaparecido por completo.

—Lástima. Me da la impresión de que se trata de un nervio roto. No me atrevería a tocar jamás algo así. Entienda, a lo máximo que me atrevo es a algunas chapuzas. —Hizo chasquear su lengua con simpatía—. ¿Quiere usted ese billete de vuelta a

Última Oportunidad?

En aquel momento no sabía exactamente lo que quena. Llevaba dos años planeando aquel viaje. Estuve a punto de comprar el billete; luego me dije: qué diablos. Estaba allí, y al menos echaría una mirada al lugar antes de decidir qué hacer. Quizá hubiera alguien por allí que pudiera ayudarme. Me volví para preguntarle al empleado si conocía a alguien, pero me respondió antes de que yo pudiera decir nada.

—No deseo darle demasiadas esperanzas —dijo, frotándose la barbilla con una enorme mano—. Según tengo entendido, no hay nada menos seguro que eso, pero...

—Bien, ¿de qué se trata?

—Bueno, hay una chica que vive por aquí y que está medio loca con todo lo relativo a la mecánica. Siempre está trasteando por ahí, haciendo cosas extrañas para la gente, arreglándose con lo que tiene; ya conoce usted el tipo. El problema es que sus métodos son más bien autodidactas, de modo que puede terminar usted peor de lo que había empezado.

—No sé cómo —dije—. No funciona en absoluto; ¿qué puede hacer ella para que quede peor?

Se alzó de hombros.

—Eso es cosa suya. Probablemente la encontrará haraganeando por la plaza. Si no está allí, pregunte en los bares. Se llama Ascuá. Lleva siempre a una nutria consigo, como si fuera un gatito. Pero la reconocerá apenas la vea.

Encontrar a Ascuá no fue ningún problema. Me limité a regresar a la plaza, y allí estaba, sentada en el borde de piedra de la fuente.

Estaba agitando sus pies en el agua. Su nutria estaba jugando en un pequeño tobogán, y parecía inmensamente feliz de haber encontrado la única masa de agua al aire libre en un radio de un millar de kilómetros.

—¿Eres Ascuá? —pregunté, sentándome a su lado.

Alzó la vista hacia mí, con una de esas inquietantes miradas que los venusianos saben dirigir a los extranjeros. Ello es debido a que poseen un ojo azul o marrón, mientras que el otro es completamente rojo, sin nada de blanco. Ese era también mi aspecto, pero yo no tenía por qué mirar a mis propios ojos.

—¿Y qué si lo soy?

Su edad aparente eran diez u once años. Tuve la sensación de que probablemente ésa era su auténtica edad. Pero puesto que se suponía que era hábil en mecánica, era posible que yo estuviera equivocado.

Había trabajado un poco sobre sí misma, pero naturalmente no había forma alguna de decir hasta qué punto lo había hecho. En su mayor parte parecía tratarse de un trabajo cosmético. No tenía ni un solo pelo sobre la cabeza. Lo había reemplazado con un penacho de plumas que le caían constantemente sobre los ojos. Su cuero cabelludo había sido trasplantado a las pantorrillas y antebrazos, y el pelo allí era una

larga cascada rubia. Por los contornos de su rostro estaba seguro de que su cráneo era una masa de ganchos de anclaje y masilla ósea a partir de la cual había modelado la infraestructura que le permitiera reflejar el rostro que deseaba llevar.

—Me han dicho que sabes algo de mecánica. ¿Sabes?, este ojo ha...

Se echó a reír.

—No sé quién puede haberte contado eso. Sé todo lo que hay que saber sobre medicina. No soy ninguna chapucera. Vamos, Malibú.

Hizo ademán de ponerse en pie, y la nutria nos miró al uno y a la otra. Creo que no sentía el menor deseo de abandonar el estanque.

—Espera un momento. Lamentaría haber herido tus sentimientos.

Puesto que no sé nada acerca de ti, admitiré que tienes que saber más al respecto que ninguna otra persona en la ciudad.

Volvió a sentarse, y finalmente me sonrió.

—Así que estás en problemas, ¿eh? Es o yo o nadie. Déjame adivinar: estás de vacaciones, eso resulta obvio. Y o bien el tiempo o bien el dinero te impiden regresar a Última Oportunidad para que te hagan una reparación profesional. —Me miró de arriba abajo—. Diría que se trata del dinero.

—Acertaste. ¿Puedes ayudarme?

—Eso depende.

Se acercó más a mí y escrutó mi infraojo. Apoyó sus manos en mis mejillas para mantener mi cabeza quieta. Yo no podía hacer otra cosa que mirarla directamente al rostro. No había cicatrices visibles en él; al menos era lo bastante buena como para eso. Sus caninos superiores eran aproximadamente unos cinco milímetros más largos que el resto de sus dientes.

—No te muevas. ¿Dónde compraste eso?

—En Marte.

—Lo imaginé. Es un Escrutatinieblas, fabricado por la Northern Bio.

Un modelo barato; se lo venden principalmente a los turistas. Debe de tener unos diez o doce años de antigüedad.

—¿Es el nervio? El tipo habló de...

—No. —Se echó hacia atrás y siguió chapoteando con sus pies en el agua—. Es la retina. El lado derecho se ha desprendido y ha caído en la fovea. Probablemente no fue bien instalada desde un principio. No hacen esas cosas para que duren más de un año.

Suspiré y palmeé mis rodillas con ambas manos. Me puse en pie, le tendí la mano.

—Bueno, supongo que será eso. Gracias por tu ayuda.

Pareció sorprendida.

—¿Adónde vas?

—Vuelvo a Última Oportunidad, y luego a Marte, a querellarme contra un cierto banco de órganos. Hay leyes para ese tipo de cosas en Marte.

—Aquí también. Pero ¿por qué volver? Yo te lo arreglaré.

Estábamos en su taller, que era a la vez su dormitorio y su cocina.

Era un simple domo sin ni siquiera un holo. Era relajante, tras todas aquellas casas estilo rancho que parecían estar de moda en Prosperidad. No quiero parecer chauvinista, y me doy cuenta de que los venusianos necesitan alguna especie de estímulo visual, viviendo como lo hacen en un desierto cubierto de nubes. Sin embargo, nunca me ha gustado esa tendencia a la ilusión. El vecino de Ascuá vivía en una réplica perfecta del palacio de Versalles. Ella me dijo que cuando él desconectaba su generador holo sus auténticas posesiones hubieran cabido en una mochila. Incluso el generador holo.

—¿Qué es lo que te ha traído a Venus?

—Turismo.

Me miró por el rabillo del ojo mientras restregaba mi rostro con un anestésico nervioso. Yo estaba tendido en el suelo, puesto que no había muebles en la habitación excepto unas cuantas mesas de trabajo.

—Muy bien. Pero no acuden demasiados turistas hasta tan lejos. Si no es asunto mío, simplemente dímelo.

—No es asunto tuyo.

Se envaró en su asiento.

—Muy bien. Arréglate tú mismo el ojo.

Aguardó, con una semisonrisa en el rostro. Finalmente, yo también me vi forzado a sonreír. Volvió a su trabajo, seleccionando un instrumento en forma de cucharilla de un revuelto montón junto a sus rodillas.

—Soy un geólogo aficionado —dije—. En realidad, un cazador de rocas. Trabajo en una oficina, y los fines de semana me voy al campo y busco por ahí. Creo que las rocas son una excusa para sacarme de mi medio ambiente habitual.

Ella extrajo el ojo de su órbita y metió expertamente un dedo para soltar la conexión metálica que lo unía al nervio óptico. Alzó el globo ocular hacia la luz y observó sus lentes.

—Puedes levantarte. Échate un poco de esto en la órbita y parpadea unas cuantas veces.

Hice lo que me indicaba y la seguí a su banco de trabajo.

Se sentó en un taburete y examinó el ojo más de cerca. Luego le clavó una jeringa y extrajo el humor acuoso, convirtiéndolo en algo parecido a un huevo de tortuga secado al sol. Lo abrió y empezó a hurgar cuidadosamente. Los largos cabellos de sus antebrazos no dejaban de molestarla en su trabajo, de modo que se los ató con unas bandas de caucho.

—Un cazador de rocas —murmuró para sí misma—. Seguro que has venido aquí para echar una mirada a las joyas estallantes.

—Exacto. Como he dicho, soy tan sólo un geólogo aficionado. Pero leí acerca de ellas, y vi una en una ocasión en una joyería en Pobos. De modo que ahorré un poco de dinero y vine a Venus para intentar descubrir una de ellas por mí mismo.

—Eso no tendría que ser ningún problema. Son las gemas más fáciles de encontrar de todo el universo conocido. Una lástima. Porque la gente de ahí afuera espera hacerse rica con ellas. —Se alzó de hombros—. No es que no pueda sacarse algo de dinero con ellas. Pero no la fortuna que todo el mundo espera obtener. Curioso; son tan raras como acostumbraban a serlo los diamantes, más aún, no pueden ser duplicadas en el laboratorio como los diamantes. Oh, supongo que sí podrían fabricarse, pero de una forma terriblemente complicada.

Estaba utilizando un pequeño utensilio para volver a fijar la retina desprendida en la superficie trasera del ojo.

—Prosigue.

—¿Eh?

—¿Por qué no pueden hacerlas en el laboratorio?

Se echó a reír.

—Realmente eres un geólogo aficionado. Como he dicho, podrían, pero sería demasiado caro. En su composición entran un montón de elementos distintos. Una gran cantidad de aluminio, tengo entendido.

Eso es lo que vuelve rojos a los rubíes, ¿no?

—Sí.

—Son las otras impurezas las que las hacen tan hermosas. Tienes que formarlas bajo altas presiones y temperaturas, y son tan inestables que generalmente estallan antes de que consigas la mezcla adecuada.

Así que resulta mucho más barato ir ahí afuera y recogerlas.

—Y el único lugar donde pueden recogerse es en medio del desierto Fahrenheit.

—Exacto.

Parecía haber terminado con su trabajo. Se levantó para examinar su obra con ojo crítico. Frunció el ceño, luego selló la incisión que había hecho y volvió a meter el líquido. Montó el ojo en un calibrador y lo apuntó con un láser, luego meneó la cabeza al leer algunas cifras en una pantalla junto al láser.

—Funciona —dijo—. Pero te vendieron un buen trasto. El iris está hecho una porquería. Es una elipse, con una excentricidad de cero coma veinticuatro. Y empeorará con el tiempo. ¿Ves esa decoloración amarillada en el lado izquierdo? Es una descomposición progresiva del tejido muscular, con toxinas acumulándose en él. Y dentro de cuatro meses sufrirás cataratas.

No sabía de qué estaba hablando, pero fruncí los labios mientras lo hacía.

—Pero ¿cuánto tiempo durará?

Me sonrió presuntuosamente.

—¿Estás pidiendo una garantía de seis meses? Lo siento, no soy miembro de la Asociación Médica Venusiana. Pero aunque este compromiso no tiene nada de legal,

creo que puedo asegurarte que funcionará al menos durante ese tiempo. Quizá.

—Parece que no te comprometes mucho.

—Es la práctica. Nosotros los futuros médicos siempre tenemos que ir con cuidado con respecto a las demandas judiciales. Tiéndete aquí y volveré a ponértelo.

—Lo que me estaba preguntando es si será seguro pasar cuatro semanas en el desierto con este ojo —dije, mientras ella conectaba de nuevo el ojo y volvía a instalarlo en su órbita.

—No —dijo rápidamente, y sentí una tremenda decepción—. No, con ningún ojo —añadió rápidamente—. No si vas solo.

—Entiendo. Pero ¿crees que el ojo resistirá?

—Oh, seguro. Quien no resistirá serás tú. Por eso vas a tomar al pie de la letra mi extraordinaria oferta de que me contrates como tu guía a través del desierto.

Me eché a reír.

—¿Estás hablando en serio? Lo siento, pero ésa va a ser una expedición solitaria. Así la planeé desde un principio. Porque para eso salgo a buscar rocas en primer lugar: para estar solo. —Saqué mi tarjeta de crédito del bolsillo—. Ahora, ¿cuánto te debo?

No estaba escuchándome, sino que permanecía con la barbilla apoyada en la mano, con aire pensativo.

—Sale ahí afuera para estar solo, ¿has oído eso, Malibú? —la nutria alzó la vista hacia ella desde el lugar donde se encontraba en el suelo—. Ahora considérame a mí, por ejemplo. A mí, que sé desde todos lados lo que es estar sola. Son las multitudes y las grandes ciudades lo que más añoro. ¿No crees, vieja compañera?

La nutria siguió mirándola, obviamente dispuesta a asentir a cualquier cosa.

—Supongo que sí —dije—. ¿Están bien cien marcos? Es más o menos la mitad de lo que me hubiera pedido un médico titulado pero, como ya te he dicho, voy un poco justo de dinero.

—¿No vas a llevarme contigo como guía? ¿Es tu última palabra?

—No. Es mi última palabra. Escucha, no se trata de ti, es simplemente que...

—Lo sé. Deseas estar solo. No tienes que pagarme nada. Vamos, Malibú. —Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta. Luego se volvió en redondo—. Nos veremos —dijo, y me hizo un guiño.

No necesité mucho tiempo para comprender lo que significaba aquel guiño. Puedo ver lo obvio a la tercera o cuarta tentativa.

El hecho era que Prosperidad se sentía considerablemente desconcertada por la presencia de un turista en sus calles. No había ni una sola agencia de alquileres ni un hotel en toda la ciudad. Había esperado algo así, pero no había imaginado que fuera tan difícil encontrar a alguien dispuesto a alquilarme su bicielo particular si el precio era adecuado. Había estado reservando una buena cantidad de dinero en

efectivo en previsión de unas exigencias exorbitantes por parte de la gente de allí a este respecto. Estaba seguro de que a la gente local le encantaría estafar un poco a un turista.

Pero ésa no era su intención. Casi todo el mundo poseía una bicicielo y absolutamente ninguno de los que la poseían tenía la menor intención de alquilarla. Era una necesidad para todo aquel que trabajara fuera de la ciudad, lo cual era el caso de casi todo el mundo, y eran difíciles de conseguir. Los dirigibles de carga eran casi tan irregulares como el servicio de pasajeros. Todas las personas que rechazaron mi oferta me hicieron una útil sugerencia. Como he dicho, después de la cuarta o la quinta de tales sugerencias me hallé de nuevo en la plaza de la ciudad. Ella estaba sentada exactamente en el mismo sitio donde la había encontrado la primera vez, agitando sus pies en el agua. Malibú nunca parecía cansarse del tobogán.

—Sí —dijo sin alzar la vista—. Resulta que tengo una bicicielo por alquilar.

Me sentía exasperado, pero tenía que disimularlo. Me tenía acorralado por la proverbial espada contra la proverbial pared.

—¿Acaso te pasas todo el día haraganeando por aquí? —pregunté—. La gente me dice que te pregunte a ti acerca de una bicicielo y me dice que te encontraré aquí, casi como si tú y esta fuente fueseis una sola cosa. ¿Qué más haces?

Me clavó una altanera mirada.

—Reparo ojos para turistas tontos. También efectúo intervenciones corporales para cualquiera de la ciudad a tan sólo el doble del precio que les costaría en Última Oportunidad. Y lo hago estupendamente bien también, aunque esos patanes sean los últimos en admitirlo. No dudo que el señor Lamara, el vendedor de billetes, te habrá contado escandalosas mentiras acerca de mis habilidades. Se sienten irritados de que yo saque ventaja del ahorro en dinero y tiempo que les representa no tener que acudir a Última Oportunidad y pagar únicamente precios hinchados en vez de los precios escandalosos que les cobro yo.

Tuve que echarme a reír, aunque estaba seguro de que a mí también iba a cobrarme precios exorbitantes. Sabía emplear bien la técnica.

—¿Cuántos años tienes?

Hice la pregunta sin pretenderlo, luego casi me mordí la lengua. Lo último que desea una chica orgullosa e independiente es discutir su edad. Pero me sorprendió.

—En tiempo meramente cronológico, once años terrestres. Eso representa un poco más de seis de vuestros años. En tiempo real, interno, por supuesto no tengo ninguna edad.

—Por supuesto. Ahora, en lo relativo a esa bici...

—Por supuesto. Pero no he respondido a tu anterior pregunta. Lo que haga además de permanecer sentada aquí es irrelevante, porque mientras estoy sentada aquí me dedico a contemplar la eternidad. Me sumerjo en mi ombligo, esperando llegar a conocer la auténtica profundidad del seno. En pocas palabras, realizo mis ejercicios yoga. —Miró pensativamente por encima del agua a su animalito de

compañía—. Además, es el único estanque en un millar de kilómetros.

Me sonrió y se dejó caer plana sobre el agua. La cortó como la hoja de un cuchillo y avanzó hacia la nutria, que empezó a lanzar una alegre sucesión de ladridos.

Cuando salió cerca del centro del estanque, fuera del surtidor y las cascadas, la llamé.

—¿Qué hay de la bici?

Se llevó una mano formando copa a su oído, pese a que estaba tan sólo a quince metros de distancia.

—¡Digo que qué hay de la bici!

—No puedo oírte —gritó—. Tendrás que venir hasta aquí.

Me metí en el estanque, gruñendo para mí mismo. Me estaba dando cuenta de que su precio incluía algo más que dinero.

—No sé nadar —le advertí.

—No te preocupes, en ningún lado es más profundo que aquí.

El agua me llegaba hasta el pecho. Avancé forcejeando hasta allí, andando de puntillas, me agarré a una de las volutas de la fuente, me subí a ella, y me senté en el húmedo mármol venusiano con el agua chorreando de mis piernas.

Ascuá estaba sentada en el fondo del tobogán, agitando sus pies en el agua. El agua que se deslizaba en cascada por la roca trazaba un arco en torno a la corona de plumas de su cabeza. Perlas de agua se deslizaban y caían por ellas. Una vez más me hizo sonreír. Si pudiera venderse el encanto, sería rica. ¿De qué estoy hablando? Nadie vende nunca nada excepto encanto, de una forma u otra. Me dominé antes de que intentara venderme los polos norte y sur. En un abrir y cerrar de ojos fui capaz de verla de nuevo como la pilluela astuta y avariciosa que era.

—Mil millones de marcos solares a la hora, ni un penique menos —dijo con aquella suave y pequeña boquita.

Era inútil negociar algo como aquello.

—¿Me has hecho venir hasta aquí para oír eso? Realmente, me has decepcionado. No te imaginaba capaz de tomar el pelo de esa manera.

Creí que podíamos llegar a un acuerdo. Yo...

—Bueno, si esa oferta no te resulta satisfactoria, probemos esta otra. Completamente gratis, excepto el oxígeno, la comida y el agua.

Esperó, agitando el agua con los pies.

Por supuesto, había un truco en todo aquello. En un destello intuitivo a escala realmente cósmica, una iluminación digna de un Einstein, vi el cebo. Ella se dio cuenta de que lo había captado, se dio cuenta también de que no me gustaba, y me sonrió con todos sus dientes. De modo que una vez más, y no iba a ser la última, me vi ante la alternativa: o estrangularla, o devolverle la sonrisa. Sonreí. No sé cómo, pero tenía esa rara habilidad de hacer que sus oponentes reaccionaran como si no estuviera apretándoles las clavijas.

—¿Crees en el amor a primera vista? —le pregunté, esperando pillarla con la guardia baja.

No hubo ninguna posibilidad.

—Una estúpida sensiblería, a lo sumo —dijo—. No me has impresionado, señor...

—Kiku.

—Encantador. ¿Un nombre marciano?

—Supongo que sí. Nunca pensé realmente en él. No soy rico, Ascu.

—Por supuesto que no. No te hubieras puesto en mis manos si lo fueras.

—Entonces ¿qué es lo que te atrae de mí? ¿Por qué estás tan decidida, a irte conmigo, cuando todo lo que te pido es que me alquiles tu bici? Si yo fuera tan irresistible, me hubiera dado cuenta.

—Oh, no sé —dijo ella, alzando una de sus cejas—. Hay algo en ti que encuentro absolutamente fascinante. Incluso irresistible.

Hizo ademán de desmayarse.

—¿Puedes decirme lo que es?

Meneó la cabeza.

—Deja que sea mi pequeño secreto por el momento.

Empezaba a sospechar que se sentía atraída por la configuración de mi cuello..., ideal para clavar sus dientes en él y chuparme toda la sangre. Decidí dejarlo correr. Quizá me contara más en los siguientes días. Porque al parecer iba a haber otros días, muchos de ellos.

—¿Cuándo estarás lista para partir?

—Preparé las cosas inmediatamente después de volver a ponerte el ojo. Podemos irnos ahora mismo.

Venus es algo espectral. He pensado y pensado en ello, y ésa es la mejor forma en que puedo describirlo.

Es espectral en parte debido a la forma en que lo ves. Tu ojo derecho —el que ve lo que llamamos luz visible— te muestra únicamente un pequeño círculo de luz que es iluminado por tu linterna manual. Ocasionalmente se capta un resplandeciente foco de metal en fusión allá a lo lejos, pero es lo bastante impreciso como para poder verlo con precisión. Tu infraojo atraviesa esas sombras y te proporciona una imagen borrosa de lo que hay más allá de la luz de tu linterna, pero la mayoría de las veces preferiría ser ciego.

No hay ninguna forma de describir correctamente cómo afecta esa dicotomía a tu mente. Un ojo te dice que todo lo que hay más allá de un cierto punto son sombras, mientras el otro te muestra lo que hay en esas sombras. Ascu dice que al cabo de un tiempo tu cerebro puede mezclar las dos imágenes tan fácilmente como lo hace con la visión binocular. Yo nunca llegué a alcanzar ese punto. Durante toda mi estancia no

dejé de intentar reconciliar las dos imágenes.

No me gusta hallarme en el fondo de un cuenco de un millar de kilómetros de diámetro. Porque eso es lo que ves. No importa cuán alto subas o cuán lejos vayas, siempre sigues estando en el fondo de ese cuenco. Es algo que tiene que ver con la curvatura de los rayos luminosos en la densa atmósfera, si comprendo correctamente a Ascuá.

Luego, está el sol. Cuando llegué era de noche, lo cual significa que el sol era una aplastada elipse colgando justo encima del horizonte al este, por donde había surgido hasta no sé cuántas semanas. No me pidan que lo explique. Todo lo que sé es que el sol nunca se pone en Venus. Nunca, no importa donde estés. Se limita a hacerse cada vez más plano y más plano, y a la vez más ancho y más ancho, hasta que se aplasta definitivamente al norte o al sur, depende de donde uno esté, convirtiéndose en una línea plana y brillante de luz que es empujada hacia el oeste, donde empezará a surgir de nuevo al cabo de unas pocas semanas.

Ascuá dice que en el ecuador se convierte en un círculo perfecto durante una décima de segundo cuando se halla exactamente en la vertical. Como las luces de un colosal estadio. Todo eso ocurre por encima del borde del cuenco donde uno se halla, aproximadamente a unos diez grados por encima del horizonte teórico. Es otro efecto de la refracción.

Uno no ve nada de eso con el ojo izquierdo. Como ya he dicho, las nubes retienen prácticamente toda la luz visible. Todo lo ves con el ojo derecho. El color en que lo ves lo he definido como infraazul.

Todo está tranquilo. Empiezas a echar de menos el sonido de tu propia respiración, y si piensas demasiado en ello, terminas preguntándote por qué no estás respirando. Tú lo sabes, por supuesto, pero no tu metencéfalo, que es el que te proporciona la sensación. A él y a tu sistema nervioso autónomo no les importa que tu pulmón venusiano esté goteando oxígeno directamente a tu torrente sanguíneo; esos circuitos no están hechos para comprender las cosas; son primitivos y muy desconfiados de los progresos científicos. De modo que me sentía abrumado por una sensación de sofoco, que supongo debía de ser la venganza de mi médula espinal.

También me sentía nervioso acerca de la temperatura y la presión.

Era una tontería, lo sé. Marte me mataría del mismo modo sin un traje, y mucho más lenta y dolorosamente. Si mi traje fallaba aquí, dudaba que llegara a sentir nada. Era sólo la idea de esa increíble presión siendo mantenida a un milímetro de distancia de mi frágil piel por un campo de fuerza que, físicamente hablando, ni siquiera estaba allí. O al menos eso es lo que me dijo Ascuá. Es probable que estuviera intentando tomarme el pelo. Quiero decir, las líneas de fuerza magnética no son tangibles, pero están ahí, ¿no?

Aparté aquellos pensamientos de mi mente. Ascuá estaba allí, y ella sabía acerca de todas esas cosas.

Lo que ella no pudo explicarme adecuadamente fue por qué una bicielo no tiene

motor. Pensé mucho acerca de ello, sentado en el sillín y pedaleando como un condenado sin nada que ver excepto las plateadas nalgas de Ascuá.

Ella tenía una bici tándem, lo cual significa cuatro sillines; dos para nosotros y dos para nuestros porteadores. Me senté detrás de Ascuá, y los porteadores se sentaron en dos sillines a nuestra derecha. Puesto que ellos reproducían los movimientos de nuestras piernas con exactamente la misma fuerza que aplicábamos nosotros, disponíamos de una bicicielo accionada por la energía de cuatro seres humanos.

—Ni aunque me fuera la vida en ello puedo llegar a imaginar que sea tan difícil montar un motor en esta cosa y utilizar algo del excedente de energía de nuestros generadores —dije en nuestro primer día fuera.

—No hay nada extraño en ello, perezoso —dijo ella sin volverse—. Acepta mi consejo como médico novato; esto es mucho mejor para ti. Si usas los músculos que llevas encima, te durarán mucho más. Te harán sentirte mucho más saludable y te mantendrán alejado de las garras de los codiciosos médicos. Lo sé. La mitad de mi trabajo consiste en rebanar grasa de culos adiposos y extirpar varices de piernas. Incluso aquí afuera, la gente no utiliza sus piernas más de veinte años antes de tenerlas listas para un cambio. Es una pura pérdida.

—Creo que yo también hubiera debido cambiármelas antes de que nos fuéramos. Estoy hecho polvo. ¿No llevamos pedaleando ya todo un día?

Hizo chasquear desaprobadoramente su lengua, pero accionó un control y empezó a soltar gas caliente del globo que colgaba sobre nuestras cabezas. Las paletas direccionales situadas a nuestros lados se inclinaron, e iniciamos una lenta espiral descendente hacia el suelo.

Aterrizamos en el fondo del cuenco..., mi primera experiencia al respecto, puesto que todas mis anteriores visiones de Venus habían sido desde el aire, donde el espectáculo no es tan aparente. Me quedé allí parado, mirando y rascándome la cabeza, mientras Ascuá montaba la tienda y deshinchaba del todo el globo.

Los venusianos utilizan campos nulos prácticamente para todo.

Antes que intentar elaborar una tecnología que pueda soportar las temperaturas y las presiones extremas, lo rodean todo con un campo nulo y se olvidan de ello. El globo en la bicicielo no era sino un campo estándar globular con una discontinuidad en el fondo para el calentador de aire. El cuerpo de la bicicielo estaba protegido con el mismo tipo de campo que llevábamos Ascuá y yo, el tipo que envuelve las superficies a la distancia correspondiente, sin tocarlas. La tienda era un campo hemisférico con un suelo plano.

Eso simplificaba un montón de cosas. Las esclusas de aire, por ejemplo. Lo que hacíamos era simplemente entrar en la tienda. Los campos de nuestros trajes se desvanecían cuando eran absorbidos por el de la tienda. Para salir, únicamente era necesario cruzar de nuevo la pared, y el traje volvía a formarse a tu alrededor.

Me dejé caer en el suelo e intenté apagar mi linterna de mano. Para mi sorpresa,

descubrí que no estaba hecha para ser apagada. Ascuá conectó el fuego de acampada y se dio cuenta de mi desconcierto.

—Sí, es un derroche —admitió—. Hay algo en los venusianos que les hace odiar el apagar la luz. No descubrirás un solo interruptor en todo el planeta. Puede que no te lo creas, pero me sentí tontamente sorprendida hace unos años, cuando oí hablar por primera vez de los interruptores de luz. Era una idea que nunca se me había ocurrido. ¿Te das cuenta de lo provinciana que soy?

Aquello no sonaba propio de ella. Observé su rostro buscando indicios de lo que la había motivado a formular aquella afirmación, pero no pude descubrir nada. Estaba sentada frente al fuego de acampada con Malibú en su regazo, componiéndose sus plumas.

Hice un gesto hacia el fuego, que era un maravillosamente ejecutado holo de un crepitante y chisporroteante fuego de leña con un quemador oculto en el centro de él.

—¿No es un toque un poco excéntrico? ¿Por qué no has traído una casa exótica, como las de la ciudad?

—Me gusta el fuego. No me gustan las casas ficticias.

—¿Por qué no?

Se alzó de hombros. Estaba pensando en otras cosas. Intenté otro enfoque.

—¿A tu madre no le importa que te vayas al desierto con desconocidos?

Me clavó una mirada que no pude interpretar.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No vivo con ella. Estoy emancipada.

Creo que ella está en Venusburg.

Obviamente acababa de tocar un punto delicado, así que fui cauteloso.

—¿Choque de personalidades?

Se alzó de nuevo de hombros, sin desear seguir por aquel camino.

—No. Bueno, sí, en cierto sentido. Ella no quería emigrar de Venus.

Yo deseaba irme y ella deseaba quedarse. Nuestros intereses no coincidían. Así que cada cual siguió su camino. Yo estoy siguiendo mi camino para conseguir un pasaje fuera del planeta.

—¿Cuánto te falta todavía?

—Menos de lo que puedes llegar a pensar.

Parecía estar sopesando algo en su mente, como si me estuviera midiendo. Podía oír los engranajes rechinar y las campanillas de la caja registradora resonar mientras estudiaba mi rostro. Luego sentí que el encanto surgía de nuevo, como el parpadear de uno de esos inexistentes conmutadores de la luz.

—Sí, estoy más cerca que nunca de abandonar Venus. Dentro de unas pocas semanas estaré lista. Tan pronto como volvamos con algunas joyas estallantes. Porque tú vas a adoptarme.

Creo que ya estaba empezando a acostumbrarme a ella. No me sentí impresionado por aquello, aunque no era nada parecido a lo que había esperado oír. Había estado pensando vagamente en las joyas estallantes. Ella recogería algunas junto conmigo,

las vendería, y con el dinero conseguido se compraría un billete para salir del planeta.

Eso era estúpido, por supuesto. Ella no me necesitaba a mí para conseguir joyas estallantes. Ella era el guía, no yo, y aquélla era su bicielo. Podía conseguir tantas joyas como deseara, y probablemente ya las tenía. Aquel proyecto tenía que tener algo que ver conmigo personalmente, como había comprendido allá en la ciudad y luego había olvidado. Había algo que deseaba de mí.

—¿Por eso querías ir conmigo? ¿Es ésa la fatal atracción? No te comprendo.

—Tu pasaporte. Estoy enamorada de tu pasaporte. En la línea señalada «nacionalidad» dice: «Marte». En la correspondiente a la edad dice, oh..., unos setenta y tres.

Se había equivocado de un año, aunque conservo la apariencia de los treinta.

—¿Y?

—Y, mi querido Kiku, te hallas visitando un planeta que está adentrándose a tientas en la Edad de Piedra. Un planeta medieval, señor Kiku, que establece la mayoría de edad a los trece años..., una cifra caprichosa y arbitraria, estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo. Las leyes de este planeta afirman que algunos derechos de los ciudadanos libres les son negados a los ciudadanos menores de edad.

Entre esos derechos están la libertad, la persecución de la felicidad, ¡y la posibilidad de salir de este maldito lugar!

Me sorprendió con su furia, apareciendo tan bruscamente tras la fachada de su habitual y divertida locuacidad. Tenía los puños apretados. Malibú, sentada en su regazo, alzó tristemente la vista hacia su amiga, luego la volvió hacia mí.

Pero volvió a alegrarse rápidamente y saltó en pie para preparar la cena. Se negó a responder a mis preguntas. El tema había quedado zanjado por aquel día.

Al día siguiente estaba dispuesto a dar media vuelta. ¿Saben ustedes lo que es tener piernas de palo? Imagino que no; si les gusta eso —quiero decir el esfuerzo físico intenso—, probablemente serán de esos tipos saludables que se mantienen siempre en forma. Yo no estaba en forma, y tenía la sensación de que iba a morirme. Por un momento de pánico pensé que estaba muriéndome.

Afortunadamente, Ascuá había previsto todo aquello. Sabía que yo era un jinete de escritorio, y sabía también en qué malas condiciones físicas suelen estar los marcianos. Añadido al sedentario estilo de vida de la mayor parte de la gente moderna, nosotros los marcianos tenemos más problemas físicos que la mayoría debido a que la gravedad de Marte no nos presenta muchos desafíos, aunque lo intentemos denodadamente. Los músculos de mis piernas eran puros fideos.

Me administró un masaje al viejo estilo y una inyección de un producto de última moda que eliminó todas las toxinas acumuladas. En una hora empecé a sentir un vacilante interés por el viaje. De modo que ella me sentó en la bici y empezamos a pedalear otra etapa del viaje.

Aquí no hay ninguna forma de medir el paso del tiempo. El sol se hace más plano y más ancho, pero el proceso es demasiado largo para que uno pueda apreciarlo. En algún momento de aquel día cruzamos un tributario del río Reynoldsrap. Apareció como una línea brillante en mi ojo derecho, como un indolente y encostrado semiglaciador en mi izquierda. Aluminio fundido, me dijo ella. Malibú sabía de qué se trataba, y ladró lastimeramente para que nos detuviéramos y poder jugar un poco. Ascuá no se lo permitió.

Uno no puede perderse en Venus, no si sigues pudiendo ver. El río había sido visible desde que abandonamos Prosperidad, aunque yo no había sabido de qué se trataba. Podíamos seguir viendo la ciudad detrás de nosotros y la hilera de montañas frente a nosotros, e incluso el desierto. Se hallaba a poca altura en la ladera del cuenco. Ascuá dijo que eso significaba que nos quedaban todavía unos tres días de viaje para llegar a él. Se necesita práctica para juzgar las distancias. Ascuá no dejaba de intentar mostrarme Venusburg, que se hallaba a varios miles de kilómetros detrás de nosotros. Decía que era fácilmente visible como un pequeño punto en un día claro. Yo nunca conseguí divisarlo.

Hablamos mucho mientras pedaleábamos. No había ninguna otra cosa que hacer, y además era divertido hablar con ella. Me contó más detalles de su plan para abandonar Venus, y me llenó la cabeza con sus ingenuas ideas acerca del aspecto de los demás planetas.

Se trataba de una sutil campaña de ventas. Empezamos con una defensa de su loco plan. En un determinado momento, se convirtió en una afirmación. Ella dio por sentado que yo iba a adoptarla y a llevarla a Marte conmigo. Casi llegué a creérmelo a medias.

Al cuarto día empecé a observar que el cuenco iba haciéndose más alto delante de nosotros. No sabía qué era lo que causaba el fenómeno hasta que Ascuá ordenó un alto y nos quedamos colgados allí en el aire.

Nos enfrentábamos a una sólida línea de roca que ascendía en pendiente hasta un punto situado a unos cincuenta metros más arriba de donde nos encontrábamos.

—¿Qué ocurre? —pregunté, agradeciendo el descanso.

—Las montañas son más altas —dijo enfáticamente—. Vayamos hacia la derecha y veamos si podemos encontrar un paso.

—¿Más altas? ¿De qué estás hablando?

—Más altas. Ya sabes, más grandes, llegando hasta más arriba que la última vez que vine aquí, habiendo aumentado ligeramente su magnitud de elevación, habiendo ascendido...

—Conozco la definición de altura —dije—. Pero ¿por qué? ¿Estás segura?

—Naturalmente que estoy segura. El calentador de aire del globo está a tope; hemos subido tan alto como nos es posible. La última vez que pasé por aquí pude

cruzarlas sin ningún problema. Pero hoy no.

—¿Por qué?

—Condensación. La topografía puede variar enormemente aquí.

Algunos metales y rocas están en estado de fusión en Venus. Entran en ebullición en un día cálido y luego se condensan en las cimas de las montañas cuando desciende la temperatura. Luego se funden de nuevo cuando vuelve a hacer calor, y fluyen hacia los valles.

—¿Quieres decir que me has traído aquí en mitad del invierno?

Me lanzó una marchita mirada.

—Tú eres quien vino en invierno. Además, es de noche, y ni siquiera es medianoche todavía. No creí que las montañas fueran tan altas antes de otra semana.

—¿Podemos rodearlas?

Observó críticamente la ladera.

—Hay un paso permanente a unos quinientos kilómetros al este.

Pero eso nos llevará otra semana. ¿Lo deseas?

—¿Cuál es la alternativa?

—Estacionar la bicicielo aquí y continuar a pie. El desierto se halla inmediatamente al otro lado. Con un poco de suerte veremos nuestras primeras joyas hoy.

Me estaba dando cuenta de que conocía tremendamente poco Venus, y no estaba en condiciones de tomar ninguna buena decisión.

Finalmente tuve que admitirme a mí mismo que era una suerte tener a Ascuá conmigo para sacarme de problemas.

—Está bien. Haremos lo que tú creas mejor.

—Perfecto. Directamente a la izquierda, y aparcaremos.

Trabamos la bicicielo con una larga cuerda de aleación de tungsteno. La razón de aquello, supe luego, era impedir que resultara enterrada en el caso de que se produjera más condensación mientras nosotros estábamos allí. Flotó al extremo del cable con sus calentadores a fondo. Y empezamos a trepar por la montaña.

Cincuenta metros no parecen mucho. Y no lo son, al nivel del suelo.

Pero inténtenlos subir alguna vez en una ladera de setenta y cinco grados. Afortunadamente para nosotros, Ascuá había venido preparada con equipo alpino. Fue clavando pitones aquí y allá, y nos mantuvo unidos con cuerdas y poleas. Yo la seguía, yendo un poco detrás de su porteador. Era sorprendente ver aquella cosa avanzar tras ella en su ascensión, colocando sus pies exactamente en los mismos lugares en que lo había hecho ella. Detrás de mí, mi propio porteador estaba haciendo lo mismo con respecto a mí. Luego estaba Malibú, yendo arriba y abajo, retrocediendo para ver nuestro progreso, volviendo a la cima y parloteando acerca de lo que había al otro lado.

No creo que un montañero experimentado tuviera muchos problemas para efectuar aquella ascensión. Personalmente, yo hubiera preferido dejarme deslizar

montaña abajo y abandonar. Lo hubiera hecho, pero Ascuá seguía tirando de mí hacia arriba. No creo haberme sentido nunca tan cansado como en el momento en que alcanzamos la cima y nos quedamos allí mirando al desierto.

Ascuá señaló delante de nosotros.

—Ahí hay una de las joyas desarrollándose en estos momentos —dijo.

—¿Dónde? —pregunté, no demasiado interesado.

No podía ver nada.

—Te la has perdido. Era más abajo. Nunca se forman a esta altura.

No te preocupes, cada vez podrás ver más y más.

Empezamos a bajar. No fue demasiado difícil. Ascuá me mostró cómo hacerlo sentándose en un lugar liso y dejándose resbalar. Malibú estaba cerca de ella, por detrás, chillando alegremente mientras saltaba y rodaba por la deslizante superficie de roca. Vi a Ascuá tropezar y dar una voltereta en el aire y caer de cabeza. Su traje ya se había puesto rígido. Continuó ladera abajo dando volteretas, congelada en una posición medio sentada.

La seguí ladera abajo de la misma forma. No me hacía mucha gracia la idea de ir rebotando así, pero menos todavía me gustaba un lento y agotador descenso. Y no era demasiado malo. No sientes mucho una vez tu traje se congela a causa de un impacto. Se expande ligeramente alejándose de tu piel y se vuelve más duro que el metal, acolchándose de cualquier cosa menos de los golpes más fuertes, que pueden hacer que el cerebro golpee contra la caja craneana y te produzca heridas internas. Pero nunca fuimos tan aprisa como para que se presentara ese peligro.

Ascuá me ayudó en el fondo cuando mi traje se descongeló. Parecía como si el descenso le hubiera encantado. A mí no. Una de las volteretas parecía haberme golpeado ligeramente la espalda. No le dije nada al respecto, pero cuando eché a andar tras ella el dolor me hizo chirriar los dientes a cada paso.

—¿Dónde vives en Marte? —me preguntó alegremente.

—¿En? Oh, en Coprates. En la ladera norte del cañón.

—Sí, ya sé. Háblame de allí. ¿Dónde vives exactamente? ¿Tienes un apartamento en la superficie, o estás metido bajo tierra? Me muero de ansias de conocer el lugar.

Estaba agotando mis nervios. Quizá tan sólo fuera el dolor en la espalda.

—¿Qué es lo que te hace pensar que vas a venir conmigo?

—Por supuesto que voy a ir contigo. Tú dijiste, hace poco...

—No dije nada acerca de eso. Si lo hubiera grabado podría probártelo. No, nuestras conversaciones durante estos últimos días han sido una serie de monólogos. Tú me hablabas de lo que te divertirías cuando llegáramos a Marte, y yo simplemente gruñía algo. Porque no tengo el valor, o no tenía el valor, de decirte lo atolondrado que era tu proyecto.

Creo que finalmente conseguí que aquello la alanceara. Al menos, no dijo nada durante un rato. Estaba dándose cuenta de que había ido demasiado lejos y había vendido su botín de guerra antes de que la batalla hubiera sido ganada.

—¿Qué hay de atolondrado en él? —preguntó finalmente.

—Todo.

—No, explícate mejor, cuéntamelo.

—¿Qué te hace pensar que quiero una hija?

Pareció aliviada.

—Oh, no te preocupes por eso. No seré ningún problema para ti.

Tan pronto como aterricemos, puedes presentar los papeles de la anulación. No me opondré. De hecho, puedo firmar un compromiso de aceptación de no oponerme a nada antes de que me adoptes. Esto es estrictamente un acuerdo comercial, Kiku. No tienes que preocuparte acerca de tener que convertirte en una madre para mí. No necesito ninguna. No...

—¿Qué te hace pensar que es simplemente un acuerdo comercial para mí? —estallé—. Quizá esté anticuado. Quizá tenga ideas extrañas.

Pero no entraré en una adopción de conveniencia. Ya tuve a mi propio hijo, y fui un buen padre. No te adoptaré simplemente para que puedas irte a Marte. Es mi última palabra.

Ella estaba estudiando mi rostro. Creo que se dio cuenta de que pensaba realmente lo que decía.

—Puedo ofrecerte veinte mil marcos.

Tragué saliva.

—¿Cómo has conseguido tal cantidad de dinero?

—Te dije que he estado chupándoles la sangre a la buena gente de Prosperidad. ¿Cómo demonios puedo gastarme ese dinero aquí? He estado poniéndolo a un lado en previsión de una emergencia como ésta.

Para poder enfrentarme a un insensible Neanderthal como tú con extrañas ideas acerca de lo correcto y lo incorrecto que...

—Ya es suficiente.

Me avergüenza confesarlo, pero me sentí tentado. Es desagradable descubrir que lo que siempre has considerado como escrúpulos morales de pronto resultan no ser tan importantes frente a un buen fajo de billetes. Pero me vi auxiliado por el dolor de espalda y el mal humor que éste me produjo.

—Piensas que puedes comprarme. Bien, no estoy en venta. Creo que estás equivocada.

—Entonces maldita sea, Kiku, vete al infierno.

Pateó el suelo con los pies, y su porteador coreó su gesto. Iba a enviarme al diablo, pero una explosión nos interrumpió en el momento en que sus pies pateaban el suelo.

Como he dicho, hasta entonces todo había estado en silencio. No hay nada de viento, ningún animal, casi nada que pueda producir algún ruido en Venus. Pero cuando se produce algún ruido, presten atención.

Esa densa atmósfera es asesina. Creí que mi cabeza iba a estallar. Las olas de

sonido golpearon contra nuestros trajes, haciendo que se pusieran parcialmente rígidos. Lo único que nos salvó de la sordera fue el milímetro de aire a baja presión entre el campo del traje y nuestros tímpanos. Amortiguo lo bastante el choque como para que sus consecuencias se limitaran a un breve zumbar en nuestros oídos.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Ascu se sentó en el suelo. Se sujetó la cabeza, indiferente a todo excepto a su propia decepción.

—Una joya estallante —dijo—. Por ese lado.

Señaló, y pude ver un débil resplandor aproximadamente a un kilómetro de distancia. Hubo docenas de pequeños puntos de luz —infraazul— desparramándose a partir del punto de la explosión.

—¿Quieres decir que has desencadenado eso simplemente pateando el suelo?

Se alzó de hombros.

—Son inestables. Están llenas de nitroglicerina, o al menos eso es lo que todo el mundo supone.

—Bueno, vayamos a recoger los pedazos.

—Adelante, ve.

Se reclinó blandamente contra mí. Y se quedó así, indiferente a todo lo que yo pudiera decirle. Cuando finalmente se puso en pie, los puntos luminosos habían desaparecido, se habían enfriado. Ya nunca los encontraríamos. No volvió a dirigirme la palabra mientras proseguíamos nuestro descenso hacia el valle. Durante todo el resto del día nos vimos acompañados por distantes explosiones.

No hablamos mucho durante el día siguiente. Ella intentó varias veces reabrir las negociaciones, pero le hice saber muy claramente que mi decisión había sido tomada. Le hice notar que había alquilado su bicielo y sus servicios de acuerdo con los términos que ella misma había establecido. Absolutamente gratis, había dicho, excepto los pertrechos, por los cuales había pagado lo necesario. No se había mencionado en ningún momento la adopción. En caso contrario, le aseguré, hubiera rechazado el trato del mismo modo que lo estaba haciendo ahora. Lo creí incluso.

A partir de entonces, la mañana después de nuestra discusión, ella pareció desinteresarse completamente del viaje. Se limitó a quedarse sentada allí en la tienda mientras yo preparaba el desayuno. Cuando llegó el momento de partir, se enfurruñó y dijo que no estaba dispuesta a ir en busca de las joyas estallantes, que se quedaría allí a menos que diéramos media vuelta y regresáramos.

Después que le recordé nuestro contrato verbal, se puso en pie relucientemente. No le gustaba, pero era fiel a su palabra.

Dedicarse a la caza de joyas estallantes resultó ser un buen anticlímax. Había tenido visiones de explorar el lugar durante días enteros. Luego, el excitante momento de encontrar una. ¡Eureka!, había gritado. La realidad no tenía nada que ver

con eso. Así es como te dedicas a la caza de joyas estallantes: das un fuerte talonazo en el suelo, aguardas unos cuantos segundos, luego avanzas un poco y vuelves a dar otro talonazo. Cuando ves y oyes una explosión, caminas hacia el lugar donde se ha producido y recoges los fragmentos. Los encontrarás esparcidos por todas partes, brillando en la banda de los infrarrojos por el calor de la explosión. Es casi como si hubiera flechas de neón señalándolos. Una gran aventura.

Cuando encontrábamos uno, lo recogíamos y lo metíamos en un enfriador montado en nuestros porteadores. Las joyas son formadas por la presión de la explosión, pero algunas partes de ellas son volátiles a las temperaturas de Venus. Esos elementos hierven y no te dejan al cabo de tres horas más que un polvo gris a menos que los enfríes convenientemente. No sé por qué duraban tanto tiempo. Cuando las recogíamos estaban considerablemente más calientes que el aire, de modo que hubieran debido fundirse de inmediato.

Ascuá dijo que era la impacción de su estructura cristalina lo que proporcionaba a las joyas su fuerza temporal para resistir a las temperaturas. Las cosas reaccionan de modo distinto a las temperaturas y presiones extremas de Venus. A medida que se enfriaban, su estructura se debilitaba y se producía una progresiva degradación. Por eso resultaba tan importante recogerlas tan pronto como fuera posible después de la explosión para obtener unas gemas sin taras.

Pasamos todo el día dedicados a aquello. Finalmente hubimos recogido aproximadamente diez kilos de gemas, que iban del tamaño de un guisante al de una manzana.

Me senté junto al fuego de campaña y las examiné aquella noche.

Noche según mi reloj, al menos. Otra cosa que estaba empezando a echar de menos era el ciclo de veinticuatro horas de la noche y el día. Y también las lunas. Me hubiera alegrado considerablemente descubrir a Deimos o Phobos aquella noche. Pero el sol seguía aplastado allá contra el horizonte, avanzando lentamente hacia el norte, preparándose para su transición al cielo matutino.

Las joyas eran hermosas, eso es algo que tengo que decir en su favor. Eran de un color rojo vinoso, teñidas de marrón. Pero cuando la luz incidía sobre ellas en un ángulo adecuado, no había forma de predecir cuál iba a ser su aspecto. Casi todas las gemas en bruto estaban recubiertas por una costra que enmascaraba todo su esplendor. Experimenté rascando algunas de ellas. Lo que aparecía debajo de aquella pátina era una superficie inconcreta que resplandecía incluso a la luz de una vela. Ascuá me mostró cómo colgarlas de una cuerda y golpearlas. Entonces sonaban como campanillas, y de tanto en tanto una de ellas perdía todas las imperfecciones y surgía como un perfecto octaedro.

Aquel día estaba cocinándome mi propia comida. Ascuá había cocinado desde un principio, pero ya no parecía interesada en seguir adulándome.

—Fui contratada como guía —señaló, con un veneno considerable en la voz—. El Webster define la palabra «guía» como...

—Sé lo que es un guía.

—... y no dice nada acerca de cocinar. ¿Quieres casarte conmigo?

—No.

La pregunta ni siquiera me sorprendió.

—¿Las mismas razones?

—Sí. No voy a entrar en un acuerdo como ése tan a la ligera.

Además, eres demasiado joven.

—La edad legal es de doce años. Tendré doce años dentro de una semana.

—Sigues siendo demasiado joven. En Marte deberías tener catorce.

—Vaya dogmatismo. No estarás bromeando, ¿verdad? ¿De veras que son catorce?

Aquello era típico de su faltare información acerca del lugar donde quería ir tan desesperadamente. No sé dónde había obtenido todas aquellas ideas acerca de Marte. Finalmente, llegué a la conclusión de que se las había forjado soñando despierta.

Comimos en silencio la comida que yo había preparado, jugueteando con nuestra colección de joyas. Estimé que había conseguido aproximadamente un millar de marcos en piedras en bruto.

Y estaba empezando a sentirme cansado del ambiente venusiano.

Decidí pasar otro día recolectando, y luego regresar en busca de nuestra bicielo. Probablemente sería un alivio para los dos. Ascuá podría empezar a preparar trampas para el siguiente turista estúpido que llegara a la ciudad, o incluso dirigirse a Venusburg e intentar una ampliación de su negocio.

Cuando pensé en aquello, me pregunté por qué demonios ella seguiría aún allí. Si disponía del dinero suficiente para pagar el tremendo soborno que me había ofrecido, ¿por qué no se había trasladado a la ciudad, donde los turistas pululaban como moscas? Iba a preguntárselo, cuando ella se dirigió hacia mí y se sentó muy cerca.

—¿Te gustaría hacer el amor? —preguntó.

Ya había tenido suficientes propuestas. Me eché a reír, me puse en pie, y crucé la pared de la tienda.

Una vez estuve fuera, lo lamenté. Mi espalda me dolía terriblemente, y demasiado tarde recordé que mi colchón hinchable no podía pasar a través de la pared de la tienda. Si intentaba sacarlo de alguna manera, ardería. Pero no podía regresar después de haber salido de aquel modo.

Me sentí atrapado. Quizá no podía pensar correctamente debido al dolor de espalda; no lo sé. De todos modos, busqué un lugar que parecía lo bastante liso y me tendí en él. No puedo decir que fuera tan suave como había parecido.

Me despertó una punzada de dolor. Sin siquiera intentarlo supe que si me movía un cuchillo se clavaría en mi espalda. Naturalmente, no me sentía en absoluto ansioso de intentarlo.

Mi brazo descansaba sobre algo blando. Giré la cabeza —confirmando mis

sospechas acerca del cuchillo— y vi que se trataba de Ascu. Estaba dormida, tendida boca arriba. Malibú se hallaba acurrucada junto a su brazo.

Era una muñeca plateada, con la boca abierta y una expresión de relajada vulnerabilidad en el rostro. Sentí que una sonrisa florecía en mis labios, idéntica a aquellas que ella había sabido arrancarme allá abajo en Prosperidad. Me pregunté por qué la habría tratado tan mal. Al menos tenía la impresión aquella mañana de que la había tratado muy mal. De acuerdo, ella me había utilizado y me había engañado, y parecía dispuesta a seguir utilizándome de nuevo. Pero ¿por qué la había tratado mal? ¿Por qué la había hecho sufrir? No podía pensar en nada en aquel momento. Decidí pedirle disculpas cuando despertara e intentar empezar de nuevo. Quizá incluso pudiéramos llegar a alguna especie de acuerdo respecto al asunto de su adopción. Y mientras estaba en ello, ¿por qué no podía decidirme y pedirle que le echara una mirada a mi espalda? Ni siquiera se lo había mencionado, probablemente para no sentirme más en deuda con ella. Estaba seguro de que ella no aceptaría un pago en dinero. Querría cobrar en carne.

Estaba a punto de despertarla, pero entonces se me ocurrió mirar hacia el otro lado. Había algo allí. Casi estuve a punto de no reconocer de qué se trataba.

Estaba a unos tres metros de distancia, creciendo en la hendedura entre dos rocas. Era globular, de medio metro de diámetro, y brillaba con un débil color rojizo. Parecía como gelatina blanda.

Era una joya estallante, antes de estallar.

Tuve miedo de hablar, luego recordé que el hablar no podía afectar la atmósfera a mi alrededor y no podía desencadenar la explosión. Tenía un transmisor de radio en mi garganta y un receptor en mi oído. Así es como uno habla en Venus; subvocalizas, y la gente puede oírte.

Moviéndome muy cautelosamente, me incliné sobre Ascu y le di unos suaves golpecitos en el hombro.

Se despertó tranquilamente, se desperezó, e hizo ademán de levantarse.

—No te muevas —dije, en lo que esperaba fuera un susurro.

Es difícil conseguirlo cuando estás subvocalizando, pero deseaba darle la impresión de que algo iba mal.

Ella se alertó, pero no se movió.

—Mira a tu derecha —dije—. Muévete muy lentamente. No arañes el suelo ni nada parecido. No sé qué hacer.

Miró, no dijo nada.

—No eres tú el único, Kiku —susurró finalmente—. Éste es un caso del que nunca he oído hablar.

—¿Cómo se ha producido?

—Debe de haberse formado durante la noche. Nadie sabe mucho acerca de cómo se forman o cuánto tiempo necesitan para ello. Nadie ha estado nunca más cerca de quinientos metros de una. Siempre estallan antes de que uno pueda llegar más cerca.

Incluso las vibraciones del propulsor de una bici la harán estallar antes de que llegues lo bastante cerca como para verla.

—Entonces ¿qué debemos hacer?

Me miró. Es difícil leer expresiones en un rostro reflectante, pero creo que estaba asustada. Sé que yo sí lo estaba.

—Yo diría que sentarnos y quedarnos quietos.

—¿Hasta qué punto es peligroso eso?

—Hermano, no lo sé. Cuando ese monstruo reviente hará un buen «bang». Nuestros trajes nos protegerán de la mayor parte de ello. Pero la onda de choque nos levantará y nos acelerará muy rápidos. Ese tipo de seca aceleración puede causarnos algunas lesiones internas. Como mínimo diría que una buena conclusión.

Tragué saliva.

—Entonces...

—Limitate a quedarte sentado y quieto. Estoy pensando.

De modo que eso fue lo que hice. Me quedé allí congelado, con un cuchillo ardiente clavado en algún lugar de mi espalda. Supe que llegaría un momento en que debería agitarme.

La maldita cosa se estaba moviendo.

Parpadeé, temeroso de frotarme los ojos, y miré de nuevo. No, no se estaba moviendo. No exteriormente, al menos. Era más bien como el movimiento que se puede ver en el interior de una célula viva bajo un microscopio. Flujos internos, intercambio de fluidos de acá para allá.

Miré, y me sentí hipnotizado.

Había mundos en la joya. Allí estaba el antiguo Barsoom de los relatos fantásticos de mi infancia; allí estaba la Tierra Media, con sus taciturnos castillos y sus bosques sensitivos. La joya era una ventana a algo inimaginable, un lugar donde no había preguntas ni emociones sino una enorme conciencia. Era un lugar oscuro y húmedo pero sin amenaza. Estaba creciendo, y sin embargo era ya completo desde que había iniciado su existencia. Era mayor que esa bola de caliente barro llamada Venus, y tenía sus raíces profundamente enterradas en el corazón del planeta. No había ningún rincón del universo que no pudiera alcanzar.

Era consciente de mi presencia. Sentí su contacto y no experimenté ninguna sorpresa. Me examinó de pasada, pero se mostró totalmente desinteresada. No hice ninguna pregunta. Ella ya me conocía, siempre me había conocido.

Sentí una abrumadora atracción. La cosa no estaba ejerciendo ninguna influencia sobre mí; la atracción era un anhelo dentro de mí mismo. Tendía hacia una realización que la joya poseía y que yo sabía que jamás iba a conseguir. La vida sena siempre una serie de misterios para mí. En cuanto a la joya, no era otra cosa que conciencia. La conciencia de todo.

Aparté mis ojos en el último instante posible. Estaba cubierto de sudor, y sabía que iba a volver a mirar dentro de un momento. Aquello era la cosa más hermosa que

jamás hubiera visto.

—Kiku, escúchame.

—¿Qué?

Recordé a Ascuá como si estuviera a una distancia inconmensurable.

—Escucha. Despierta. No mires a esa cosa.

—Ascuá, ¿ves algo? ¿Sientes algo?

—Veo algo. Yo... no quiero hablar de ello. No puedo hablar de ello.

Despierta, Kiku, y no vuelvas a mirar.

Tuve la impresión de que yo era ya una estatua de sal; así que ¿por qué no mirar atrás? Sabía que mi vida nunca volvería a ser como había sido. Era como una especie de conversión religiosa involuntaria, como si de repente supiera que el universo era algo para todos. El universo era una hermosa caja ribeteada de seda para mostrar la joya que acababa de tener ante mis ojos.

—Kiku, esa cosa hubiera debido estallar ya. Nosotros no deberíamos estar ahora aquí. Me moví cuando desperté. En una ocasión intenté atrapar una antes de que estallara y logré llegar a quinientos metros de ella. Posaba mis pies en el suelo tan suavemente que parecía estar caminando sobre agua, y sin embargo estalló. De modo que esa cosa no puede estar aquí.

—Estupendo —dije—. Pero ¿cómo encaja eso con el hecho de que *está* aquí?

—De acuerdo, de acuerdo, está aquí. Pero no debe de estar terminada. No debe de tener todavía el suficiente nitrógeno como para estallar. Quizá podamos escapar.

Volví a mirar a la joya, luego aparté de nuevo la vista. Era como si mis ojos estuvieran clavados a ella mediante bandas elásticas; se estiraban lo bastante como para permitirme apartarlos, pero siempre tiraban de vuelta a ella.

—No estoy seguro de desearlo.

—Lo sé —susurró Ascuá—. Yo..., resiste, no vuelvas a mirar.

Tenemos que irnos.

—Escucha —dije, mirándola con un esfuerzo de voluntad—. Quizá uno de nosotros pueda marcharse. Quizá los dos. Pero lo más importante es que tú no resultes herida. Si yo resulto herido, tú puedes curarme. Si tú resultas herida, lo más probable es que mueras; y si ambos resultamos heridos, los dos estaremos muertos.

—Sí. ¿Y?

—Yo soy quien está más cerca de la joya. Tú empieza a retroceder, y luego yo te seguiré. Te cubriré de lo más fuerte del estallido, si se produce. ¿Qué te parece?

—No me gusta demasiado.

Pero pensó en ello, y no encontró fallos en mi razonamiento. Creo que no le gustaba el ser protegida en vez de actuar como la heroína.

Infantil, pero lógico. Demostró su madurez aceptando lo inevitable.

—De acuerdo. Intentaré alejarme diez metros de ella. Te lo haré saber cuando llegue allí, y entonces puedes retroceder tú. Creo que podremos sobrevivir a diez metros de aquí.

—Veinte.

—Pero..., oh, de acuerdo. Veinte. Buena suerte, Kiku. Creo que te quiero. —Hizo una pausa—. ¿Kiku?

—¿Qué ocurre? Ya deberías estar moviéndote. No sabemos cuanto tiempo más permanecerá estable.

—Lo sé. Pero tengo que decirte esto. Mi ofrecimiento de la pasada noche, ese que te puso tan furioso...

—¿Sí?

—Bueno, no pretendía ser un soborno. Quiero decir, como los veinte mil marcos. Simplemente, yo..., bueno, todavía no sé mucho acerca de esas cosas. Supongo que no elegí el momento adecuado.

—Sí, pero no te preocupes por eso. Muévete.

Lo hizo, centímetro a centímetro. Fue una suerte que ninguno de los dos tuviera que preocuparse por retener el aliento. Creo que la tensión lo hubiera hecho insoportable.

Miré de nuevo la joya. No podía evitarlo. Estaba ante el altar de una iglesia cósmica cuando la oí llamarme. No sé que clase de poder utilizó para alcanzarme allí donde yo me hallaba. Estaba llorando.

—Kiku, por favor, escúchame.

—¿Eh? Oh, ¿qué ocurre?

Sollozó aliviada.

—Oh, Cristo, llevo una hora llamándote. Por favor, ven. Aquí, ya me he alejado lo suficiente.

Mi cabeza estaba llena de brumas.

—Oh, Ascu, no hay prisa. Deseo echar otra mirada aún, tan sólo un minuto más. Espera.

—¡No! Si no empiezas a retroceder ahora mismo, voy a regresar y te llevaré a rastras.

—No puedes... Oh, de acuerdo. Ahora voy.

La miré allí donde se hallaba, sentada sobre las rodillas. Malibú estaba a su lado. La pequeña nutria miraba en mi dirección. Le devolví la mirada y di un deslizante paso, resbalando sobre la espalda. Ahora no era momento de pensar en mi espalda.

Retrocedí dos metros, luego tres. Tuve que pararme para descansar.

Miré a la joya, luego de nuevo a Ascu. Era difícil decir cuál de las dos cosas me atraía más fuertemente. Creo que debí de alcanzar un punto de equilibrio. No podía moverme en ninguna de las dos direcciones.

Entonces una pequeña flecha plateada se lanzó contra mí, corriendo tan rápido como le era posible. Llegó a mi lado, y siguió corriendo.

—¡Malibú! —gritó Ascu.

Me volví. La nutria parecía más feliz de lo que nunca la hubiera visto, incluso en el tobogán del estanque, en la ciudad. Saltó, directamente hacia la joya.

Recuperar la conciencia fue un proceso muy gradual. No había ninguna línea divisoria entre los diversos estados de conciencia, por dos razones: estaba sordo, y estaba ciego. Así que no pude decir cuándo pasé de los sueños a la realidad; la mezcla era demasiado uniforme, no se apreciaba ningún cambio lo bastante nítido como para apreciarlo.

No recuerdo haberme dado cuenta de que estaba sordo y ciego.

No recuerdo haberme dado cuenta del lenguaje de signos con la mano que Ascuá utilizó para hablarme. El primer momento racional que puedo recordar es cuando Ascuá me hizo partícipe de sus planes para regresar a Prosperidad.

Le dije que hiciera lo que creyera que era mejor, que el control estaba a su cargo. Me sentí desolado al darme cuenta de que no me hallaba allí donde creía hallarme. Había estado soñando con Barsoom.

Tenía la impresión de haberme convertido en una joya estallante y estar aguardando en una especie de indiferente éxtasis el momento de la explosión.

Ella trabajó en mi ojo izquierdo y consiguió restaurar algo de su visión. Podía ver brumosamente las cosas que estaban a un metro de mi rostro. Todo lo demás eran sombras. Al menos Ascuá era capaz de escribir cosas en hojas de papel y mantenerlas ante mi rostro para que las viera. Eso hacía las cosas más rápidas. Supe que ella también estaba sorda. Y Malibú estaba muerta. O debía estarlo. La había puesto en el enfriador y creía que tal vez pudiera restaurarla cuando regresáramos. Si no, siempre podía fabricar otra nutria.

Le dije lo de mi espalda. Se mostró impresionada cuando supo que me había hecho daño en el descenso de la montaña, pero tuvo el suficiente buen sentido para no censurarme por ello. No tuvo mucho trabajo para arreglarlo. Era tan sólo un disco astillado, me dijo.

Sería tedioso describir nuestro viaje de regreso. Fue difícil, puesto que ninguno de los dos sabíamos mucho acerca de la ceguera. Pero conseguí adaptarme muy rápidamente. Ser llevado de la mano es bastante fácil, y después del primer día tropezaba tan sólo muy ocasionalmente. Al segundo día escalamos las montañas, y mi porteador empezó a fallar. Ascuá lo desechó, y nos arreglamos únicamente con el suyo. Eso trajo sus problemas, ya que yo sólo podía conectármelo cuando estaba completamente inmóvil, puesto que el suyo estaba hecho para una persona mucho más baja. Si intentaba caminar con él, caía rápidamente detrás de mí y me hacía perder el equilibrio.

Luego estuvo el problema de instalarme en la bicielo y pedalear.

No tenía nada que hacer excepto pedalear. Las conversaciones de nuestro viaje de ida me faltaban. Me faltaba la joya estallante. Me pregunté si alguna vez conseguiría recomponer mi vida sin ella.

Pero los recuerdos se habían ido desvaneciendo cuando llegamos de vuelta a Prosperidad. No creo que la mente humana pueda contener realmente algo de tal

magnitud. Al cabo de unas horas estaba desapareciendo lentamente de mí, del mismo modo que desaparece un sueño por la mañana al despertar. Me resultaba difícil recordar qué era lo que había sido tan sublime en la experiencia. En la actualidad no puedo hablar de ella más que en enigmas. No me quedan sino sombras.

Me siento como una lombriz de tierra que hubiera visto una puesta de sol y no tuviera ningún lugar en su memoria donde guardar aquel recuerdo.

Una vez en la ciudad fue asunto simple para Ascuá restablecer nuestro oído. El único problema hasta entonces había sido que no llevaba tímpanos de repuesto en su maletín de primeros auxilios.

—Fue una negligencia —me dijo—. Ahora que lo pienso, resulta obvio que la lesión más probable que pueda sufrir uno a causa del estallido de una joya sea un tímpano reventado. La verdad, no pensé en ello.

—No te preocupes. Lo hiciste estupendamente.

Me sonrió.

—¿Sí, lo hice, de veras?

La visión fue un problema más peliagudo. No disponía de ojos de recambio, y nadie en la ciudad estaba dispuesto a venderle uno de los suyos a ningún precio. Me dio uno de los suyos como medida temporal.

Conservó su infraojo y se puso un parche sobre el otro. Aquello le daba un aspecto más bien feroz. Me dijo que me comprara otro en Venusburg, puesto que nuestro tipo sanguíneo no era muy compatible.

Mi cuerpo terminaría rechazándolo en el término de unas tres semanas.

Llegó el día de la partida semanal del dirigible a Última Oportunidad. Estábamos sentados en el taller de Ascuá, el uno frente al otro, con las piernas cruzadas y el montón de joyas restallantes entre nosotros.

Parecían horribles. Oh, no habían cambiado. Incluso las habíamos pulido hasta que brillaban tres veces más de lo que lo habían hecho allá en el fuego de acampada de nuestra tienda. Pero ahora podíamos verlas como los podridos, amarillentos y rotos fragmentos de huesos que eran.

No habíamos dicho a nadie lo que habíamos visto allá en el desierto Fahrenheit. No había ninguna forma de comprobarlo, y toda nuestra experiencia había sido puramente subjetiva. Nada que pudiera resistir a un análisis de laboratorio. Éramos los únicos que conocíamos su auténtica naturaleza. Probablemente seguiríamos siendo siempre los únicos. ¿Qué podíamos decirles a los demás?

—¿Qué crees que va a ocurrir? —pregunté.

Me miró vivamente.

—Creo que ya lo sabes.

—Sí.

Fueran lo que fuesen, fuera cual fuese la forma en que sobrevivían y se reproducían, lo único que sabíamos con seguridad era que no podían sobrevivir en un radio de un centenar de kilómetros de una ciudad. En un tiempo había habido joyas

estallantes en el lugar mismo donde estábamos sentados ahora. Pero los humanos deben expandirse. Una vez más, no sabíamos qué era lo que estábamos destruyendo.

No podía quedarme con las joyas. Me sentía como un devorador de cadáveres. Intenté dárselas a Ascuá, pero ella tampoco las quería.

—¿No deberíamos decírselo a alguien? —preguntó Ascuá.

—Seguro. Dile a quienquiera lo que quieras. Pero no esperes que la gente empiece a caminar de puntillas hasta que puedas probarles algo.

Y quizá ni siquiera entonces.

—Bueno, parece que yo sí que voy a andar de puntillas durante muchos años. Me siento absolutamente incapaz de dar una patada al suelo.

Me sentí desconcertado.

—¿Por qué? Estarás en Marte. No creo que las vibraciones puedan llegar hasta tan lejos.

Se me quedó mirando.

—¿Qué quieres decir?

Hubo una breve confusión; luego me encontré disculpándome profusamente ante ella, y ella estaba riendo y diciéndome la clase de rata asquerosa que yo era, luego echándose atrás y diciéndome que podía gastarle aquel tipo de bromas cada vez que quisiera.

Era un malentendido. Yo creía honestamente que le había hablado acerca de mi cambio de opinión mientras estaba sordo y ciego. Debió de haber sido algún sueño, porque ella no sabía nada, y había supuesto que mi respuesta era un «no» definitivo. No había hablado de adopción desde la explosión.

—Me sentía incapaz de seguir atosigándote, después de lo que habías hecho por mí —dijo, conteniendo el aliento a causa de la excitación—. Te debo mucho, quizá la vida. Y te utilicé desvergonzadamente la primera vez que llegaste aquí.

Lo negué, y le expliqué que había creído que ella no hablaba del asunto porque creía que ya estaba arreglado.

—¿Cuándo cambiaste de opinión? —preguntó.

Lo pensé.

—Primero creí que era cuando tú te preocupaste tanto de mí cuando me sentía tan impotente. Ahora sin embargo puedo recordar cuándo fue. Fue poco después de que saliera de la tienda aquella última noche y me tendiera en el suelo.

Ella no pudo encontrar nada que decir al respecto. Se limitó a mirarme con ojos radiantes. Empecé a preguntarme qué tipo de papeles iba a firmar cuando llegáramos a Venusburg: ¿un contrato de adopción, o de matrimonio?

No me preocupaba. Son las incertidumbres como ésa las que hacen la vida interesante. Nos pusimos en pie al unísono, dejando el montón de joyas en el suelo. Caminando suavemente, nos dirigimos a toda prisa a tomar el dirigible.

CALIDOSCOPIO

Ray Bradbury

El primer impacto rajó la nave cual si fuera un gigantesco abrelatas.

Los hombres fueron arrojados al espacio, retorciéndose como una docena de peces fulgurantes. Se diseminaron en un mar oscuro mientras la nave, convertida en un millón de fragmentos, proseguía su ruta semejando un enjambre de meteoritos en busca de un sol perdido.

—Barkley, Barkley, ¿dónde estás?

Voces aterrorizadas, niños perdidos en una noche fría.

—¡Woode, Woode!

—¡Capitán!

—Hollis, Hollis, aquí Stone.

—Stone, soy Hollis. ¿Dónde estás?

—¿Cómo voy a saberlo? Arriba, abajo... Estoy cayendo. ¡Dios mío, estoy cayendo!

Caían. Caían, en la madurez de sus vidas, como guijarros diminutos y plateados. Se diseminaban como piedras lanzadas por una catapulta monstruosa. Y ahora en vez de hombres eran sólo voces.

Voces de todos los tipos, incorpóreas y desapasionadas, con distintos tonos de terror y resignación.

—Nos alejamos unos de otros.

Era cierto. Hollis, rodando sobre sí mismo, sabía que lo era y, de alguna forma, lo aceptó. Se alejaban para recorrer distintos caminos y nada podría reunirles de nuevo. Vestían sus trajes espaciales, herméticamente cerrados, sus pálidos rostros ocultos tras las placas faciales. No habían tenido tiempo de acoplarse las unidades energéticas.

Con ellas, habrían sido pequeños botes salvavidas flotando en el espacio. Se habrían salvado, habrían salvado a otros, habrían encontrado a todos hasta unirse para formar una isla de hombres y pensar en alguna salida. Pero ahora, sin las unidades energéticas acopladas a sus hombros, eran meteoritos alocados encaminándose hacia destinos diversos e inevitables.

Pasaron diez minutos. El terror inicial se apagó, dando paso a una calma metálica. Sus voces extrañas empezaron a entrelazarse en el espacio, un telar inmenso y oscuro, cruzándose y volviéndose a cruzar hasta formar el tejido final.

—Stone a Hollis. ¿Cuánto tiempo podremos hablar por radio?

—Depende de tu velocidad y la mía.

—Una hora, supongo.

—Algo así —dijo Hollis, pensativo y tranquilo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Hollis al cabo de un minuto.

—El cohete estalló, eso es todo. Los cohetes estallan, ¿sabes?

—¿Hacia dónde caes?

—Creo que me estrellaré en el Sol.

—Yo en la Tierra. De vuelta a la madre Tierra a quince mil kilómetros por hora, Arderé como una cerilla.

Hollis pensó en ello con una sorprendente serenidad. Le parecía estar separado de su cuerpo, viéndolo caer y caer en el espacio, con la misma tranquilidad con la que había visto caer los primeros copos de nieve de un invierno muy lejano.

Los otros guardaban silencio. Pensaban en el destino que les había llevado a esto, a caer y caer sin poder hacer nada para evitarlo. Hasta el capitán callaba, porque no había orden o plan que pudiera arreglarlo todo.

—¡Oh, esto es interminable! ¡Interminable, interminable! —exclamó una voz. ¡No quiero morir, no quiero morir! ¡Esto es interminable!

—¿Quién habla?

—No lo sé.

—Creo que es Stimson. Stimson, ¿eres tú?

—Esto es interminable y no me gusta. ¡Dios mío, no me gusta nada!

—Stimson, aquí Hollis. Stimson, ¿me oyes?

Una pausa. Seguían separándose unos de otros.

—¿Stimson?

—Sí —replicó por fin.

—Stimson, tranquilízate. Todos tenemos el mismo problema.

—No quiero estar aquí. Me gustaría estar en cualquier otro sitio.

—Hay una posibilidad de que nos encuentren.

—Si, sí, seguro —dijo Stimson—. No creo en esto, no creo que esté sucediendo realmente.

—Es una pesadilla —dijo alguien.

—¡Cállate! —ordenó Hollis.

—Ven y hazme callar —contestó la voz. Era Applegate. Se reía con toda tranquilidad, sin histeria—. Ven y hazme callar.

Por primera vez, Hollis sintió su impotencia. La cólera se adueñó de él porque en aquel momento deseaba, más que ninguna otra cosa, herir a Applegate. Había esperado muchos años para poder hacerlo..., y ahora era demasiado tarde. Applegate era únicamente una voz radiofónica.

¡Y seguían cayendo y cayendo!

Dos de los hombres se pusieron a gritar, de repente, como si acabaran de descubrir el horror de su situación. Hollis vio a uno de ellos, en una pesadilla, flotando muy cerca de él, chillando y chillando.

—¡Basta!

El hombre estaba casi al alcance de su mano. Gritaba enloquecido.

Nunca se callaría. Seguiría chillando durante un millón de kilómetros, mientras se encontrara en el campo de acción de la radio. Fastidiaría a todos los demás e impediría que hablaran entre sí.

Hollis alargó la mano. Era mejor así. Hizo un último esfuerzo y tocó al hombre. Se agarró a su tobillo y fue desplazando la mano hasta llegar a la cabeza. El hombre chilló y se retorció como si estuviera ahogándose. Sus gritos llenaron el universo.

«Da lo mismo —pensó Hollis—. El Sol, la Tierra o los meteoros lo matarán igualmente. ¿Por qué no ahora?».

Hollis aplastó la placa facial del hombre con su puño metálico. Los gritos cesaron. Se apartó del cadáver y lo dejó alejarse siguiendo su propio curso, cayendo y cayendo.

Hollis y los demás seguían cayendo sin cesar en el espacio, en el interminable remolino de un terror silencioso.

—Hollis, ¿sigues ahí?

Hollis no contestó. Una oleada de calor inundó su rostro.

—Aquí Applegate otra vez.

—¿Qué hay, Applegate?

—Hablemos. No podemos hacer otra cosa.

El capitán intervino.

—Ya es suficiente. Tenemos que encontrar una solución.

—Capitán, ¿por qué no se calla?

—¿Qué?

—Ya me ha oído, capitán. No pretenda imponerme su rango, porque nos separan quince mil kilómetros y no tenemos que engañarnos. Tal como dijo Stimson, la caída es interminable.

—¡Compórtese, Applegate!

—No quiero. Esto es un motín de uno solo. No tengo una maldita cosa que perder. Su nave era mala, usted un mal capitán, y espero que se ase cuando llegue al Sol.

—¡Le ordeno que se calle!

—Adelante, vuelva a ordenarlo. —Applegate sonrió a quince mil kilómetros de distancia. El capitán no dijo nada más—. ¿Dónde estábamos, Hollis? Ah, sí ya recuerdo. También te odio a ti. Pero tú ya lo sabes. Hace mucho tiempo que lo sabes.

Hollis, desesperado, cerró los puños.

—Quiero confesarte algo —prosiguió Applegate—. Algo que te hará feliz. Fui uno de los que votaron contra ti en la Rocket Company, hace cinco años.

Un meteorito surcó el espacio. Hollis miró hacia abajo y vio que no tenía mano izquierda. La sangre brotaba a chorros. De repente, advirtió la falta de aire en su traje. El oxígeno que conservaba en los pulmones le permitió, sin embargo, hacer un nudo a la altura de su codo izquierdo, apretando la juntura y cerrando el escape. La rapidez

del suceso no le dio tiempo a sorprenderse. Ninguna cosa podía sorprenderle en aquel momento. Ya cerrado el boquete, el aire volvió a llenar el traje en un instante. Y la sangre, que había brotado con tanta facilidad, quedó comprimida cuando Hollis apretó aún más el nudo, hasta convertirlo en un torniquete.

Todo esto había sucedido en medio de un terrible silencio por parte de Hollis. Los otros hombres conversaban. Uno de ellos, Lespere, hablaba sin cesar de su mujer de Marte, de su mujer venusiana, de su mujer de Júpiter, de su dinero, sus buenos tiempos, sus borracheras, su afición al juego, su felicidad... Hablaba y hablaba, mientras todos caían. Lespere, feliz, recordaba el pasado mientras se precipitaba a la muerte.

¡Todo era tan raro! Espacio, miles de kilómetros de espacio, y voces vibrando en su centro. Ningún hombre al alcance de la vista, sólo las ondas de radio se agitaban tratando de emocionar a otros hombres.

—¿Estás enfadado, Hollis?

—No.

Y no lo estaba. Había recuperado la serenidad. Era una masa insensible, cayendo para siempre hacia ninguna parte.

—Durante toda tu vida quisiste llegar a la cumbre, Hollis. Y yo lo impedí. Siempre quisiste saber lo que había ocurrido. Bien, voté contra ti antes de que me despidieran a mí también.

—No tiene importancia.

Y no la tenía. Todo había terminado. Cuando la vida llega a su fin es como un intenso resplandor. Un instante en el que todos los prejuicios y pasiones se condensan e iluminan en el espacio, antes de que se pueda decir una sola palabra. Hubo un día feliz y otro desdichado, hubo un rostro perverso y otro bondadoso... El resplandor se apaga y se hace la oscuridad.

Hollis pensó en su pasado. Al borde de la muerte, una sola cosa le atormentaba y por ella, únicamente por ella, deseaba seguir viviendo.

¿Sentirían lo mismo sus compañeros de agonía? ¿Tendrían aquella sensación de no haber vivido nunca? ¿Pensarían, como él, que la vida surge y muere antes de poder respirar una vez? ¿Les parecería a todos tan abrupta e imposible, o sólo a él, aquí, ahora, con escasas horas para meditar?

Uno de los otros hombros estaba hablando.

—Bueno, yo viví bien. Tuve una esposa en Marte, otra en Venus y otra en Júpiter. Todas tenían dinero y se portaron muy bien conmigo.

Fue maravilloso. Me emborrachaba, y hasta una vez gané veinte mil dólares en el juego.

«Pero ahora estás aquí —pensó Hollis—. Yo no tuve nada de eso.

Tenía celos de ti, Lespere. En pleno trabajo envidiaba tus mujeres y tus juergas. Las mujeres me asustaban y huía al espacio, siempre deseándolas, siempre celoso de ti por tenerlas, por tu dinero, por toda la felicidad que podías conseguir con aquella

vida alocada. Pero ahora se acabó todo, caemos. Ya no tengo celos de ti. Es mi final y el tuyo y todo parece no haber sucedido nunca».

Hollis levantó el rostro y gritó por la radio: —¡Todo ha terminado, Lespere!
Silencio.

—¡Como si nunca hubiese ocurrido, Lespere!

—¿Quién habla? —preguntó Lespere temblorosamente.

—Soy Hollis.

Se sintió miserable. Era la mezquindad, la absurda mezquindad de la muerte. Applegate le había herido y él, Hollis, quería herir a otro.

Applegate y el espacio le habían herido.

—Ahora estás aquí, Lespere. Todo ha terminado, como si nunca hubiera sucedido, ¿no es cierto?

—No.

—Cuando llega el final, todo parece no haber ocurrido nunca. ¿Es mejor tu vida que la mía, ahora? Antes, sí, ¿y ahora? El presente es lo que cuenta. ¿Es mejor? ¿Lo es?

—¡Sí, es mejor!

—¿Por qué?

—Porque conservo mis pensamientos, ¡porque recuerdo! —gritó Lespere, muy lejos, indignado, apretando los recuerdos a su pecho con ambas manos.

Y estaba en lo cierto. Hollis lo comprendió mientras una sensación fría como el hielo fluía por todo su cuerpo. Existían diferencias entre los recuerdos y los sueños. A él sólo le quedaban los sueños de las cosas que había deseado hacer, pero Lespere recordaba cosas hechas, consumadas. Este pensamiento empezó a desgarrar a Hollis con una precisión lenta, temblorosa.

—¿Y para qué te sirve eso? —gritó a Lespere—. ¿De qué te sirve ahora? Lo que llega a su fin ya no sirve para nada. No estás mejor que yo.

—Estoy tranquilo —contestó Lespere—. Tuve mi oportunidad. Y ahora no me vuelvo perverso, como tú.

—¿Perverso?

Hollis meditó. Nunca, en toda su vida, había sido perverso. Nunca se había atrevido a serlo. Durante muchos años debió de haber estado guardando su perversidad para una ocasión como la actual. «Perverso».

La palabra martilleó en su mente. Se le saltaron las lágrimas y resbalaron por su cara.

—Cálmate, Hollis.

Alguien había escuchado su voz sofocada.

Era completamente ridículo. Tan sólo un momento antes, había estado aconsejando a otros, a Stimson... Había sentido coraje y creído que era auténtico. Pero, ahora lo comprendía, no se trataba más que de conmoción, y de la «serenidad», que puede acompañarla. Y ahora trataba de condensar toda una vida de emociones

reprimidas en un intervalo de minutos.

—Sé lo que sientes, Hollis —dijo Lespere, ya a treinta mil kilómetros de distancia, con una voz cada vez más apagada—. No me has ofendido.

«Pero ¿no somos iguales? —se preguntó un aturdido Hollis—. ¿Lespere y yo? ¿Aquí, ahora? Si algo ha terminado, ya está hecho. ¿Qué tiene de bueno, entonces? Los dos moriremos, de una forma o de otra».

Pero Hollis sabía que todo aquello era puro raciocinio. Era como intentar explicar la diferencia entre un hombre vivo y un cadáver: uno poseía una chispa, un aura, un elemento misterioso, y el otro no.

Y lo mismo ocurría con Lespere y él. Lespere había vivido enteramente, y ello le convertía ahora en un hombre diferente. Y él, Hollis, había estado muerto durante muchos años. Se acercaban a la muerte siguiendo distintos caminos y, con toda probabilidad, si existieran varios tipos de muertes, el de Lespere y el suyo serían tan diferentes como la noche y el día. La cualidad de la muerte, como la de la vida, debe ser de una variedad infinita. Y si uno ya ha muerto una vez, ¿por qué preocuparse de morir para siempre, tal como estaba muriendo él ahora?

Un momento después descubrió que su pié derecho había desaparecido. Estuvo a punto de reír. El aire por segunda vez había escapado de su traje. Se inclinó rápidamente y vio salir la sangre. El meteorito había cortado la carne y el traje hasta el tobillo. Oh, la muerte en el espacio era humorística: te despedaza poco a poco, cual tétrico e invisible carnicero. Hollis apretó la válvula de la rodilla. Sentía dolor y mareo. Luchó por no perder la conciencia, apretó más la válvula y contuvo la sangre, conservando el aire que le quedaba. Se enderezó y prosiguió su caída. No podía hacer más.

—¿Hollis?

Hollis respondió cansinamente, harta de aguardar la muerte.

—Aquí Applegate de nuevo —dijo la voz.

—Sí.

—He estado pensando, y escuchándote. Esto no va bien. Nos convierte en perversos. Es una forma de morir muy mala, nos saca toda la maldad que llevamos dentro. Hollis, ¿me escuchas?

—Sí.

—Te mentí. Hace un momento. Te mentí. No voté contra ti. No sé por qué lo dije. Creo que deseaba hacerte daño. Parecías el más indicado. Siempre nos hemos peleado, Hollis. Creo que me estoy haciendo viejo de repente, arrepintiéndome. Cuando oí que tú eras un perverso me avergoncé. Es igual, quiero que sepas que yo también fui un idiota. No hay ni pizca de verdad en todo lo que dije. Y vete al infierno.

Hollis sintió que su corazón volvía a latir. Había estado parado durante cinco minutos. Ahora, todos sus miembros recuperaron el calor. La conmoción había terminado, y los sucesivos ataques de cólera, terror y soledad iban disipándose. Era

un hombre recién salido de una ducha fría matutina, listo para desayunar y enfrentarse a un nuevo día.

—Gracias, Applegate.

—No hay de qué. Y ámate, bobo.

—¿Dónde está Stimson? ¿Cómo se encuentra?

—¿Stimson?

Todos escuchaban atentamente:

—Debe de haber muerto.

—No lo creo. ¡Stimson!

Volvieron a escuchar.

Y oyeron una respiración dificultosa, lejana, lenta...

—Es él. Escuchad.

—¡Stimson!

Nadie respondió.

Sólo podían oír una respiración lenta y bronca.

—No contestará.

—Ha perdido el conocimiento. Dios le ayude.

—Es él, escuchad.

Una respiración apenas audible, el silencio.

—Está encerrado como una almeja. Encerrado en sí mismo, haciendo una perla.

Consideradlo así, todo tiene su poesía. Él es más feliz que nosotros.

Stimson flotaba en la lejanía. Todas lo escucharon.

—¡Eh! —dijo Stone.

—¿Qué?

Hollis había contestado con toda su fuerza. Stone, más que ningún otro, era un buen amigo.

—Estoy entre un enjambre de meteoritos, pequeños asteroides.

—¿Meteoritos?

—Creo que es el grupo de Mirmidón, que se desplaza entre Marte y la Tierra y tarda cien años en recorrer su órbita. Me encuentro justo en el medio. Es como un calidoscopio gigante. Hay colores, formas y tamaños de todos los tipos. ¡Dios mío, que hermoso es todo esto!

Silencio.

—Me voy con ellos —prosiguió Stone—. Me llevan con ellos. Estoy condenado. —Y se rió de buena gana.

Hollis trató de ver algo, pero sin conseguirlo. Allí sólo había las grandes joyas del espacio, los diamantes, los zafiros, las nieblas de esmeraldas y las tintas de terciopelo del espacio, y la voz de Dios confundiéndose entre los resplandores cristalinos. Era algo increíble y maravilloso pensar en Stone acompañando al enjambre de meteoritos.

Iría más allá de Marte y volvería a la Tierra cada cinco años. Entraría y saldría de

las órbitas de los planetas durante las siguientes miles y miles de años. Stone y el enjambre de Mirmidón, eternos e infinitos, girarían y se modelarían como los colores del calidoscopio de un niño cuando éste levanta el tubo hacia el sol y lo va girando.

—Adiós, Hollis. —La voz de Stone, ya muy debilitada—. Adiós.

—Buena suerte —gritó Hollis, a cincuenta mil kilómetros de distancia.

—No te hagas el gracioso —dijo Stone.

Silencio. Las estrellas se unían más y más entre ellas.

Todas las voces, iban apagándose. Todas y cada una seguían su propia ruta; unas hacia el Sol, otras hacia el espacio remoto. Como el mismo Hollis. Miró hacia abajo. Él, y sólo él, volvía solitario a la Tierra.

—Adiós.

—Tómalo con calma.

—Adiós, Hollis —dijo Applegate.

Adioses innumerables, despedidas breves. El gran cerebro, extraviado, se desintegraba. Los componentes de aquel cerebro, que habían trabajado con eficiencia y perfección dentro de la caja craneal de la nave espacial, cuando ésta aún surcaba el espacio, morían uno a uno. Todo el significado de sus vidas saltaba hecho añicos. Igual que el cuerpo muere cuando el cerebro deja de funcionar, el espíritu de la nave, todo el tiempo que habían pasado juntos, lo que los unos significaban para los otros, todo eso moría. Applegate ya no era más que un dedo arrancado del cuerpo paterno, ya nunca más sería motivo de desprecio o intrigas. El cerebro había estallado y sus fragmentos inútiles, faltos de misión que cumplir, se desperdigaban. Las voces desaparecieron y el espacio quedó en silencio. Hollis estaba solo, cayendo.

Todos estaban solos. Sus voces se habían desvanecido como los ecos de palabras divinas vibrando en el cielo estrellado. El capitán marchaba hacia el Sol. Stone se alejaba entre la nube de meteoritos, y Stimson, encerrado en sí mismo. Applegate iba hacia Plutón. Smith, Turner, Underwood... Los restos del calidoscopio, las piezas de lo que otrora fue algo coherente, se esparcían por el espacio.

«¿Y yo? —pensó Hollis—. ¿Qué puedo hacer? ¿Puedo hacer algo para compensar una vida terrible y vacía? Si pudiera hacer algo para reparar la mezquindad de todos estos años, el absurdo del que ni siquiera me daba cuenta... Pero no hay nadie aquí. Estoy solo. ¿Cómo hacer algo que valga la pena cuando se está solo? Es imposible.

Mañana por la noche me estrellaré contra la atmósfera de la Tierra.

Arderé, y mis cenizas se esparcirán por todos los continentes. Seré útil.

Sólo un poco, pero las cenizas son cenizas y se mezclarán con la tierra».

Caía rápidamente, como una bala, como un guijarro, como una pesa metálica. Sereno, ni triste ni feliz... Lo único que deseaba, cuando todos los demás se habían ido, era hacer algo válido, algo que sólo él sabría.

«Cuando entre en la atmósfera, arderé como un meteorito».

—Me pregunto si alguien me verá —dijo en voz alta.

Desde un camino, un niño alzó la vista hacia el cielo.

—¡Mira, mamá! ¡Mira! —gritó—. ¡Una estrella fugaz!
La estrella blanca, resplandeciente, caía en el polvoriento cielo de Illinois.
—Pide un deseo —dijo la madre del niño—. Pide un deseo.

LOS ANFIBIOS

Kurt Vonnegut, jr.

Yo no creo que los viejos, al menos aquellos de nosotros que no nacimos para ello, podamos nunca sentirnos a gusto siendo anfibios, anfibios en el nuevo sentido de la palabra. Aún hay veces en que me pongo lívido por cosas que ya no me importan nada.

No puedo evitar el preocuparme por mi negocio, por ejemplo, o por lo que fue mi negocio. Al fin y al cabo me pasé treinta años creándolo desde el principio, y ahora el equipo se está oxidando y atascando de polvo. Pero aunque yo sé que es una tontería por mi parte el preocuparme por lo que le pasa al negocio, pido prestado un cuerpo de vez en cuando a un centro de depósito y me voy a dar una vuelta por mi vieja ciudad natal y limpio y engraso toda la parte de equipo que puedo.

Claro que todo aquel equipo era muy bueno para hacer dinero, y Dios sabe que hay mucho de él tirado por allí. No tanto como solía haber al principio, cuando algunas personas se volvieron juguetonas y lo arrojaron por todos lados, y el viento luego lo sopló en todas las direcciones. Y muchos ambiciosos reunieron montones de ello y lo escondieron en alguna parte. Odio tener que admitirlo; pero yo mismo recogí casi medio millón y lo escondí en un sitio apartado. Solía sacarlo a veces y contarlos; pero de eso ya hace años. Ahora me sería difícil decir dónde está.

Pero mi preocupación por mi viejo negocio no es nada comparada con la preocupación de mi esposa, Madge, que es nuestra vieja casa. La casa que ella creó en treinta años mientras yo creaba mi negocio. Y luego cuando terminamos de construir y decorar aquel sitio todas las personas que nos importaban algo se volvieron anfibias. Madge pide prestado un cuerpo cada mes y va a limpiar el polvo de la casa, aunque para lo único que sirve hoy tener casa es para que las termitas y los ratones no pillen una pulmonía.

Cada vez que es mi turno para meterme dentro de un cuerpo y trabajar como ayudante en el centro de depósito local, me doy cuenta de nuevo de lo duro que fue para las mujeres acostumbrarse a ser anfibias.

Magde pide prestados cuerpos con mucha más frecuencia que yo, y eso mismo ocurre con las mujeres en general. Hemos de tener en existencia por lo menos tres veces más, cuerpos de mujeres que de hombres, a fin de poder atender a la demanda. A menudo parece como si una mujer *hubiera* de tener un cuerpo para tratarlo como a una muñeca y ponerle sus vestidos y mirarse a sí misma en un espejo. Y Madge, Dios la bendiga, no creo que quede satisfecha hasta que se haya probado todos los cuerpos

de todos los centros de depósito de la Tierra.

Es un detalle muy fino de Madge, sin embargo. Yo nunca le gasto bromas sobre ello, porque hace mucho por su personalidad. Su viejo cuerpo, si ha de hablar uno con toda franqueza, no era precisamente nada que excitara a uno, y tener que acarrear con él por todas partes la puso triste a ella muchas veces en los viejos tiempos. Ella no podía evitarlo, pobrecita, lo mismo que nadie podía evitar la clase de cuerpo que le había tocado en suerte al nacer, y yo la amaba a pesar de ello.

Bueno, después de que aprendiéramos a ser anfibios, y después de que construyéramos los centros de depósito y nos aprovisionáramos de cuerpos y los abriéramos al público, Madge se volvió como loca. Y tomó en préstamo el cuerpo de una rubia platino que había sido donado por una estrella de las salas de fiestas, y yo llegué a creer que ella nunca querría desprenderse de él. Como ya he dicho, todo aquello hizo maravillas para darle confianza en sí misma.

Yo soy como la mayoría de los hombres y a mí no me importa qué cuerpo me ponga. En existencia sólo tenemos cuerpos fuertes, de buen ver, y sanos, así que uno es tan bueno como el siguiente. A veces, cuando Madge y yo vamos a sacar cuerpos juntos en recuerdo de los viejos tiempos, yo le dejo a ella que escoja uno para mí que haga juego con el que ella quiera escoger. Y tiene gracia porque siempre elige uno alto y rubio para mí.

Mi viejo cuerpo, del que ella afirma que lo amó durante un tercio de siglo, tenía pelo negro, y era gordo y barrigudo también hacia el final.

Soy humano y no pude evitar sentirme dolido cuando ellos lo desecharon después de que yo lo dejara, en vez de guardarlo en existencias. Era un cuerpo bueno, agradable y cómodo; nada rápido ni llamativo, pero en el que se podía confiar. Pero no hay mucha demanda de tal clase de cuerpos en los centros, según creo. Yo por lo menos nunca pedí uno así.

La peor experiencia que yo tuve jamás con un cuerpo fue cuando me convencieron con engaños para que tomara uno que había pertenecido al doctor Ellis Konigswasser. Este es propiedad de la Sociedad de Pioneros Anfibios y sólo lo sacan una vez al año para el gran desfile del Día de los Pioneros, en el aniversario del descubrimiento de Konigswasser. Todo el mundo dijo que era un gran honor para mí haber sido elegido para meterme dentro del cuerpo de Konigswasser e iniciar el desfile.

Y como un tonto de remate yo les creí.

Les costará trabajo volver a meterme en una cosa así de nuevo.

Sacando aquel casajo ciertamente quedó en claro por qué Konigswasser descubrió cómo las personas podían vivir sin sus cuerpos. Aquel viejo cuerpo suyo prácticamente te echa fuera. Ulceras, dolores de cabeza, artritis, arcos caídos, una nariz como una podadera, unos ojillos cerdosos y un aspecto general como el de un baúl de camarote usado. Él era y aún es, la persona más cariñosa que uno pueda conocer; pero en los tiempos en que él estaba dotado con tal cuerpo, nadie se le

acercaba lo bastante como para descubrirlo.

Tratamos de volver a meter a Konigswasser en su viejo cuerpo para que iniciara la marcha cuando empezamos a organizar los desfiles del Día de los Pioneros; pero él no quiso saber nada de ello, así que siempre teníamos que engatusar a algún pobre infeliz para que se encargase de la tarea. En cuanto al propio Konigswasser, desfila, por supuesto, pero como un *cowboy* de metro ochenta de estatura que puede doblar una lata de cerveza entre su pulgar y su dedo medio.

Konigswasser se porta como un muchacho con ese cuerpo. Nunca se cansa de doblar latas de cerveza con él, y todos nosotros hemos de rodearle con nuestros cuerpos cuando acaba el desfile y contemplarlo como si aquello nos causara mucha impresión.

No creo que él pudiera doblar muchas cosas en los viejos tiempos.

Nadie le habla de eso, ya es el Gran Abuelo de la Época Anfibia; pero hace diabluras con los cuerpos. Casi cada vez que saca uno, lo estropea, de tanto alardear con él. Entonces alguien tiene que meterse en un cuerpo de cirujano y volverlo a coser.

Yo no quiero parecer irrespetuoso con Konigswasser. En realidad es una forma respetuosa de hablar de alguien cuando se dice que es muy infantil en cierto modo, ya que es a la gente así a la que se le ocurren las grandes ideas.

Hay un retrato de él en sus viejos tiempos en la Sociedad Histórica y por él se puede ver que nunca creció lo suficiente como para cambiar de aspecto en el transcurso de los años, haciendo lo poco que podía hacer con aquel cuerpo desastrado con que la naturaleza le había dotado.

Llevaba el pelo muy por debajo del cuello, y sus pantalones estaban tan caídos que los tacones de sus zapatos abultaban en sus perneras por encima de los dobleces y el forro de su chaqueta colgaba en festones alrededor de su parte baja. Se olvidaba de las comidas y salía con tiempo frío o húmedo sin llevar puesta ropa adecuada, y jamás se daba cuenta de las enfermedades hasta que éstas por poco le mataban. Era lo que solemos llamar un hombre distraído. Ahora, mirando hacia atrás, claro, diríamos que él empezaba a ser anfibio.

Konigswasser era matemático, y se ganaba la vida con su cabeza. El cuerpo con el que tenía que cargar teniendo aquella mente tan maravillosa le era tan útil como un vagón de plataforma cargado de chatarra de hierro. Cada vez que enfermaba y tenía que dedicar alguna atención a su cuerpo, despotricaba del siguiente modo: —La mente es la única cosa del ser humano que vale la pena. ¿Por qué ha de permanecer atada a un saco de piel, sangre, pelo, carne, huesos y tubos? No tiene nada de extraño que la gente no pueda terminar nada, sujetos de por vida a un parásito que ha de ser rellenado de alimentos y protegido del tiempo y de los gérmenes constantemente. ¡Y lo más absurdo es que ese cuerpo se desgasta de todos modos, por mucho que se le

alimento y se le proteja!

—¿Quién —quería saber él— desea realmente tener una de esas cosas? ¿Qué tiene de maravilloso el protoplasma para que tengamos que ir cargados con tantos kilos de él donde quiera que vamos?

—Lo malo del mundo —continuaba Königswasser—, es que hay demasiada gente, es decir muchos cuerpos.

Cuando sus dientes se le picaron y tuvo que hacérselos sacar y no pudo conseguir una dentadura artificial que no le causara molestias, escribió en su diario: «Si la materia viviente pudo evolucionar lo suficiente para salir del océano, que era en realidad un lugar muy agradable para vivir, ciertamente debería de poder dar otro paso y salir de los cuerpos, que no son más que estorbos si uno piensa bien en ello».

Él no era mojigato en lo referente a los cuerpos, sino comprensivo y no estaba en absoluto celoso de las personas que los tenían mejores que el suyo. Simplemente pensaba que los cuerpos causaban más molestias que lo que valían la pena.

No tenía muchas esperanzas de que la gente evolucionara saliendo de sus cuerpos en su época. Sólo que algún día pudieran hacerlo.

Pensando en ello, se fue a dar un paseo por un parque en mangas de camisa y se detuvo a contemplar cómo eran alimentados los leones.

Luego, cuando la tormenta se convirtió en nevisca, regresó a su casa y se interesó en ver a unos bomberos en la orilla de una laguna, donde estaban utilizando un pulmator con un hombre ahogado.

Los testigos dijeron que el anciano se había dirigido recto hacia el agua y había seguido avanzando sin cambiar de expresión hasta que desapareció. Königswasser echó un vistazo al rostro de la víctima y dijo que nunca había visto una razón mejor para el suicidio. Se encaminó a casa de nuevo y casi estuvo allí antes de que se diera cuenta de que era su propio cuerpo el que yacía tirado allí.

Regresó para reocupar el cuerpo justo cuando los bomberos lograban que volviera a respirar, y se dirigió hacia su casa, más por ayuda a la ciudad que por otra cosa. Penetró en su gabinete privado, salió de él de nuevo, y lo dejó allí.

Él lo sacaba sólo cuando deseaba escribir algo o volver las páginas de un libro, o cuando quería alimentarlo de modo que tuviera la suficiente energía para hacer las pocas tareas que él le daba. El resto del tiempo, permanecía sentado e inmóvil en su gabinete, mirando aturdido y apenas empleando energía. Königswasser me dijo el otro día que solía mantener a su cuerpo por un dólar a la semana, simplemente con sacarlo sólo cuando realmente lo necesitaba.

Pero lo mejor de todo era que Königswasser ya no tuvo que dormir nunca más, sólo porque su cuerpo tuviera que dormir; o sentir temor nunca más, sólo porque éste pensara que podía resultar herido; o buscar cosas que a su cuerpo le parecía que debía de tener. Y cuando el cuerpo no se sentía bien, Königswasser se salía de él hasta que

se sentía mejor, y no tenía que gastar una fortuna manteniéndolo cómodo.

Cuando sacó a su cuerpo del armario para poder escribir, escribió un libro explicando cómo uno podía salir de su propio cuerpo, el cual fue rechazado sin más comentarios por veintitrés editores. El vigésimo cuarto vendió más de un millón de ejemplares, y el libro cambió la vida humana más que la invención del fuego, los números, el alfabeto, la agricultura, o la rueda. Cuando alguien hizo observar eso a Konigswasser, éste contestó con un bufido y diciendo que estaban perjudicando a su libro con tan débiles elogios. Yo diría que en eso se mostraba muy sensible.

Siguiendo las instrucciones del libro de Konigswasser durante dos años, casi todo el mundo podía salir de su cuerpo cada vez que lo deseara. El primer paso era comprender que el cuerpo era la mayor parte del tiempo un parásito y un dictador, y luego separar lo que el cuerpo quería o no quería de lo que uno —nuestro psique— quería o no quería. Luego, concentrándose en lo que uno quería e ignorando en todo lo posible lo que el cuerpo quería más allá del puro mantenimiento, uno lograba que su propio psique demandara sus derechos y se volviera autosuficiente.

Eso era lo que Konigswasser había hecho sin darse cuenta, hasta que él y su cuerpo se separaron en el parque, con su psique yendo a contemplar la comida de los leones y con su cuerpo errando fuera de control por la laguna.

El truco final de la separación, una vez que tu psique se volvía lo suficientemente independiente, era que el cuerpo comenzara a caminar en una dirección y de repente sacar a tu psique y llevarla en otra dirección. Uno no podía estarse quieto, por alguna razón, había que caminar.

Al principio, los psiques de Madge y mío estuvieron un poco torpes en desenvolverse fuera de nuestros cuerpos, como los primeros animales marinos que anduvieron perdidos en tierra hace millones de años y que sólo pudieron anadear y retorcerse y boquear en el barro.

Pero nosotros mejoramos con el tiempo porque el psique puede naturalmente adaptarse mucho más rápidamente que el cuerpo.

Madge y yo teníamos una buena razón para querer salir. Todo aquel que estaba lo suficientemente loco para intentar salir al principio tenía buenas razones. El cuerpo de Madge estaba enfermo y ya no iba a durar mucho. Cuando ella se fuera dentro de poco, yo ya no podía sentir muchas ilusiones para seguir viviendo. Así que estudiamos el libro de Konigswasser y tratamos de sacar a Madge fuera de su cuerpo antes de que se muriera. Yo fui con ella para evitar que uno de los dos se quedara solo. Y lo hicimos justo a tiempo, seis semanas antes de que el cuerpo de ella se hiciera pedazos.

Por eso es por lo que tenemos que desfilar cada año en el Día de los Pioneros. No todo el mundo lo hace, sólo los primeros cinco mil que nos volvimos anfibios. Fuimos como conejillos de Indias, sin mucho que perder en un sentido o en otro, y

fuimos los que demostramos a los demás lo agradable y seguro que era, muchísimo más seguro que correr el riesgo con un cuerpo un año sí y otro no.

Más pronto o más tarde casi todo el mundo tuvo una buena razón para probarlo. Llegarían a ser millones, finalmente más de un billón, invisibles, insustanciales, indestructibles, y ¡pardiez!, fieles a nosotros mismos, sin molestia para nadie ni temor por nada.

Cuando no estamos en los cuerpos, los Pioneros Anfibios nos podemos reunir en la cabeza de un alfiler. Cuando nos metemos en cuerpos para el desfile del Día de los Pioneros, ocupamos unos cincuenta mil pies cuadrados, hemos de tragar más de tres toneladas de alimentos para tener la energía suficiente para marchar, y muchos de nosotros pillamos resfriados o algo peor, y nos lastimamos porque el cuerpo de alguien tropieza accidentalmente con el cuerpo de otro y nos ponemos celosos porque unos han de ir al frente del desfile y los otros marcando el paso en las filas de detrás, y ¡oh, demonios!, no sé cuántas cosas más.

No es que a mí me vuelva loco el desfile. Con todos nosotros presentes allí, apretados en cuerpos, bueno, eso hace salir lo peor de todos nosotros, no importa lo buenos que sean nuestros psiques. El año pasado, por ejemplo, en el Día de los Pioneros, hizo mucha calor. La gente no pudo evitar el ponerse de mal humor, metidos en cuerpos sofocantes y sedientos durante horas.

Bueno, una cosa lleva a otra, y el director del desfile me dijo que iba a atizar a mi cuerpo con su cuerpo si mi cuerpo volvía a salirse de la fila. Naturalmente, al ser el director del desfile, tenía el mejor cuerpo aquel año, exceptuando el de *cowboy* de Konigswasser; pero yo le contesté que se pegara él en su gorda cabeza. Él dio media vuelta y yo me desembaracé de mi cuerpo allí mismo y me quedé allí el rato suficiente para ver si él conectaba. Tuvo que cargar con mi cuerpo y llevarlo de nuevo al centro del depósito.

Dejé de estar furioso con él en el instante en que salí de mi cuerpo.

Y comprendí, ya ven. Nadie que no sea un santo podría ser simpático o inteligente durante más de unos minutos seguidos dentro de un cuerpo, o feliz, si viene al caso, excepto en brevísimos instantes. Yo no he conocido a un anfibio con el que no haya sido fácil tratar y no haya sido de carácter alegre e interesante, siempre que haya estado fuera de un cuerpo. Y no he conocido todavía a uno que no se volviera un poco amargado cuando se metiera en uno.

En cuanto uno se mete en él, la química empieza a actual, glándulas que te vuelven excitable o pendenciero, o hambriento, o loco, o cariñoso... bueno, uno nunca sabe lo que va a suceder después.

Por eso es por lo que no puedo enojarme con el enemigo, la gente que está contra los anfibios. Estos nunca salen de sus cuerpos y no quieren aprender. Tampoco quieren que nadie aprenda, y les gustaría que los anfibios volvieran a cuerpos y se quedaran en ellos.

Después de la disputa con el director del desfile, Madge se enteró de ello y dejó

su cuerpo justo en medio del desfile de las Damas Auxiliares.

Y los dos, sintiéndonos llenos de perversidad tras librarnos de los cuerpos en el desfile, fuimos a echar un vistazo al enemigo.

Yo nunca he sentido mucho interés en ir a verlos. A Madge le gusta ir para ver qué es lo que llevan puesto las mujeres. Metidas siempre en sus cuerpos, las mujeres enemigas se cambian de vestidos, peinado y estilos de cosmética mucho más a menudo que lo que nosotros hacemos con los cuerpos de mujeres de los centros de depósito.

A mí me tienen sin cuidado las modas, y casi todo lo que uno ve y oye en territorio enemigo aburriría tanto a una estatua de yeso que se marcharía andando.

Por lo general el enemigo habla de reproducciones de estilos antiguos, lo cual es la cosa más chapucera, cómica e inconveniente que alguien pueda imaginar, comparado con lo que los anfibios tienen en ese aspecto. Y si no están hablando de eso, están hablando de comida, las cantidades de productos químicos con que han de atiborrar sus cuerpos. O hablando de miedo, que es lo que nosotros solíamos llamar política, chistes políticos, política social, política del gobierno.

El enemigo odia todo eso, ya que nosotros podemos mirarles a hurtadillas cada vez que queramos, mientras que ellos no nos pueden ver a menos que nos metamos en cuerpos. Ellos parecen tenernos un miedo mortal, aunque tener miedo de los anfibios tiene el mismo sentido que tener miedo de la salida del sol. Ellos podrían tener el mundo entero, exceptuando los centros de depósito, de todo lo que a los anfibios importa. Pero se amontonan como si nosotros fuéramos a descender del cielo dando alaridos para hacerles algo terrible en cualquier momento.

Tienen dispositivos por todas partes que se suponen sirven para detectar anfibios. Son chismes que no valen ni una moneda de níquel, pero que al parecer dan seguridad al enemigo, ya que están alineados contra grandes fuerzas, lo que mantiene su moral y les permite hacer cosas importantes e inteligentes. Técnica; en todo momento se estaban dando palmaditas en la espalda el uno al otro hablando de lo adelantada que se hallaba su técnica, y de la poca que nosotros teníamos en comparación. Si técnica se refiere a armas, tienen toda la razón.

Creo que hay una guerra entre ellos y nosotros. Pero nosotros no hacemos nada para sostener nuestra causa en esta guerra, excepto mantener secretos nuestros sitios de desfile y nuestros centros de depósito, y salir de los cuerpos cada vez que hay una incursión aérea o el enemigo dispara un cohete o algo así.

Eso no hace más que enrabiarse al enemigo porque las incursiones aéreas y los cohetes y todo eso cuesta muchísimo dinero, y destruir cosas que nadie necesita, de todos modos es una pobre compensación para el dinero que pagan los contribuyentes. Nosotros siempre sabemos cuál es la próxima cosa que van a hacer, y cuándo y dónde, así que no nos es nada difícil mantenernos apartados de su camino.

Pero son muy listos, considerando que tienen cuerpos que cuidar además de tener que pensar, así que yo trato de ser precavido cuando voy a observarlos. Por eso es por lo que quisimos irnos cuando Madge y yo vimos un centro de depósito en medio de uno de sus campos.

Nosotros no hemos hablado con nadie últimamente sobre lo que el enemigo estaba haciendo, y el centro parecía muy sospechoso.

Madge se sentía optimista, de un modo como se había sentido desde que tomó prestado aquel cuerpo de la estrella de las salas de fiestas, y dijo que el centro de depósito era una señal segura de que el enemigo había visto la luz, y de que se disponían a convertirse en anfibios ellos mismos.

Bueno, eso parecía. Había un flamante centro, abastecido de cuerpos y abierto para las transacciones, tan inocente como uno pudiera imaginar. Dimos varias vueltas alrededor, y los círculos de Madge fueron cada vez más pequeños, conforme ella trataba de echar un vistazo de cerca y ver qué es lo que tenían en el ramo de confección de señoras, o *prêt-à-porter*.

—Vamos —dije yo.

—Sólo mirar un poco —contestó Madge—. No hay nada malo en mirar.

Entonces vio lo que estaba en el principal estuche de exhibición, y ella olvidó quién era o de dónde había venido.

En el estuche estaba el cuerpo más sorprendente de mujer, tendría un metro ochenta de estatura y tenía un tipo de diosa. Pero eso no era todo. El cuerpo tenía una piel bronceada, un pelo y uñas color *chartreuse*, y llevaba un elegante vestido de noche de lame dorado.

Junto a aquel cuerpo había el cuerpo de un varón rubio gigantesco con uniforme de mariscal color azul pálido de campaña, con cordones escarlata y tachonado de medallas.

Creo que el enemigo debió de haber robado aquellos cuerpos en una incursión en uno de nuestros centros de depósito exteriores y los acolchó y tino y los vistió.

—¡Madge, vuelve! —le dije.

La mujer bronceada con el cabello color *chartreuse* se movió. Una sirena ululó y unos soldados salieron corriendo de sus escondites para agarrar el cuerpo en el que Madge estaba metida. ¡El centro era una trampa para anfibios!

El cuerpo que Madge no había podido resistir tenía los tobillos atados, de modo que Madge no pudiera andar los pocos pasos que tenía que dar si quería salir de él.

Los soldados se la llevaron triunfalmente como prisionera de guerra.

Yo me metí en el único cuerpo disponible, el del mariscal de campo de fantasía, tratando de ayudarla. Era una situación desesperada, pues el mariscal de campo era otra añagaza, y tenía asimismo los tobillos atados. Los soldados me arrastraron detrás de Madge. El joven y arrogante comandante que iba al mando de los soldados se fue jactando por la carretera de que ya estábamos perdidos, iba tan orgulloso. Era el primer hombre que había capturado un anfibio, lo cual era realmente una hazaña

desde el punto de vista del enemigo. Llevaban varios años de guerra contra nosotros, y gastados Dios sabe cuántos billones de dólares; pero nuestra captura fue la primera cosa que hizo que los anfibios les prestaran atención.

Cuando llegamos a la ciudad, la gente se asomó a las ventanas y agitó banderas y aclamó a los soldados y silbó a Madge y a mí. Aquí estaba toda la gente que no quería ser anfibia, los que pensaban que era terrible para cualquiera ser anfibio, gente de todos los colores, formas, tamaños y nacionalidades unidas para luchar contra los anfibios.

Resultó que a Madge y a mí nos iban a someter a un gran proceso.

Tras ser bien atados y pasar toda la noche en un calabozo, fuimos llevados a una sala de tribunal donde las cámaras de televisión nos enfocaron.

Madge y yo estábamos rendidos de cansancio porque ninguno de los dos había estado enjaulado en un cuerpo tanto tiempo desde yo que sé cuando. Y justo cuando necesitábamos pensar más que nunca, en el calabozo antes del juicio, los cuerpos sintieron el dolor del hambre y no pudimos descansar cómodamente en los catres, por mucho que lo intentamos; y además, por supuesto, los cuerpos necesitaban sus ocho horas de sueño.

La acusación que nos hacían era un cargo gravísimo en los libros del enemigo: *deserción*. En lo que respecta al enemigo, los anfibios eran personas que se habían vuelto cobardes y abandonado sus cuerpos justo cuando éstos eran necesitados para hacer cosas valientes e importantes para la humanidad.

No teníamos ninguna esperanza de ser absueltos. La única razón de que hubiera un proceso era que eso les daba la oportunidad de proclamar que ellos tenían tanta razón y que nosotros estábamos tan equivocados. La sala del Tribunal se hallaba atestada de jefazos con muchas condecoraciones, todos con cara de enfadados y aspecto de valentía y nobleza.

—Señor Anfibio —dijo el fiscal—, usted tiene la edad suficiente, ¿verdad?, para recordar cuando todos los hombres tenían que enfrentarse a la vida en sus cuerpos, y trabajar y luchar por lo que ellos creían.

—Recuerdo cuando los cuerpos siempre estaban metiéndose en peleas, y nadie parecía saber por qué, ni el modo cómo detenerlo —repuse yo cortésmente—. La única cosa en la que todo el mundo parecía creer era que a ellos no les gustaba tener que luchar.

—¿Qué diría usted de un soldado que huyera ante el fuego enemigo? —quiso saber.

—Diría que el miedo le había impulsado a cometer esa tontería.

—Estaría ayudando a perder la batalla, ¿no es así?

—¡Oh, claro! —contra eso no había discusión.

—¿Y no es eso lo que han hecho los anfibios, escapar de la raza humana frente a la batalla de la vida?

—La mayoría de nosotros seguimos vivos, si es eso lo que quiere usted decir —

repliqué.

Era cierto. Nosotros no habíamos vencido a la muerte, ni estábamos seguros de quererlo; pero ciertamente habíamos alargado la vida de un modo asombroso, comparado con los años de existencia que uno puede esperar de un cuerpo.

—¡Ustedes escaparon de sus responsabilidades! —me recriminó.

—Como ustedes escaparían de un edificio en llamas, señor —contesté.

—¡Dejando a los demás que lucharan solos!

—Todos pueden salir por la misma puerta que salimos nosotros.

Todos ustedes pueden salir en cualquier momento que lo deseen. Todo lo que tienen que hacer es imaginarse lo que desean y lo que su cuerpo quiere, y concentrarse en...

El juez golpeó con su mazo hasta que yo pensé que lo había roto.

Aquí habían quemado todos los ejemplares del libro de Konigswasser que pudieron encontrar, y allí yo estaba dando un curso de cómo salir de un cuerpo por toda una red de televisión.

—Si ustedes los anfibios se salen con la suya —continuó el fiscal— todo el mundo abandonará sus responsabilidades y dejará que la vida y el progreso, tal como nosotros los concebimos, desaparezcan completamente.

—Pues claro —convine yo—. De eso se trata.

—¿Y los hombres dejarían de trabajar por todo aquello en lo que creen? —me desafió.

—Yo tuve un amigo en los viejos tiempos que se pasó diecisiete años perforando agujeros en un cuadrado de no sé qué cosa en una fábrica, y nunca tuvo una idea muy clara de para qué servía aquello. Conocía a otro que cultivaba uvas pasas para una compañía que fabricaba cristal soplado, y las pasas no eran para que nadie se las comiera, y él jamás se enteró de por qué las compraba la compañía. Cosas como éstas me ponen enfermo (ahora que estoy en un cuerpo, claro) y lo que yo tenía que hacer para ganarme la vida me pone aún más enfermo.

—Entonces usted desprecia a los seres humanos y a todo lo que hacen —me dijo.

—Al contrario, me gustan, mucho más de lo que me gustaban antes. Sólo que creo que es una vergüenza lo que tienen que hacer para cuidar de sus cuerpos. Ustedes deberían de volverse anfibios y ver lo feliz que puede llegar a ser la gente cuando no tiene que preocuparse de dónde vendrá la próxima comida para su cuerpo, o cómo evitar que se hiele en invierno, o qué va a ser de ellos cuando su cuerpo se desgaste.

—¡Y eso, señor, significa el fin de la ambición, el fin de la grandeza!

—¡Oh! Yo no sé qué hay de ello —dije—. Tenemos algunas personas muy ilustres de nuestra parte. Y serían ilustres dentro y fuera de cuerpos. Es el fin del temor lo que cuenta —me quedé mirando fijamente a la lente de la más próxima cámara de televisión—. Y esa es la cosa más maravillosa que jamás ocurrió a los seres humanos.

De nuevo se oyó el mazo del juez, y los jefazos condecorados empezaron a gritarme. Los hombres de la televisión apartaron sus cámaras, y todos los espectadores, exceptuando los jefes más importantes, fueron expulsados de la sala. Me di cuenta de que realmente había dicho algo importante. Y todo lo que la gente podía recibir ahora a través de su televisor era música de órgano.

Cuando la confusión disminuyó, el juez dijo que el juicio había terminado y que Madge y yo éramos culpables de deserción.

Nada que yo pudiera hacer podía ponernos en peor situación, así que yo repliqué:

—Ahora os comprendo, pobres infelices —dije—. No podéis pasar sin sentir temor. Es la única habilidad que tenéis, la de cómo asustaros a vosotros mismos y asustar a la otra gente para que haga cosas. Es la única diversión que tenéis, contemplar a la gente cómo se sobresalta por miedo a lo que le podéis hacer a sus cuerpos o quitarle de sus cuerpos.

Madge intervino para añadir también algo: —El único modo que tienen ustedes de conseguir una respuesta de la gente es asustándola.

—¡Han despreciado al tribunal! —exclamó el juez.

—El único modo como ustedes pueden asustar a la gente es manteniéndola dentro de sus cuerpos —le dije yo.

Los soldados nos agarraron a Madge y a mí y empezaron a sacarnos a la fuerza de la sala del Tribunal.

—¡Esto significa la guerra! —grité yo.

El bullicio cesó y la sala quedó en silencio.

—Ya estamos en guerra —contestó un general, inquieto.

—Bueno, pues no lo estamos —repliqué—, pero lo estaremos, si ustedes no desatan a Madge y a mí inmediatamente —yo tenía un aspecto feroz e impresionante en el cuerpo de aquel mariscal de campo.

—Ustedes no tienen armas —dijo el juez—, ni técnica. Fuera de los cuerpos, los anfibios no son nada.

—Si no nos sueltan antes de que yo cuente diez —le dije—, los anfibios ocuparán los cuerpos de todos ustedes y les conducirán hacia el más próximo precipicio. Este lugar está rodeado —eso era una baladronada, por supuesto. Sólo una persona puede ocupar un cuerpo de una vez; pero el enemigo no estaba seguro de eso—. ¡Uno!, ¡Dos!, ¡Tres!...

El general tragó saliva, se puso pálido, e hizo un gesto vago con su mano:

—¡Suéltelos! —dijo con voz débil.

Los soldados, aterrorizados también, se alegraron de hacerlo. Madge y yo fuimos libertados.

Yo di un par de pasos, encaminé mi espíritu hacia otra dirección, y aquel guapo mariscal de campo, con medallas y todo, se desplomó estrepitosamente escaleras abajo haciéndose pedazos por la escalera como si fuera el reloj del abuelo.

Me di cuenta de que Madge no estaba conmigo. Ella seguía en aquel cuerpo

bronceado con el pelo y las uñas color *chartreuse*.

—Y lo que es más —oí que decía—, en pago por todas las molestias que ustedes nos han causado, este cuerpo me lo enviarán a Nueva York, y me lo entregarán en buenas condiciones el lunes lo más tarde.

—Sí, señora —contestó el juez.

Cuando regresamos a casa, el desfile del Día de los Pioneros estaba justamente llegando al centro de depósito local, y el director del desfile salió de su cuerpo y se excusó ante mí por haberse portado como se portó.

—¡Bueno, hombre! —le dije yo—. No tiene por qué disculparse.

Usted no era usted. Estaba desfilando metido en un cuerpo.

Eso es lo mejor de ser anfibio, después de lo de no sentir miedo: la gente te perdona por cualquier tontería que hayas hecho metido en un cuerpo.

Claro que hay sus inconvenientes, del mismo modo que hay inconvenientes en todo. Aún tenemos que seguir trabajando, manteniendo los centros de depósito y hemos de proporcionar alimentos a los cuerpos de la comunidad para que se sigan conservando. Pero eso es poca cosa, y todos los grandes inconvenientes de que he oído hablar no son ciertos, sino ideas anticuadas que tiene gente que no puede dejar de preocuparse por cosas que solían preocuparlas antes de que ellos se volvieran anfibios.

Como ya dije antes, los viejos puede que nunca lleguen a acostumbrarse del todo a esto. Muy a menudo, yo mismo me sorprendo preocupándome por lo que le ocurrió al negocio que a mí me costó treinta años crear.

Pero los jóvenes no se sienten afectados en lo más mínimo por el pasado. Ni siquiera se preocupan por lo que les pueda ocurrir a los centros de depósito, al modo como la gente mayor nos preocupamos.

Así que creo que ese será el próximo paso en la evolución, romper limpiamente como aquellos primeros anfibios que salieron arrastrándose del barro hacia el sol, y que nunca volvieron al mar.